





# **Nuestros reveses y victorias: causas y experiencias (1898-1958)**



# **Nuestros reveses y victorias: causas y experiencias (1898-1958)**



**Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2014**

Edición: *María Luisa García Moreno*  
Diseño interior y digitalización de imágenes: *Lozano*  
Diseño de cubierta: *Jorge Víctor Izquierdo Alarcón*  
Realización: *Yudelmys Doce Rodríguez*  
Corrección: *Vilma Munder Calderón*

© Colectivo de autores Minfar, 2014  
© Sobre la presente edición:  
Casa Editorial Verde Olivo, 2014

Primera edición, 1993  
Segunda edición, 2001

ISBN: 978-959-224-337-8 tercera edición corregida  
y actualizada, 2014

Todos los derechos reservados. Esta publicación  
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,  
en ningún soporte sin la autorización por escrito  
de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo  
Avenida de Independencia y San Pedro  
Apartado 6916. CP 10600  
Plaza de la Revolución, La Habana  
Correo electrónico: [volivo@unicom.co.cu](mailto:volivo@unicom.co.cu)

*Creo que hay que profundizar en la historia de nuestro país. Tenemos unas raíces históricas fabulosas, ejemplos insuperables en nuestra historia; tenemos que conocer más la historia de Cuba, y no solo a través de la escuela, a través de la divulgación y la lectura [...]*

*Y digo que no puede haber buena educación política si no hay una buena educación histórica, no puede haber una buena formación revolucionaria si no hay una buena formación histórica.*

Fidel Castro Ruz

8 de enero de 1989

*Cada pueblo hace su aporte a la revolución; cada pueblo hace su aporte a la historia, cada pueblo hace su aporte a las ideas y a la cultura universal en la medida de sus fuerzas y cada uno aporta grandes enseñanzas y grandes experiencias. Debemos saber que cada uno aporta aciertos y aporta errores: pero los errores que cada país en su propia experiencia aporte, si son imitados, si son repetidos, la culpa no será nunca de los que los cometan, sino de los que los copian. Porque un error puede ser también una enseñanza positiva, ya que los errores, cometidos o que podamos cometer nosotros, han de ser útiles también a otros pueblos para que otros pueblos no cometan esos errores. Es decir que debemos copiar todas las experiencias, las positivas y aquellas que no dieron resultados positivos, tenerlas también en cuenta, y sacar de ellas también una utilidad para no repetirlas.*

FIDEL CASTRO RUZ

2 de enero de 1965



## *Introducción*

*Nuestros reveses y victorias: causas y experiencias (1868-1958)* es una nueva edición revisada, ampliada e ilustrada del conocido libro *Causas y factores de nuestros reveses y victorias*, publicado por primera vez en 1993.

La obra, con una ligera corrección en el título, para reflejar también los más importantes resultados de cada acontecimiento, ha sido elaborada por un colectivo de autores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, con el objetivo de analizar los principales hechos históricos que de una u otra forma ejercieron influencia, positiva o negativa, en nuestro proceso revolucionario desde 1868 hasta 1958, o sea, durante nueve décadas de luchas.

El texto no pretende reconstruir cada uno de los acontecimientos ni realizar una narración cronológica de ellos. Se trata de exponer, lo más sintetizadamente posible, los principales hitos del movimiento revolucionario cubano y las causas por las cuales no se pudo obtener la victoria durante la Guerra de los Diez Años (1868-1878); por qué no fue posible extender la Guerra Chiquita; por qué nos arrebataron el triunfo sobre España durante la Guerra de 1895; por qué fracasó el proceso revolucionario de los años treinta y cómo fue posible, años después, que la Generación del Centenario, inspirada en el ideario de nuestro Héroe Nacional, José Martí, y en lo mejor de las tradiciones de lucha revolucionaria, guiados por un líder de la estatura y proyección de Fidel Castro Ruz, reiniciara la acción armada hasta alcanzar la verdadera independencia. Junto a ello, se reflejan las principales experiencias acumuladas en este proceso.

En tal sentido, los acontecimientos históricos se analizan en el contexto de sus aspectos positivos, de sus limitaciones y sus experiencias. Así por ejemplo, al evaluar los reveses se profundiza en los diversos problemas que pudieron incidir en ellos, tales como la falta de unidad de las fuerzas revolucionarias; la ausencia de una figura capaz de unir e integrar intereses y voluntades; la política injerencista y de hostilidad de Estados Unidos hacia Cuba; la carencia de voluntad, firmeza, vergüenza y patriotismo sincero de algunos falsos cubanos, entre otros aspectos influyentes.

El trabajo toma en consideración que en cada uno de los períodos de lucha existieron personas relevantes —con sus errores, defectos y virtudes—, que fueron capaces de cumplir el papel que les reservó la historia. Muchos fueron víctimas de intrigas, prejuicios sociales, ingenuidad, falta de comprensión y visión política; otros cayeron prematuramente sin poder concluir su obra.

Cualquier estudio acerca de la Revolución Cubana y sus protagonistas requiere que se evite el error de llegar a conclusiones sobre hechos y concepciones de ayer a la luz de los conocimientos, conceptos e ideas de hoy; al analizar hechos y hombres es obligatorio situarse en su época, tener presente el desarrollo socioeconómico, las ideas prevalecientes, el marco internacional y otras condiciones históricas del momento dado. Acerca de ello, Fidel ha señalado:

Yo considero que es correcto y necesario realizar estudios serios sobre estas cuestiones, y se hará, porque las nuevas generaciones, con mucha más preparación, con mucha más cultura, irán penetrando en todos estos problemas de nuestra historia con la mayor profundidad. Ahora bien, seamos cuidadosos al hacer la valoración moral de aquellos hombres. Entremos en la historia, pero primero quitémonos el sombrero antes de entrar en la historia de nuestros patriotas [...] Cuando investiguemos la historia debemos ser todo lo objetivos que sea necesario ser, todo lo honestos, todo lo sinceros y críticos que sea necesario ser; ser objetivos, no subjetivos, no analizar los hombres de aquella época con la mentalidad de ahora y los principios de ahora.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Fidel Castro Ruz: Discurso por el centenario de la Protesta de Baraguá, *Granma*, 16 de marzo de 1978.

Por otra parte, el material analiza errores ocurridos durante el proceso de nuestras luchas revolucionarias, no para derivar hacia un burdo y perjudicial revisionismo que nos lleve a negar nuestra rica historia, ni para arremeter contra los precursores a los que siempre les estaremos agradecidos; sencillamente trata de llamarnos a la meditación, a la reflexión, de enseñarnos a comparar los hechos, a diferenciar lo positivo de lo negativo, a extraer nuestras propias conclusiones con respecto a cada una de las etapas expuestas y, sobre todo, a conocer qué debemos preservar.

El colectivo de autores ha realizado un meritorio trabajo; aunque aún queda mucho por investigar, y ello contribuirá al mejor conocimiento de nuestra historia y a dotar al lector de saberes que lo pertrechen para el enfrentamiento político e ideológico a los enemigos de la Revolución, en particular aquellos, que al igual que en etapas anteriores, instan al desaliento o a la deserción e intentan introducir el germe de la desunión; para el enfrentamiento a los débiles y pusilánimes, a los zanjones, plattistas y anexionistas de hoy.

Desde la primera edición el equipo de trabajo estuvo dirigido por los coroneles de la reserva, doctor en Ciencias Raúl Izquierdo Canosa y José Antonio Alonso Monterrey. El colectivo de autores estuvo integrado por los doctores en Ciencia, tenientes coroneles de la reserva Oliver Cepero Echemendía y Conrado Amador Sierra; el máster en Ciencia, teniente coronel de la reserva Jorge Hernández Garaboto y la teniente coronel (r) Miriam Varona Salas. Para esta publicación se contó con el apoyo en la digitalización del teniente coronel Fidel León Figueres. A todos se les reconoce su colaboración.

El Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias agradece a las personas e instituciones partidistas y estatales el envío de las opiniones, críticas y sugerencias, las cuales fueron tomadas en consideración para esta nueva edición.

MINISTERIO DE LAS FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS



# 1 *La Guerra de los Diez Años (1868-1878)*

*Jorge M. Hernández Garaboto*

*¿Qué significa para nuestro pueblo el 10 de Octubre de 1868?  
¿Qué significa para los revolucionarios de nuestra patria  
esta gloriosa fecha? Significa sencillamente el comienzo de cien años de lucha,  
el comienzo de la revolución en Cuba, porque en Cuba solo ha habido una revolución: la  
que comenzó Carlos Manuel de Céspedes el 10 de Octubre de 1868 y que nuestro pueblo  
lleva adelante en estos instantes.*

FIDEL CASTRO RUZ  
Discurso por los cien años de lucha,  
en la Demajagua, Manzanillo, el 10 de octubre de 1968



**L**a Guerra de los Diez Años fue una de las epopeyas más gloriosas en la historia de la nación. Con ella nuestro pueblo comenzó el camino de las luchas independentistas, que culminaron en el triunfo de la Revolución Cubana el 1º de enero de 1959.

El estudio de la Guerra de los Diez Años, iniciada el 10 de octubre de 1868, resulta de vital importancia, pues en ella se resumen un conjunto de experiencias desde el punto de vista político-militar, que constituyen un caudal de conocimientos indispensables para entender el origen y desarrollo del movimiento revolucionario y la integración de la nación.

### *Contexto histórico y causas de la guerra*

La Guerra Grande, fragua del ideal nacional liberador y del pensamiento y el arte militares cubanos, tuvo causas internas y externas, entre las que se destaca, como determinante, la agudización de las contradicciones metrópoli-colonia en los planos socioeconómico y político.

España no solo dedicaba el presupuesto de la Isla para el lucro; también extraía sus recursos que eran destinados a costear aventuras bélicas y empresas coloniales. A través de su política comercial proteccionista y el oneroso sistema tributario establecido, se acrecentaba la dependencia de los propietarios nativos con respecto al capital comercial usurero.

Los terratenientes criollos tenían que vender a bajos precios los productos de la Isla y comprar a precios altos y abusivos los artículos europeos traídos por los comerciantes españoles; esto sin lugar a dudas no solo no reportaba ventajas a nuestros productores, sino que creaba insatisfacciones que reclamaban una pronta solución. A ello se sumaba el hecho de que los elevados impuestos aduanales y aranceles que se imponían limitaban el comercio de Cuba con otras naciones y el desarrollo de una economía interna.

Las crisis mundiales de 1857 y 1866, al provocar el descenso de los costos y de la exportación del azúcar, incrementaron los males económicos del país, que se entrelazaron con otros de índole política y social tales como, la existencia de un régimen español arbitrario, cuyos funcionarios mantenían en sus manos todos los cargos claves de dirección e impedían la libertad de expresión y de reunión, lo cual acentuaba la existencia de las contradicciones clasistas.

Todos estos factores gravitaron con fuerza en el sistema de relaciones sociales imperante, basado en la esclavitud, cuyas profundas contradicciones con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas reclamaban el paso hacia un nuevo régimen social.

Para esta época se había formado un fuerte pensamiento patriótico revolucionario y nacionalista en el sector más radical de los terratenientes criollos, ubicados en la región centro-oriental, donde tenían menos peso las relaciones esclavistas de producción y se sufría con mayor rigor los efectos de la crisis existente. Estos grupos habían llegado a la conclusión de que los problemas no podrían resolverse por la vía de reformas que la metrópoli jamás concedería, sino mediante la lucha armada popular dirigida al logro de la independencia y a la entronización de las transformaciones que requería la sociedad cubana.

La formación de este pensamiento político, que distanciaba cada vez más a los criollos de la metrópoli española, estuvo influenciado por relevantes acontecimientos internacionales como la Guerra de Independencia de las Trece Colonias en 1776, la Revolución Francesa en 1789, la Revolución de Haití en 1791 y el proceso de independencia en Hispanoamérica, desarrollado entre 1810 y 1825.

Más adelante, estas ideas se reforzaron con otros importantes sucesos acaecidos en la década de 1860, que estimularon el movimiento independentista, democrático y anticolonialista, tales como la Guerra de Secesión en Estados Unidos (1861-1865), que significó el triunfo

de los estados del norte sobre el sur esclavista y la total apertura de ese país al desarrollo capitalista; la Guerra de Restauración de Santo Domingo (1863-1865), en la que el movimiento independentista se levantó contra la anexión del país a la metrópoli y le ocasionó una costosa derrota; la Guerra del Pacífico (1864-1865), donde otra vez España, que pretendía la reconquista de sus antiguas colonias, salió derrotada por la alianza chileno-peruana, respaldada por otros países de la región; la Guerra contra México (1861-1867), costosa aventura para España y algunas naciones europeas, sobre todo Francia, que tuvieron que retirarse vencidas por el pueblo mexicano bajo el liderazgo del presidente Benito Juárez; el desencadenamiento en España, en septiembre de 1868, de la llamada Revolución Gloriosa, que provocó la expulsión de la monarquía y creó un clima de inestabilidad política en la Península, y el Grito de Lares, efectuado el 23 de septiembre de 1868, que pretendía la independencia de Puerto Rico.

### *Inicio de la guerra y principales acontecimientos de la lucha armada*

Al fracasar el movimiento reformista en 1867, la parte más radical de la burguesía terrateniente criolla comenzó a conspirar de forma independiente en los preparativos de la lucha armada y sirvió como marco para desarrollar esas actividades el cuerpo irregular masónico Gran Oriente de Cuba y las Antillas (GOCA), que por su carácter democrático-liberal-republicano difería del apolítico de las clásicas organizaciones masónicas.

En las logias del GOCA militaron los principales dirigentes iniciadores de la Guerra de los Diez Años. En la logia Estrella Tropical no. 19, de Bayamo, se creó el Comité Revolucionario que dio inicio a la conspiración; en la Buena Fe, en Manzanillo, bajo la dirección de Carlos Manuel de Céspedes, se reunieron los hombres de la Demajagua; en la Tímina no. 16, en Puerto Príncipe, coincidieron los que se pronunciarían por la independencia en Las Clavellinas, y en La Habana, la San Andrés y la Hijos de la Viuda reflejaron también los ideales independentistas que caracterizaron a las nuevas sociedades del GOCA al realizarse en sus locales las reuniones con fines emancipadores.

Con el desarrollo de estas actividades, se estrecharon los vínculos entre los distintos grupos de revolucionarios y se crearon las condiciones

para el encuentro realizado el 3 de agosto de 1868 en la hacienda San Miguel, de Rompe, que era propiedad de Vicente García y estaba ubicada en la jurisdicción de Las Tunas, Departamento del Centro, donde se reunieron los representantes de Oriente y Camagüey.

Apenas iniciados los trabajos se evidenciaron dos tendencias: una radical, que planteaba el inicio inmediato de la lucha armada y otra conservadora, que exigía más tiempo para los preparativos.

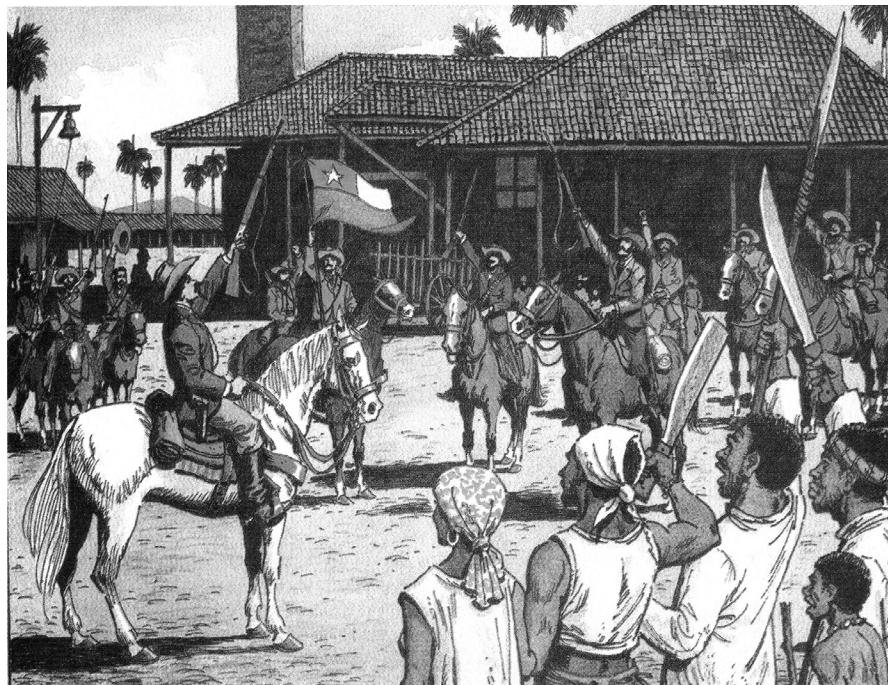
La primera tenía entre sus defensores al abogado y terrateniente manzanillero Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, quien se veía distinguiendo por su tendencia separatista y contaba con el apoyo de Las Tunas, Bayamo, Manzanillo y Jiguaní. La segunda tendencia era la defendida por los delegados camagüeyanos y holguineros, encabezados por Francisco Vicente Aguilera.

Céspedes logró que se acordara el día del levantamiento para el 3 de septiembre; pero en una reunión posterior a la que no asistió, los participantes por las Juntas Revolucionarias de Oriente y Camagüey aplazaron la fecha para principios de 1869.

Sucedieron otras reuniones y propuestas; pero ante el peligro de ser descubiertos, Céspedes, junto a otros seguidores, se adelantó al resto de los conspiradores y en la madrugada del 10 de octubre de 1868, en su finca Demajagua, dio la libertad a los esclavos y leyó un manifiesto al país, en el que proclamaba la independencia de Cuba y declaraba la guerra a España.

La Guerra de los Diez Años, de carácter nacional, anticolonialista y antiesclavista, se planteó como objetivos principales el logro de la liberación nacional, la abolición de la esclavitud y la instauración de una república democrática.

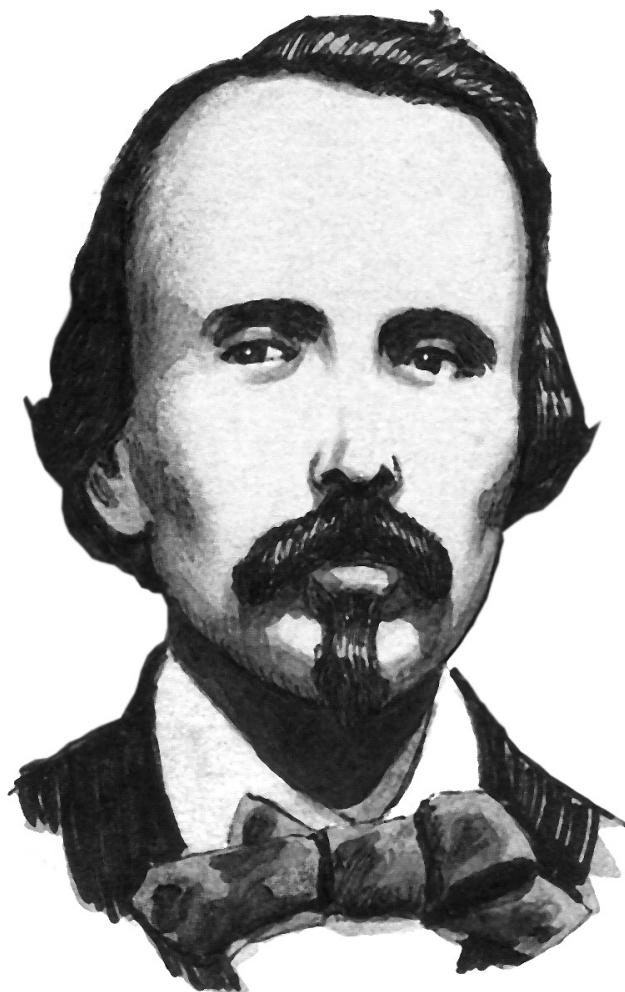
En la dirección inicial de la contienda figuraban destacados representantes del sector terrateniente de la región centro-oriental como Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, Pedro Figueredo, Vicente García, Donato Mármol, Ignacio Agramonte, Salvador Cisneros Betancourt y otros. Junto a ellos, emergieron en el fragor de la lucha valerosos jefes de extracción popular que representaban a los miles de esclavos, campesinos y otros grupos humildes incorporados a la guerra; entre ellos sobresalieron Antonio Maceo y sus hermanos, Guillermo Moncada, Quintín Bandera y muchos otros que alcanzaron un gran protagonismo al final de la contienda.



*El 10 de Octubre de 1868, Céspedes protagonizó el levantamiento armado.*

El grito de independencia del 10 de Octubre de 1868, encabezado por Carlos Manuel de Céspedes, mostró desde sus inicios el carácter revolucionario y los principios de justicia social del movimiento en el gesto patriótico de proclamar la lucha por la independencia, otorgar la libertad a sus esclavos, llamarlos al combate o a permanecer libres en los campos de Cuba. Este hecho se complementaba con la declaración del *Manifiesto del 10 de Octubre*, donde se expresaron las causas del levantamiento armado y sus objetivos, entre ellos, la independencia nacional y el logro de plenos derechos y libertades para todos los ciudadanos, al igual que relaciones libres de comercio con todos los países del mundo y de solidaridad y respeto hacia los pueblos. Con respecto a la esclavitud se planteó la abolición gradual bajo indemnización al propietario, medida cautelar dirigida a obtener el respaldo de los ricos hacendados occidentales.

El *Manifiesto del 10 de Octubre* fue por su contenido un documento progresista y revolucionario, que llamaba a todos los cubanos a incorporarse a la lucha, por eso se convirtió en la declaración de independencia del proceso que se había iniciado.



*Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo.*

Rememorando aquella gesta heroica en uno de sus aniversarios, Martí, al referirse a la entereza de los patriotas cubanos que se alzaron en armas, señaló:

Aquellos padres de casa, servidos desde la cuna por esclavos, que decidieron servir a los esclavos con su sangre, y se trocaron en padres de nuestro pueblo; aquellos propietarios regalones que en la casa tenían su recién nacido y su mujer, y en la hora de transfiguración sublime, se entraron selva adentro, con la estrella a la frente; aquellos letrados entumidos que, al resplandor del primer rayo, saltaron de la toga tentadora al caballo de pelear; aquellos jóvenes angélicos que del altar de sus bodas o del festín de la fortuna salieron arrebatados de júbilo celeste, a sangrar y morir, sin agua y sin almohada, por nuestro decoro de hombres; aquellos son carne nuestra, y entrañas y orgullo nuestros, y raíces de nuestra libertad y padres de nuestro corazón, y soles de nuestro cielo y del cielo de la justicia y sombras que nadie ha de tocar sino con reverencia y ternura. ¡Y todo el que sirvió es sagrado!<sup>1</sup>

Tras el fracasado ataque a Yara y el triunfo alcanzado en el poblado de Barrancas, las bisoñas tropas de Céspedes se reorganizaron y llevaron a cabo, el 20 de octubre, la toma de Bayamo que constituyó uno de los hitos más importantes en el desarrollo de la guerra. El significado político-militar de esta acción puede apreciarse en los siguientes aspectos:

- El establecimiento de un gobierno provisional, que puso en práctica numerosas medidas políticas y militares dirigidas a consolidar el movimiento armado.
- Allí, en medio de grandes muestras de patriotismo, el pueblo, reunido alrededor de su creador, Perucho Figueredo, entonó el combativo *Himno de Bayamo*. Nació así nuestro himno nacional, cuyas notas a partir de ese momento presidirían todos los actos solemnes del movimiento independentista.
- Con esta victoria se continuó consolidando la preparación militar de las bisoñas fuerzas mambisas, para lo cual desempeñarían un

<sup>1</sup> José Martí: Discurso del 10 de octubre de 1891, *Obras completas*, tomo 4, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 259-260.

papel fundamental los dominicanos Máximo Gómez, Luis Marcano y Modesto Díaz.

- Allí en Bayamo, surgió el primer periódico revolucionario: *El cubano libre*, para divulgar el desarrollo de la gesta independentista.
- A su vez, se sumaron nuevos patriotas a la lucha, se obtuvieron recursos y pertrechos de guerra necesarios y creció el prestigio nacional e internacional del incipiente movimiento revolucionario.

Como respuesta a las acciones de las fuerzas españolas por recuperar la ciudad de Bayamo tuvo lugar uno de los combates más significativos en la historia del arte militar cubano: la primera carga al machete en las guerras por nuestra independencia, protagonizada por Máximo Gómez Báez, el 26 de octubre de 1868, en Venta del Pino, frente a una columna enemiga comandada por el coronel Demetrio Quirós Weyler (jefe del 7º regimiento Cuba), que había salido de Santiago de Cuba hacia esa ciudad.

El exitoso combate de Venta de Pino puso de manifiesto varias experiencias para el naciente arte militar cubano, entre ellas, el hábil empleo del terreno, la utilización de maniobras de engaño para atraer las fuerzas españolas al lugar de la acción, el logro de la sorpresa y de la iniciativa en el combate, y, sobre todo, el impetuoso y diestro empleo del machete como arma fundamental de los cubanos, cuestión que causó un gran impacto psicológico y desmoralizador en las filas del enemigo, quien pudo apreciar con terror los terribles efectos de aquellos medios de la branza convertidos en mortíferas armas blancas.

En comunicación enviada al capitán general de la Isla, el coronel Demetrio Quirós, se refirió con estas palabras al gran impacto causado por la sorpresiva carga de los cubanos: “Yo mismo he presenciado, excelente señor, el terrible momento en que el enemigo, esa sección armada de machetes de que hablé a V. E.; salió al camino y atacó con feroz empeño, machete en mano, esas dos compañías de la Corona y Cuba”.<sup>2</sup>

La ciudad de Bayamo no pudo ser conservada; pero sus patriotas, muchos enrolados en las filas del Ejército Libertador, demostraron un alto espíritu de cubanía al tomar la decisión de incendiárla el 12 de enero de 1869, para que esta no cayera en poder de los colonialistas.

<sup>2</sup> Centro de Estudios Militares de las FAR: *Historia militar de Cuba*, tomo 5, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2011, p. 337.

El 4 de noviembre de 1868, se produjo el levantamiento de los camagüeyanos en Las Clavellinas, dirigido por la Junta Revolucionaria local, que adoptó una forma de gobierno donde las cuestiones civiles y militares estaban divididas, y se encontraban las segundas subordinadas a las primeras. Más adelante, la estructura de dirección se perfeccionó en el Comité Revolucionario de Camagüey y, finalmente, acordó denominarse Asamblea de Representantes del Centro, dirigida por Salvador Cisnero Betancourt, Ignacio Agramonte y Loynaz, Eduardo Agramonte Piña, Francisco Sánchez Betancourt y el habanero Antonio Zambrana. El 26 de febrero de 1869, la Asamblea proclamó a través de un decreto, la abolición absoluta y definitiva de la esclavitud.

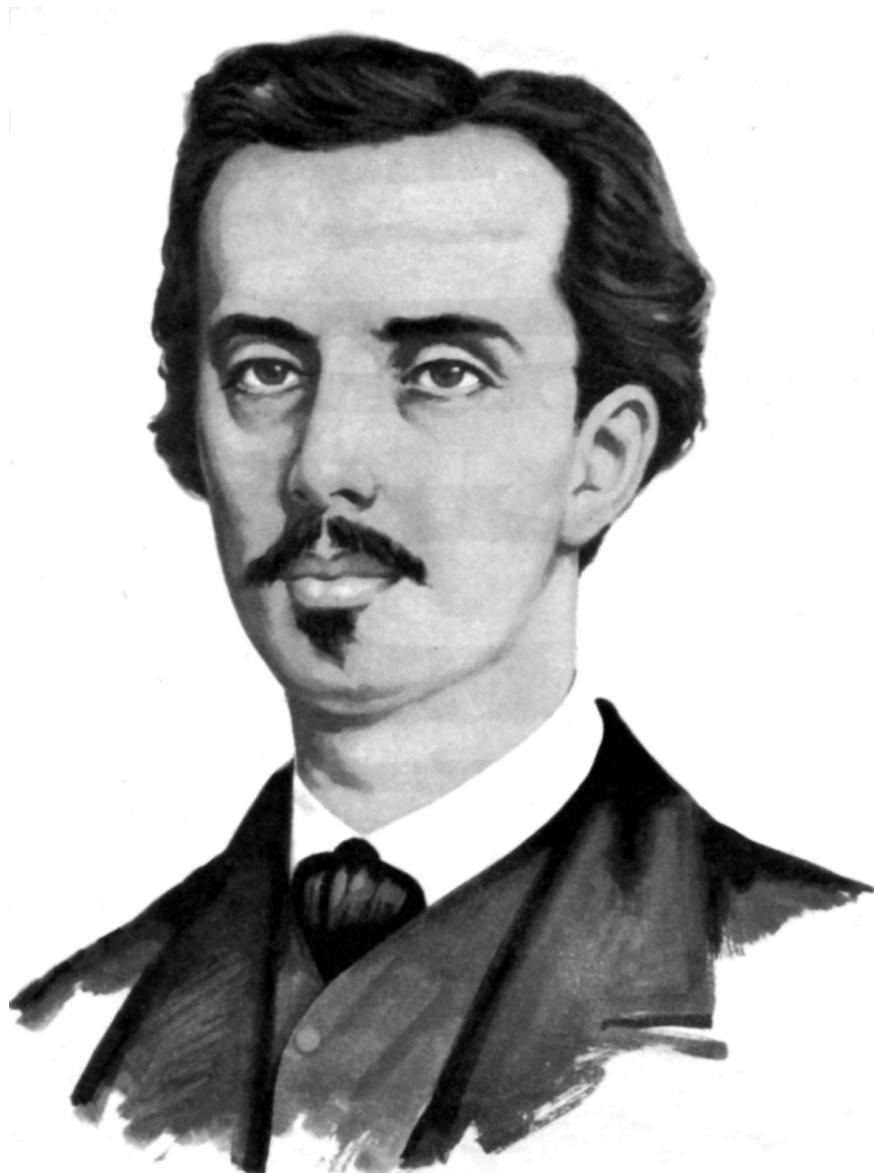
Los camagüeyanos, al no depender del trabajo esclavo, sino de la ganadería, eran más radicales con respecto a este problema cardinal dentro de la guerra, lo cual explica las contradicciones que se van originando con los patriotas de Oriente y de otras regiones del país.

El 6 de febrero de 1869, se produjo el levantamiento de Las Villas en el cafetal San Gil, Manicaragua, que estableció la división de las funciones civiles de las militares al estilo de los camagüeyanos y enarbó la bandera de Narciso López como enseña, al igual que los agramontinos. Los dirigentes de este movimiento fueron Miguel Jerónimo Gutiérrez, Eduardo Machado, Antonio Lorda, Tranquilino Valdés, Arcadio García y el polaco Carlos Roloff.

Insurrecionados los departamentos de Oriente, Camagüey y Las Villas, era necesario darle una unidad al movimiento revolucionario, con vistas a crear un plan general de las acciones a seguir; ello fue la causa y objetivo de la celebración de la Asamblea de Guáimaro, el 10 de abril de 1869. En ella se enfrentaron dos criterios: uno defendido por Agramonte y los camagüeyanos, que deseaban organizar una república con un poder civil supremo del que dependiera el ejército; el otro, representado por Céspedes y



*Miguel Jerónimo Gutiérrez.*



*Ignacio Agramonte y Loynaz, el Mayor.*

los orientales que propugnaban un gobierno centralizado desde el punto de vista político-militar.

En los debates de la Asamblea de Güaimaro triunfaron las concepciones de camagüeyanos y villareños. Fue adoptada una Constitución que normó la estructura del aparato de dirección de la naciente República de Cuba, sobre la base de la clásica división de poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial. El Ejecutivo radicaba en el presidente de la República, cargo para el que fue nombrado Carlos Manuel de Céspedes, quien sería auxiliado por cuatro secretarios de despacho para atender lo relacionado con la Guerra, Hacienda, Interior y Exterior; como tales, fueron elegidos Francisco Vicente Aguilera, Eligio Izaguirre, Cristóbal Mendoza y Eduardo Agramonte, respectivamente.

El poder Legislativo lo constituía una Cámara de Representantes, cuyos puestos fundamentales recayeron en manos de camagüeyanos y villareños, con Salvador Cisneros Betancourt como presidente, Miguel Jerónimo Gutiérrez, vicepresidente e Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana como secretarios; aunque el primero renunció para incorporarse al ejército.

En la forma de gobierno establecida, la Cámara de Representantes poseía amplios poderes. Entre sus múltiples funciones, podía nombrar y deponer al presidente, al general en jefe —para cuyo cargo había sido designado el general Manuel de Quesada—, y demás funcionarios. El aparato militar quedaba separado del civil y centrado en un general en jefe que tenía una doble subordinación, pues era nombrado por la Cámara y además tenía que rendir cuentas al presidente de la República.

Un análisis de la estructura creada permite corroborar que era poco viable para el desarrollo de la guerra, pues el presidente veía limitadas sus funciones por la fiscalización constante que sobre ellas ejercía la Cámara, cuya legislación podía ser aprobada sin la definitiva sanción presidencial, en segunda opción. Los militares con una doble subordinación; pero en la práctica sujetos a las decisiones del Órgano Legislativo, no tenían posibilidad de movimiento y de acción, lo que obstaculizaba, como sucedió en la realidad, el desarrollo exitoso de las acciones militares y constituía un germen de contradicciones con el poder civil, que se mantuvo latente y se acrecentó durante la contienda.

En el curso de la guerra se fue gestando y desarrollando el arte militar cubano que tuvo como fuentes principales las propias experiencias

combativas acumuladas en el país desde la conquista y colonización hasta los albores de la Guerra de los Diez Años, así como las mejores experiencias derivadas de otros conflictos y guerras desarrollados en América y en Europa, entre ellos, la lucha del pueblo español contra la ocupación francesa; las guerras de independencia de Hispanoamérica; las Guerras Carlistas, en España; la Guerra de Secesión de Estados Unidos; la de restauración en Santo Domingo y la de México contra la ocupación francesa.

El arte militar del Ejército Libertador se fue forjando en sucesivas etapas de surgimiento, definición y desarrollo.

Al inicio de la contienda, desde el punto de vista del arte militar, sus principales dirigentes no poseían ni en el plano teórico ni en la actividad práctica los conocimientos requeridos para organizar, desarrollar y conducir con eficacia la lucha armada. Por ello, el aprendizaje se fue adquiriendo en la cruenta y rigurosa escuela de las acciones combativas, las cuales fueron aportando la solución a los múltiples problemas existentes, entre ellos, qué formas organizativas eran más convenientes para las unidades; qué composición de las armas era la más adecuada según las características del terreno donde debían actuar; qué procedimientos para el empleo de las tropas arrojaban mayores dividendos; qué tipo y modalidad del combate era preferible en cada caso; cómo aprovechar el terreno y el clima de la mejor manera; de qué forma utilizar con la mayor eficiencia el armamento y los hombres de que se disponía; cómo abastecerse de armas, municiones, víveres, vestuario y medicamentos; de qué procedimientos valerse para organizar y realizar los aseguramientos combativos; cómo proteger a la población civil, y cómo ejecutar la dirección estratégica de la lucha armada.

Hay una siguiente etapa que puede denominarse como de definición del arte militar que no resulta homogénea en el tiempo para los tres territorios insurreccionados. Durante ella, los patriotas cubanos, en su duro enfrentamiento a la ofensiva española, que llevaba la iniciativa estratégica y táctica, depuraron las formas y procedimientos de lucha de aquellos aspectos ajenos a sus realidades y generalizaron las mejores experiencias para imponerle al enemigo el tipo de guerra más adecuado.

La tercera fase que puede calificarse de desarrollo del arte militar se extiende, sobre todo, a partir de 1871 y hasta el final de la guerra, y se caracteriza por la aparición de acciones combativas de gran envergadura y victoriosas para los mambises; por la preparación y con-

ducción de una operación estratégica de gran alcance, como fue la invasión a Las Villas y de varias campañas exitosas realizadas de forma simultánea. A lo largo de esta etapa, la iniciativa estratégica y táctica perteneció a los mambises y numerosos jefes se consagraron como brillantes tácticos y hasta estrategas, lo que manifiesta la existencia de un pensamiento militar sólido y seguro de sí mismo, y da cuerpo a un arte militar cubano que no fue derrotado en el campo de batalla.

En su formación desempeñaron un papel relevante Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Máximo Gómez, Antonio Maceo, Calixto y Vicente García, Federico Fernández-Cavada y otros destacados jefes militares cubanos. También fue enriquecido notablemente por la activa participación de numerosos combatientes internacionalistas que, procedentes de diversos países, vinieron por su propia cuenta a pelear al lado de nuestro pueblo por su independencia. Símbolo de todos ellos fue el ilustre jefe militar de origen dominicano, Máximo Gómez Báez, uno de los principales artífices del arte militar cubano y maestro de los más notables jefes en el transcurso de la contienda.

El Ejército Libertador, al no contar con suficientes recursos económicos y militares para derrotar en una confrontación regular al ejército español, supo asimilar el método de la lucha armada popular, es decir, el método irregular, empleado por otros pueblos, como el español contra las fuerzas napoleónicas y por los patriotas hispanoamericanos, especialmente los dominicanos, contra el propio ejército hispano, lo que le permitió compensar la desventajosa correlación numérica, táctico-técnica y logística con relación al enemigo. Al respecto, el presidente Céspedes, en carta del 10 de agosto de 1871, dirigida a Charles Sumner, escribió:

Acomodada a la configuración y topografía del terreno, despo blada y con inmensos bosques, siendo la lucha de un pueblo entero en sus diversas clases sociales contra el poder que lo opprime, abundante en recursos, de que aquel escasea, forzosamente tiene que revestir la especial forma por la cual nuestra misma madrasta rechazó la invasión de Napoleón I, México venció a Francia y Santo Domingo, nuestra vecina, a España ayer todavía.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo: *Carlos Manuel de Céspedes. Escritos*, tomo II, La Habana, 1974, p. 216.

Como concepción estratégica, se planteó la necesidad de emprender una guerra prolongada, en la que lo fundamental fuera siempre causarle las mayores pérdidas al adversario dondequiera que se hallara, tanto en su fuerza viva como en la base económica que sustentaba el poderío militar español y, para ello, mantener la iniciativa y la ofensiva; combatir solo cuándo y cómo convenía y, en caso contrario, eludir el combate o salir de él; hostigar de día y de noche las tropas colonialistas, obligarlas a realizar largas marchas inútiles, llevarlas hacia los insalubres pantanos y quebrantar su voluntad de lucha al forzarlos a enfrentar a un enemigo que estaba en todas partes y en ninguna.

Las victoriosas acciones del Ejército Libertador frente a las tropas del régimen colonial pusieron de manifiesto no solo la aplicación creadora de los principios del arte militar de la época, sino, además, el empleo novedoso de un conjunto de procedimientos combativos, entre los que se destacaron las cargas al machete, la utilización de la tea incendiaria, el empleo de las emboscadas en todas sus formas, el amplio uso de estrategias, el asalto a poblados, convoyes, fuertes y otras posiciones, así como las acciones de hostigamiento constante a las fuerzas españolas.

El aprovechamiento eficiente del medio adverso a los soldados europeos, pasó a formar parte de la concepción de lucha del Ejército Libertador. En tal sentido, el soldado mambí supo convertir en poderosos aliados, a veces más mortíferos y eficaces que el armamento que poseía, la campiña agreste, el monte áspero, las insalubres ciénagas, las montañas y cuevas, los aguaceros pertinaces, el calor, las plagas y otros elementos propios del medio cubano. El dominio de este factor convirtió al soldado mambí en dueño de la situación y en un adversario muy difícil de vencer. El mayor general Máximo Gómez, escribió al respecto:

El combatiente amó la montaña, el matorral, la sabana; amó las palmas, el arroyo, la vereda tortuosa para la emboscada; amó la noche oscura, lóbrega para el descanso suyo y para el asalto al descuidado o vigilado fuerte enemigo.

Amó más aún la lluvia que obstruía el paso al enemigo y denunciaba su huella; amó el tronco en que hacía fuego a cubierto y certero; amó el rifle, idolatró al caballo y al machete. Y cuando tal amor fue comprendido y supo acomodarlo a sus miras y propósitos, entonces el combatiente se sintió gigante y se rió de España. España estaba perdida.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Centro de Estudios Militares de las FAR: *Historia militar de Cuba*, tomo 2, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2004, pp. 385-386.

Todo esto permite afirmar que, a pesar de la enorme desproporción técnico-militar entre ambos bandos, de la estrecha insularidad del teatro de operaciones militares, del aislamiento internacional que sufrió el esfuerzo independentista cubano y de la abierta hostilidad de Estados Unidos, el Ejército Libertador pudo haber derrotado a su antagonista español. Sin embargo, la claudicación de la clase social llamada a encabezar la revolución y las manifestaciones de otros fenómenos negativos, como veremos más adelante, no permitieron entonces alcanzar la victoria por la que tanta sangre se derramó.

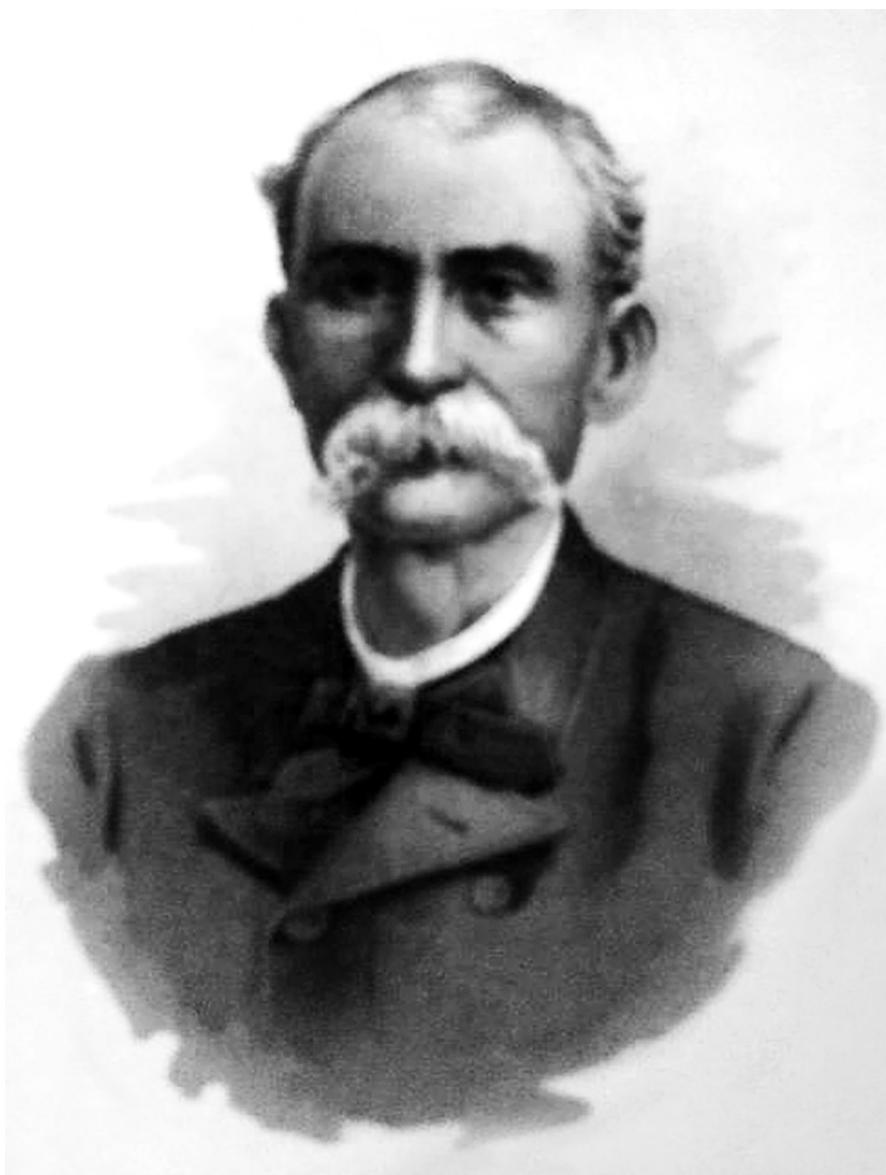
Estos conceptos de llevar a cabo la guerra se materializaron fundamentalmente en la etapa de desarrollo del arte militar cubano que se inició, sobre todo, a partir de 1871 cuando el campo insurrecto pudo desplegar una ofensiva militar que incluyó acciones combativas de envergadura entre las que se destacaron el rescate de Sangüily (1871), la invasión y Campaña de Guantánamo, (1871-1872), la Campaña del Camagüey (1873-1874) y el mayor esfuerzo militar de la guerra que fue la operación estratégica de la invasión y Campaña de Las Villas.

Sin embargo, la existencia de un conjunto de aspectos negativos, algunos de los cuales operaban desde los inicios de la guerra, fue quebrantando la unidad revolucionaria y allanó el camino para el fracaso del movimiento independentista.

En San Agustín del Brazo, el 8 de febrero de 1878, se disolvió la Cámara de Representantes, de la que era presidente Salvador Cisneros Betancourt. En su lugar se creó el llamado Comité del Centro, que fue designado para ultimar las negociaciones de paz con España, en representación del pueblo camagüeyano. Sus integrantes fueron los brigadiers Manuel Suárez y Rafael Rodríguez; los coroneles Juan Bautista Spotorno y Emilio Luaces, el teniente coronel Ramón Roa, el comandante Enrique Collazo y el diputado Ramón Pérez Trujillo.

El 10 de febrero de 1878 fue firmado con el general español Arsenio Martínez Campos el Pacto del Zanjón, virtual capitulación de las armas insurrectas sin que se hubieran alcanzado los principales objetivos del movimiento revolucionario: la independencia nacional y la abolición de la esclavitud. Según Martí, “Nuestra espada no nos la quitó nadie de la mano, sino que la dejamos caer nosotros mismos”.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> José Martí: *Obras completas*, tomo 4, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 248.



*Mayor general Máximo Gómez Báez.*

La espada se había dejado caer y era necesario poner en el brazo fuerza suficiente para que nunca más cayera la espada.

Como respuesta al Pacto del Zanjón se produjo la gloriosa Protesta de Baraguá, el 15 de marzo de 1878, protagonizada por el mayor general Antonio Maceo Grajales junto a Manuel Calvar, Félix Figueiredo y otros patriotas, quienes exigieron a España la independencia de Cuba y la abolición de la esclavitud, objetivos por los cuales los cubanos habían peleado durante diez años.

### *Principales causas del fracaso de la guerra*

Las causas del fracaso de la guerra fueron varias y de diversa índole. En su transcurso intervinieron numerosos aspectos socioeconómicos, políticos y militares que influyeron negativamente en los orígenes, desarrollo y desenlace del conflicto. A continuación se señalan aquellos que en nuestra opinión tuvieron un mayor peso, entre ellos se destacan los siguientes:

1. LA GUERRA NO LOGRÓ INCORPORAR LA REGIÓN OCCIDENTAL, IMPORTANTE FUENTE DE INGRESOS Y ENORME POTENCIAL ECONÓMICO PARA EL GOBIERNO COLONIAL

La política española perjudicaba a todos los terratenientes cubanos; sin embargo, las diferencias económicas entre los hacendados de la región occidental y los de la centro-oriental del país fueron determinantes en las posiciones políticas adoptadas por ellos en la lucha por la independencia.

Los criollos esclavistas occidentales, además de contar con extensas plantaciones cañeras y grandes contingentes de esclavos, disponían de superiores recursos para tecnificar la industria. En este territorio existía el número más elevado de ingenios con máquinas de vapor, la mayor producción azucarera y la capacidad de resistencia ante la política económica de la metrópoli.

Aunque parezca contradictorio, durante casi todos los años de la guerra hubo, en especial en el occidente de la Isla, un aumento de la producción azucarera con relación a la de 1867 y donde no ocurrió así, se estuvo muy cerca de lo producido en el año citado. Esto se debió, en lo fundamental, a que los ingenios destruidos en la contienda (los de la zona centro-oriental), eran los más atrasados en el orden técnico y los de



*General Antonio Maceo, el Titán de Bronce.*

menor producción; mientras que los ingenios occidentales, que apenas sufrieron los embates de la guerra, estaban dotados con la tecnología más avanzada y fueron capaces de suplir con creces el déficit de la región oriental.

Los hacendados de esta zona conocían que con la guerra se expónian a perder sus cuantiosas riquezas y privilegiada posición social. Sus intereses de clase los condujeron a adoptar posiciones conservadoras y de rechazo a la lucha independentista.

Por otra parte, en la región occidental se encontraba la sede del gobierno colonial y la metrópoli concentraba su mayor poderío e influencia, así como la mayor parte de sus funcionarios políticos, administrativos y fuerzas militares.

Pese a los esfuerzos de los patriotas cubanos desde los inicios de la guerra por llevarla a occidente, este territorio siguió siendo un baluarte del colonialismo y una importante fuente de sus ingresos.

## 2. CREACIÓN DE UNA FORMA DE GOBIERNO INADECUADA PARA LA DIRECCIÓN DE LA GUERRA Y LA CONDUCCIÓN DE LAS OPERACIONES MILITARES

En la Asamblea de Guáimaro se estableció una forma de gobierno que no fue la más adecuada para la dirección de la guerra y la conducción de las operaciones militares. En tal sentido, la Cámara de Representantes era el máximo órgano legislativo, con amplios poderes sobre el ejecutivo y el mando militar. Entre sus múltiples funciones podía nombrar y deponer al presidente, al general en jefe del ejército y demás funcionarios de la República. Tal estructura limitó al máximo las funciones del presidente y del mando militar, quienes se vieron constantemente fiscalizados por dicho órgano.

Unido a las posiciones civilistas de los diputados y al temor de que el presidente Céspedes se erigiera dictador, la Cámara impidió a este y al general en jefe conducir la guerra con las atribuciones y operatividad que eran imprescindibles; interfería de manera permanente en la dirección de la lucha armada y limitó el ejercicio del mando por los principales jefes, entorpeciendo y frenando en muchas ocasiones los planes estratégicos, las operaciones militares y su conducción. El ejercicio del mando único, cuestión esencial en la dirección de la guerra y de las acciones militares, estuvo notablemente afectado. Luego de la destitución del general Manuel de Quesada, existió una gran inestabilidad y quedó un vacío en el desempeño del cargo de general en jefe del Ejército Libertador.

En los preparativos de la nueva contienda por la independencia nacional, José Martí, no dejó de señalar los aspectos negativos de la forma de gobierno adoptada en Guáimaro. Al respecto apuntó:

El 10 de abril, hubo en Guáimaro Junta para unir las dos divisiones del Centro y de Oriente. Aquella había tomado la forma republicana; esta la militar. Céspedes se plegó a la forma del Centro. No la creía conveniente; pero creía inconveniente las disensiones. Sacrificaba su amor propio lo que nadie sacrifica [...] La Cámara, ansiosa de gloria pura, pero inoportuna, hacía leyes de educación y de agricultura, cuando el único arado era el machete; la batalla, la escuela; la tinta, la sangre. Y venía el veto [...] que instituyó la forma militar. Él creía que la autoridad no debía estar dividida; que la unidad del mando era la salvación de la Revolución; que la diversidad de jefes, en vez de acelerar, entorpecía los movimientos. Él tenía un fin rápido, único: la independencia de la patria. La Cámara tenía otro: lo que será el país después de la independencia. Los dos tenían razón; pero, en el momento de la lucha, la Cámara la tenía segundamente.<sup>6</sup>

### 3. GRAVES MANIFESTACIONES DE DISCREPANCIAS Y FRICCIONES ENTRE LA CÁMARA DE REPRESENTANTES Y EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA

Las discrepancias y fricciones entre la Cámara de Representantes y el Gobierno fueron muchas. Solo citaremos algunas ocurridas bajo la presidencia de Céspedes para acercarnos a la problemática creada.

<sup>6</sup> Julio Le Riverend Brusone: *La Revolución de 1868*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968, p. 197.

- El justo voto presidencial al Reglamento de Libertos que había propugnado la Cámara en julio de 1869 y que normaba la libertad que se había otorgado al negro esclavo en Guáimaro.
- La deposición del general en jefe Manuel de Quesada, el 17 de diciembre de 1869 al reclamar este una mayor autonomía para el desempeño del aparato militar ante las necesidades de la guerra.
- La decisión de Céspedes de aplicar la tea incendiaria a las propiedades de aquellos que pagaban los impuestos a España y, con ello, contribuían a prolongar la guerra. Esta determinación contó inicialmente con la oposición de los miembros de la Cámara que provenían del sector terrateniente y que no entendían la necesidad de la guerra total.
- La oposición de Céspedes a la creación de un nuevo cargo civil, no establecido en Guáimaro, el de vicepresidente de la República que fue aprobado por la Cámara en febrero de 1870. Con ello se creaban condiciones para la sustitución presidencial en caso de deposición; aunque es cierto que en el de muerte brindaba estabilidad al gobierno.
- La decisión tomada por Céspedes, a mediados de 1871, de enviar a Aguilera al exterior para resolver en la emigración el apoyo a la Revolución, obligó a la Cámara a establecer que su presidente sería quien asumiría el cargo si se daba el caso de que le ocurriera algo al Ejecutivo.
- El rechazo de Céspedes a las sucesivas reducciones del quórum cameral. Debido a las condiciones de la guerra, de los 20 representantes estipulados por la Ley Electoral para declarar la existencia de quórum, en 1872 fue considerado con la asistencia de siete y poco después de cinco.

El hito más nefasto de estas contradicciones fue la deposición del presidente Céspedes el 27 de octubre de 1873, en Bijagual, Jiguaní, Oriente, ante numerosas acusaciones de la Cámara. Fue un hecho sumamente bochornoso y, tal vez, el de más graves consecuencias para el futuro de la guerra.

Después de la destitución de Céspedes, se creó una inestabilidad tal en el Ejecutivo que los nombramientos de presidentes fueron sucedidos por el desacato de los jefes militares. También es cierto que no cesaron las trabas legales a los jefes que entorpecían el desarrollo de las acciones militares y con ello el curso de la contienda.

#### 4. CAÍDA EN COMBATE DE LOS PRINCIPALES DIRIGENTES DE LA REVOLUCIÓN Y FALTA DE LIDERAZGO AL MORIR ESTOS.

En el contexto general de las contradicciones y fricciones que sucedieron durante la Guerra de los Diez Años se destacan las rivalidades y diferencias de criterios que existieron entre las dos figuras más importantes del campo insurrecto: Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte Loynaz. Las divergencias se centraban básicamente en la no coincidencia de criterio en cuanto a las formas y métodos de dirección revolucionaria que ambos sostenían desde los inicios de la lucha armada.

Sin embargo, en el transcurso de la propia guerra, se fueron limando las asperezas entre ambos próceres. La mayor edad y madurez de Céspedes con relación a Agramonte, sus cualidades políticas y humanas, unidas al patriotismo y grandes virtudes del segundo, fueron creando un entendimiento entre los dos y propiciaron el acercamiento. No son pocos los hechos que avalan el espíritu cohesionador de Céspedes, así como la posterior comprensión por parte de Agramonte de la necesidad de acercarse al Padre de la Patria en aras de la necesaria unidad. El gran líder camagüeyano evolucionó de sus posiciones románticas iniciales hacia el entendimiento con el presidente, prueba de ello es el hecho de que el 13 de enero de 1871, el Mayor aceptó la propuesta de Céspedes de reasumir el mando de Camagüey.

Un año después se hizo más evidente la coincidencia de los dos grandes del campo insurrecto al ser nombrado Agramonte como jefe de las tropas de Las Villas el 10 de mayo de 1872 —manteniendo también el mando del Camagüey— y recibir la orden de propiciar la invasión a Las Villas que se encontraba muy afectada por el regionalismo.

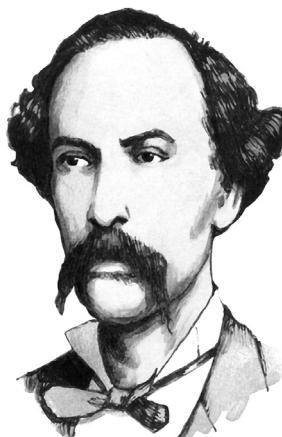
El 11 de mayo de 1873, en el momento en que el mayor general Ignacio Agramonte se encontraba organizando las tropas para realizar dicha invasión y cuando, según todo indicaba, iba a ser designado jefe del Ejército Libertador, se produjo su caída en combate en los campos de Jimaguayú. Su muerte constituyó un golpe demoledor para la revolución, pues se perdía uno de los jefes más capaces, con cualidades para ejercer tanto el mando político como el militar. A lo planteado hay que añadir que con la ausencia de Agramonte quedaba expedito el camino a la Cámara para arremeter contra Céspedes, cuya figura se vio constantemente cuestionada por las intrigas de los integrantes del órgano legislativo, quienes lograron convencer a importantes jefes militares sobre la necesidad de deponerlo.

Lamentablemente los mayores generales Vicente García, Calixto García, Francisco Vicente Aguilera y otros dieron su apoyo a la Cámara para la sustitución del Padre de la Patria. Con la deposición de Céspedes, la revolución sufrió una herida mortal. Poco tiempo después, el 27 de febrero de 1874, el iniciador de la lucha, prácticamente abandonado por el Gobierno, murió combatiendo a los españoles en la zona de San Lorenzo. En lo adelante se sucedieron las más graves sediciones, motines y otras formas de desacato al Gobierno de la República en Armas, sin que existiera un liderazgo político y militar que las detuviera.

## 5. MANIFESTACIONES DE REGIONALISMO, CAUDILLISMO E INDISCIPLINAS MILITARES

A lo largo de la contienda, sobre todo a partir de la muerte de las principales figuras dirigentes, ocurrieron numerosas manifestaciones de regionalismo, caudillismo e indisciplinas que fueron minando la unidad revolucionaria. Entre los hechos más graves se cuentan:

- La sedición del teniente coronel José Sacramento León, Payito, jefe tunero, que el 27 de marzo de 1874, se negó a aceptar el mando del general Calixto García y exigió la jefatura del general Vicente García. Por esta indisciplina, la Cámara de Representantes no sancionó al infractor con la severidad que exigían las leyes militares para tales casos.
- La sedición de Lagunas de Varona, el 26 abril de 1875, auspiciada por el general Vicente García, con la participación de otros jefes militares subordinados. Este movimiento afectó notablemente el envío de refuerzos al occidente del país y colocó en crisis la principal operación estratégica de la guerra, es decir, la invasión a las provincias occidentales.
- La falta de apoyo a la lucha en Las Villas y el movimiento regionalista ocurrido en esa provincia, que exigió la retirada de los jefes no villareños, incluido el propio general Máximo Gómez, quien junto



General Vicente García,  
el León tunero.

a otros jefes se vio obligado a entregar el mando en octubre de 1876.

- La sedición de Santa Rita, en mayo de 1877, promovida también por el general Vicente García, esta vez con consecuencias mucho más graves para el curso ulterior de la lucha revolucionaria ya que el movimiento insurreccional atravesaba momentos muy difíciles.
- La proclamación de Holguín, en septiembre de 1877, como cantón independiente, es decir territorio fuera de todo control por la República de Cuba en Armas, bajo el liderazgo del diputado José Enrique Collado.
- El inicio de conversaciones de paz por determinados jefes locales y la abolición del Decreto Spotorno —establecido durante el gobierno interino de Juan Bautista Spotorno, el 29 de junio de 1875—, para sancionar con la pena de muerte a todo aquel que llevara al campo insurrecto propuestas de paz que no estuvieran basadas en la independencia.

Para estos años, el desorden y las indisciplinas habían minado el campo insurrecto. Al valorar la crítica situación en el territorio central, el general Máximo Gómez, anotó en su *Diario de campaña*:

Nótese lo siguiente, que hace como cuatro meses que por más que me esfuerzo en hacer marchar la revolución adelante, ya que por decirlo así le hemos abierto las puertas a occidente, todos mis esfuerzos se estrellan en el desorden, o la indisciplina y el desorden.

Puede decirse que hace cuatro meses que vivo marchando y contramarchando sin hacer otra cosa que organizar o como vulgarmente se dice luego “atajando pollos”.

He tomado mientras tanto, todas las medidas que me han sido oportunas para sostener el orden, pero todo será inútil, porque los villareños son ingobernables por jefes que no sean de Las Villas [...] Y perdido el orden, no hay concierto ni armonía ni unión, desaparece la fuerza moral y material; principia la Revolución por estacionarse nuevamente y corre inminente peligro, pues el enemigo deberá aprovechar la desavenencia entre los mismos cubanos; lo que él pudiera conseguir a cualquier precio, los mismos

hijos de la tierra que pretenden libertarla de su tiranía se lo están proporcionando gratuitamente.<sup>7</sup>

## 6. NO SE PUDO LOGRAR EL OBJETIVO ESTRATÉGICO FUNDAMENTAL DE LA GUERRA

En el *Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba* que firmó Céspedes como general en jefe el 10 de octubre de 1868, se proclamaba la lucha armada para todo el territorio nacional. De ahí que las limitaciones en el planteamiento de la abolición de la esclavitud tuvieran el sentido estratégico de sumar a los hacendados de occidente a la Guerra. A pesar de estar definida la estrategia militar, esta no logró materializarse en el periodo 1868 a 1873 y posteriormente solo se manifestaría de forma parcial. Al analizar este factor, hay que considerar las constantes interferencias y entorpecimientos al desarrollo de las acciones militares por parte de la Cámara de Representantes.

Resulta evidente que la idea invasora existió desde muy temprano en el pensamiento de Céspedes y de varios de los principales jefes militares, así como la necesidad de crear un contingente para llevarla a cabo; pero su organización y realización se vieron frustradas en este intento inicial y en otros posteriores. Entre ellos, la expedición de Domingo Goicuría, al que Céspedes nombró jefe del Distrito Militar de Pinar del Río y dio la misión de desembarcar en el occidente de la Isla para insurreccionar esta parte de Cuba.

La estrategia invasora se implementó desde los primeros momentos de la Revolución, cuando el general Eduardo Mármol Tamayo presentó el primer plan invasor y comenzó a organizar un contingente de combatientes para marchar desde el valle del Cauto hasta La Habana y dar un golpe decisivo al colonialismo español. El jefe mambí concebía que su hermano, el general Donato Mármol, dirigiera la operación. Este plan se frustró por los resultados desfavorables de la guerra en sus primeros meses.

Desde 1871 hasta mayo de 1872, el Padre de la Patria dedicó un gran esfuerzo al proyecto invasor, captó políticos, alentó a militares, estudió proyectos y reunió recursos. Máximo Gómez fue uno de los jefes animados por Céspedes para ejecutar la estrategia invasora; refiriéndose a los

<sup>7</sup> Máximo Gómez: *Diario de campaña*, Instituto Cubano del Libro, Edición del Centenario, La Habana, 1968, p. 108.

encuentros que tuvo con Céspedes en el segundo semestre de 1871, Gómez apuntó:

En mis conferencias con el Presidente tratábamos del modo de hacer avanzar la Revolución hacia Occidente y recuerdo con placer las palabras del noble caudillo: Un millón de combatientes no bastarán para volver a la Revolución sus días de esplendor y se hace preciso que invadamos Las Villas. Desde entonces nació en mi ánimo el pensamiento de la invasión [...].<sup>8</sup>

En 1873, el Gobierno pretendió que Gómez con una pequeña y desabastecida columna realizara la invasión a Las Villas; aunque la dilación del inicio de la operación permitió que, bien por los movimientos de tropas y de oficiales o por alguna indiscreción, el mando español conociera de estos planes y tomara la decisión de enviar dos fuertes columnas de las tres armas, con dos generales de los más capaces al frente, para detener la fuerza del Generalísimo.

La columna cubana se vio obligada a librar los combates de Naranjo y Mojacasabe y, pocas semanas después, la batalla de Las Guásimas. Estas acciones, aunque victoriosas para las armas cubanas, obligaron al aplazamiento del movimiento invasor a causa de las bajas sufridas y el parque consumido. El general Gómez recibió la orden de que no podía realizar otro intento invasor sin la autorización del Ejecutivo.

Sim embargo, Máximo Gómez adoptó un nuevo plan y después de los preparativos necesarios, el 6 de enero de 1875, sin consultar con el Gobierno, realizó la hazaña de forzar la trocha de Júcaro a Morón y dio inicio a la invasión de Las Villas. El cruce de la columna insurrecta a tierras villareñas constituyó un golpe demoledor para el mando español. No obstante desarrollar una serie de combates exitosos y de haber creado una base de operaciones en esta región, Gómez necesitaba recibir refuerzos en hombres y suministro de municiones; pero estos no llegaron ni se comprendió la necesidad de apoyar al contingente invasor. Por las causas antes señaladas, la guerra no pudo alcanzar un entorno nacional.

<sup>8</sup> Salvador Morales: *Máximo Gómez. Selección de textos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, pp. 47-48.



*Batalla de Las Guásimas.*

## 7. FALTA DE AYUDA Y APOYO EXTERIOR

Desde los primeros años de la guerra, la emigración, con sede en Estados Unidos principalmente, atravesaba por una crisis de autoridad y prestigio que amenazaba con su disolución como cuerpo auxiliar del Ejército Libertador. Los antiguos reformistas, que habían asumido la representación del gobierno revolucionario en Estados Unidos, se enfrascaban en negociaciones para obtener la independencia por vía pacífica, mediante un arreglo con España y estaban esperanzados en que el conflicto pudiera terminar sin que la guerra se extendiese al occidente, donde radicaban sus propiedades. Por ello, a pesar de la constante exigencia de Céspedes, habían enviado muy pocos recursos a los insurrectos que luchaban con déficit de armas.

En diciembre de 1869, al ser depuesto Manuel de Quesada del cargo de general en jefe, fue comisionado por Céspedes para marchar al exterior y trabajar en la organización y traslado de expediciones que condujeran hombres, armamento y parque hacia Cuba. Quesada

correspondió a su confianza al remitir varios envíos a la Isla con breves intervalos de tiempo; pero su método y estilo de trabajo causó más daños que beneficios a la Revolución, ya que propició la división en la emigración que se fraccionó en aldamistas y quesadistas, dos grupos o tendencias que se desgastaban al combatir entre sí en reuniones, cartas y a través de la prensa.

A mediados de 1871, Céspedes envió a Francisco Vicente Aguilera con el fin de establecer la concordia, y ayudar a conseguir armas, municiones y otros recursos para la Revolución. Aguilera inició su labor con gran dedicación; pero pronto encontró resistencia más o menos encubierta de Miguel Aldama y las autoridades norteamericanas, que le dificultaban adquirir el financiamiento necesario para organizar las expediciones. En tanto, en mayo de 1871, Quesada logró hacer llegar la llamada “expedición venezolana de vanguardia” y otras dos menos importantes.

Al ser depuesto Céspedes como presidente, una de las primeras medidas de su sucesor, Salvador Cisneros Betancourt, fue quitarle la responsabilidad a Quesada al frente de la agencia en el extranjero y dárse la a Miguel Aldama, quien utilizó el nombre y prestigio de Aguilera para recaudar fondos que, al final, iban a sus manos sin que lograra cristalizar ninguna expedición.

Tanto Céspedes como Aguilera habían hecho grandes esfuerzos por obtener la cooperación de Aldama para remitir expediciones, ya que este rico hacendado habanero tenía gran ascendencia en la emigración. No obstante, al convencerse al presidente de su mala fe, había procedido a nombrar a Quesada en el cargo. Durante su gestión en el extranjero, Aguilera recibió en total 140 500 pesos y organizó cinco expediciones que fracasaron; pero no se puede decir nada que empañe su propósito de trabajar en pro de la independencia de Cuba.

La agencia en el extranjero estuvo prácticamente durante toda la guerra bajo la influencia de la burguesía occidental, que con su proyección reformista y anexionista propició la división en la emigración, las



*Francisco Vicente Aguilera.*

pugnas internas y el debilitamiento, en momentos en que se imponía la mayor unidad. La burguesía occidental escondía sus intereses clasistas y de grupo bajo un velo independentista; no permitía o entorpecía a las masas de la emigración el llevar a vías de hecho el apoyo material a quienes combatían en la Isla.

La agudeza política y visión objetiva de los revolucionarios en la manigua los había llevado a la convicción de que la Revolución debía cifrar sus esperanzas en sus propias fuerzas. Esta manera de pensar de Céspedes quedó reflejada en su diario el 29 de julio de 1872: “Lunes 29. Cumple hoy un año del desembarco de M. Agüero: es decir un año que no recibimos una libra de pólvora, ni un fusil, ni un hombre. ¡En tanto los enemigos han recibido de todo con abundancia. Y sin embargo, no nos han vencido!”<sup>9</sup>

Por su parte, Gómez escribió al respecto el 26 de junio de 1872: “Una fatalidad contagiosa que los de allende se olviden de los de aquende: Por esto y algo más predico a mis compañeros inmediatos de campaña, que lo mejor es, y lo primero, contar con nosotros mismos...”<sup>10</sup>

A los problemas de la emigración cubana para auxiliar la lucha armada en la Isla hay que añadir la política de permanente hostilidad y de obstáculos de todo tipo seguida por el Gobierno de Estados Unidos hacia el movimiento independentista, a la vez que trataba con España, y le ofrecía respaldo y ayuda con el objetivo de apoderarse de Cuba en su momento oportuno.

De esta política se percataron los principales dirigentes del movimiento independentista. Así, por ejemplo, el presidente Céspedes escribió al respecto: “Por lo que respecta a Estados Unidos tal vez esté equivocado, pero en mi concepto su gobierno a lo que aspira es a apoderarse de Cuba sin complicaciones peligrosas para su nación y, entretanto, que no salga del dominio de España”.<sup>11</sup>

#### 8. OFENSIVA POLÍTICO-MILITAR DE ESPAÑA ENTRE 1877-1878

Para estos años, la metrópoli española, luego de estabilizar su situación político-militar interna, envió hacia Cuba a uno de sus generales más experimentados, Arsenio Martínez Campos, quien, para derrotar la insurrección en la Isla, exigió plena autoridad, créditos ilimitados y

<sup>9</sup> Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo: Ob. cit., tomo I, p. 84.

<sup>10</sup> Vidal Morales: *Hombres del 68*, La Habana, 1972, p. 80.

<sup>11</sup> Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo: Ob. cit., tomo I, p. 84.

poderosas fuerzas veteranas de la última campaña desarrollada en suelo español. De esta forma, para 1877 quedó establecida la correlación de fuerzas más desfavorable para la Revolución en toda la guerra.

La cifra máxima de efectivos del enorme ejército de la metrópoli fue alcanzada el 1º de enero de 1877 en que ascendieron a 97 495 hombres. En ese mismo año se embarcaron para Cuba 17 278 que sumados a unos 40 000 voluntarios y 10 000 movilizados en momentos de urgencia, más algunos miles de guerrilleros, hacían un total superior a los 150 000 hombres sobre las armas al servicio de España, mientras que, por su parte, el Ejército Libertador, al decir del general Gómez: “En su época de más brillantez que fue la del año 1874 a 1875, el ejército pudo alcanzar a 7 000 hombres listos para el combate...”<sup>12</sup>

El debilitamiento de la unidad que se presentaba en el movimiento independentista fue aprovechado de forma astuta por el máximo jefe del ejército español. Su plan constaba de dos partes fundamentales: la primera, la utilización de una gran fuerza militar de más de 150 000 hombres desplegada en todas las regiones insurrectas; la segunda, la llamada campaña de pacificación, caracterizada por el ofrecimiento de garantías y gratificaciones a los insurrectos que depusieran las armas y, unido a ello, las proposiciones de paz al alto mando cubano.

Martínez Campos destituyó de sus cargos a todas las autoridades coloniales que tenían antecedentes de haber cometido robos, atropellos, asesinatos o se hubieran mantenido indolentes ante la acción desatinada de voluntarios y guerrilleros. El general español, también suspendió los fusilamientos de prisioneros de guerra y les entregaba tierra, dinero y aperos de labranza; en el caso de los oficiales del Ejército Libertador determinó que se les reembolsara el pago correspondiente a sus años de servicio de acuerdo con las leyes de la revolución. Puso en práctica, además, otras medidas dirigidas a socavar el espíritu de lucha de los patriotas, entre ellas, la posibilidad de salir hacia el extranjero a los combatientes o presentados que así lo desearan, libertad a los antiguos esclavos que combatían en las filas revolucionarias, supresión de las leyes de destierro y los bandos de reconcentración, concesión de indultos a los confinados y deportados a Isla de Pinos y tratamiento médico a los patriotas heridos.

Aunque en el orden militar esta campaña no pudo derrotar a los cubanos, la política de pacificación, de forma hábil y engañosa, logró minar a buena parte del campo insurrecto.

<sup>12</sup> Salvador Morales: Ob. cit, p. 80.

## 9. POSICIÓN DE LAS CLASES ECONÓMICAMENTE DOMINANTES ANTE LA GUERRA

La Guerra de los Diez Años, fue iniciada bajo la dirección del sector más radical de los terratenientes cubanos que se ubicaban en la región centro-oriental del país. Los intereses de los representantes más genuinos de esta clase se fundieron con los de las masas populares; ellos sacrificaron sus fortunas y muchos sus propias vidas por el logro de la independencia nacional. Sin embargo, los más poderosos y conservadores hacendados y terratenientes, asentados en el occidente, eran opuestos al movimiento independentista pues podía poner en peligro sus riquezas e intereses. Por ello, no vacilaron en alinearse junto al colonialismo español en el objetivo de conjurar la insurrección e impedir, con todos sus medios, recursos e influencias, la extensión de la guerra hacia las provincias de esta zona.

Por otra parte, en la región centro-oriental, la cruenta batalla había destruido la base económica de los terratenientes incorporados a la guerra y se apreciaba un notable deterioro de su empuje revolucionario. Por el contrario, la irrupción en la lucha de los sectores más humildes y de raíz popular definió a estos en la fuerza más radical del proceso independentista.

A partir de estas circunstancias, la dirección del campo revolucionario se polarizó en una tendencia conservadora, vacilante y claudicante, sustentada por los terratenientes y sus representantes en las filas insurrectas mientras que la más radical y revolucionaria estaba liderada por jefes de extracción popular.

A raíz del Pacto del Zanjón, el desaliento y desconcierto existente, unido a la ofensiva política y militar de la metrópoli española, puso de manifiesto el derrumbe de la dirección terrateniente en la guerra. Junto a ello, el hecho más glorioso de respuesta al pacto, es decir, la Protesta de Baraguá, representó el ascenso de los sectores populares.

José Martí, en certero resumen de las causas más importantes que dieron al traste con la Guerra de los Diez Años, apuntó:

Descansó en el triste febrero la guerra de Cuba y no fue para mal, porque en la tregua se ha sabido cómo vino a menos la pujanza de los padres, cómo atolondró al espantado señorío la revolución franca e impetuosa, cómo con el reposo forzado y los cariños se enclavó el peleador en su comarca y aborrecía la pelea lejos

de ella, cómo se fueron criando en el largo abandono las cabezas tozudas de localidad, y sus celos y sus pretensiones, cómo vició la campaña desde sus comienzos y dio la gente ofendida al enemigo, aquella arrogante e inevitable alma de amo, por su mismo sacrificio más exaltada y satisfecha, con que salieron los criollos del barracón a la libertad. Las emigraciones se habían de purgar del carácter apegadizo y medroso, que guió flojamente, y con miras al tutor extranjero, el entusiasmo crédulo y desordenado. La pelea de cuartón por donde la guerra se fue desmigajando, y comenzó a morir había de desaparecer en el sepulcro de unos y en el arrepentimiento de otros, hasta que en una nueva jornada todos los caballos arremetiesen a la par. La política de libro y de dril blanco, había de entender que no son de orden real los pueblos nacientes, sino de carne y hueso, y que no hay salud ni belleza mayores como un niño al sol, que las de una República que vive de su agua y de su maíz, y asegura en formas moldeadas sobre su cuerpo y nuevas y peculiares como él, los derechos que perecen o estallan en sangre venidera, si se los merma con reparos injustos y meticulosos o se le pone un calzado que no le viene al pie.<sup>13</sup>

En el discurso por el centenario de la Protesta de Baraguá, Fidel Castro también reflexionó acerca del fracaso de la guerra:

Muchas pueden ser consideradas las causas de que en aquellas circunstancias nuestro pueblo no hubiese podido conquistar la independencia. Tal vez pueda ser más fácil ahora juzgar los hechos; tal vez pueda ser más fácil hacer el papel de críticos. A la distancia, se puede apreciar que, por ejemplo, cuando los cubanos se levantaron en armas, no poseían absolutamente ninguna experiencia militar, ni política. La organización que dieron al ejército y a la República en Armas era compleja. Tal vez no era la que más se adaptaba a aquellas circunstancias. En medio de la guerra desarrollaron una Asamblea Constituyente, algo verdaderamente extraordinario y noble. De aquella

<sup>13</sup> José Martí: *Obras completas*, tomo 4, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 446.

Asamblea surgió una forma de república, un gobierno, una cámara de representante. Y tal vez aquella forma de organización no era la más adecuada para organizar y dirigir la guerra. Pero en aquellos tiempos eran los conocimientos que ellos poseían, las ideas prevalecientes, y cada uno de aquellos hombres imaginaba estar cumpliendo con su deber revolucionario y patriótico de la forma más cabal [...] El sentimiento nacional no estaba realmente forjado. Y fue precisamente aquella Guerra de los Diez Años la que contribuyó a consolidar definitivamente un espíritu nacional. Entonces existían todavía muchos localismos. Era difícil movilizar fuerzas de una provincia a otra, de una jurisdicción a otra. Los jefes de los distintos cuerpos armados de cada región muchas veces eran algo así como paladines o caudillos de aquellos combatientes. Y los patriotas se enfrentaron con aquellas realidades, con un fuerte regionalismo, un fuerte localismo, que dificultaban la marcha de las operaciones militares.<sup>14</sup>

### *Significado histórico de la Guerra de los Diez Años y principales experiencias*

La guerra no concluyó con la victoria de los cubanos fundamentalmente por causas políticas, es decir, brotes de regionalismo, divisionismo, indisciplinas y errores.

No obstante, aquella década heroica tuvo un gran significado histórico y legó al pueblo cubano un conjunto de experiencias para las ulteriores luchas independentistas. El régimen esclavista recibió un golpe contundente al que no pudo sobrevivir por mucho tiempo y quedó abolido en 1886.

La Guerra de los Diez años constituyó un hito trascendente en el proceso de integración de la nación cubana. Sus iniciadores, como Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, Ignacio Agramonte, Salvador Cisneros Betancourt, y otros muchos representaron desde el comienzo los intereses del pueblo-nación, incluidos los esclavos, y sacrificaron sus familias, sus fortunas y sus vidas en el combate contra el colonialismo español. Al respecto, Céspedes escribió a su esposa Ana de Quesada: “Salvarnos y salvar la patria, que tiene que perecer si se deja al

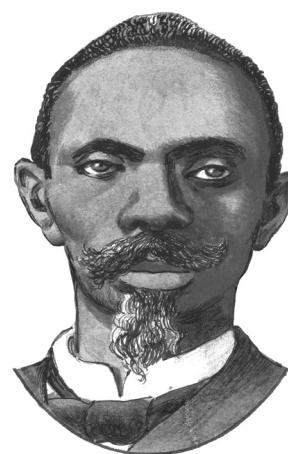
<sup>14</sup> Fidel Castro Ruz: Ob. cit.

arbitrio de los que no miran más que mezquinos y particulares intereses, sacrificando los más sagrados para alcanzar un puesto o saciar una venganza”.<sup>15</sup>

Por otro lado, no debe concebirse la participación de esclavos, negros y mulatos como entes pasivos que fueron arrastrados a la guerra por el impulso revolucionario de los sectores blancos más radicales, quienes liberaron a sus siervos y los invitaron a la lucha. Ello desconocería las causas, objetivos y proyecciones del amplio movimiento conspirador llevado a cabo por esclavos, negros y mulatos desde mucho antes del estallido del 10 de Octubre de 1868, así como la importancia ya adquirida por este grupo en la sociedad, cuestión que explica el rápido ascenso otorgado por los dirigentes a los hombres de piel oscura en altas jerarquías del Ejército Libertador, incluido el grado de mayor general conferido a Antonio Maceo en 1877 y el de general de brigada a Guillermo Moncada y Flor Crombet, en 1878. En general, los mambises negros llevaron sobre sus hombros un peso importante de lucha y sacrificio en el desarrollo de la guerra. Numerosos jefes negros se convirtieron en líderes naturales que eran reconocidos y acatados en las diferentes regiones y comarcas.

El 10 de abril de 1869, como se señaló antes, se produjo un hecho trascendente al iniciar sus sesiones la histórica Asamblea de Guáimaro. ¿Qué significado tuvo ese acontecimiento en el proceso de integración de la nación cubana? Dentro de los aspectos más sobresalientes deben destacarse los siguientes:

- Por primera vez, patriotas de varias regiones se reunían para unir esfuerzos a favor de la unidad revolucionaria, unificar los contingentes armados en el Ejército Libertador y reafirmar la decisión de eliminar el yugo colonial español sobre Cuba a través de la lucha armada.



General Guillermo Moncada.

<sup>15</sup> Carlos Manuel Céspedes: *Cartas de Carlos Manuel de Céspedes a su esposa Ana de Quesada*, La Habana, 1964, p. 124.

- La Constitución de Guáimaro consagró la igualdad jurídica, la libertad política y la confraternidad étnica en las relaciones entre los seres humanos. Al plantearse que todos eran enteramente libres, se dejaba sentada la necesidad de eliminar el flagelo de la esclavitud. Por primera vez todos eran reconocidos como cubanos, independiente de la condición social, racial, regional o ideológica.
- Quedó constituida la República en Armas y se estableció la forma de gobierno que debía dirigirla.
- Se adoptaron los principales símbolos de la nación cubana. Con respecto a la bandera nacional, se escogió el pabellón que inicialmente fue enarbolado por el anexionista Narciso López el 19 de mayo de 1850 en la ciudad de Cárdenas y con el que se habían alzado los patriotas camagüeyanos y villareños. Según Martí, el pabellón de Yara cedía por la antigüedad y la historia al pabellón ya saneado por la muerte del propio López y otros anexionistas. No obstante, se acordó que la bandera del 10 de Octubre estuviese junto a ella en el salón de sesiones de la Cámara y se considerara parte del tesoro de la República.
- En la histórica Asamblea se escuchó por primera vez el clamor de la mujer cubana, representada por Ana Betancourt, quien reclamó la emancipación femenina y manifestó la disposición de incorporarse a la lucha por la independencia.

Martí valoró positivamente el alcance y significado de lo que ocurrió en Guáimaro en aquellos días de abril. Sobre ello, escribió:

No tuvo Cuba día más bello que el 10 de abril de 1869. Allí venció un concepto de la revolución, rudimentario acaso, por ser ley que los pueblos no puedan pasar de la aspiración confusa de la servidumbre a la ciencia plena de la libertad; y quedó vencido otro concepto, más impetuoso sin duda, aunque no menos rudimentario. Pero es la hermosura del día que no hubo allí vencedores ni vencidos, y fue igual la magnanimidad del que cedió, a los triunfadores [...] ¡Con qué cuidado debe andar la pluma, y con qué ternura, cuando se escribe sobre aquellos hombres! Otros andamos por la senda abierta: ¡ellos fueron los que abrieron la senda! Por donde quiera que andemos los de ahora, hemos de andar con el sombrero quitado.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> Julio Le Riverend Brusone: *La Revolución de 1868*, ob. cit., p. 59.

Años más tarde, al fundar el Partido Revolucionario Cubano para organizar la nueva guerra por la independencia, Martí, escogió la gloriosa fecha del 10 de abril.

En estas condiciones, el inicio de la lucha armada a partir del levantamiento del 10 de Octubre y, sobre todo, de la constitución de la República de Cuba en Armas, dio origen al campo insurrecto, a la manigua redentora; es decir, a una nueva comunidad organizada en la que sus integrantes, ciudadanos de la República en Armas, a la vez que expresaban sus propias identidades, sentimientos, aspiraciones y costumbres, actuaban en búsqueda de los más altos ideales socioeconómicos y políticos, es decir, la independencia, la abolición de la esclavitud y el establecimiento de un Estado nacional, libre, soberano y progresista.

El campo insurrecto fue una escuela de valores. Allí se cultivaron y desarrollaron aspectos tales como el patriotismo, el valor, la lealtad, el honor, la justicia, el deber, la virtud, la disciplina, el sacrificio, la solidaridad y otros. En la obra *La tierra del mambí*, el periodista James O'Kelly, apuntó que al soldado mambí lo caracterizaba el rechazo a la derrota y a la rendición y que manifestaba siempre un espíritu de lucha y de victoria. Al comentar el sentimiento solidario en las acciones combativas, escribió: "Por muy crítica y apurada que sea la situación, para los mambises en el momento en que un hombre cae, sus compañeros se apoderan de él [...] y tan cierto es esto que el soldado cubano está íntimamente convencido de que mientras él respire nunca será abandonado por sus compañeros".<sup>17</sup>

La Guerra Grande significó un jalón extraordinario en el desarrollo del pensamiento político y militar de Cuba. A partir de la Constitución aprobada en Guáimaro, en cuya redacción se destacaron Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana, se generó un intenso proceso de institucionalización que incluyó numerosas leyes, decretos, ordenanzas y otros documentos normativos de la vida civil y del aparato militar en el campo insurrecto.

De la amplia legislación aprobada en esos años pueden destacarse las leyes de Matrimonio Civil, Instrucción Pública, Organización Judicial, Organización Administrativa, Cargas Públicas y otras. En el ámbito militar figuran la primera y segunda leyes de Organización

<sup>17</sup> James O'Kelly: *La tierra del mambí*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968, p. 344.

Militar, mediante las cuales se normó la estructura y composición del Ejército Libertador; las Ordenanzas Militares; las Instrucciones Generales para los Jefes y Oficiales del Ejército; la Ley de Administración Militar; el Reglamento de Prebostazgo del Ejército Libertador; el Reglamento de Inspección General del Ejército y la creación de las prefecturas mambisas, que aunque formaban parte de la organización administrativa adoptada, tenían una destacada incidencia en el Ejército Libertador por cuanto se constituían en un mecanismo eficaz para el aseguramiento territorial de la lucha armada desde el punto de vista logístico, la protección de la población y el mantenimiento de la seguridad y el orden en el territorio liberado.

En el transcurso de la lucha se produjo la fragua del arte militar cubano empleado exitosamente en ulteriores contiendas por la liberación nacional. Constituyó una proeza extraordinaria el hecho de que el Ejército Libertador cubano, en difíciles condiciones materiales, con solo algunos miles de hombres (entre 8 000 y 10 000 en los momentos de mayor esplendor y reducido a algunos miles para 1877), se enfrentara con notables éxitos militares, en un reducido teatro de operaciones, a una poderosa potencia que llegó a contar con alrededor de 180 000 soldados regulares y voluntarios (más que todos los que pelearon bajo el mando español durante las guerras de independencia de Hispanoamérica) dotados con cuantiosos medios y recursos. Por otro lado, Cuba no recibió ayuda —sustancial— de ningún otro Estado; por el contrario, Estados Unidos, alegando neutralidad en un conflicto civil, favoreció a España con la venta de material de guerra y virtuallas para el ejército.

Durante la guerra se forjaron patriotas extraordinarios de avanzado pensamiento político y militar que sacrificaron sus fortunas, sus familias y sus vidas por la independencia de la patria. Entre esos hombres llamados sagrados por José Martí, se cuentan Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, Ignacio Agramonte, Pedro Figueiredo y tantos otros. También la contienda inspiró y forjó a notables jefes militares como los generales Máximo Gómez, Antonio Maceo, Calixto García, Federico Fernández-Cavada Howard y otros que, en famosas campañas, batallas y combates, realizaron aportes notables al arte militar del Ejército Libertador cubano.

El conflicto armado con su enorme carga de transformaciones, patriotismo, acciones combativas y otros episodios heroicos creó las condiciones para el surgimiento de una historiografía genuinamente cubana,

dirigida a exaltar los valores nacionales en el cruento enfrentamiento al colonialismo español.

Resaltan, entre otras obras *El presidio político en Cuba* y *La República española ante la Revolución cubana*, ambas del joven José Martí; *Convenio del Zanjón*, de Máximo Gómez; *La Revolución de Yara*, de Fernando Figueredo; *Desde Yara hasta el Zanjón*, de Enrique Collazo; *La República de Cuba*, de Antonio Zambrana; *Episodios de la Revolución Cubana*, de Manuel de la Cruz; *Morales Lemus y la Revolución del 68*, de Enrique Piñeyro y *Los poetas de la guerra*, obra compilada por Serafín Sánchez y prologada por José Martí.

En este tipo de literatura, la historia de lo cubano está en primer plano. Ella da cuenta del heroico enfrentamiento del mambí y demás luchadores independentistas, en las ciudades y el exilio, al régimen opresor; se habla de la vida cotidiana en la manigua incorrecta, de los combates más relevantes, de los gestos de heroísmo, de los grandes sacrificios; de los desmanes, crímenes y genocidio de las tropas españolas y sus fuerzas colaterales; de la solidaridad combativa; de la actuación de los jefes más relevantes; de los tropiezos, dificultades y errores y de la disposición de luchar hasta alcanzar la victoria. Pero el valor de estos textos fue más allá del análisis de aquel presente. En ellos, la historia se constituyó en arma para las ulteriores luchas revolucionarias.

Este último aspecto fue resaltado por el general Calixto García, en carta a Fernando Figueredo, a propósito de las lecciones y experiencias que emanaban del libro *La Revolución de Yara*. Allí, señaló: “[...] tenga usted presente que U. escribe para los que han de hacer la independencia de Cuba y que a ellos debe U. enseñarles los escollos en que nosotros tropezamos para que los eviten”.<sup>18</sup>

De igual forma, Martí, al comentar el valor de la obra de Figueredo, la



Coronel Fernando Figueredo.

<sup>18</sup> Fernando Figueredo: *La Revolución de Yara*, La Habana, 1969, p. 37.

consideró de vital importancia para la preparación patriótico-revolucionaria del nuevo ejército que se organizaba bajo la dirección del Partido Revolucionario Cubano. En tal sentido, escribió:

Me prometo publicarla en dos tomos y hacer una edición dedicada a la Revolución que propagamos: quiero formar el alma del nuevo Ejército al calor de las enseñanzas del viejo. Uniré los dos libros por una correa y me esforzaré por que cada soldado lleve consigo esta obra, con la misma fe que el creyente guarda la Biblia. Que aprenda tanta lección patriótica como los buenos nos han legado y sepa apartarse del camino que, con sus errores, sembraron los que, en mala hora, abandonaron la senda de la felicidad de Cuba.<sup>19</sup>

La lucha armada revolucionaria inspiró además al mayor hombre del siglo XIX cubano, José Martí, quien valoró profundamente sus experiencias para llevar a cabo los preparativos y desarrollo de la Guerra de 1895. Al enjuiciar el legado y la recia personalidad del Padre de la Patria, nuestro Héroe Nacional escribió con admiración:

¡Mañana, mañana sabremos si por sus vías bruscas y originales hubiéramos llegado a la libertad ante que la de sus émulos; si los medios que sugirió el patriotismo por el miedo de un César, no han sido los que pusieron a la patria, creada por el héroe, a la merced de los generales de Alejandro; si no fue Céspedes, de sueños heroicos y trágicas lecturas, el hombre a la vez refinado y primario, imitador y creador, personal y nacional, augusto por la benignidad y el acometimiento, en quien chocaron como en una peña, despedazándola en su primer combate, las fuerzas rudas de un país nuevo, y las aspiraciones que encienden en la sagrada juventud el conocimiento del mundo libre y la pasión de la República! En tanto, ¡sé bendito, hombre de mármol!<sup>20</sup>

Numerosos factores ya analizados dieron al traste con la Guerra de los Diez Años y los cubanos entonces no pudieron crear el Estado nacional; pero el ideal independentista no pudo ser vencido. La guerra

<sup>19</sup> Ibídем, p. 39.

<sup>20</sup> José Martí: "Céspedes y Agramonte", *Obras completas*, tomo 4, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 360-361.

tuvo su epílogo más glorioso en la inmortal Protesta de Baraguá, protagonizada por el general Antonio Maceo, que simbolizó la intransigencia revolucionaria de los cubanos, su decisión de no cejar en la lucha hasta alcanzar los objetivos trazados al inicio de la contienda, es decir, la independencia nacional, la abolición de la esclavitud y la constitución de la república. Pese a la negativa influencia de las corrientes autonomista y anexionista existía ya un pueblo, cuyos más lúcidos dirigentes tenían el pensamiento puesto en los preparativos de la nueva contienda por la independencia nacional, dirigida esta vez por los sectores más populares de la sociedad cubana. Para tales hombres, el campo insurrecto, como vía principal para el logro de la libertad plena, estaba siempre presente.

José Martí, ya en los preparativos de la nueva guerra, al evocar aquellos años gloriosos y la necesidad de volver a ellos expresó:

Allá, en aquellos campos, ¿qué árbol no ha sido una horca? ¿Qué casa no llora un muerto? ¿Qué caballo no ha perdido a su jinete? ¡Y pacen ahora en busca de jinetes nuevos!

Tales recuerdos no podían morir [...] No podían morir aun cuando los héroes y las víctimas muriesen porque las tempestades que se apartan con miedo de los ojos del tirano, se concentran y se preñan de ira en el silencio del hogar [...] El hambre pasa; del cansancio se vuelve; la traición llega a ser conocida. Los que en comunidad vivieron, si por pasajero temor se huyen [...] en comunidad vuelven a vivir. Y los muertos entonces cobran forma.<sup>21</sup>

La Guerra de los Diez Años ha trascendido en la historia gloriosa de nuestro pueblo como la gesta más heroica, la primera gran batalla por la nación cubana; crisol de nuestra nacionalidad, fragua del Ejército Libertador y del arte militar cubano. El alcance de este hecho que fundió los principales componentes de la sociedad en cruenta contienda por la independencia nacional fue valorado por José Martí, al expresar: “Cubanos hay ya en Cuba de uno y otro color, olvidados para siempre —con la guerra emancipadora y el trabajo

<sup>21</sup> José Martí: “*Lectura de Steck Hall*”, en *Obras completas*, tomo 4, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 184-185.

donde unidos se gradúan— del odio en que los pudo dividir la esclavitud”.<sup>22</sup>

De igual forma, en el discurso por el centenario de la caída en combate del mayor general Ignacio Agramonte, Fidel destacó la impronta de esta guerra en la nación con las siguientes palabras:

Es cierto que no culminó en la independencia de Cuba, pero la sangre derramada, los sacrificios que se hicieron, no fueron de ninguna manera en vano: forjaron los cimientos de la patria, crearon un alma, crearon una nación, forjaron y templaron un pueblo. Y de tal manera revolucionaron nuestro país, que nunca más las cosas pudieron volver a ser como antes.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> José Martí: *Antología mínima*, tomo 1, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972, p. 230.

<sup>23</sup> Fidel Castro Ruz: Discurso por el centenario de la caída en combate del mayor general Ignacio Agramonte, *Sobre la Guerra de los Diez Años*, La Habana, 1971.



## 2 *La Guerra Chiquita (1879-1880)*

*Oliver Cepero Echemendía*

*[...] No pienso por mi parte que nos sea lícita, ni útil, ni honrosa esta tenaz campaña [...] Si todos los jefes de la Revolución no hallaron en los dos años pasados manera de trabajar de acuerdo vigorosamente; ni en pleno movimiento revolucionario, y durante un año de guerra, no fue este acuerdo logrado, no es natural suponer que ahora hubiera de lograrse.*

JOSÉ MARTÍ,  
Carta del 13 de octubre de 1880 a Emilio Núñez



**A**l concluir la Guerra de los Diez Años con la inmortal Protesta de Baraguá, el espíritu de rebeldía del pueblo cubano continuaba latente. El Pacto del Zanjón, no dio respuesta a las grandes demandas de la gesta emancipadora, es decir, la abolición de la esclavitud, el logro de la independencia nacional y el establecimiento de una república democrática.

En la histórica Protesta encabezada por Maceo se expresó la intransigencia y el espíritu revolucionario de las masas populares que entraban a la palestra política como las conductoras y protagonistas principales del ulterior proceso de lucha por la liberación.

Este hecho destacó, como ningún otro acontecimiento de nuestra historia combativa, el principio de no rendirse jamás ante el enemigo, de no claudicar, de no cejar en la lucha, de no amilanarse ante las dificultades, ante la superioridad del adversario o ante los reveses temporales. El ejemplo de Maceo fue seguido por otros hombres del 68 como el general de brigada Ramón Leocadio Bonachea, quien al frente de un reducido grupo continuó combatiendo al ejército español en la región central del país.

El 15 de abril de 1879, a los 14 meses del Pacto del Zanjón y a los 13 de la Protesta de Baraguá, en un punto llamado Hornos de Cal, cercano al poblado de El Jarao, Las Villas, el general Bonachea reunió a sus hombres y les dio a conocer un documento traducido más tarde al inglés y al francés y difundido entre la emigración cubana. En

él se planteaba la retirada de la lucha “[...] bajo la inteligencia de que de ninguna manera se ha capitulado con el gobierno español, ni con sus autoridades ni agentes, ni me he acogido al convenio celebrado en el Zanjón, ni estoy conforme con él bajo ningún concepto”.<sup>1</sup>

La Guerra de los Diez Años dio paso a una etapa de profundas transformaciones socioeconómicas y políticas. En ese periodo, calificado por Martí como de la “tregua fecunda” o los años del “reposo turbulento”, se produjeron, además, numerosos acontecimientos que pusieron de manifiesto el espíritu de rebeldía del pueblo cubano. Dentro de estos hechos se cuentan, entre otros:

- Guerra Chiquita.
- Expedición de Ramón Leocadio Bonachea (1884).
- Expedición de Carlos Agüero Fundora (1884).
- Expedición de Limbano Sánchez (1885).
- Plan Gómez-Maceo (1884-1886).
- Conspiración de Antonio Maceo (1890).
- Alzamiento de los hermanos Sartorius, en Purnio (1893).

En la “Memoria” al ministro de Ultramar, el capitán general Camilo Polavieja se refirió a la actividad que en todas las esferas seguían los independentistas cubanos. Al respecto apuntaba:

[...] La tendencia separatista forma parte integrante y principal, por decirlo así, de la naturaleza de la casi totalidad de los criollos de la Isla de Cuba [...] Vencidos, pero no resignados, y acariciando siempre la aspiración a la independencia [...] sin renunciar por esto al deseo firmísimo, digan lo que quieran los que no conocen el país, o los que no lo conocen más que



General Ramón Leocadio Bonachea.

<sup>1</sup> Juan E. Casasús: *Ramón Leocadio Bonachea, el jefe de la vanguardia*, La Habana, 1955, p. 91.

superficialmente, de conquistar si es preciso, por las armas, el triunfo de sus ideales.<sup>2</sup>

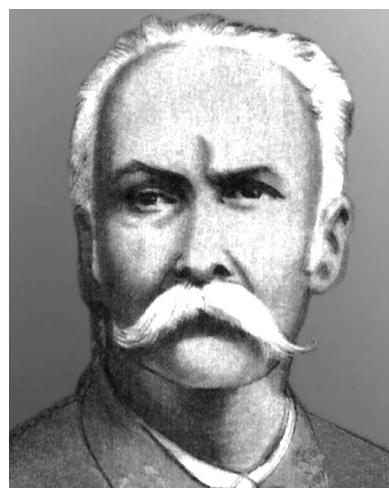
Para Martí, estos acontecimientos no podían verse aislados e inco- nexos, sino como parte del proceso revolucionario iniciado el 10 de octubre de 1868 hacia el cual siempre manifestó un profundo respeto, veneración y orgullo.

### *Inicio y desarrollo de la guerra*

Después del Pacto del Zanjón se reactivaron los trabajos conspirativos tanto en Estados Unidos como en el resto de América y el Caribe.

En marzo de 1878 quedó constituido un Comité Revolucionario de la Emigración Cubana, encabezado por un grupo de cinco miembros, bajo la presidencia de José Francisco Lamadrid. Meses más tarde, el mayor general Calixto García, quien había sido puesto en libertad tras los acuerdos del Zanjón, fue aclamado como jefe máximo del movimiento conspirativo.

El Comité Revolucionario de la Emigración Cubana adoptó la denominación de Comité Revolucionario Cubano con la concepción de incluir, además, a los patriotas de la Isla. De acuerdo con sus bases, el comité debía unificar y dirigir las labores organizativas dentro y fuera de Cuba, fomentando para ello la creación de los clubes revolucionarios como célula organizativa básica. Esto constituyó algo novedoso en relación con la Guerra de los Diez Años, donde predominó la acción de dirigentes y caudillos militares sustentados en sus recursos y arraigo social. Ahora los representantes de los sectores populares, que asumían la organización y dirección de la lucha revolucionaria basaban su actividad en nuevas fórmulas políticas que propiciaban una mayor democracia en el proceso de liberación nacional.



General Calixto García Íñiguez.

<sup>2</sup> Luis Estévez Romero: *Desde el Zanjón hasta Baire*, tomo I, Editorial de Ciencias Sociales, 1974, p. 125.

Los clubes revolucionarios proliferaron en numerosos países. En Cuba, su organización se llevó a cabo fundamentalmente en la región occidental y fue poca su influencia en el centro-oriente del país.

Se debe observar que entre los patriotas en la Isla y el Comité neoyorquino se manifestaron discrepancias en cuanto a los métodos de dirección y conducción de las actividades revolucionarias. Ello trajo como resultado la creación en el occidente de Cuba del Club Central Revolucionario Cubano, que, aunque subordinado a la organización de Nueva York, no dejaba de observar las dificultades que entrañaba pretender ejercer la dirección del movimiento desde el exterior.

La detención de importantes jefes revolucionarios hizo precipitar los alzamientos armados planificados. Así, el 24 de agosto de 1879, se inició la llamada Guerra Chiquita con varios levantamientos en la región oriental. Ese día el brigadier Julio Grave de Peralta, al frente de unos 200 hombres, se levantó en armas cerca de la ciudad de Holguín; la lucha se extendió posteriormente hacia la zona de Gibara.

En Santiago de Cuba, los principales jefes revolucionarios, Guillermón Moncada, José Maceo, Quintín Bandera y otros, se vieron obligados a apresurar el levantamiento sin poder aplicar el plan inicial y el asalto simultáneo a varios objetivos militares en la ciudad. Para mediados de noviembre, los patriotas villareños se pusieron en pie de lucha; se destacaron los pronunciamientos de Francisco Carrillo y Ángel Mestre, en la zona de Remedios; Serafín Sánchez, en Sancti Spíritus; Francisco Jiménez, en Arroyo Blanco; Emilio Núñez, en Sagua, y Cecilio González, en la ciénaga de Zapata. La incorporación de Las Villas a la lucha representó un notable impulso al movimiento revolucionario.

Sin embargo, era determinante el arribo al país de los principales jefes. Su ausencia gravitaba significativamente sobre diversos problemas militares a resolver, como la organización de las tropas y el mando, la estrategia y táctica del movimiento revolucionario, la dirección y conducción de las acciones combativas, y otros. Ello también actuaría como un factor condicionante del desaliento y la falta de fe en la victoria.



*General José Maceo Grajales,  
el León de Oriente.*

En el occidente, con la detención de los principales organizadores, se frustraron los levantamientos planificados para la zona de Güines.

Para los primeros meses de 1880, ya el movimiento armado presentaba una franca declinación.

Aprovechándose de las debilidades existentes, las autoridades colonialistas llevaron a cabo una intensa ofensiva política y militar que les aseguró el éxito frente a la insurrección.

En tal sentido, los sublevados de Holguín accedieron a las promesas del líder del Partido Liberal, Hermínio C. Leyva; José Maceo, Guillermón Moncada y Quintín Bandera se vieron forzados a capitular; Calixto García, después de una penosa marcha al frente de un pequeño grupo aceptó las proposiciones del general Blanco; Carrillo, que resistió durante varios meses, capituló y se embarcó hacia el extranjero, al igual que otros jefes villareños. Solo se mantuvo sobre las armas en la región central el coronel Emilio Núñez, quien se presentó al enemigo el 3 de diciembre ante la insistencia de sus propios compañeros de lucha en Cuba y fuera de ella.

De esta forma, la llamada Guerra Chiquita, llegó a ser en la práctica la suma de varios levantamientos armados, dispersos en determinadas zonas de Oriente y Las Villas, sin un plan único ni vínculos entre sí, cuestión que le imprimió un marcado carácter regional.

No obstante este nuevo intento constituyó una página gloriosa de nuestra historia combativa, demostrativa del espíritu y la intransigencia revolucionaria legados por la Protesta de Baraguá.

### *Causas del fracaso*

En el fracaso de la Guerra Chiquita influyeron un conjunto de causas entre las que se destacan:

#### 1. LA NO EXISTENCIA DE UNA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA EN EL PAÍS

Al valorar este aspecto hay que tener en cuenta que recién culminaba una década de cruenta guerra con su secuela de destrucción,



*General Emilio Núñez  
Rodríguez.*

sufrimientos y penalidades de todo tipo. A la carencia de armas y de recursos materiales para iniciar una nueva contienda se unía la falta de entusiasmo y de fervor de amplios sectores de la población, aún no repuesta de las terribles consecuencias de diez años de lucha.

Junto a ello, el nuevo intento bélico careció de un programa político y de la propaganda necesaria capaz de movilizar a las masas populares en la lucha por el establecimiento de la República, la abolición de la esclavitud y la solución de otros problemas socioeconómicos. Por otra parte, en determinados grupos poblacionales aún no se habían desvanecido las ilusiones despertadas por las reformas contempladas en el Pacto del Zanjón.

Al evaluar este aspecto, importantes figuras de nuestra historia coincidieron en la falta de condiciones para el reinicio de la lucha armada en estos años.

El propio Martí, que por entonces ocupaba el cargo de presidente del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, autorizó la capitulación del último jefe insurrecto. En carta al coronel Emilio Núñez, señaló:

Creo que es estéril —para Vd y para nuestra tierra— la permanencia de Vd y sus compañeros en el campo de batalla. No me hubiera Vd preguntado, y ya, movido a ira por la soledad criminal en que el país deja a sus defensores, y a amor y respeto por su generoso sacrificio, —me preparaba a rogarles que ahorrassen sus vidas, absolutamente inútiles hoy para la patria, en cuyo honor se ofrecen”.<sup>3</sup>

Por su parte Máximo Gómez, en carta a Serafín Sánchez, apuntaba: “Si a García y otros no les hubiera enardecido un entusiasmo aturdido tal vez habrían oído mis consejos”.<sup>4</sup>

En tal sentido hay que considerar que si bien el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York tuvo determinados éxitos en su gestión unitaria en el exterior, no ocurrió así en el interior de Cuba, donde la mayor parte de los clubes pudieron organizarse solo en el occidente del país. En otras regiones, de modo muy particular en Oriente, los conspiradores respondían al liderazgo de Antonio Maceo y de otros jefes militares que no formaban parte del Comité

<sup>3</sup> José Martí: *Obras completas*, tomo 1, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 161.

<sup>4</sup> Máximo Gómez: Carta a Serafín Sánchez, Archivo Nacional de Cuba, Fondo Donativos, caja 242, no. 9.

Revolucionario y que mantenían incluso otros criterios en relación con la lucha armada.

Por otro lado, entre los conspiradores de la Isla y el Comité en el exterior se manifestaron discrepancias en cuanto a los métodos de dirección y conducción de la lucha, lo cual trajo como resultado la creación de un Club Central en Cuba que, aunque llegó a reconocer la autoridad suprema del Comité de Nueva York, mantuvo puntos de vista discordantes relativos principalmente a las inconveniencias de dirigir los trabajos conspirativos desde el exterior.

Se debe observar que aún por estos años continuaban latentes los problemas de caudillismo, regionalismo, división entre militares y civiles, así como los recelos e, incluso, rencillas personales que ponían de manifiesto el hecho de que todavía los patriotas cubanos no habían rebasado el marco histórico en el cual se formaron.

## 2. LA FALTA DE UN LIDERAZGO POLÍTICO Y MILITAR

La Guerra Chiquita no contó con una organización adecuada ni con una figura aglutinadora de todos los esfuerzos revolucionarios.

Por diferentes causas no se logró la incorporación de los más importantes jefes veteranos de la Guerra de los Diez Años con posibilidades de movilizar y ejercer el mando en las distintas regiones del país, como eran Máximo Gómez, Antonio Maceo, Vicente García, Calixto García, Carlos Roloff y otros. En el caso de Calixto García, jefe de la conspiración, se presentaron numerosas dificultades que le impidieron arribar a Cuba en el tiempo previsto y encabezar el movimiento revolucionario. Solo el 7 de mayo de 1880, después de múltiples calamidades, logró desembarcar; fue cercado y hostigado intensamente por el enemigo ante el cual se presentó, según el gobernador de la Isla, Ramón Blanco Erenas, “semidesnudo, descalzo y enfermo”, sobre la base de que se les garantizaría la salida del país y se les respetaría la vida. La ausencia de los principales jefes, la no existencia de una dirección militar centralizada, la carencia de armamento y recursos, la ausencia de ayuda exterior, la incapacidad para contrarrestar la propaganda reaccionaria y la falta de fe en la victoria por parte de muchos, actuaron como factores desmoralizadores.

## 3. LOS PREJUICIOS RACIALES

Uno de los problemas que más afectó el movimiento revolucionario conocido como la Guerra Chiquita estuvo vinculado al temor al negro y a los prejuicios raciales existentes.

Hay que tener en cuenta que las autoridades coloniales y la prensa reaccionaria venían propagando por todos los medios que

dicho movimiento no abrigaba más que propósitos racistas y que su desarrollo conduciría inevitablemente a la construcción de una república negra.

Por su parte, la dirección del movimiento revolucionario, permeada a su vez por determinados prejuicios raciales, no estaba en condiciones de contrarrestar estas imputaciones mediante un trabajo de esclarecimiento y persuasión. Prueba de las debilidades existentes fue el hecho de que no se planteó el objetivo abolicionista ni se divulgó con suficiente claridad. Se debe apuntar, además, que en el Comité Revolucionario de Nueva York no participó ningún negro. Maceo, aunque coordinó y subordinó su actuación al Comité, no llegó a formar parte de él; sus actividades conspirativas las desplegó en diferentes países del Caribe y no en Estados Unidos.

El pensamiento de Maceo, en relación con el problema negro y la pretendida guerra de razas estaba bien definido. Por esos mismos años escribió:

Siempre he sido soldado de la libertad nacional que para Cuba deseo, y nada rechazo con tanta indignación como la pretendida idea de una guerra de razas [...] no se trata de sustituir a los españoles en la administración de Cuba, y dentro de esto, del monopolio de un elemento sobre los demás; bien al contrario, muévenos la idea de hacer de nuestro pueblo dueño de su destino, poniéndolo en posesión de los medios propios de cumplir su misión como sujeto superior de la historia [...]<sup>5</sup>

Desde el inicio de las hostilidades en Oriente se esperaba con impaciencia el arribo de Antonio Maceo, quien mandaría la vanguardia de las fuerzas libertadoras y sería reconocido como segundo jefe de la insurrección.

En consecuencia con lo acordado, Maceo había cursado desde Kingston, Jamaica, sus primeras instrucciones a los combatientes revolucionarios. Sin embargo, en esos momentos precisos, el general Calixto García, tomó la decisión de sustituir al Titán y confiar el mando de la expedición al brigadier Gregorio Benítez, “[...] hombre de gran valor;

<sup>5</sup> Antonio Maceo: *Ideología política, cartas y otros documentos*, vol. 1, La Habana, 1950, p. 200.

pero desconocido en Oriente y sin suficiente prestigio en Camagüey, de donde era nativo, y en donde había asumido la jefatura en los tristes días del Zanjón".<sup>6</sup>

Este cambio produjo un hondo malestar en las filas insurrectas, particularmente en la región oriental. La desacertada decisión del general Calixto García estuvo influida por la propaganda reaccionaria acerca de los propósitos racistas del movimiento revolucionario. En comunicación a Maceo, García Íñiguez expresó al respecto: "[...] he dispuesto la salida de Benítez, antes que la de usted, porque como los españoles han dado en decir que la guerra es de raza y aquí los cubanos blancos tienen sus temores, no he creído conveniente que usted vaya primero porque se acreditará lo supuesto, aunque usted sabe que yo, que lo conozco, no soy capaz de creer tal cosa".<sup>7</sup>

La lucha contra los prejuicios raciales constituiría uno de los aspectos más importantes entre los lineamientos trazados por José Martí para el logro de la unidad revolucionaria.

El Apóstol batalló incesantemente en el plano político contra las ideas del miedo al negro y de la pretendida guerra de razas que propagaban las autoridades colonialistas y los sectores más reaccionarios del país, y destacó la gran contribución de los negros a la lucha por la independencia y la necesidad de integrarlos al movimiento revolucionario.

En su famoso discurso "Con todos y para el bien de todos" expresó al respecto:

¿Al que más ha sufrido en Cuba por la privación de la libertad le tendremos miedo, en el país donde la sangre que derramó por ella se la ha hecho amar demasiado para amenazarla?



General Gregorio Benítez Pérez.

<sup>6</sup> Eusebio Hernández: *Maceo. Dos conferencias históricas*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968, p. 130.

<sup>7</sup> Ramiro Guerra y otros: *Historia de la Nación Cubana*, tomo 5, Editorial Historia Nación Cubana S. A., La Habana, 1950, p. 352.

¿Le tendremos miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que murieron por él, ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo maltratan? [...] yo sé que el negro ha erguido el cuerpo noble, y está poniéndose de columna firme de las libertades patrias. Otros le teman: Yo, lo amo: a quien diga mal de él, me lo desconozca, le digo a boca llena: Mienten.<sup>8</sup>

Nuestro Héroe Nacional fundamentó además científicamente su posición con respecto al racismo. En tal sentido apuntó:

Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro no es inferior ni superior a ningún otro hombre: peca por redundante el blanco que dice: 'mi raza'; peca por redundante el negro que dice: 'mi raza'. Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica aparta o acorrala es un pecado contra la humanidad.<sup>9</sup>

#### 4. LA POSICIÓN REACIONARIA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS BURGUESES

Con la vigencia del Pacto del Zanjón maduraron las condiciones para el surgimiento de los primeros partidos políticos de la burguesía. Así, a mediados de agosto de 1878 quedó organizado el Partido Liberal (conocido más tarde como autonomista) que, aunque expresaba mayoritariamente los intereses de la burguesía criolla, contaba entre sus aliados con numerosos elementos españoles, cuyas aspiraciones encontraban cauce en el programa autonomista. Para la misma fecha se constituyó el partido Unión Constitucional, que reflejaba en lo fundamental los poderosos intereses de la burguesía española y de los sectores dominantes del país.

Entre ambos partidos no existían grandes diferencias programáticas, por el contrario los acercaban muchos rasgos comunes, como eran, entre otros, el carácter electoralista con el objetivo de obtener repre-

<sup>8</sup> José Martí: *Obras completas*, tomo 4, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 276-277.

<sup>9</sup> Ibídem, tomo 2, p. 115.

sentación en las Cortes españolas, el reconocimiento de la soberanía de España en sus vínculos con Cuba— con lo que negaban por tanto toda opción revolucionaria— y la marcada defensa de sus intereses de clase. No obstante el gobierno español se resistía fuertemente tanto a la fórmula política de la asimilación por la que abogaban los constitucionalistas como al otorgamiento de la autonomía que proponían los liberales.

En relación con el movimiento independentista, estos partidos actuaron en conjunto como una fuerza contrarrevolucionaria. Sus órganos de prensa mantuvieron una campaña permanente dirigida a denigrar a los jefes revolucionarios, tergiversar los objetivos de la lucha libertaria y confundir a la opinión pública.

El 24 de agosto de 1879, al iniciarse los levantamientos armados, los representantes de estos partidos se colocaron resueltamente al lado del gobierno colonial para hacer abortar el movimiento insurreccional. Emisarios de estas organizaciones políticas fueron enviados, incluso, al campo insurrecto para entablar negociaciones en nombre de las autoridades españolas.

Así por ejemplo, Herminio C. Leiva, uno de los dirigentes del Partido Liberal en Oriente, fue comisionado por el propio capitán general para convencer y reducir a los sublevados en Holguín. Al valorar el apoyo encontrado en estos partidos para sofocar el movimiento revolucionario, el general Blanco, sucesor de Martínez Campos en el gobierno de Cuba, declaró públicamente “[...] que la actitud del Partido Liberal había valido para España y para la paz mucho más que veinte batallones”<sup>10</sup>.

##### 5. LA EFECTIVIDAD DE LAS ACCIONES POLÍTICAS Y MILITARES DE LAS AUTORIDADES COLONIALES

Un factor desfavorable para el movimiento revolucionario fue el hecho de que, luego de las experiencias de la Guerra de los Diez Años, los españoles habían perfeccionado considerablemente el sistema de vigilancia y control de las acciones conspirativas. En tal sentido, además de mantener un fuerte ejército colonial, habían creado una amplia red de espionaje con servicio de inteligencia dentro de las filas revolucionarias, lo que les permitía estar al tanto de sus actividades.

<sup>10</sup> Luis Estévez Romero: Ob. cit., p. 184.

En el exterior, principalmente en Estados Unidos, donde radicaba el centro revolucionario más importante, los espías españoles seguían los pasos de los patriotas contando con la colaboración de las autoridades de ese país, quienes no solo autorizaban el accionar de dichos servicios, sino que, además, cooperaban activamente con ellos.

Para contrarrestar este factor adverso, el movimiento revolucionario requería de una organización y compartimentación muy rigurosas para lo cual no estuvo preparado en muchos casos.

En marzo de 1879, algunos meses antes del estallido revolucionario, fueron detenidos y deportados por las autoridades coloniales importantes jefes como Flor Crombet, Pedro Martínez Freire, Mayía Rodríguez y otros.

En el occidente del país fueron detenidos José Martí, Juan Gualberto Gómez y otros dirigentes de la conspiración. Los pronunciamientos armados planificados para esta región quedaron frustrados y muy pronto las autoridades españolas lograron desarticular el aparato de dirección revolucionaria en esa zona de la Isla.

Las constantes detenciones de importantes jefes apresuraron los alzamientos armados, los cuales se llevaron a cabo de manera desorganizada y confusa.

En Santiago de Cuba, uno de los centros revolucionarios principales, se había coordinado un plan de levantamiento y asalto simultáneo de importantes objetivos militares con vistas a adquirir pertrechos, internarse en las montañas y poner en pie de guerra la región. Sin embargo, este plan sorpresivo no pudo cumplirse ante la premura; aunque los revolucionarios tuvieron que ejecutar el alzamiento.

Durante el desarrollo de las acciones armadas, las fuerzas colonialistas mantuvieron en todo momento la iniciativa, desplegando tanto en Oriente como en Las Villas una intensa campaña militar acompañada de gestiones pacificadoras.

### *Principales experiencias*

El nuevo intento insurreccional, no obstante su fracaso, aportó valiosas experiencias al movimiento revolucionario. Durante su fomento y desarrollo se inició un proceso de acercamiento, de eliminación de las desuniones y contradicciones entre los cubanos dentro de la Isla y los que se encontraban emigrados en diferentes países.

En su transcurso se llevó a cabo un notable esfuerzo por organizar y dirigir la lucha armada mediante el empleo de fórmulas más

democráticas en relación con la contienda anterior, aspecto en el que desempeñaron un gran papel los clubes revolucionarios.

Aunque no llegó a cristalizar, se planteó la concepción de desplegar la lucha armada mediante levantamientos simultáneos en toda la Isla, apoyados por desembarcos desde el exterior.

En la literatura histórico-militar española se ha pretendido restar importancia a este hecho. Sin embargo, la investigación demuestra que este movimiento, aun cuando fue declinando a causa de los problemas apuntados con anterioridad, se inició con una gran pujanza.

Según las estadísticas aportadas por Luis Estévez Romero en su obra *Desde el Zanjón hasta Baire*, los patriotas cubanos muertos en este nuevo intento revolucionario, que duró alrededor de un año, sumaron 170 y los heridos, 109. Al enemigo se presentaron 5 831 alzados y resultaron prisioneros de guerra 307.<sup>11</sup>

Para sofocar la insurrección, las autoridades coloniales debieron emplear alrededor de 25 000 hombres. Según una Memoria del general Salamanca, los gastos con motivo de este hecho bélico ascendieron a 22 811 516 pesos.<sup>12</sup>

Los preparativos y el desarrollo de la Guerra Chiquita constituyeron una importante experiencia para el fomento y organización de la que se prepararía en 1895 bajo la guía de José Martí, quien, como se ha visto ya, venía descollando como uno de los dirigentes principales del movimiento independentista.

En términos generales, puede afirmarse que esta contienda se preparó más que la Guerra Grande, ya que contó con prestigiosos y experimentados jefes militares, tanto dentro de Cuba como en el extranjero, y tropas veteranas; que la emigración, organizada en clubes, mostró su potencialidad como eficaz aliado en la preparación y aseguramiento de la lucha armada; que se intentó —aunque infructuosamente— extender el conflicto a toda la Isla, y que el procedimiento para hacerlo —una combinación de alzamientos internos con expediciones desde el exterior— era el adecuado. Pero también hubo experiencias negativas, tales como la existencia de prejuicios raciales en la dirección de la Revolución y la ausencia de los principales jefes.

A pesar del fracaso de este y otros intentos, el afán por alcanzar la independencia de España se mantenía vivo en los corazones cubanos y floreció al llamado de Martí para iniciar la guerra necesaria.

<sup>11</sup> Ibídem, p. 127.

<sup>12</sup> Ibídem, p. 125.



# 3 *La Guerra de Independencia (1895-1898)*

*Conrado Amador Sierra*

*Todos conocemos aquella frase de Martí, que la escribió el día antes de su muerte —no se lo había dicho a nadie en esos términos—: todo lo que hice hasta hoy y haré es para impedir con la independencia de Cuba, que Estados Unidos caiga con esa fuerza más sobre los pueblos de América.*

*Si Martí en ese momento pensó, sintió eso, hace casi un siglo, cuando Estados Unidos empezaba, ¿qué no diría hoy un pensador como aquél, un revolucionario como aquél, un luchador como aquél, si hubiera podido conocer este mundo de ahora, este mundo de hoy, y si hubiera podido vivir la experiencia que nosotros hemos vivido?*

FIDEL CASTRO RUZ

19 de abril de 1991



**E**l estudio de las causas de los éxitos y los reveses del pueblo cubano en la gesta de 1895, no puede comprenderse en toda su dimensión si no se tiene en cuenta el conjunto de situaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas en que transcurrieron los acontecimientos a finales de siglo, tanto en la Isla, como a nivel internacional.

Al iniciarse la contienda del 95 se habían producido trascendentales cambios, tanto internos como en el panorama mundial, que tuvieron influencia decisiva en la vida de la pequeña Antilla.

Habían terminado dos guerras donde los cubanos no lograron el propósito principal: la independencia. No obstante, los conflictos armados, a pesar del fracaso, contribuyeron a alcanzar objetivos que eran estratégicos para el pueblo cubano: se consolidó el proceso de formación de la nacionalidad y cristalizó la nación; la esclavitud quedó herida de muerte y fue abolida definitivamente en 1886; se produjo un proceso de concentración y centralización de la producción y el capital; desaparecieron cientos de ingenios azucareros, surgieron los centrales, creció el número de productores medios y pequeños y, al desaparecer la esclavitud, se fue fortaleciendo la clase obrera.

Las luchas por la independencia forjaron centenares de jefes militares, con una preparación táctica y experiencia combativa de significativa importancia, así como un pueblo preparado para la guerra.

En este periodo tuvo lugar el paso del capitalismo a su fase imperialista en Estados Unidos, país que había llegado tarde al reparto

territorial del mundo y que en la década de 1890 comenzó a reclamar su lugar dentro del sistema imperialista y se convirtió en el peligro más cercano para Cuba y América Latina, uno de los descubrimientos relevantes de José Martí.

En esta etapa, se mantuvo vivo el espíritu de lucha. Martí vio con dolor como fracasaban las expediciones aisladas de Carlos Agüero Fundora, Ramón Leocadio Bonachea, Limbano Sánchez, Ángel Mestre, los proyectos de San Pedro Sula, Fernández Ruz, Maceo y otros patriotas. Estas actividades demostraban hasta qué punto había madurado la conciencia patriótica; pero a la vez expresaban la falta de organización de las fuerzas revolucionarias.

Además, los cubanos se encontraban divididos. En el interior, unos esperaban la ocasión para continuar la guerra y otros se habían unido al Partido Autonomista creado al culminar la Guerra de los Diez Años, partido que agrupó a los desencantados de la contienda y a los reformistas opuestos a la lucha armada por la independencia nacional. La influencia del autonomismo era un obstáculo a vencer; aunque no debe negarse que en su enfrentamiento con el Partido Integrante, defensor acérrimo del colonialismo español, fue útil, al mantener en Cuba un movimiento político de oposición.

### *Preparativos y estallido de la guerra*

No pueden valorarse los preparativos y el inicio de la Guerra de 1895, sin tener en cuenta el pensamiento y la actividad organizativa de José Martí. Él apreció la capacidad de sacrificio del pueblo cubano, las dotes y la preparación militar de los jefes y combatientes con los que realizaría la lucha armada, así como las dificultades y peligros que habría que vencer, entre ellos, las manifestaciones de regionalismo, caudillismo, fuertes rezagos de racismo, tendencias autonomistas y anexionistas, y otras. A ellas se unían las dificultades externas, sobre todo el grave peligro que representaba Estados Unidos para la independencia de Cuba y América Latina.

Al apreciar estas circunstancias, Martí elaboró una concepción estratégica que tuvo como tarea primordial la unidad de los patriotas en un frente amplio con un mismo propósito y una idea única, que diera a Cuba la independencia de España e impidiera que Estados Unidos cumpliera el propósito que él había avizorado.



*Mayor general José Martí Pérez, delegado del Partido Revolucionario Cubano  
y organizador de la guerra.*

Por ello, la guerra necesaria no podía proponerse solo la emancipación de Cuba, debía auxiliar al pueblo puertorriqueño y apoyar a los países del continente en las futuras luchas contra el imperialismo yanqui, cuestión que se deduce de su carta inconclusa a Manuel Mercado.

Para enfrentar estas dramáticas circunstancias, Martí tuvo la genial idea, sin antecedentes en su época, de crear una organización política única y desplegar a la vez una intensa labor personal que lo convirtió en un extraordinario conspirador y organizador político.

Al estudiar la actividad política y organizativa del Apóstol resaltan cuatro direcciones principales: una labor propagandística en favor de la independencia de la Isla, el combate permanente contra las tendencias autonomistas y anexionistas, el trabajo en favor de la unidad de los revolucionarios y la organización del Partido Revolucionario Cubano.

El fracaso de la Guerra de los Diez Años y de la Guerra Chiquita, el aborto de varias expediciones, conspiraciones y la labor pacifista de los autonomistas, unidos a las discrepancias, recelos y egoísmos, resultado de las contradicciones surgidas al calor de estos acontecimientos, habían creado un clima desfavorable para organizar una empresa independentista con posibilidad de éxito.

Estas realidades las comprendió José Martí y, por ello, realizó una labor de propaganda paciente e inteligente en favor de la independencia de Cuba. Era necesario hacer comprender a todos que España de forma pacífica nunca daría la libertad a la colonia y que la anexión a Estados Unidos negaría la nación cubana. Por ello, la prédica independentista no podía estar separada del combate permanente contra autonomistas y anexionistas, que actuaban como fuerzas contrarrevolucionarias, abiertamente en contra de la emancipación de la Isla, sirviendo a España y a Estados Unidos.

José Martí, en cartas, artículos periodísticos, intervenciones ante los emigrados... fue esclareciendo la justicia de la lucha libertaria y combatiendo el autonomismo y el anexionismo. Resalta en su labor el trabajo publicado en el periódico *Patria* titulado “Ciegos y desleales”, en el que expresaba:

[...] pero cuando se está convencido de que por la diferencia inevitable de los caracteres, por los intereses irreconciliables y distintos, por la diversidad, honda como el mar, de mente política y

aspiraciones, no hay modo pacífico suficiente para obtener siquiera derechos mínimos en un pueblo donde estalla ya, en nueva plenitud, la capacidad sofocada; o es ciego el que sostiene, contra la verdad hiriente, el modo pacífico; o es desleal a su pueblo el que no lo ve, y se empeña en proclamarlo. No quiere a su pueblo el que le ahoga la capacidad. No quiere a su pueblo el que se empeña en detenerlo en pleno mundo, a la hora en que los pueblos émulos y semejantes le toman ya la delantera [...]

De las venas hay que sacarse la podre. La sangre mala ha de salir, y hay que abrirse las venas [...] O se da cauce a la revolución o rompe la revolución sin cauce.<sup>1</sup>

No faltaría ocasión a José Martí —en reuniones, espacios en la prensa, cartas...— de esclarecer a todos los cubanos la necesidad de luchar por la independencia, en una guerra justa, demostrando que no había otra alternativa, así como para fustigar la labor contrarrevolucionaria de todos los que de una forma consciente o inconsciente se oponían a dicha guerra y servían al enemigo.

La falta de unidad fue la causa principal del fracaso de la Guerra de los Diez Años, de la Guerra Chiquita, del aborto de conspiraciones y expediciones, y era el obstáculo principal para organizar la nueva contienda; unir a los veteranos del 68 con la nueva generación, con una concepción estratégica única y una dirección centralizada fue una batalla librada a costa de zanjar muchas diferencias de opiniones personales, ideas y celos, donde no faltaron la intriga, la ofensa, la labor contrarrevolucionaria, entre muchos otros problemas a resolver. Baste señalar que después del fracaso del Plan Gómez-Maceo, en 1884, la comunicación entre los tres principales dirigentes y jefes de la futura Guerra de 1895 quedó interrumpida por varios años.

El general Enrique Collazo ofendió a Martí a raíz de un trabajo de este último, en el que criticaba la publicación del libro *A pie y descalzo*, de Ramón Roa, y la labor que consciente o inconsciente sirvió al desaliento y le hizo el juego al enemigo. Collazo empleó frases como: “Afamado revolucionario intelectual, más literato que peleador”, entre otros agravios, lo que obligó a José Martí a responder en carta abierta.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> José Martí: *Obras completas*, tomo 2, pp. 215-216.

<sup>2</sup> \_\_\_\_\_: *Obras escogidas*, tomo 3, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, p. 35.

Sin embargo, tiempo después, Collazo reconocería su error y ambos terminarían siendo amigos. Muchos son los ejemplos de esta naturaleza, que se unen a las campañas de los débiles y enemigos de la independencia.

La grandeza de José Martí estuvo en la forma paciente e inteligente en que creó un ambiente político favorable al independentismo en el exilio, para lograr convencer, como lo hizo, uno por uno, a todos los generales de la primera guerra para que se reincorporarán a la lucha. Para ello, los visitó o abordó en los lugares adonde concurrían. En particular, ganó el apoyo de Gómez y Maceo, sin los cuales resultaría difícil cumplir el objetivo de organizar a la veterana y la nueva generaciones e imbuirlas del espíritu patriótico que necesitaba tamaña empresa.

José Martí comprendió que el propósito que concebía y las dificultades que tenía que vencer no podían ser obra de un hombre aislado.

La idea de la creación de una organización política fue madurando en su pensamiento a partir de las experiencias obtenidas del análisis de la labor de los partidos políticos de América y Europa, del conocimiento que tuvo de la labor realizada por los clubes revolucionarios desde la llamada Guerra Chiquita e, incluso, de algunas organizaciones similares creadas en Puerto Rico y Filipinas, las cuales contribuyeron a la conformación de la concepción de la organización política creada el 10 de abril de 1892, el Partido Revolucionario Cubano.

Martí sabía que el partido que necesitaban los revolucionarios cubanos no podía contribuir a dividir al pueblo, sino que tendría que unirlos en un frente amplio, donde militaran todos los patriotas partidarios de la independencia. Cuba no podía ser un país de liberales y conservadores; por ello, en ese partido debían estar todos los hombres y mujeres honrados, sin distinción de clases, razas, creencias religiosas u otras diferencias. Tenía que ser un partido único, no varios que dividieran al pueblo.

El proceso de creación del Partido Revolucionario Cubano tuvo como células fundamentales los clubes creados en Tampa, Cayo Hueso y Nueva York inicialmente, que luego fueron extendiéndose a otras ciudades y países de América, Europa y también a Cuba. Llegaron a ser 347 y constituyeron la base para la organización y funcionamiento del partido.

La creación de un partido para organizar y realizar la guerra de independencia y hacer la revolución no tiene antecedentes, que conocemos, en la historia universal y constituye otro de los grandes aportes de José Martí al movimiento revolucionario.

El Apóstol, con el apoyo del Partido Revolucionario Cubano, desempeñó a partir de 1892 una encomiable labor de proselitismo y organización, tanto en el exilio como en el país: realizaba múltiples intervenciones ante la emigración, escribía y publicaba decenas de trabajos en el periódico *Patria*, visitaba países y ciudades, conversaba con los veteranos del 68, recaudaba fondos y efectuaba la compra de armas y municiones, entre otras tareas.

Finalizado el año 1894, Martí había logrado unir a los patriotas cubanos, organizado secretamente la guerra, conseguido el armamento indispensable para su inicio y logrado la aceptación de los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo de ocupar la jefatura del ejército.

Resulta admirable apreciar como Martí convenció a Gómez y Maceo para la nueva guerra. En primer lugar, no los visitó hasta tanto el Partido Revolucionario Cubano no hubiera aprobado sus designaciones como jefes; hecho esto los contactó en nombre del partido, pero antes escribió cartas a ambos. A Gómez dijo: “[...] Yo ofrezco a usted, sin temor a negativa este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle que el placer de su sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”.<sup>3</sup>

Al general Maceo le dice:

No empiece por extrañar la letra ajena, porque mi compañero de trabajo es su amigo de usted, Gonzalo de Quesada, Secretario hoy de nuestras labores y esperanzas a ver si volvemos con la ayuda del país a rematar lo que usted comenzó con su valor incomparable: le pide otra vez la patria, como va usted viendo, toda su bravura [...] Ya se que usted me conoce el alma bien, y que solo espera de ella lealtad y cariño. Con igual tesón vigilo por nuestra Patria, donde no hay problema que no pueda resolver con honor y justicia,—y por la gloria de los que la han creado con sus servicios. Precisamente tengo ahora ante los ojos la Protesta de Baraguá, que es de lo más glorioso de nuestra historia [...]<sup>4</sup>

<sup>3</sup> \_\_\_\_\_: Carta a Máximo Gómez del 13 de septiembre de 1892, cit. por Ramón Infesta: *Máximo Gómez*, Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1937, p. 142.

<sup>4</sup> \_\_\_\_\_: Carta a Antonio Maceo del 25 de mayo de 1893, *Selección de textos 1893-1993*, Centro de Información para la Defensa, p. 130.



*Patria fue el alma del Partido Revolucionario Cubano.*

Contando ya con el apoyo de Gómez, los Maceo, Flor, Serafín Sánchez, de otros generales y jefes del 68, con el entusiasmo patriótico de los pinos nuevos, y logradas las armas y municiones necesarias, Martí firmó el Plan de alzamiento, el 8 de diciembre de 1894, el cual preveía la insurrección del país para finales de ese año. Los preparativos se habían realizado con esmerado cuidado, pues después de la Guerra Chiquita, España había perfeccionado el sistema de inteligencia, en especial en aquellas ciudades donde residían jefes y emigrados cubanos.

Contados jefes conocían del plan. Este concebía la partida de tres vapores: el *Lagonda*, el *Amadís* y el *Baracoa*, que cargados de armas y municiones saldrían del puerto de Fernandina, próximo a Jacksonville. El *Amadís* recogería en Costa Rica a Maceo, el *Baracoa* iría con Martí a Santo Domingo y recogería a Gómez, el *Lagonda* iría a Cayo Hueso donde embarcarían Serafín y Roloff. Se dirigirían hacia distintos lugares de Cuba. Apoyados por levantamientos del interior iniciarían la guerra por la independencia.



General  
Serafín Sánchez Valdivia.



General Flor Crombet.

Pero la indisciplina, la cobardía o la indiscreción de un hombre delató la operación en el momento crucial y las autoridades norteamericanas incautaron las armas e impidieron la salida de los patriotas. Todo parecía perdido, fue un golpe que estremeció a los conspiradores, ¡era el esfuerzo de años de trabajo recaudando centavos que los emigrados se arrancaban de sus míseros salarios para donarlos a la causa de la independencia! Fue en este instante cuando José Martí ofreció a nuestro pueblo una de las más grandes lecciones al decidir comenzar la guerra, aun con los pocos recursos que quedaban.

Esta audaz determinación martiana de comenzar la guerra cuando apenas quedaban fondos para pagar el flete de las embarcaciones que llevaban a Cuba a los expedicionarios, solo es comparable con actitudes como las de Carlos Manuel de Céspedes de continuar la guerra con muy pocos hombres tras la derrota de Yara; la de Maceo en Baraguá; la de Fidel, al iniciar la guerra en 1953 y continuarla después de los reveses del Moncada y de Alegría de Pío, y muchas otras adoptadas por los más dignos representantes de nuestro pueblo, y que llegan hasta nuestros días, como la decisión de resistir, vencer y mantener las conquistas del socialismo en las condiciones creadas por el doble bloqueo a que ha sido sometida Cuba después del derrumbe del campo socialista y de la Unión Soviética.

El 24 de febrero de 1895, por orden del Partido Revolucionario Cubano, se produjo el levantamiento de los patriotas cubanos en varios puntos del país y la provincia de Oriente se destacó como el escenario principal de la lucha armada.

En los meses siguientes se incorporaron a la guerra Camagüey y otras regiones. Resultan insuficientes las páginas para valorar el heroísmo, el sacrificio y las ingeniosas campañas desarrolladas por el Ejército Libertador, entre ellas, la Campaña militar de Oriente, la Campaña de Camagüey y el desarrollo de la guerra en Las Villas. Con posterioridad, la insurrección cubana se cubrió de gloria al llevar a cabo la portentosa hazaña de la Invasión a las provincias occidentales, una de las más grandes proezas militares de todos los tiempos; sobresalen también las Campañas de la Lanzadera y La Reforma, así como el desarrollo de la guerra en todas las provincias. En las páginas que siguen reseñamos a grandes rasgos el estado general de la guerra al momento en que los círculos más reaccionarios del gobierno de Estados Unidos prepararon las condiciones para desatar con su intervención armada, la primera guerra imperialista de la historia.

### *Situación de la guerra en vísperas de la intervención del imperialismo yanqui*

Para finales de 1897, los jefes, oficiales y soldados del ejército mamí, así como el movimiento de apoyo a este en campos y ciudades habían adquirido ya la experiencia de que la guerra contra el colonialismo español, desde el punto de vista técnico-militar, como en su

momento señaló el general en jefe Máximo Gómez, no podía ganarse como producto de una gran batalla, para la cual no se contaba con medios y recursos. En el ámbito de las acciones combativas lo predominante, incluso, no eran ya los grandes encuentros de las características de Peralejo, Jobito, Sao del Indio, la portentosa Invasión, el decisivo combate de Mal Tiempo y otros, la Campaña de Maceo en Pinar del Río con numerosos enfrentamientos de envergadura y la batalla de Saratoga entre los días 9-11 de junio de 1896.

Desde mediados de 1897 y hasta la intervención norteamericana en abril de 1898, como fehacientemente ha demostrado la historiografía militar, el Ejército Libertador le impuso a la metrópoli un tipo de guerra popular prolongada, basada en el método de lucha irregular.

La victoria solo podría obtenerse como resultado de la acumulación de numerosos y pequeños encuentros exitosos junto a la destrucción de la economía de la Isla, cuestión que minaba moral y materialmente el aparato político-militar del régimen opresor con posibilidades de alterar la correlación de fuerzas a favor del movimiento revolucionario y crear condiciones objetivas para pasar a la ofensiva generalizada o forzar a la metrópoli a reconocer su derrota.

De tal forma, se produjo el lento pero sostenido proceso en el que las miles de pequeñas acciones del Ejército Libertador en toda la Isla erosionaron y socavaron la capacidad combativa del potente ejército español desplegado en el país, provocaron la derrota tanto del general más astuto (Martínez Campos) como del más cruel de los jefes hispanos (Valeriano Weyler) y obligaron a la metrópoli a implantar el régimen autonómico, reconocimiento tácito de su incapacidad para resolver el conflicto por la fuerza de las armas.

Para la época señalada, el Ejército Libertador de Cuba, pese a las terribles consecuencias de la guerra de exterminio impuesta por la metrópoli y los graves problemas existentes en cuanto a medios y recursos, continuó resueltamente la lucha armada contra el régimen colonialista y lo obligó



*Valeriano Weyler y Nicolau.*



Mapa de la Invasión (1895-1896).

a implantar la autonomía en el país. Sin embargo, los principales jefes mambises se opusieron a esta fórmula y se manifestaron enérgicamente contra las propuestas de paz formuladas por los representantes de la Península, porque además de la justezza de su causa estaban convencidos de que esa autonomía era una medida con la que España trataba de evitar la independencia de Cuba, la cual no tenían posibilidad de impedir.

Así, por ejemplo, el general Máximo Gómez, en respuesta al general Blanco, expresó: “[...] Me asombra su atrevimiento al proponerme otra vez términos de paz, cuando sabe que los cubanos y españoles jamás pueden vivir en paz en monarquía vieja y desacreditada, y nosotros combatimos por un principio americano, el mismo de Bolívar y Washington”.<sup>5</sup>

Por otra parte, el general Calixto García, en comunicado a los jefes y oficiales del Departamento Oriental, escribió:

[...] este Cuartel General recuerda a ustedes que el espíritu y letra de nuestra constitución no admite tratado con España que no sea basado en la absoluta independencia de Cuba. Por tanto, seré inexorable sometiendo como traidor a la patria a todo civil o militar, sea de la graduación que fuese, que admita mensajes, comisiones o cualquier comunicación con el enemigo.<sup>6</sup>

La Asamblea de La Yaya, en octubre de 1897, aprobó una nueva Constitución, eligió el Consejo de Gobierno, presidido por Bartolomé Masó y reafirmó el principio de no establecer con las autoridades colonialistas ningún tipo de diálogo ni llegar a negociar acuerdo alguno que no tuviera por base la independencia. Junto a ello, el Ejército Libertador de Cuba se había configurado como un cuerpo genuinamente popular, donde el campesinado, los obreros agrícolas y otros sectores humildes formaban su masa principal, calculada en alrededor de 40 000 hombres.

En su estructura figuraban seis cuerpos de ejército, los cuales operaban en todo el territorio de la Isla ajustando los procedimientos tácticos a las condiciones de la situación y las características de sus regiones respectivas de las que controlaban ya la mayor parte de las áreas rurales.

<sup>5</sup> Enrique Collazo: *Los americanos en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972, p. 71.

<sup>6</sup> Aníbal Escalante Beatón: *Calixto García. Su campaña en el 95*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, pp. 295-296.



*General Calixto García Íñiguez con su Estado Mayor.*

Cierto es que el desarrollo de la guerra se llevaba a cabo en medio de difíciles condiciones materiales y de carencias de todo tipo, sobre todo en el Departamento Occidental, donde la magnitud del enfrentamiento armado y sus consecuencias para la economía del país alcanzaron una gran intensidad; pero no es menos cierto que el Ejército Libertador estaba habituado a luchar en tales condiciones.

El territorio al oeste de la trocha de Júcaro a Morón sufrió, como ningún otro, la pérdida de fábricas de azúcar, vegas de tabaco, fincas de todo tipo, así como cultivos de viandas vegetales, frutales y otros objetivos económicos.

Por otra parte, los rigores de la guerra y, sobre todo, la inhumana política de reconcentración produjeron, particularmente en el occidente del país, una merma considerable en el orden demográfico calculada en el 20 % de la población.<sup>7</sup>

Todo ello repercutió grandemente en el campo insurrecto, provocando el hambre, la miseria y la escasez de los medios de subsistencia. La búsqueda de alimentos devino una de las tareas más complejas, obligó a las tropas mambisas a recurrir, incluso, al consumo del cogollo de las palmas y de otras plantas y yerbas de la campiña cubana. El sacrificio

<sup>7</sup> Raúl Izquierdo Canosa: *La Reconcentración, 1896-1897*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 1997, p. 29.

del ganado equino hizo disminuir grandemente la caballería con la consiguiente reducción de la movilidad de los insurrectos.

Con frecuencia, los soldados marchaban al combate semidesnudos y muchos debían quedar en los campamentos por falta de ropa y calzado. Los servicios médico-sanitarios se vieron también muy afectados por la falta de medicamentos de todo tipo.

A esta situación verdaderamente terrible en el orden material, habría que agregar otros problemas que constituyan peligros para el mantenimiento de la unidad, la disciplina y la disposición combativa de las fuerzas revolucionarias, derivados de las relaciones entre el gobierno y los jefes militares.

Uno de los motivos de fricción tenían como causa la intervención directa del Consejo de Gobierno, sin previa consulta con el general en jefe, en aspectos tales como la política de ascensos militares, el otorgamiento de elevados cargos en la jefatura del Ejército Libertador, la planificación y realización de acciones militares que obstaculizaban el plan general de campaña trazado por el mayor general Gómez, así como la toma de decisiones que, en algunos casos, afectaron los fines estratégicos concebidos por el mando militar, como fue por ejemplo, el dilatado y escaso envío de los tan necesarios refuerzos para apoyar la campaña del general Antonio Maceo en el occidente del país.

En contra de la política militar de la revolución trazada por el general en jefe y el delegado del Partido Revolucionario Cubano, José Martí, desde el inicio de la guerra, y particularmente en la Circular de Gómez del 1º de julio de 1896, dirigida a los hacendados y dueños de fincas ganaderas, donde, entre otros aspectos, se prohibía el comercio con las poblaciones y se disponía la paralización de las actividades azucareras so pena de incendio de las plantaciones y demolición de las fábricas, el Consejo de Gobierno, sobre todo en Camagüey, había autorizado numerosas actividades comerciales con las ciudades, mientras que la dirección de la emigración, encabezada por Estrada Palma, sostenía conversaciones con numerosos hacendados a fin de autorizar la realización de la zafra de 1896-1897, cuestión finalmente aceptada cuando el gobierno de la República en Armas dispuso que los dueños de ingenios cumplieran el pago de un impuesto por cada saco de azúcar producido.

Aunque, a fin de cuentas, lo anterior no pudo materializarse por la prohibición de la zafra dictada por Weyler, constituye un claro índice de disparidad de concepciones entre el gobierno civil y el mando militar en

torno a la conducción de la guerra, en el que sin dudas el general en jefe tenía toda la razón.

Las discrepancias entre el gobierno y el aparato militar estuvieron latentes en todo el transcurso de la contienda y, en algunos casos, generaron momentos críticos de gran tensión entre ambos. No obstante, las contradicciones, en última instancia no llegaron a provocar una situación que implicara el derrumbe de la insurrección ya que, en definitiva, los patriotas permanecían unidos por el ideal común de independencia nacional.

Una reseña general de la guerra de resistencia y de desgaste adoptada por los mambises a lo largo y ancho del país, durante los meses que precedieron a la intervención de Estados Unidos en el conflicto hispano-cubano, permite apreciar la intensidad de la lucha y el aporte de las diferentes regiones al derrumbe del colonialismo español.

Desde finales de 1897 hasta los inicios de la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana, en abril de 1898, se registraron en el territorio del 6º Cuerpo, provincia de Pinar del Río, alrededor de 115 acciones combativas.

La mayor parte correspondió a encuentros en campo abierto contra tropas españolas y fuerzas de voluntarios y guerrillas. Un número apreciable de estas operaciones estuvo constituido por ataques a campamentos, poblados y fuertes. Junto a ello, se produjeron numerosas incursiones contra el sustento económico del régimen colonial tales como incendios de cañaverales, destrucción de vegas, casas de tabaco, cultivos, voladura de vías férreas y otras.

La provincia sufrió grandemente los efectos de la guerra y de la re concentración con la pérdida estimada del 19 % de la población; pero las tropas colonialistas no pudieron pacificarla y los pinareños contribuyeron también de forma significativa al desgaste del colonialismo español y a su derrumbe definitivo en la Isla.

En la provincia de La Habana la campaña del Ejército Libertador constituyó también un factor apreciable de la lucha del pueblo cubano contra la metrópoli.

Entre 1896 y 1897 fueron registradas en los diarios de campaña, testimonios y otros documentos de los jefes habaneros, alrededor de 1 300 acciones combativas, cuestión que pone de manifiesto la envergadura de la lucha en el territorio y el hecho cierto de que España, con todo su poderío militar y la política exterminadora de Valeriano Weyler, no

pudo pacificar la región habanera a pesar de que esta, en lo fundamental, no dependió de una logística exterior y tuvo que basar la lucha en los esfuerzos propios, pertrechándose básicamente de los arsenales del enemigo.

Estas acciones contribuyeron en gran medida al desarrollo de la guerra en su conjunto, ya que obligaron al mando español a mantener numerosos efectivos en la provincia, lo que aliviaba la presión sobre las demás.

Por otra parte, se agravó la crisis económica del régimen, al ser dañadas seriamente la agricultura, la industria azucarera, el transporte, las comunicaciones y otras esferas de la producción y los servicios en la región.

Asimismo, la contienda en La Habana posibilitó la incorporación de miles de hombres al Ejército Libertador; constituyó un factor psicológico de gran impacto para el régimen colonial, al desarrollar el conflicto bélico en la provincia sede del gobierno, y contribuyó a ridiculizar al mando militar colonialista que se jactaba con la cacareada pacificación del territorio.

Aun en las difíciles condiciones del año 1898, los combatientes de fila mantenían un alto espíritu de lucha. Uno de ellos, el soldado negro José Isabel Herrera, conocido como Mangoché, perteneciente al Regimiento Calixto García, Brigada Sur, 2<sup>a</sup> División del 5<sup>o</sup> Cuerpo, que combatió en el sur de la provincia, dejó con su sencillo, pero emotivo lenguaje, un valioso testimonio de esa gesta. Entre sus impresiones escribió:

Año de 1898. Si el año de 1897 se llamó “Año Terrible” [...] y que lo fue ¿Qué nombre le cupo a este? Arrasados todos los campos, el ganado, solo vivíamos como los animales, comiendo cogollo de palmas, bleo, ceibas y otras yerbas; por eso a este le cupo el nombre de año de miseria y cansancio por parte nuestra, pero nuestros enemigos no nos superaban, porque tenían la moral perdida y si peleaban era porque los jefes los obligaban, es decir lo hacían a la fuerza; en cambio, nosotros no habíamos perdido la moral porque habíamos ido a la lid voluntariamente. La guerra era ya más de resistencia que de batalla, estábamos como dos boxeadores que cansados se estudian, dándose solo de sorpresa y buscando el agotamiento de su contrario. Los españoles ya no

nos perseguían tanto, solo trataban de estrecharnos, obligarnos a rendir [...] Nosotros, en cambio, nos preparábamos para una guerra, como la de los Diez Años, toda vez que no pensábamos más que en la patria.<sup>8</sup>

Las fuerzas mambisas de la 1<sup>a</sup> División del 5<sup>o</sup> Cuerpo en la provincia de Matanzas, a pesar de las dificultades para adquirir medios y recursos, así como las complejidades para enfrentar a un enemigo muy superior en un terreno desfavorable, continuaron siendo un baluarte importante de la lucha insurreccional contra el colonialismo español, a partir del empleo de un método correcto de lucha ajustado a las características del teatro de operaciones de la región occidental.

La mayor parte de las acciones en este territorio fue dirigida contra la base económica del régimen colonial. Desde finales de 1897 y hasta los primeros meses de 1898 se registraron alrededor de 400 incursiones contra sectores de la economía, que correspondieron fundamentalmente a la quema de cañaverales.

El general Enrique Collazo escribió al respecto: “[...] los campos de Matanzas estaban ya completamente asolados, sus numerosos ingenios, con ligerísimas excepciones habían sido destruidos o quemados sus campos de caña y no se caminaba sino por entre ruinas, ningún ingenio molía ya”<sup>9</sup>.

De tal forma, la contribución de los insurrectos matanceros a la derrota del colonialismo, aunque no pueda medirse por la envergadura de los encuentros armados, sí fue sustancial en cuanto al golpe propinado al sustento económico de la metrópoli española en la Isla.

En el territorio del 4<sup>o</sup> Cuerpo, entre la trocha y el río Jatibonico, se desarrolló, según los designios del general en jefe del Ejército



General Enrique Collazo Tejada.

<sup>8</sup> José Isabel Herrera: “*Mangoché*”, *Impresiones de la Guerra de Independencia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 175.

<sup>9</sup> Enrique Collazo: *La Guerra en Cuba*, La Habana, 1926, p. 359.

Libertador, la Campaña de La Reforma, una magistral operación, modelo de desgaste, que en el plano estratégico forzó a sus antagonistas a extraer considerables fuerzas de occidente para concentrarlas en este territorio y, a pesar de lograr una correlación favorable de 40 a 1, tuvieron que soportar un año de continuo desgaste, sin otro resultado que ver la progresiva depauperación de sus mejores unidades y contar casi mil bajas por cada una de las mambisas.

De nada valieron las combinaciones urdidas por Weyler, Blanco y treinta generales y coroneles más; de nada les sirvió la decantada trocha y los catorce centros fortificados, ni la artillería, el ferrocarril, el heliógrafo y el telégrafo. Gómez lograba escabullirse siempre, y siempre sus emboscadas y tiradores cobraban su modesto pero constante tributo de bajas, abultado por las enfermedades.

En declaraciones al periódico *Sun*, el general en jefe se refirió a algunas características del método de lucha empleado:

Cada vez que sale una columna enemiga es tiroteada y acosada por nosotros sin descanso. El soldado español es cazado como bestia salvaje. Cada disparo de los cubanos se dirige particularmente a distinto individuo de las filas adversarias. Sus grandes masas de soldados son impotentes contra este método de guerra; cuantos más hombres son, más castigados salen. Cincuenta cubanos pueden de tal suerte, hacer estragos en una columna española de 5 000 hombres. Siempre regresa el español a los poblados, dejando tras sí por los caminos, un rastro de muertos. Así va reduciendo su número y creciendo su desesperación.<sup>10</sup>

En el Departamento Oriental, sobre todo en la provincia de Oriente, las tropas del general Calixto García se encontraban a la ofensiva operativa, actuaban ya con grandes columnas y realizaban acciones de envergadura como fueron, por ejemplo, el sitio y la toma de Jiguaní, el 12 de marzo de 1897; Las Tunas, entre el 28-30 de agosto de 1897, y Guisa, entre el 28-29 de noviembre del mismo año.

Para principios de 1898, el jefe del Departamento Oriental tenía planificada una vasta operación con vistas a liberar toda la provincia y había dado incluso orientaciones precisas al respecto.

<sup>10</sup> Bernabé Boza: *Diario de campaña*, tomo 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 61.

En comunicación al secretario de la Guerra, fechada en Jiguaní el 24 de abril de 1898, sin conocer aún el estado de las relaciones entre España y Estados Unidos, Calixto García escribió:

Ayer 23, el General Saturnino Lora y el Mayor General Jesús Rabí, ocuparon la villa de Jiguaní, abandonada por el enemigo bajo el fuego de nuestras fuerzas. Hoy ordenó el General Rabí al General Lora ocuparse el poblado de Santa Rita. Yo ordené al Coronel García, jefe accidental de la Segunda Brigada, Segunda División del Segundo Cuerpo, marchase sobre Bayamo, tirotease el pueblo, y al abandonarlo el enemigo, que espero lo haga mañana o pasado, le pique la retaguardia. El Coronel Fernández de Castro marcha sobre Cauto el Embarcadero con el mismo objeto. El General Cebreco, sobre Palma Soriano. El General Menocal, Jefe de la Columna Volante, sobre San Andrés, jurisdicción de Holguín. Ordeno concentración de fuerzas Primero y Segundo Cuerpos, para marchar sobre Santiago de Cuba, Holguín y Manzanillo, según lo crea conveniente. Aún no he recibido correos de Cuba e ignoro por lo tanto si ha sido declarada la guerra entre Estados Unidos y España. Esta noticia decidirá el plan que debo seguir [...]<sup>11</sup>



*General Saturnino Lora Torres.*

de Cuba. Así por ejemplo, en el artículo “La cuestión de Cuba”, publicado el 12 de febrero de 1898, Francisco Pi y Margall, afirmó:

Nosotros no los hemos podido vencer con 200 mil hombres, porque son dueños del campo, conocen hasta los últimos repliegues del terreno en que luchan, tienen por auxiliar el clima y pelean por

<sup>11</sup> Aníbal Escalante Beatón: Ob. cit., p. 102.



*Mayor general Máximo Gómez Báez.*

su independencia. Los mueve y los exalta un ideal, y nosotros no tenemos ninguno. Por la fuerza van allí nuestros soldados, no por entusiasmo ni espíritu de gloria.<sup>12</sup>

### *Situación económica, política y militar de la metrópoli española*

El general Ramón Blanco, al sustituir a Weyler a principios de noviembre de 1897, describió la terrible situación en que se encontraba el gobierno colonial en la Isla con las siguientes palabras: “La administración se hallaba en el último grado de perturbación y desorden; el Ejército, agotado y anémico poblando los hospitales, sin fuerzas para combatir ni apenas para sostener sus armas”.<sup>13</sup>

Ello indica que la capacidad combativa del ejército peninsular en Cuba había disminuido de forma notable con la acusada tendencia a sufrir un serio quebrantamiento en un plazo más o menos cercano. En el Departamento Occidental, las tropas del 4º Cuerpo resistían la ofensiva española logrando establecer un estado de equilibrio con posibilidades estratégicas para que este se alterara a su favor. De modo particular, la campaña del general Máximo Gómez, en la zona de La Reforma, constituyó un costoso revés tanto para Weyler como para su sustituto el general Blanco.

El 1º de marzo de ese año, Gómez escribió: “Abatido y completamente retraído está el enemigo por aquí, y pasa sin hacer nada el tiempo favorable para operar. Las columnas van y vienen de una a otra plaza a mudarse o aprovisionarse, y pasan cerca de nuestro campamento eludiendo todo combate”.<sup>14</sup>

Por otra parte, las posibilidades para seguir enviando nuevas tropas a Cuba habían llegado al límite. Numerosos dirigentes políticos y jefes militares reconocían ya el fracaso de la inicial política de “hasta el último hombre y la última peseta”.

El propio primer ministro Cánovas del Castillo, en conversación sostenida el 18 de julio de 1897, expresó lo siguiente:

[...] Hice, estoy haciendo y haré todos los esfuerzos imaginables para acabar la guerra. Por lo que toca a Filipinas, estoy tranquilo [...] pero lo que afecta a Cuba, cada día que pasa me convenzo

<sup>12</sup> J. Conangla Fontaniller: *Cuba y Pi Margall*, Editorial Lex, La Habana, 1947, p. 40.

<sup>13</sup> Ibídem, p. 7.

<sup>14</sup> Philips Foner: *La Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanqui*, vol. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, p. 156.

más de que las cosas están peor, pues los militares no solamente no acierran, sino que además abusan de una manera escandalosa de la situación. Los generales, jefes y oficiales, no se dan cuenta de que el país no puede soportar la carga, de que Estados Unidos está a la espera de la ocasión de intervenir.<sup>15</sup>

En el terreno económico, el examen de algunos indicadores relacionados con el caso de Cuba, demuestran que los recursos de la metrópoli para continuar sufragando la guerra en la Isla, habían llegado al límite. La industria azucarera, renglón principal de las exportaciones cubanas, había sufrido un colapso a causa del desarrollo de la contienda. Si en 1894, la producción azucarera del país fue de 1 054 000 toneladas, valoradas en 62 100 000 dólares, en 1896 descendieron a 225 000 toneladas con un valor de 13 000 000 de dólares y, al siguiente año, se redujo a 212 051 toneladas.<sup>16</sup>

Por otra parte, la sustancial disminución del comercio en general, como consecuencia de la guerra y de la reconcentración, afectó notablemente el ingreso de las aduanas, que constituía otra fuente importante del presupuesto.

La merma de las recaudaciones, tomando como ejemplo el mes de mayo, de tres años sucesivos se comportó de la siguiente forma:

1896: 2 256 280 pesos;  
1897: 1 942 995 pesos;  
1898: 1 200 565 pesos.<sup>17</sup>

Para esta época, el desastre del ejército español en Cuba era un hecho consumado, reconocido ampliamente por sus principales jefes militares, dirigentes políticos e historiadores.

El cronista español Emilio Reverter Delmas, basándose en el análisis del informe del inspector general de Sanidad Militar del Ejército de Operaciones en Cuba, general Fernández Losada, del 1º de noviembre de 1897, apuntaba que para esa fecha el ejército regular español, que había alcanzado una cifra de alrededor de 200 000 hombres se había

<sup>15</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, La Habana, 1960, pp. 74-75.

<sup>16</sup> Leland H. Jenks: *Nuestra colonia de Cuba*, La Habana, 1966, p. 65.

<sup>17</sup> Instituto de Historia de Cuba: *Las luchas por la independencia y las transformaciones estructurales, 1868-1898*, La Habana, 1996, p. 514.

reducido a 114 900. Según plantea este autor, 85 100 hombres se estimaban como bajas definitivas por concepto de muerte en combate, enfermedades, viajes de regreso a la Península o desaparecidos en la Isla.<sup>18</sup>

Otros estudios españoles más recientes, aunque reconocen las dificultades para determinar las bajas definitivas en la contienda, se aproximan también a una cifra de alrededor de los 80 000 hombres, la mayor parte a causa de las enfermedades.<sup>19</sup>

Uno de los problemas más graves era el alto número de enfermos existentes. En el primer semestre de 1897, enfermaron y pasaron por los hospitales más de 200 000 hombres, lo cual obligó a continuar ampliando la capacidad asistencial con más centros de salud. Entre 1896-1897 fueron desplegados 38 nuevos hospitales con 21 500 camas que, sumados a los creados en 1895-1896, elevaba su cifra a 71 con 43 750 camas. Según el jefe de la Sanidad Militar española, el costo de las hospitalizaciones pagadas por el tesoro del país, desde 1895 hasta el primer semestre de 1897 ascendió a 5 766 792 francos.<sup>20</sup>

En realidad, la situación sanitaria de la Isla era precaria y ello condicionaba la existencia de numerosas enfermedades endémicas como el cólera, el paludismo, la fiebre amarilla y otras. En ocasiones surgían violentas epidemias que afectaban grandemente a la población. Lógicamente tales dolencias afectaban más directamente a los españoles recién llegados a Cuba, particularmente a sus soldados, cuyos cuarteles y hospitales no cumplían los requerimientos mínimos para un estado higiénico-epidemiológico favorable. Por otra parte, hay que considerar que el estado de insalubridad también afectaba a los combatientes del Ejército Libertador y más aún cuando estos nunca pudieron contar con un aseguramiento médico a la altura de la organización y abastecimiento de que disponía el ejército español.

En gran parte de la historiografía española sobre la guerra se ponderan los efectos del clima y de las enfermedades como las causas principales del progresivo deterioro de sus fuerzas y en medida más

<sup>18</sup> Emilio Reverter Delmas: *La Guerra de Cuba, reseña histórica de la insurrección cubana*, tomo 4, Barcelona, 1899, p. 192.

<sup>19</sup> Gabriel Cardona y Juan Carlos Losada: *Weyler: nuestro hombre en La Habana*, Barcelona, 1997, p. 197.

<sup>20</sup> Raúl Izquierdo Canosa: *El último hombre y la última peseta*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 1997, p. 85.

pequeña se atribuye el descalabro a las acciones exitosas del Ejército Libertador. Sin dudas, el enfoque más correcto debe estar dirigido a la interacción de estos factores durante el desarrollo del conflicto bélico, a lo que se une el aprovechamiento inteligente por parte de los cubanos de las posibilidades que el clima y las enfermedades les daban para enfrentar exitosamente a un enemigo muy superior en fuerzas, medios y recursos. De todas formas, esta situación no hubiera sido decisiva si no estuviera unida a las exitosas campañas militares del ejército mambí en el transcurso de la contienda, con el consecuente desgaste económico, político-militar y moral de la metrópoli española, resultado todo ello de la acumulación de miles de reveses en las acciones combativas sostenidas durante largos años frente al Ejército Libertador.

Por otra parte, el sistema de reclutamiento seguido por el ejército español para el servicio en ultramar, sobre todo en Cuba, estaba en crisis por la gran resistencia y las duras críticas que se realizaban en su contra. Por lo general, el cumplimiento de tal servicio trataba de ser evadido por todos los que contaban con recursos para ello. Según fuentes españolas, este proceso se convirtió en un gran negocio. Por ese concepto, entre 1894 y 1895, las autoridades peninsulares recaudaron alrededor de nueve millones de pesetas; en 1895, doce; en 1895-1896, treinta; en 1897, cuarenta y dos; en 1897-1898, treinta y ocho; y en 1898-1899, treinta y cinco.<sup>21</sup>

A partir de 1898, los envíos de tropas a Cuba no fueron tan significativos en comparación con los grandes contingentes de 1897 y, luego del establecimiento del bloqueo naval norteamericano, España no pudo introducir más soldados en la Isla.

Por si esto fuera poco, la deuda cubana había crecido enormemente y, en 1897, su monto ascendía a los 522 020 200 pesos.<sup>22</sup>

Al apreciar en su conjunto la situación del Ejército de Operaciones Español en Cuba para finales de 1897 y principios de 1898, se puede observar que su capacidad combativa había disminuido de forma notable con la acusada tendencia a sufrir un serio quebrantamiento en un plazo más o menos cercano.

Por otra parte, el monto de los nuevos contingentes de tropas cada vez más difíciles de reclutar, armar, preparar, enviar y mantener, no era capaz de reponer en la cuantía necesaria el total de efectivos

<sup>21</sup> Emilio Reverter Delmas: Ob. cit., p. 192.

<sup>22</sup> Gabriel Cardona y Juan Carlos Losada: Ob. cit., p. 196.

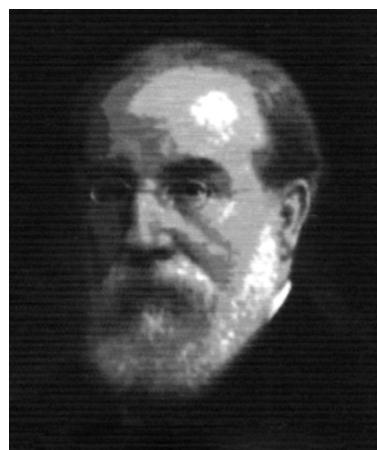
desplegados en la Isla ni detener el creciente aumento de su tasa de mortalidad y enfermedad.

Numerosos políticos e intelectuales progresistas peninsulares, como Francisco Pi y Margall, Pablo Iglesias, Vicente Blasco Ibáñez y otros, denunciaron sistemáticamente el alto costo material y humano de las guerras coloniales, sobre todo la de Cuba, fundamentalmente para los sectores más humildes de la población, sobre los cuales recaían los mayores rigores de estas, bajo el manto del patriotismo enarbolado por la burguesía metropolitana.

El 19 de mayo de 1897, al reunir a los diputados y senadores que le seguían, antes de la apertura de las Cortes, el jefe del Partido Liberal, Práxedes Mateo Sagasta, declaró que después de enviar alrededor de 200 000 hombres y de derramar ríos de sangre, España no era dueña en Cuba de más terreno que el que pisaban sus soldados. El político peninsular añadió que sus fuerzas no continuarían apoyando el programa de los conservadores ya que este conducía el país a la ruina en Cuba, y en Filipinas, y contribuía a gestar la guerra civil dentro de la propia España. El otorgamiento de la autonomía, como se dijo antes, fue un desesperado intento por mantener el control de la colonia, pero ello ya no era posible.

El destacado político español Francisco Pi y Margall criticó la concesión del régimen autonómico a Cuba, en particular el desconocimiento de la metrópoli al movimiento insurreccional y su entendimiento con las clases y sectores más poderosos en la Isla, con las siguientes palabras:

Para concluir la insurrección dimos a Cuba el régimen autonómico; pero mal y tarde. Tarde porque se lo concedimos cuando con 200 000 hombres no habíamos podido vencerla; mal, porque en vez de hacerlo condición de paz poniéndonos al habla con los rebeldes, los despreciamos y lo dimos generosamente a los que ningún sacrificio habían hecho por conseguirlo.<sup>23</sup>



*Francisco Pi y Margall.*

<sup>23</sup> J. Conangla Fontaniller: Ob. cit., p. 488.

Durante los primeros meses de 1898, la situación de España en Cuba era ya sumamente caótica. El 1º de marzo de ese año, el propio Departamento de Estado de Estados Unidos reconoció y dio a conocer a Stewart L. Woodford, ministro en España, una evaluación de la situación militar en la Isla, donde se destacaban los siguientes aspectos:

[...] los ejércitos españoles no han logrado ningún éxito sobre los cubanos en más de dos meses [...] La campaña emprendida por el general Blanco contra las fuerzas del general Máximo Gómez, había fracasado absolutamente [...] los cubanos continúan dominando la mitad oriental de la isla y sus columnas están operando en las provincias occidentales, sin que los españoles sean capaces de detenerlas. La implantación del régimen de la autonomía es un absoluto y completo fracaso, la situación económica y social del país está peor que nunca y la rehabilitación nacional es muy superior a lo que las fuerzas del régimen colonial pudieran llevar a cabo.<sup>24</sup>

Evaluando este momento, el historiador cubano Sergio Aguirre escribió:

En 1898, España se enfrentaba con un colapso económico de tal magnitud que ni aún siquiera los ministros de la Reina podían creer en una posible victoria [...] Cuba estaba ganando la guerra [...] es evidente que no es posible afirmar cuánto tiempo más habría durado la guerra sin la intervención norteamericana, en vista de la contumaz resolución de España de continuarla hasta consumir "el último hombre y la última peseta". Pero, a mi juicio, lo importante es que la Invasión (de occidente) no había sido contrarrestada por los españoles con ningún golpe que le fuera comparable. Y, ¿por qué suponer que aquel contragolpe habría podido producirse después en 1898? No cabe duda de que los Estados Unidos apresuraron la decisión final, que introdujeron en la lucha el *knock out* decisivo en aquellos momentos. Pero los cubanos habrían alcanzado, al fin la victoria, aun sin la intervención de Estados Unidos.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Philips Foner: Ob. cit., p. 157.

<sup>25</sup> Ibídem, p. 163.

Un veterano de esa guerra, el capitán del Ejército Libertador Aníbal Escalante Beatón, ayudante del mayor general Calixto García, plasmó en sus memorias su propia convicción al afirmar:

[...] Sí, podríamos haber derrotado a España sin la intervención de Estados Unidos [...] Desde todos los puntos de vista era evidente que en 1898 sus fuerzas estaban decayendo y que nosotros los mambises nos fortalecíamos cada vez más. Cuando Estados Unidos intervino en la Guerra Hispano-Cubana, la victoria estaba de parte de los cubanos. En Oriente y en Camagüey, dominábamos el terreno, y el ejército español solamente tenía en su poder las ciudades. En Las Villas nuestras fuerzas tenían frenados a los españoles, y en Matanzas, La Habana y Pinar del Río, las unidades mambises hostigaban continuamente al enemigo.<sup>26</sup>

El destacado historiador cubano Julio Le Riverend, apuntó al respecto que la metrópoli:

[...] estaba maniobrando para establecer el régimen autonómico porque estaba convencida de su incapacidad de vencer a la Revolución por la fuerza de las armas. Y todo movimiento revolucionario que logra consolidarse frente a un enemigo tan poderoso, obligándolo a recurrir a maniobras y transacciones, está en camino de la victoria. Esta es una experiencia universal.<sup>27</sup>

A las opiniones señaladas se unen los criterios de altos jefes militares españoles que al evaluar la situación del conflicto lo daban ya perdido para la metrópoli. Así por ejemplo, el almirante Pascual Cervera, jefe de la Escuadra de Operaciones, escribió:

Me pregunto si me es lícito callar y hacerme solidario de aventuras que causarán, si ocurren, la total ruina de España; y todo por defender una Isla que fue nuestra; porque aun cuando no la perdiésemos de derecho con la guerra, la tenemos perdida de hecho, y con ella toda nuestra riqueza y una enorme cifra de hombres jóvenes, víctimas del clima y de las balas, defendiendo un ideal que ya es solo romántico [...]<sup>28</sup>

<sup>26</sup> Ibídem.

<sup>27</sup> Ibídem, p. 164.

<sup>28</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: Ob. cit., p. 77.

Por su parte, el capitán de navío Víctor M. Concas, jefe del Estado Mayor del almirante, agregó acerca del tema:

Aunque los escritores americanos pretenden negarlo, la insurrección de Cuba había terminado la guerra, y la Isla no era ya nuestra como dijo el almirante Cervera [...] La guerra (con Estados Unidos) fue aceptada por España cuando la isla de Cuba estaba perdida de hecho y cuando en la Península el envío de un hombre más amenazaba un levantamiento [...]<sup>29</sup>

De todo este proceso, no obstante los problemas internos y las difíciles condiciones en que se desarrolló la lucha, emergió el Ejército Libertador de Cuba como el principal protagonista de una de las hazañas militares más sobresalientes en la historia militar de América Latina de finales del siglo XIX: el enfrentamiento exitoso, en una guerra de casi tres años y medio, a una de las principales potencias militares del mundo, cuyos dirigentes políticos y militares, no obstante contar con abrumadora superioridad en medios y recursos y una fuerza de más de 200 000 soldados regulares desplegados en el teatro de operaciones militares, se vieron obligados a confesar su derrota en plazos más o menos cercanos.

Cuando ya era evidente el fracaso del colonialismo español por el heroico esfuerzo del Ejército Libertador, se produjo la oportunista intervención del imperialismo norteamericano en la contienda, que escamoteó la victoria a los patriotas cubanos, estableció un régimen de ocupación militar y condicionó el surgimiento de la república neocolonial.

### *Causas de la frustración de la Guerra de 1895*

#### 1. LA INTERVENCIÓN DEL IMPERIALISMO YANQUI EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DEL PUEBLO CUBANO

La Guerra Hispano-Americana —de la cual forma parte la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana—, fue la primera guerra imperialista de la historia moderna, desatada por la cúpula dominante de Estados Unidos de América para despojar por la fuerza a España de sus últimas colonias y arrebatarle a Cuba, Filipinas y Puerto Rico, la posibilidad de alcanzar su independencia.

<sup>29</sup> Ibídем, p. 78.

La situación del imperio del norte y sus pretensiones a finales del siglo XIX fue resumida por el historiador soviético Vladimirov, de la siguiente forma:

Las grandes compañías, los monopolios voraces dominaban la vida política del país, como ahora ocurre. No se podía ser presidente de la República, secretario del Gobierno Federal, senador, representante a la Cámara, gobernador de un estado, miembro del Tribunal Supremo, etc., sin hallarse al servicio de los grandes capitalistas, salvo alguna excepción aisladísima. Y, por otra parte, ya había llegado a su máximo para las grandes compañías la posibilidad creciente de explotar los recursos del propio territorio norteamericano. No quedaban tierras por quitar a los indios: se las habían quitado todas. A México le habían sido arrebatados por la Unión territorios enormes: Texas, Nuevo México, California. Se hacía muy difícil arrebatarle más. Tampoco podía expansionarse el país por el norte sin entrar en conflictos con Canadá, posesión británica, y los ingleses eran un hueso duro. ¿Qué hacer con los grandes capitales sobrantes de Estados Unidos hacia la última década del siglo XIX?<sup>30</sup>

Por otra parte, la Guerra de 1898 fue causada tanto por la rapacidad imperialista norteamericana como por la torpeza y tozudez política hispana.

España prefirió perder la guerra, la flota y sus últimas colonias frente a una gran potencia, antes que negociar una paz honrosa con los insurrectos sobre la única base que estos habrían aceptado: la independencia. Hubiera podido conservar sus escuadras, su estatus de potencia militar y establecer relaciones amistosas y mutuamente ventajosas con sus excolonias, así como evitar una guerra perdida de antemano, que provocó la conmoción peninsular conocida como el desastre del 98. Al respecto, Pi y Margall escribió:

Negociando la paz con los insurrectos sobre la base de la independencia, no solo pondríamos fin a la guerra de Cuba y a las enormes pérdidas que en oro y sangre nos ocasiona, sino que también disiparíamos todo temor de guerra con Estados Unidos

<sup>30</sup> L. Vladimirov: *La diplomacia de Estados Unidos durante la Guerra Hispano-Norteamericana de 1898*, Editorial de Lenguas Extranjeras, Moscú, 1958, p. 16.

y todo afán por adquirir barcos con que sostenerla [...] Es todavía tiempo de negociar y obtener ventajosas condiciones. No desaprovechemos la presente hora no sea que hayamos de abandonar después la Isla sin condición alguna.<sup>31</sup>

La política norteamericana hacia Cuba fue expresión del desarrollo de su etapa monopolista y de la búsqueda de colonias y áreas de influencia. Por ello, el propio desarrollo de su sistema capitalista condujo a las diferentes administraciones estadounidenses a plantearse la ejecución de una política exterior marcadamente expansionista. En este sentido, el caso de Cuba se destaca entre otros por su importancia geopolítica.

En los planes expansionistas de Estados Unidos, Cuba resultaba imprescindible debido a su posición geográfica en el golfo de México y la proximidad a las costas norteamericanas, así como por lo reducido de su territorio, ocupada por escasa y heterogénea población, y por las características de su desarrollo económico y social.

El interés norteamericano de apoderarse de la Isla se remonta a inicios del siglo XIX e, incluso, mucho antes; estuvo pendiente en las aspiraciones de los llamados padres fundadores de la nación norteña. En 1805, el entonces presidente Thomas Jefferson esgrimió como argumento justificativo el hecho de que podría ser utilizada contra la seguridad de su país. Similares planteamientos fueron realizados entre los años 1807 y 1808. En ese último año intentaron comprar la colonia; pero España se negó a venderla.

En el año 1823, el secretario de Estado norteamericano, John Quincy Adams, esgrimió la tesis de la fruta madura, esclareciendo que mientras Cuba no gravitara hacia las manos norteamericanas, debía continuar bajo dominio colonial español. Dicha tesis fue redondeada más aún a partir de la Doctrina Monroe, expuesta en el propio año por el presidente James Monroe, la cual advertía a las potencias europeas que no buscaran posesiones coloniales en América, pues esta estaba reservada exclusivamente para los norteamericanos.

Con ello se pusieron de manifiesto las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos en el continente, iniciadas con la compra de territorios como Louisiana, Florida y Alaska, así como con el despojo a México de Texas, Arizona, California y Nuevo México.

<sup>31</sup> J. Conangla Fontaniller: Ob. cit., p. 23.

Iniciada la segunda mitad del siglo XIX, el capitalismo norteamericano evolucionaba rápidamente; pero el país no se encontraba aún preparado para asimilar a Cuba como enclave colonial; por ello, ante el desarrollo de la Guerra de los Diez Años, Estados Unidos adoptó una falsa política de neutralidad que, en última instancia, benefició a España en su lucha contra los independentistas cubanos.

Pero en la década de 1880, en la medida en que se configuraban los rasgos del imperialismo norteamericano, la visión sobre Cuba cambió. En esos años se observó una fuerte inversión de capitales en renglones tan importantes como el azúcar, el tabaco y la minería; baste decir que para 1896, Estados Unidos había invertido en la Isla unos cincuenta millones de dólares, cifra considerable para la época. Junto a ello, crecía grandemente el interés por apoderarse de la codiciada Perla de las Antillas. En la práctica, la gran nación del norte estaba consolidándose como la metrópoli económica de Cuba.

Durante la Guerra de 1895, cuando las condiciones fueron propicias debido a la irreversible derrota de España ante el Ejército Libertador, los norteamericanos se apresuraron a intervenir en el conflicto bélico. Para ello partieron de las posibilidades que les brindaba su poderío marítimo y militar, en general muy superior al de España. Utilizaron, entre otros pretextos para justificar la intromisión, la explosión del acorazado *Maine*, la polémica carta del diplomático español Enrique Dupuy de Lome y las simpatías de numerosos norteamericanos hacia la lucha que heroicamente libraban los cubanos. Las manifestaciones de apoyo de los ciudadanos estadounidenses, la recaudación de fondos e, incluso, la presencia de algunos de ellos en las filas del Ejército Libertador, fueron aspectos aprovechados de forma oportunista por los sectores representantes del gran capital, como instrumento de apoyo a sus intereses expansionistas.

Los sentimientos del pueblo norteamericano fueron hábilmente utilizados por los jingoístas<sup>32</sup> y la prensa, los que se aprovecharon de las características con que se desarrollaba el conflicto hispano-cubano, basado en la guerra de exterminio practicada por Valeriano Weyler para exacerbar los ánimos de las masas populares de esta nación que inmediatamente reclamaron la intervención de su gobierno para poner término a la guerra de Cuba e instaurar una república.

<sup>32</sup> Seguidores de una corriente guerrerista en el naciente imperialismo yanqui que exaltaba un nacionalismo extremo y un agresivo patrioterismo.

En el Congreso estadounidense se desarrollaron enconadas discusiones políticas en torno al problema de Cuba en las que se plasmaron disímiles intereses y opiniones, que concluyeron con la aprobación de la conocida Resolución Conjunta, en la que Estados Unidos se comprometió a no apoderarse de la Isla.

La entrada de este país en la Guerra Hispano-Cubana consistió, en última instancia, en una materialización de su política exterior, consecuente con sus objetivos en relación con la Isla.

La República de Cuba en Armas, representación política del movimiento independentista, no fue reconocida nunca por el gobierno de Estados Unidos. Si bien se planificaron operaciones militares conjuntas, los norteamericanos trataron en todo momento de relegar a un segundo plano la participación de las unidades independentistas, tanto en el proceso de planificación como en su realización.

Cuando tuvieron la información sobre la presencia de la Escuadra de las Antillas, al mando del almirante español Pascual de Cervera Topete, de la que se aseguraba que estaba surta en la bahía de Santiago de Cuba, ignorando los planes de campaña concertados con el general en jefe del Ejército Libertador y sin comunicarle las decisiones adoptadas, dirigieron los esfuerzos principales de sus tropas hacia el teatro de operaciones de Oriente.

Durante la campaña de Santiago de Cuba, en la realización del Plan del Aserradero, elaborado por el mayor general Calixto García, el general norteamericano William Rufus Shafter, destinó a las fuerzas del Ejército Libertador un papel secundario dentro de los planes operativos; pero a su vez les asignó, entre otras misiones, la ejecución de obras de ingeniería bajo el fuego enemigo, el traslado y la conducción de las pesadas cargas de la impedimenta, el desbroce de caminos y la protección de las fuerzas y medios de su propio ejército.

Resulta obvio que el alto mando militar y el gobierno de Estados Unidos deseaban presentarse ante la opinión internacional como los



*Almirante Pascual Cervera.*

libertadores del pueblo cubano; no obstante verse obligados a recurrir a la ayuda de las armas mambisas para poder alcanzar la victoria sobre el enemigo.

Entre los testimonios del papel desempeñado por las tropas cubanas en los combates terrestres se en cuenta el de las Guásimas, a un kilómetro de Sibney, donde el general norteamericano Wheeler decidió atacar la posición española, desoyendo la propuesta del general cubano Carlos González Clavell, que le había sugerido bordearla en el avance hacia Santiago. Los estadounidenses fueron rechazados con grandes bajas y se vieron obligados a pedir refuerzos; en el de El Caney, el general Lawton se vio en la necesidad de solicitar ayuda a Calixto García que, incluso, tuvo que elaborarle el plan para el ataque que le propició la victoria; en el de San Juan, una vez más la pericia del general Clavell les facilitó la toma de las alturas a las tropas yanquis.

Ante las grandes pérdidas sufridas y la férrea resistencia española, el general norteamericano Shafter se desmoralizó y solicitó su renuncia; entonces surgió la propuesta de nombrar como jefe de las operaciones al general Calixto García, quien la rechazó de inmediato.

Las acciones de las tropas yanquis se caracterizaron, además, por la subestimación de los cubanos, la prepotencia y el irrespeto a los símbolos patrios. En el plano político, la conducción de las operaciones se basaban en documentos que demostraban el total desprecio hacia los patriotas cubanos y el carácter genocida de la intervención imperialista. Así, por ejemplo, en las instrucciones del inspector general, mayor general de voluntarios J. C. Breckenridge, al jefe del ejército norteamericano, teniente general Nelson A. Miles, documento fechado el 24 de diciembre de 1897 y citado por diversas fuentes históricas, se planteaban en un lenguaje propio de los políticos yanquis de la época, las siguientes ideas racistas y genocidas:



General  
Carlos González Clavell.

La anexión de territorios a nuestra República, ha sido hasta ahora la de vastas regiones con muy escasa población y fue siempre precedida por la invasión pacífica de nuestros emigrantes, de modo tal que la absorción y amalgama de la población existente, ha sido fácil y rápida. El problema antillano se nos presenta bajo dos aspectos: Uno está relacionado con la Isla de Cuba y otro con Puerto Rico; también nuestras aspiraciones y la política que debemos observar en cada caso difieren. Cuba, con un territorio mayor, tiene una población mayor que Puerto Rico. Esta consiste de blancos, negros y asiáticos y sus mezclas. Los habitantes son generalmente indolentes y apáticos. Es evidente que la inmediata anexión de estos elementos a nuestra propia federación sería una locura y, antes de hacerlo debemos limpiar el país, aun cuando eso sea por la aplicación de los mismos métodos que fueron aplicados por la Divina Providencia en las ciudades de Sodoma y Gomorra. Debemos destruir todo lo que esté dentro del radio de acción de nuestros cañones. Debemos concentrar el bloqueo, de modo que el hambre y su eterna compañera, la peste, minen a la población civil y diezmen al Ejército cubano [...] Resumiendo: nuestra política debe ser siempre apoyar al más débil contra el más fuerte, hasta que hayamos obtenido el exterminio de ambos a fin de anexarnos a la Perla de las Antillas.<sup>33</sup>

Las instrucciones no necesitan comentarios respecto a los objetivos de la intervención estadounidense y los métodos que se proponía aplicar para lograrlo.

Los propósitos norteamericanos en la guerra con España y su intervención militar en Cuba quedaron demostrados en el Tratado de París, firmado el 10 de diciembre de 1898, que puso fin a la primera guerra imperialista de la historia.

En París se reunieron representantes de los gobiernos de España y Estados Unidos para discutir el futuro de Cuba, Puerto Rico, la isla Guam y el archipiélago de las Filipinas. Ningún representante

<sup>33</sup> Hortensia Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, tomo 1, La Habana, 1973, pp. 513-514.

del pueblo cubano fue invitado: se desconoció totalmente al pueblo y a sus organismos representativos. El convenio firmado no mencionaba la libertad de Cuba ni a ninguna representación gubernamental cubana; no valoró al Ejército Libertador como verdadero protagonista de la victoria, ni la ayuda prestada al Ejército norteamericano en los combates de la región de Santiago de Cuba.



*Firma del Tratado de París, sin la presencia de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.*

La intervención norteamericana fue, además, un esfuerzo para la anulación de un proceso revolucionario en el que Cuba había visto en más de una ocasión devastarse sus campos y, con ello, su economía y, sobre todo, contemplar la pérdida de la vida de miles de sus mejores hijos en el transcurso del conflicto bélico o como consecuencia del despiadado sistema de explotación colonial imperante.

Muy a pesar de ello, Estados Unidos se vio obligado a reconocer el proceso independentista que había posibilitado el surgimiento y desarrollo de nuestra identidad nacional, en la que sobresalía la labor martiana para lograr la unidad de los cubanos. Ello implicó que no pudieron convertir la Isla en su colonia y que para lograr sus apetencias imperialistas se vieron en la necesidad de implantar una nueva forma de dominio: el neocolonialismo.

El análisis del fenómeno de la intervención militar de Estados Unidos en la Guerra Hispano-Cubana demuestra fehacientemente la

vigencia de la tesis del investigador y profesor de Historia, Emilio Roig de Leuchsenring, quien sustentó acertadamente que “Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos” y, en esa medida, permite comprender que —fundamentalmente— la existencia de problemas subjetivos en el campo de la Revolución propició la intervención militar del Ejército de Estados Unidos de Norteamérica en el conflicto hispano-cubano, con lo que se convirtió en copartícipe de una victoria que ya pertenecía a las armas del Ejército Libertador de Cuba.

## 2. LAS CONTRADICCIONES ENTRE EL GOBIERNO Y EL MANDO MILITAR

Si la labor de José Martí y del Partido Revolucionario Cubano para unir a los veteranos del 68 con la nueva generación, para iniciar la guerra en 1895 con una idea y plan únicos constituyó un éxito, no puede decirse lo mismo —desaparecido ya Martí— con respecto a las ideas y concepciones acerca de cómo desarrollar esa contienda, ni del futuro de las relaciones de Cuba con Estados Unidos. Téngase en cuenta que en el Partido Revolucionario Cubano militaban hombres de diferentes visión y proyecciones políticas.

En 1895 —a diferencia de la Asamblea de Guáimaro durante la Guerra de los Diez Años—, fue creado un Consejo de Gobierno que depositaba amplias facultades en el mando militar y sus principales jefes. Sin embargo, en la propia Constitución adoptada aparecieron determinadas trabas que se apartaban de la concepción martiana acerca de que el ejército debía quedar libre para desarrollar con éxito las acciones combativas frente al colonialismo español. Las principales limitaciones se reflejaron en el artículo 1, que creaba la Secretaría de Guerra, órgano no necesario si ya existía un aparato militar con un general en jefe al frente; el artículo 3, que facultaba al Consejo de Gobierno para otorgar los grados militares de coronel a mayor general y privaba al general en jefe de una atribución importante y, sobre todo, en el artículo 4, que autorizaba al Consejo de Gobierno a intervenir en las operaciones militares si ello conllevaba a la “realización de altos fines políticos”.

Los éxitos en las campañas militares, en especial la Invasión al occidente, evitaron que afloraran con fuerza las discrepancias entre jefes militares y dirigentes del gobierno, pero estas se mantuvieron latentes y comenzaron a hacerse agudas entre el general en jefe y el Consejo de Gobierno que desconocía frecuentemente la autoridad militar. Ello originó no pocos disgustos de los jefes, solicitudes de renuncias —incluida la del propio

Máximo Gómez— y graves indisciplinas que determinaron situaciones cándentes como la que se produjo a raíz del llamado del general Gómez a su lugarteniente general Antonio Maceo para que regresara a la región oriental y, entre ambos, poner coto a las manifestaciones de indisciplinas y discrepancias con el Gobierno.

Los riesgos de la guerra hicieron que Antonio Maceo cayera en combate cuando acudía al llamado de Gómez, con lo cual perdió Cuba al hombre de mayor claridad política después de la muerte de Martí. No obstante, la estrategia del mando militar cubano, unida a la bravura de sus jefes y combatientes, le habían ocasionado golpes contundentes al ejército español, de los cuales era imposible recuperarse dada la situación de la metrópoli.

En el exterior se encontraba el Partido Revolucionario Cubano, ahora dirigido por Tomás Estrada Palma, quien tras la caída del Apóstol asumió el cargo de delegado y quien, además, había sido nombrado por el Consejo de Gobierno de la República en Armas como su representante plenipotenciario. Bajo la nueva dirección, el Partido se mantuvo poco activo en el apoyo a la guerra y dejó de jugar el papel aglutinador y orientador que había ejercido antes. En este contexto, Estrada Palma y sus seguidores fueron apartando a las figuras de más claro pensamiento independentista y buscaron el acercamiento a Estados Unidos.

Las discrepancias entre los dirigentes y jefes militares cubanos, junto con la falta de visión política de las principales figuras del movimiento revolucionario, permitió a Estados Unidos conversar por separado y convencer a Máximo Gómez, Calixto García y a Tomás Estrada Palma para que autorizaran la intervención de las tropas norteamericanas en las acciones y garantizaran el apoyo del Ejército Libertador.

### 3. FALTA DE UN LIDERAZGO POLÍTICO-MILITAR AGLUTINADOR

Con la muerte de José Martí y Antonio Maceo, se había perdido a los dos más importantes hombres con liderazgo y visión político-militar nacional estratégica. Martí había comprendido el peligro que representaba Estados Unidos; por ello previó realizar una guerra justa y rápida para impedir que el imperialismo yanqui interviniere en el conflicto y se apoderara de Cuba y América. Conocida resulta su carta a Manuel Mercado en vísperas de su caída en combate, que no deja lugar a duda cuando le expone la necesidad “[...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las

Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América".<sup>34</sup>

Era José Martí el líder indiscutible del pueblo cubano, el hombre que había unido a la pléyade de jefes del 68 con la nueva generación, el dirigente que nunca hubiera permitido subordinar el Ejército Libertador al mando norteamericano, el hombre con la inteligencia y la autoridad política para neutralizar las actitudes contrarias a la independencia de Cuba.

En ausencia de Martí, el general de mayor autoridad y carisma político-militar era Antonio Maceo, reconocido en todo el país, quien había manifestado en varias ocasiones sus preocupaciones y decisión de impedir la intervención norteamericana en la Isla.

Se cuenta la anécdota de que en una comida entre amigos, ante la insinuación de un joven acerca de la posibilidad de que la estrella de la bandera cubana figurara alguna vez en la constelación de la de Estados Unidos, Maceo respondió que si ello sucediera, aunque no lo creía probable, sería la única ocasión en que estaría de parte de los españoles. Nos atrevemos a pensar que en vida de Martí y Maceo, los norteamericanos no se hubieran apoderado de Cuba, por lo menos, con la facilidad que lo hicieron.

En histórica carta reveladora de su profundo pensamiento político, el héroe de Baraguá, escribió:

De España jamás esperé nada; siempre nos ha despreciado y sería indigno que se pensase en otra cosa. La libertad se conquista con el filo del machete, no se pide; mendigar derechos es propio de cobardes incapaces de ejercitarlos. Tampoco espero nada de los americanos; todo debemos fiarlo a nuestros esfuerzos; mejor es subir o caer sin ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso.<sup>35</sup>

La muerte de estos dos grandes próceres gravitó significativamente sobre el futuro de la insurrección cubana. Sin la existencia de un liderazgo aglutinador y visionario, con la creciente influencia de las ideas autonomistas e incluso anexionistas sustentadas por representantes de la

<sup>34</sup> José Martí: Carta inconclusa a Manuel Mercado del 18 de mayo de 1895, *José Martí. Diarios de campaña*, colección Biblioteca familiar, s/f, p. 70.

<sup>35</sup> Antonio Maceo: Carta a Federico Pérez Carbó, cit. por José Miró Argenter: *Crónicas de la Guerra*, tomo II, La Habana 1981, p. 654.



*Muerte en combate de José Martí y Antonio Maceo.*



burguesía que ya contaban con un espacio en el campo de la insurrección y luchaban por el control de esta; con las hábiles maniobras del gobierno estadounidense y la ilusión de una ayuda desinteresada por parte del gobierno de este país, y con el desconocimiento de los verdaderos móviles que impulsaban la intervención imperialista, se abrió cauce al oportunismo, al conservadurismo, a la ingenuidad política, a la colaboración con Estados Unidos y a la traición a los ideales independentistas.

En esta coyuntura histórica se destacó el nefasto papel de Tomás Estrada Palma y algunos de sus colaboradores, quienes ofrecieron todo tipo de garantías y ayuda a los intervencionistas.

Además del cabildo milionario que propició la aprobación de la Resolución Conjunta, Estrada Palma, que sí era ferviente partidario de la intervención militar de Estados Unidos en la Guerra de Independencia de Cuba y de la anexión de la Isla a ese país, usando y abusando de su condición de representante plenipotenciario de la República de Cuba en Armas ante Washington, se apresuró a ofrecerle seguridades al presidente McKinley, sin pedir a cambio el reconocimiento del Consejo de Gobierno. A tal efecto, le comunicó:

[...] Doy a usted la seguridad más completa de la cooperación del ejército cubano con las fuerzas militares de Estados Unidos. La República de Cuba dará instrucciones a sus generales para que sigan y ejecuten los planes de los generales americanos en campaña [...] el ejército cubano estará siempre dispuesto a ocupar las posiciones y a prestar los servicios que los jefes americanos determinen [...] Tomo estos compromisos en mi carácter de representante autorizado de la República de Cuba, que dará las



*Tomás Estrada Palma.*

órdenes e instrucciones necesarias a los jefes cubanos para que se pongan en ejecución.<sup>36</sup>

Los acuerdos unilaterales así establecidos fueron acatados por Calixto García y sancionados posteriormente por el Consejo de Gobierno. Con ello, esta institución y el mando militar cubanos pasaron a desempeñar un papel subordinado, sin que el primero fuera reconocido.

En sesión celebrada en mayo de 1898, en el pequeño poblado de Sebastopol, Camagüey, el Consejo de Gobierno acordó ratificar el compromiso que Estrada Palma había contraído con el presidente de Estados Unidos y, en correspondencia con ello, envió la siguiente orden al mayor general Calixto García:

El Consejo de Gobierno, en sesión celebrada el día 10 del corriente, acordó sancionar el compromiso que el señor Tomás Estrada Palma, en su carácter de representante autorizado de nuestra República, ha contraído con el presidente de Estados Unidos de América, señor William McKinley, y que consiste en que los generales del Ejército Libertador sigan y ejecuten los planes de los generales americanos en campaña, manteniendo el nuestro su organización propia; pero dispuesto siempre a ocupar las posiciones y prestar los servicios que aquellos determinen; a cuyo efecto el Consejo acordó también que por esta Secretaría se diesen, como ahora se hace, órdenes al General en Jefe y a V. a fin de que ajusten su conducta a lo expuesto. Lo que traslado a usted, para su más exacto cumplimiento y para que dicte a su vez las órdenes conducentes a que se ponga en ejecución lo dispuesto, significándole que el delegado plenipotenciario ha indicado al presidente McKinley la conveniencia de que la Escuadra Americana tome ciertos puertos para descargar por ellos armas y municiones de guerra y boca para ambos ejércitos.<sup>37</sup>

Desde este momento se hizo evidente que, por la parte cubana, era Estrada Palma y no el Consejo de Gobierno quien dirigía la situación. Aprovechando su condición de representante plenipotenciario, Estrada Palma estableció convenios con Estados Unidos, que luego el

<sup>36</sup> Felipe Martínez Arango: *Cronología crítica de la Guerra Hispano-Cubano-American*, La Habana, 1973, pp. 203-204.

<sup>37</sup> Juan Casasús: *Calixto García, el estratega*, La Habana, 1962, p. 261.

Consejo de Gobierno se vio obligado a sancionar como hechos consumados, lo que, además, permitió a la administración norteamericana manejar al gobierno de la República de Cuba en Armas sin reconocerlo.

A partir de ese momento, el general Máximo Gómez quedó prácticamente sin mando estratégico y el Consejo de Gobierno pasó a ser un mero espectador de los acontecimientos. Refiriéndose a estos sucesos, de los cuales fue testigo excepcional, el general Enrique Collazo escribió:

Conscientes o inconscientes los hombres del gobierno y nuestra representación en el extranjero aparecerán ante la historia, como instrumentos del gobierno americano, que engaño al ejército de Cuba para obtener su cooperación, que engaño al mundo aparentando un exceso de desinterés y humanitarismo, para venirnos a sorprender luego, con una tutela odiosa e innecesaria.<sup>38</sup>

Estas maniobras astutas y hábiles fueron empleadas también por la administración norteamericana para lograr la anuencia de los patriotas en la Isla. Contactaron por separado con el representante en el exterior del gobierno de la República de Cuba en Armas para oficializar la participación cubana en operaciones conjuntas; de forma verbal, también comprometieron al lugarteniente general del Ejército Libertador, mayor general Calixto García Íñiguez, en la cooperación de sus fuerzas con las estadounidenses; por otra parte, establecieron comunicaciones con el general en jefe Máximo Gómez con las mismas intenciones.

La intervención militar aprobada por el Consejo de Gobierno y los jefes militares estuvo condicionada, además, de la falta de visión política estratégica, por el grado generalizado de desconocimiento de los verdaderos móviles que impulsaban al gobierno norteamericano a intervenir con sus fuerzas armadas en la guerra de Cuba. Algunos patriotas contaban en que la solución al estado de ruina de los campos, al hambre y a la falta de recursos de todo tipo, estaba en la participación estadounidense en la guerra.

Eran diferentes las opiniones en el campo de la revolución acerca de cómo debía materializarse esta ayuda. En este sentido, algunos

<sup>38</sup> Enrique Collazo: *Los americanos en Cuba*, ob. cit., p. 229.

abogaban por la recepción de fuerzas y medios, y otros, como Máximo Gómez, para que solo se enviaran recursos al Ejército Libertador, el cual era capaz de coronar la victoria definitiva de la forma más rápida. La división interna existente entre el gobierno, el general en jefe y el delegado del Partido Revolucionario Cubano viabilizó los planes norteamericanos al tratar por separado con los diferentes representantes de los órganos de dirección revolucionaria, para intentar desconocer la existencia de una nación constituida en armas, en lucha por su independencia; a ello se unió —en aquellos momentos de decisiones políticas estratégicas— la errónea consideración del general en jefe de creerse sin derecho a intervenir en los problemas internos de Cuba por no ser cubano.

El Generalísimo y otros jefes militares de probados sentimientos patrióticos no fueron capaces de ver las verdaderas intenciones de las maniobras norteamericanas y cayeron en una trampa de la cual, dada la situación creada, no existía salida, si una autoridad como el general Máximo Gómez, que contaba con el apoyo del pueblo y su aguerrido Ejército Libertador, no actuaba con energía exigiendo la independencia de Cuba.

Todo esto mueve a la reflexión acerca de que las ideas y planteamientos políticos de José Martí sobre el peligro imperialista y los señalamientos de Maceo de no contraer compromisos con el poderoso vecino del norte, en la práctica, no existían como convicciones en el pensamiento de los miembros de los órganos de dirección revolucionaria y, mucho menos, en las masas de combatientes a quienes debían liderear, por lo que no hubo una respuesta crítica y efectiva ante la intervención norteamericana.

#### 4. LA OPOSICIÓN DE LAS CLASES ECONÓMICAMENTE DOMINANTES AL PROCESO INDEPENDENTISTA

La actitud que mantuvieron los cubanos que contaban con propiedades y posición económica que les permitían vivir en la opulencia o en situación ventajosa respecto al resto de la población, constituyó un obstáculo en la lucha independentista.

La postura revolucionaria de la clase terrateniente en la guerra de 1868 es discutida aún, no obstante haber sido una parte de su sector más radical la que preparó e inició la contienda. En la medida en que el conflicto se prolongó y radicalizó fueron abandonando el campo revolucionario y, al culminar la guerra, habían sido desplazados de su dirección por los sectores medios de la sociedad. La nueva contien-

da la encabezaron intelectuales, profesionales, campesinos y obreros; solo como excepción algunos terratenientes mantuvieron su definición patriótica hasta el final.

Al culminar la Guerra Grande, la inmensa mayoría de los sectores económicamente dominantes pasaron a militar en el partido autonomista o integrista; los primeros apartaban al pueblo de las ideas independentistas limitando su lucha a la obtención de la autonomía o, incluso, la anexión, mientras que los segundos eran acérrimos partidarios del colonialismo sin reformas.

En el curso de los años ochenta y noventa del pasado siglo XIX, estos partidos no hicieron otra cosa que combatir el ideario independentista. En más de una ocasión tuvo José Martí que escribir trabajos dedicados a refutar las posiciones conciliadoras manifestadas por miembros del partido autonomista, que sustraían fuerzas a la Revolución en un empeño inútil por prolongar la dominación española en Cuba.

Si durante la Guerra Chiquita, los enemigos del independentismo se habían hecho eco de la propaganda española que acusaba a los revolucionarios cubanos de racistas y de pretender crear una república negra en la provincia de Oriente, después del estallido del 24 de Febrero de 1895, difundieron noticias falsas aprovechando el desconcierto inicial producido por la falta de comunicación con el fin de desvirtuar los objetivos del movimiento insurreccional. Para ello enviaron comisiones capituladoras con el objetivo de lograr que los patriotas depusieran las armas y, por último, dieron a conocer el manifiesto del 3 de abril de 1895 en el que justificaron ideológicamente la represión del gobierno español y condenaban a los patriotas que luchaban por la independencia.

Cuando España comprendió que no podía sostener por mucho más tiempo el conflicto bélico en Cuba, estableció, en noviembre de 1897, el régimen autonómico con vistas a terminar la guerra y frustrar la Revolución. Los patriotas no cedieron; sin embargo, la burguesía y los terratenientes criollos se apresuraron a formar gobierno con España y le dieron salida al odio contra la revolución. De igual modo, una vez ocupado el país por Estados Unidos, corrieron a servir de instrumentos a la dominación norteamericana.

Una breve reflexión sobre la posición asumida por las clases económicamente dominantes ante la lucha por la independencia conduce a la conclusión de que esta fue muy dañina. Para entonces, Cuba no rebasaba el millón y medio de habitantes, por lo que restando a los españoles residentes, niños, ancianos y mujeres, el reclutamiento autonomista

privaba a las filas revolucionarias de fuerzas de gran importancia para la guerra; además, los enormes recursos económicos y medios de propaganda al servicio del autonomismo permiten considerar que ese fue otro factor que contribuyó a frustrar la victoria del Ejército Libertador.

### 5. LA SITUACIÓN INTERNACIONAL DESFAVORABLE

A finales del siglo XIX la situación internacional era desfavorable a Cuba y demás pueblos de América para contener al imperialismo norteamericano. España, que había sido siempre una potencia colonial en este continente, unida a poderosas naciones europeas, había frenado a Estados Unidos en sus apetencias americanas; pero para entonces era ya demasiado débil y no contaba con aliados poderosos.

Inglaterra y Francia se preparaban para defender su vasto sistema colonial en África y Asia de la amenaza del imperialismo alemán y japonés, y no se iban a arriesgar en un conflicto donde poco tenían que ganar y mucho que perder, máxime cuando ya contaban con una posible alianza con Estados Unidos.

Los países latinoamericanos estaban tan divididos y desgarrados por las guerras civiles e interamericanas, que realmente no podían auxiliar a Cuba, ni existían entonces organizaciones mundiales ni regionales que pudieran apoyarla en su justa lucha.

Estas condiciones permiten comprender con mayor claridad las razones que condujeron a José Martí a no dilatar el inicio de la guerra.

La victoria cubana sobre España fue frustrada por las cuestiones antes analizadas. Después de la intervención yanqui poco quedaba por hacer.

### *Enseñanzas de la Guerra de Independencia*

A pesar de que Estados Unidos le arrebató la victoria al pueblo cubano e instauró una república neocolonial, la guerra aportó valiosas enseñanzas que están presentes en la conciencia del pueblo patriota y revolucionario e influyen hoy en la lucha para preservar la libertad alcanzada en 1959 y la obra de la Revolución. En tal sentido, podemos destacar los siguientes aspectos:

- La estrategia político-militar elaborada por José Martí sirvió de enseñanza a los revolucionarios en décadas posteriores y muchos de sus postulados, adecuad una guía para el presente y el futuro del pueblo cubano.
- La genial concepción de José Martí al fundar un partido úni-

co que uniera al pueblo, sin distingos de razas, posición social, creencias religiosas u otras diferencias, constituye uno de los más grandiosos aportes al pensamiento político cubano, de gran trascendencia para la Revolución.

- La guerra puso de manifiesto, como lo previó Martí, el verdadero carácter reaccionario, agresivo y expansionista del imperialismo norteamericano. Después de ella, sus gobernantes se quitaron el disfraz, incumplieron sus promesas, instauraron la neocolonia e intervinieron abiertamente en nuestro país sometiéndolo por más de medio siglo a través de incontables agresiones económicas, político-ideológicas, militares y de todo tipo.
- La contienda de 1895, unida a las guerras anteriores, demostró la capacidad de sacrificio del pueblo cubano que soportó sus rigores y se sobrepuso a ellos. Esta tradición se ha conservado y es fuente esencial para convertir reveses en victorias y alcanzar el triunfo en las condiciones más difíciles que puedan presentarse.
- La guerra contribuyó a desarrollar el arte militar cubano. Se realizaron operaciones estratégicas y campañas militares que ocupan un lugar entre las grandes hazañas bélicas de todos los tiempos, sobre todo si se tiene en cuenta la geografía de Cuba y que apenas unas decenas de miles de hombres enfrentaron a un ejército colonial que llegó a contar con alrededor de 300 000 soldados, con armamento de infantería y de artillería modernos, y marina de guerra, mientras que los cubanos pelearon fundamentalmente con armas rudimentarias y con las que lograban arrebatar al enemigo.
- Las enseñanzas mambisas inspiraron a los combatientes de la república neocolonial, fueron pilares de la estrategia de la Guerra de Liberación Nacional elaborada por Fidel y son hoy fuente de ejemplos e instrumentos para la defensa de la patria socialista.



# 4 *El proceso revolucionario de los años treinta*

*Oliver Cepero Echemendía  
Miriam Varona Salas*

*¿Qué república era aquella que ni siquiera el derecho al trabajo del hombre estaba garantizado? ¿Qué república era aquella donde no ya el pan de la cultura, tan esencial al hombre, sino el pan de la justicia, la posibilidad de la salud frente a la enfermedad, a la epidemia, no estaban garantizados? ¿Qué república era aquella que no brindaba a los hijos del pueblo —que dio cientos de miles de vidas, pero que dio cientos de miles de vidas cuando aquella población de verdaderos cubanos no llegaba a un millón; pueblo que se inmoló en singular holocausto— la menor oportunidad?*

FIDEL CASTRO  
Discurso por los cien años de lucha,  
en la Demajagua, Manzanillo, el 10 de octubre de 1968



**D**urante las primeras décadas del siglo xx, la república neocolonial, fue sometida a un intenso proceso de penetración y dominio de los sectores básicos de su economía por parte de los monopolios norteamericanos y se caracterizó entre otros males, por el atraso económico, la dependencia del gobierno de Estados Unidos, el entreguismo y corrupción de los gobiernos de turno, los altos índices de desempleo y analfabetismo, el incremento del latifundio, la discriminación racial y otras lacras sociales.

### *Condicionamiento histórico-social del proceso revolucionario*

Al conjuro de la funesta Enmienda Platt, el país vivió bajo la permanente intervención del imperialismo norteamericano. Aparte de la primera gran ocupación entre 1899-1902, donde se sentaron las bases para el surgimiento de la república neocolonial, las fuerzas armadas de Estados Unidos intervinieron directamente en las siguientes etapas:

- Segunda intervención militar entre 1906-1908.
- Intervención militar a raíz del levantamiento de los Independientes de Color en 1912.
- Intervención militar con motivo del alzamiento del Partido Liberal en 1917.
- Otras intervenciones vinculadas a los años de la Primera Guerra Mundial.

La Primera Guerra Mundial, al afectar y paralizar la producción cañera, influyó grandemente en Cuba, ofreció a la industria nacional una oportunidad para suplir dicha producción y atender la demanda global de azúcar. Al conjuro de la expansión azucarera el fenómeno del latifundio se acrecentó grandemente en estos años. Tanto las compañías norteamericanas como los propietarios cubanos y españoles se lanzaron a la búsqueda de nuevas tierras para plantaciones cañeras. Surgieron así grandes geófagos como la Punta Alegre Sugar Co., que de 1 000 caballerías en 1915, llegó a poseer alrededor de 10 000 en 1925, la Manatí Sugar Co., con 7 680 caballerías y la Central Cunagua S. A., con 4 939 caballerías.<sup>1</sup>

La demanda de la fuerza de trabajo para las plantaciones de cañas y el fomento de otras esferas estimuló la inmigración en gran escala. Se calcula que entre 1913 y 1920 penetraron en Cuba alrededor de 334 413 españoles, 190 989 haitianos y 81 363 jamaiquinos.<sup>2</sup>

Se inició así en Cuba la efímera temporada de bonanza conocida como Danza de los millones. En su transcurso, la especulación con el azúcar alcanzó grandes proporciones. Empresarios, hacendados, colonos, banqueros y negociantes de todo tipo se dedicaron a las más diversas operaciones de compra y venta de azúcar, cañaverales, ingenios y otros medios vinculados a esta industria sobre la base de 20 centavos por libra (c/lb) y de precios especulativos aún mayores. El poder adquisitivo de estas clases y sectores dominantes les permitía adquirir los automóviles de último modelo, iniciar la construcción de suntuosas residencias, rodearse de lujos y realizar costosos viajes de placer.

Muy pronto ocurrió la catástrofe: la concurrencia de azúcar en el mercado norteamericano dio un golpe contundente a la ola especulativa y los precios, con la misma velocidad con que habían ascendido, comenzaron a descender bruscamente. De tal forma que, para el 23 de junio ya habían bajado a 18,05 c/lb; el 22 de julio a 15,05 c/lb; el 12 de agosto a 12,25 c/lb; el 30 de septiembre a 8 c/lb; el 6 de octubre a 7 c/lb; el 18 de noviembre a 5,25 c/lb y el 13 de diciembre a 3,75 c/lb.<sup>3</sup>

La brusca baja de los precios significó la ruina de todos aquellos que invirtieron su fortuna o realizaron negociaciones de compra y venta sobre la base de los altos precios especulativos. En tal sentido se produjo la

<sup>1</sup> Juan Pérez de la Riva: "Cuba y la migración antillana 1900-1931", *La república neocolonial*, tomo 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979, tabla VIII-I.

<sup>2</sup> Leland H. Jenks: Ob. cit., p. 209.

<sup>3</sup> Ibídem, pp. 160-161.

quiebra de numerosos bancos y muchos propietarios perdieron centrales, cañaverales, azúcar, tierras y otros bienes, al no poder cumplir con el pago a los acreedores. Ante el pánico reinante algunos optaron, incluso, por el suicidio.

Para el segundo semestre de ese año, la neocolonia experimentó una crisis económica de envergadura que pasó de las finanzas a las demás esferas de la economía. Sus consecuencias las sufrieron, sobre todo, las clases y sectores más humildes de la población al tener que enfrentarse al desempleo, los bajos salarios, el alto costo de la vida y otras calamidades sociales.

La crisis económica y la agudización de la situación socioeconómica y política del país, unidas a la repercusión de la Primera Guerra Mundial, el triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre, en Rusia, y otros acontecimientos revolucionarios acaecidos en América Latina, como la Revolución Mexicana y el movimiento de Reforma Universitaria, condicionaron un auge del movimiento revolucionario en Cuba, bajo el liderazgo de una pléyade de talentosos jóvenes, representativos de una nueva generación, no comprometida con los desmanes de los políticos de turno, con una nueva visión acerca de los problemas del país y de la solución de estos. Entre ellos se destacaron dirigentes de la talla de Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Antonio Guiteras Holmes, Alfredo López Arencibia,<sup>4</sup> Pablo de la Torriente Brau, Gabriel Barceló,<sup>5</sup> Raúl Roa García<sup>6</sup> y otros.

Testigo de acontecimientos relevantes y del surgimiento de diversas organizaciones revolucionarias y de corte democrático fue la década del veinte. Solo en el año 1923 se cuentan notables hechos como la

<sup>4</sup> ALFREDO LÓPEZ ARENCIBIA. Destacado líder del movimiento obrero y sindical a partir de la década del veinte del pasado siglo. Fundador de la Federación Obrera de La Habana (FOH) y principal organizador de la primera organización sindical nacional única, la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNO), fundada en 1925 en el marco del III Congreso Nacional Obrero. Cayó asesinado años más tarde víctima de la represión machadista contra el movimiento obrero y revolucionario.

<sup>5</sup> GABRIEL BARCELÓ. Uno de los combatientes más aguerridos y talentosos del proceso revolucionario de los años treinta, desde las filas del Ala Izquierda Estudiantil. Sufrió numerosas persecuciones y encarcelamientos hasta enfermar gravemente. Raúl Roa, lo ha llamado “el héroe olvidado de la Revolución del 30”.

<sup>6</sup> RAÚL ROA GARCÍA. El llamado Canciller de la Dignidad de la Revolución Cubana. Fue una de las figuras más destacadas del proceso revolucionario de los años treinta junto a Rubén Martínez Villena, Pablo de la Torriente Brau y otros; era a la vez uno de los más brillantes exponentes de la intelectualidad cubana y cuenta con una copiosa obra político-revolucionaria.

Protesta de los Trece<sup>7</sup> contra la corrupción imperante, la fundación de la Agrupación Comunista de La Habana, la celebración del primer Congreso Nacional de Mujeres,<sup>8</sup> la asamblea magna del Movimiento de Veteranos y Patriotas,<sup>9</sup> el primer Congreso Nacional de Estudiantes,<sup>10</sup> el surgimiento de la Universidad Popular José Martí<sup>11</sup> y otros.

<sup>7</sup> Protesta cívica de trece jóvenes intelectuales cubanos, encabezados por Rubén Martínez Villena, contra la corrupción político-administrativa del gobierno de Alfredo Zayas, que, entre otros fraudes, había autorizado la compra del convento de Santa Clara por una elevada suma de alrededor de 3 000 000 de pesos. La protesta se escenificó el 18 de marzo de 1923, en el salón de actos de la Academia de Ciencias de Cuba, cuando se rendía homenaje a la prestigiosa intelectual uruguaya Paulina Luissi con la asistencia del secretario de Justicia del gobierno, Erasmo Regüeiferos. El inicio de la actividad fue interrumpido por la voz de Rubén, quien anunció la salida del local, junto a sus compañeros, en repudio a la presencia de representantes de un gobierno corrupto.

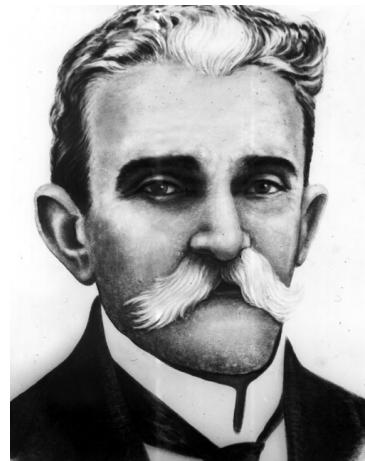
<sup>8</sup> Del 1º al 7 de abril de 1923, en el teatro Nacional (hoy, Gran Teatro de La Habana), se llevó a cabo el primer Congreso Nacional de Mujeres, al que asistieron treintaiuna organizaciones. En la mesa de la junta directiva figuraban Pilar Morlón de Menéndez, como presidenta; Manuela Breéis, como secretaria general; Hortensia Lamar del Monte, como tesorera, y otras personalidades representativas del movimiento feminista. En las resoluciones de la magna reunión, las participantes reclamaron que se hiciera campaña por el derecho al sufragio femenino; que se luchara por la igualdad de derechos y deberes sociales, políticos y económicos en relación con el sexo masculino; que las drogas y la prostitución fueran combatidas; que se consiguieran leyes protectoras para la infancia y modificaciones en la enseñanza en general, incluidas las escuelas especiales.

<sup>9</sup> El Movimiento Nacional de Veteranos y Patriotas fue una organización surgida en la asamblea magna de la Asociación Nacional de Veteranos de la Independencia de Cuba, efectuada el 12 de agosto de 1923, con la asistencia de otras organizaciones y sectores progresistas de la sociedad. De composición heterogénea y diversidad ideológica, aunque fracasó en su intento de reestructurar y aglutinar las instituciones republicanas de la nación, denunció los graves problemas existentes en la sociedad cubana de entonces.

<sup>10</sup> Se realizó entre los días 14-26 de octubre de 1923, bajo la dirección de Julio Antonio Mella, su máximo organizador. Demostró la fuerza alcanzada por el movimiento estudiantil cubano, adoptó diversos acuerdos trascendentales, entre ellos, la fundación de la Confederación de Estudiantes de Cuba; la declaración de derechos y deberes del estudiante; la condena a la penetración del imperialismo yanqui en las Antillas, Centroamérica y Filipinas; la solicitud de relaciones diplomáticas con la URSS; la condena al colonialismo y a las intervenciones yanquis en Cuba; la derogación de la Enmienda Platt; el rechazo al panamericanismo y la creación de la Universidad Popular José Martí.

<sup>11</sup> Prestigiosa organización fundada por Julio Antonio Mella el 3 de noviembre de 1923, para extender la educación a los sectores populares y profundizar la

Puntos culminantes del auge del movimiento obrero y revolucionario fueron la constitución de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC) y la fundación de Partido Comunista de Cuba (1925), hechos relevantes en que se unieron veteranos luchadores obreros y socialistas, como Carlos Baliño, fundador junto a Martí, del Partido Revolucionario Cubano, y talentosos y combativos jóvenes revolucionarios como Alfredo López en el movimiento sindical y Julio Antonio Mella, como figura principal del movimiento comunista en Cuba.



*Carlos Baliño.*



*Julio Antonio Mella.*

### *La dictadura machadista*

El gobierno de Gerardo Machado Morales, sucesor del presidente Zayas a partir del 20 de mayo de 1925, vino a constituir en estos años la genuina representación de los intereses del imperialismo yanqui y de la oligarquía dominante que necesitaban mejorar la estabilidad del régimen político y administrativo, resolver la crisis de prestigio y poder, y frenar el movimiento revolucionario en ascenso. La gestión económica, política y social del régimen en la persecución de estos objetivos, no obstante sus logros iniciales, sobre todo en lo relativo al plan de obras públicas y otras medidas que originaron la falacia del Machado bueno, fue incapaz de dar solución a los graves problemas existentes y terminó

---

alianza entre obreros, estudiantes e intelectuales. El programa de estudios contemplaba numerosas asignaturas como Historia, Matemática, Medicina y otras. En el claustro de profesores figuraban el propio Mella, Rubén Martínez Villena, Eusebio Hernández, Emilio Roig de Leuchsenring, Gustavo Aldereguía, Raúl Roa y otros. En 1927, la Universidad Popular fue clausurada por la dictadura de Machado que la consideró un peligroso foco de agitación revolucionaria.



*Gerardo Machado Morales.*

por naufragar definitivamente ante la enorme repercusión que tuvo en la economía dependiente y deformada de Cuba la gran crisis mundial que, a partir de 1929, estremeció al mundo capitalista.

Los enfrentamientos populares que convulsionaron la nación en estos años se expresaron en diversas formas de lucha que abarcaron desde las grandes huelgas obreras y las combativas manifestaciones estudiantiles hasta el ajusticiamiento de esbirros, sabotajes y alzamientos armados en zonas rurales.

La huelga general de marzo de 1930 dirigida por el Partido Comunista y la Confederación Nacional Obrera de Cuba, bajo el liderazgo de Rubén Martínez Villena; la manifestación estudiantil del 30 de septiembre de ese año, en la que murió Rafael Trejo; las acciones clandestinas en las ciudades y la lucha armada que en las montañas orientales protagonizaron las huestes de Antonio Guiteras Holmes en 1931, constituyeron expresiones de la intensa lucha de clases que estremeció a la dictadura durante estos años.

En estas condiciones, el gobierno de Machado, utilizó la represión y la violencia en forma continuada y empujó el país hacia una sanguinaria tiranía. Junto al Ejército y la Policía, principales instrumentos de represión contra el pueblo, la dictadura creó y desarrolló otros mecanismos de terror y crímenes como la Policía Judicial, bajo el mando de Alfonso L. Fors; la Sección de Expertos, encabezada por Miguel Calvo, y la Liga Patriótica, más conocida como la Porra Machadista, pandilla de choque contra las manifestaciones, dirigida por Leonardo Fernández Ross, reclutada entre delincuentes, marginales e incondicionales al tirano, de la cual también existió una sección femenina.

Como consecuencia de todo ello, la represión y el crimen alcanzaron un auge inusitado y desconocido hasta entonces. Destacados líderes obreros cayeron abatidos por las fuerzas reaccionarias, como el prestigioso dirigente ferroviario Enrique Varona González, ultimado el 19 de septiembre de 1925 en Morón, y Alfredo López Arencibia, fundador de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, asesinado

secretamente el 20 de julio de 1926 y enterrado en el Castillo de Atarés. El movimiento revolucionario fue víctima de una brutal represión y persecución, cuya expresión más alta fue el vil asesinato de Julio Antonio Mella, el 10 de enero de 1929, en México, por agentes al servicio de Machado, quien con esta acción llevaba el crimen más allá de las fronteras del país.

No obstante esta ola represiva, el sistema neocolonial en su conjunto se vio estremecido por la profunda crisis que agravó en grado sumo la miseria y penalidades de las masas; aceleró como nunca antes, la actividad del movimiento obrero y democrático, que no detuvo su curso ascendente, y envolvió y empujó a todas las clases y sectores sociales del país en busca de una posible salida. En tales condiciones se intensificaron en alto grado las contradicciones de la sociedad neocolonial; el régimen Machadista devino sangrienta dictadura y el país se abocó a una situación revolucionaria.

Las propias clases más reaccionarias y otras fuerzas de la burguesía, que promovieron y vitorearon el ascenso de Machado, le retiraron sistemáticamente su apoyo y forjaron nuevos instrumentos de oposición con el objetivo de promover otro equipo derechista capaz de someter a las masas y mantener la estabilidad del sistema neocolonial. Así surgieron organizaciones opositoras al régimen como la asociación Unión Nacionalista, dirigida por Carlos Mendieta Montefur, en la que participaron, entre otros, Cosme de la Torriente, Justo Luis del Pozo y Roberto Méndez Peñate; la facción del expresidente Mario García Menocal, que actuó frente al machadato en estrecha alianza con Mendieta, y los seguidores de Miguel Mariano Gómez, hijo del expresidente José Miguel Gómez, cuyo programa era muy similar al de las anteriores agrupaciones.

En estos años, surgieron otras organizaciones como el Directorio Estudiantil Universitario, de carácter reformista, muy activo en su lucha contra el régimen y durante la etapa posterior a este, integrado por Carlos Prio Socarrás, Ramón Grau San Martín, Ramiro Valdés Daussá, Justo Carrillo y otros representantes del estudiantado, entre los que se configuró el núcleo principal de lo que sería más tarde el Partido Revolucionario Cubano (auténtico). También aparecieron agrupaciones sumamente reaccionarias entre las que se destacó el ABC, de carácter secreto, y tendencia fascista, en el que figuraron Joaquín Martínez Sáenz, Carlos Saladrigas y otros. De ella se desprendió más tarde la organización revolucionaria ABC Radical. La mayor parte de estas asociaciones establecieron alianzas en la lucha



*Ramón Grau San Martín.*

contra Machado como fue la constitución de la llamada Junta Revolucionaria de Nueva York.

Por otro lado, en la palestra política batallaban también fuerzas genuinamente revolucionarias representadas por dos núcleos principales: el Partido Comunista de Cuba y organizaciones colaterales a este como Liga Juvenil Comunista, Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNO), el sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera (SNOIA), el Ala Izquierda Estudiantil (AIE), la Liga Antimperialista de Cuba y

Defensa Obrera Internacional (DOI). Otro de los núcleos de vanguardia en la lucha antimachadista estaba constituido por las huestes de Antonio Guiteras Holmes, quien agrupó a sus seguidores en la organización denominada Unión Revolucionaria.

Bajo la égida de la oposición burguesa se fraguaron varias conspiraciones antimachadistas, que involucraron a miembros de la institución militar, desafectos con el régimen imperante entre las que pueden citarse las de 1928, 1930 y 1931, descubiertas y abortadas por los órganos represivos del gobierno. Entre dichas conspiraciones, la de mayor alcance y significado fue la que estalló el 8 de agosto de 1931, dirigida por los caudillos derechistas Menocal y Mendieta, a la que se incorporaron otros grupos burgueses, exmilitares e, incluso, hombres de profundas convicciones revolucionarias y antimperialistas como Guiteras y Floro Pérez Díaz, quienes, al igual que patriotas honestos entre los que se contaban Juan Gualberto Gómez, el general del Ejército Libertador Francisco Peraza Delgado, el doctor Gustavo Aldereguía y otros, buscaban mediante esa vía la realización de transformaciones radicales en la sociedad cubana.

En el plano externo, la convulsión revolucionaria que reinaba en el continente ante los efectos de la crisis demandaba también al imperialismo yanqui, a diferencia de los años de la política del gran garrote, la conducción de una más flexible, que propiciara el entendimiento con los gobiernos del área y el apoyo a estos ante los conflictos internos, procu-

rando excluir la variante de la intervención armada. Fue este el contexto de la llamada política de buena vecindad, estrenada en Cuba desde mayo de 1933, bajo el mandato de Franklin Delano Roosevelt (1933-1945), la cual trascendió en este caso con el nombre de mediación.

A tales efectos, la administración norteamericana nombró embajador en Cuba a uno de sus íntimos, Benjamín Sumner Welles, avezado diplomático con experiencia en la solución de complicados problemas en América Latina, quien llegó a la Isla el 8 de mayo con el propósito de lograr un acuerdo entre el gobierno de Machado y las fuerzas oligárquicas y burguesas opuestas a este.

Mientras la política intervencionista de Estados Unidos estaba en marcha, el movimiento obrero y revolucionario se extendió a todo el país bajo la dirección del Partido Comunista, la CNOC y otras organizaciones revolucionarias y democráticas.

En los primeros días de julio, el sector del transporte inició una huelga por demandas laborales, a la cual se fueron sumando sistemáticamente otros sindicatos hasta que se convirtió para el 4 de agosto en un paro general que exigía el cese de la dictadura de Machado. Tres días más tarde se produjo la gran masacre del 7 de agosto cuando, ante el falso rumor de la renuncia del tirano, grandes masas marcharon rumbo al Capitolio y el Palacio Presidencial, y fueron reprimidas violentamente por la Policía con el saldo de 18 muertos y alrededor de 100 heridos.



*Benjamín Sumner Welles,  
el Mediador.*

<sup>12</sup> Se ha denominado “error de agosto” de 1933, a la orientación inicial dada por la dirección del Partido Comunista de detener la huelga si la dictadura, como había prometido en las conversaciones con una representación de la CNOC, accedía las demandas planteadas por los trabajadores. Esta orientación, que partía de una visión errónea acerca del nuevo carácter político que había adquirido la huelga, no fue aceptada por el movimiento obrero en la base, el cual, con su firme actitud de proseguir la lucha hasta el derrocamiento del régimen, coadyuvó a la correcta reorientación de la táctica del partido en el sentido de continuar la huelga hasta la caída de la tiranía machadista.

La huelga de agosto, no obstante el inicial error<sup>12</sup> del Partido Comunista y la cruel masacre realizada por la dictadura, continuó su curso ascendente sumando nuevos sectores y generalizando un vigoroso movimiento de repulsa al régimen opresor.

Por otra parte, el país era sacudido por alzamientos armados, entre los que se destacaba la acción de Guiteras, quien el 29 de abril de 1933, como parte de un plan de mayor envergadura que no pudo ser cumplido, había protagonizado el asalto y la toma del cuartel de San Luis en Oriente y, posteriormente, se había replegado a las montañas para desarrollar la lucha guerrillera. Junto a ello se sucedían atentados a figuras del machadato, sabotajes y otras manifestaciones de enfrentamiento contra el régimen.

En esta coyuntura, el Ejército, que era el bastión principal de la dictadura, también inició acciones en su contra. Durante el machadato, las fuerzas armadas fueron muy protegidas y favorecidas. En particular, la alta oficialidad y los más importantes jefes resultaron objeto de promoción en cargos, ascensos, mejoras económicas y otros privilegios que los comprometieron mucho más con el gobierno y se constituyeron en una casta adicta al tirano; en ella figuraron notorios asesinos y torturadores como Arsenio Ortiz; Manuel Crespo; Francisco Echenique, supervisor militar de Marianao, y otros.

Como servidor incondicional del régimen, el Ejército debía desempeñar un papel importante. En entrevista con el presidente Zayas, efectuada en mayo de 1925, Machado, manifestó lo siguiente: “Del ejército haré algo muy mío, factores de confianza y de tranquilidad general. Los falsos valores desaparecerán. En último término cuento con el ejército”.<sup>13</sup>

Dentro de esta etapa, se puso en vigor la Ley Orgánica de 1926 que incluyó dentro de la composición del Ejército los Cuerpos de Aviación y de Señales. Con respecto a los servicios de la institución armada, la mencionada ley, en su artículo 23 señalaba que esta “[...] tendrá a su cargo, además de sus servicios esencialmente militares, la conservación del orden público y la protección de las personas y las propiedades fuera de las poblaciones, cuyo servicio prestará la Guardia Rural”.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> José Tabares del Real: *La Revolución del 30. Sus dos últimos años*, Editorial de Arte y Literatura, La Habana, 1971, p. 130.

<sup>14</sup> Ley Orgánica del ejército de 1926, Federico Chang: *El Ejército Nacional en la República neocolonial 1899-1993*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, anexo 7, pp. 241-242.

En relación con la Guardia Rural, el artículo 24 especificaba que esta tendría el doble carácter de organismo militar y de policía rural. Desde el punto de vista militar, cumpliría sus misiones de acuerdo con las leyes, reglamentos, órdenes, circulares y otras disposiciones del Ejército y, en cuanto a sus funciones como policía rural, debía atenerse al reglamento especial de este cuerpo y otras disposiciones establecidas.

Para los años de la dictadura machadista, el Ejército contaba con alrededor de 12 000 hombres, entre jefes, oficiales y alistados. En el transcurso de esta etapa se profundizó notablemente la penetración e influencia de las fuerzas armadas de Estados Unidos en la institución militar cubana. Casi todas las reuniones, disposiciones y acuerdos trascendentales sobre la reestructuración de los institutos armados durante esta etapa fueron ejecutadas bajo el asesoramiento y supervisión de oficiales de las fuerzas armadas de esa nación.

Con respecto al sistema de instrucción militar, aun cuando en 1912 concluyó formalmente la última dirección norteamericana ejercida por el capitán Philip S. Goderman en la Academia Preparatoria para Oficiales del Ejército, las escuelas estuvieron sujetas al asesoramiento y supervisión constante de las fuerzas armadas de Estados Unidos. Junto a ello, el envío cubano a cursos en las escuelas y academias militares estadounidenses se hizo una práctica sistemática y constituyó otra vía de influencia de ese país en la construcción del Ejército de la República neocolonial. Durante esta etapa existen numerosas referencias de oficiales e, incluso, de grupos de ellos que estudiaron y se graduaron en instituciones militares de ese país como la Academia de West Point, en New York; la escuela militar de Fort Pickens, en Florida; la Army Service School, en Kansas, y otras.<sup>15</sup>

Desde el punto de vista político-ideológico, la penetración del imperialismo yanqui en las fuerzas armadas de Cuba introdujo la ruptura con el legado político-militar del Ejército Libertador y con el arsenal de ideas patriótico-revolucionarias condensadas en la colossal obra de José Martí. En su lugar se fue erigiendo un sitio cada vez más elevado al culto de los Estados Unidos en sus relaciones con Cuba y a la tesis de que la independencia del yugo español se debió fundamentalmente a la intervención de ese país en la Guerra de 1895.

<sup>15</sup> León Primelles: *Crónica cubana. 1915-1922*, Ed Lex, La Habana, 1957.

Durante esta etapa, la profundización de las contradicciones entre los principales estamentos del Ejército, es decir, la alta oficialidad, la oficialidad media, y las clases y soldados, se debía a diversos factores.

En primer lugar, la alta, desde el punto de vista de su composición clasista, procedía o se vinculaba estrechamente a la oligarquía dominante. En tal sentido era un estamento identificado a plenitud con los grupos dominantes y que velaba para que no se alterara en lo más mínimo el sistema establecido.

El vínculo entre estos jefes y los políticos de turno les concedía no solo los grandes privilegios económicos que poseían, sino que, además, debían sus grados, cargos y “méritos” alcanzados a sus relaciones con el equipo gobernante y no a una preparación militar profesional adquirida en cursos. Como ejemplo se pueden anotar, incluso, los numerosos casos de oficiales que hicieron carrera política o de aquellos que figuraban en la nómina de los partidos políticos y provenían de los mandos militares.

Por lo que se puede considerar, la oficialidad media presentaba otras características. Desde el punto de vista clasista procedía o se vinculaba fundamentalmente a los sectores medios de la sociedad, cuestión que acrecentaba la extracción burguesa y pequeñoburguesa de este estamento del Ejército.

La creación de las escuelas y, sobre todo, de la Academia Militar intervino de forma muy directa en la formación de esta oficialidad, también integrada por los ascensos conferidos a las clases (sargentos y cabos) o los grados otorgados por compromisos políticos. Se trataba por tanto de un sector muy heterogéneo no solo por su extracción de clase, sino además por su preparación técnico-profesional, que tampoco era común, considerando los constantes cambios en los planes y programas de estudio que experimentó dicha academia. Muchos de estos oficiales llegaron a plantear demandas relacionadas con la profesionalización del Ejército, su desvinculación de la política y su conversión en un cuerpo defensor de la soberanía e integridad territorial.

En la base del Ejército Nacional se encontraba el más numeroso sector integrado por las clases y los soldados, cuya situación material, intereses y aspiraciones diferían notablemente de los del resto de los estamentos.

Desde la creación de las instituciones militares se adoptó, en primer lugar, el sistema de servicio militar voluntario, copiado también del modelo norteamericano, lo cual condicionó la constitución del Ejército sobre una base salarial.

Como consecuencia de ello, la inmensa mayoría de los alistados que concurrían a engrosar las filas del Ejército no venían a este por sentimientos patrióticos o interesados por una carrera militar, sino que los movían la necesidad y el interés económico inmediato.

Si se tiene en cuenta que una de las características más acusadas de la neocolonia era el alto índice de desempleo, unido a la escasez de fuentes de trabajo a causa de la estructura deformada y dependiente de nuestra economía, se comprende que a las filas del Ejército acudieran los más explotados y marginados de la sociedad.

Aunque existían determinados requisitos para el ingreso a la institución, tanto físicos como culturales, entre estos últimos saber leer y escribir, lo cierto es que muchas veces no se cumplían, sobre todo ante determinadas crisis políticas internas o problemas externos de envergadura. Así, por ejemplo, para enfrentar el alzamiento del Partido Liberal en 1917, así como el compromiso derivado de la entrada a la Primera Guerra Mundial, el gobierno autorizó por decreto el reclutamiento de analfabetos.

La composición clasista de las clases y soldados del Ejército Nacional era por tanto sumamente heterogénea, predominaban en sus filas los de origen campesino, obreros agrícolas y desempleados procedentes de otros sectores sociales, quienes, una vez enrolados en la institución, se subordinaban a los diferentes niveles de mando y encontraban en ellos muy pocas posibilidades de superación técnica y profesional.

Para 1923, bajo el gobierno de Zayas, el creciente descontento en las filas del Ejército condicionó la promulgación el 4 de agosto de ese año, de la llamada Ley de los Sargentos, lo que concedía el nombramiento de oficial supernumerario a todos los sargentos con ocho años de servicio en el grado y con más de veinte de alistados como soldados, con el requisito de haber observado buena conducta.<sup>16</sup>

Esta ley incluía como beneficios el aumento del sueldo y el disfrute de las asignaciones correspondientes al grado de segundo teniente y se les consideraba como tales a los efectos de la jubilación.

<sup>16</sup> La existencia del oficial supernumerario se debía a la carencia en las plantillas de plazas suficientes para el número de sargentos promovidos al grado de segundo teniente. Debían permanecer en esa situación hasta que se produjeran vacantes en dicho grado y pudieran ser nombrados.

Esta medida demagógica no modificó en la práctica la situación de las clases dentro del aparato militar, ya que de modo directo solo beneficiaba a los sargentos de la Guardia Rural que eran los únicos en la institución que contaban con más de veinte años de servicio. Los del Ejército, creado por el Decreto no. 365 de 1908, no alcanzaban el tiempo requerido. Por otra parte, el cumplimiento de esta ley se llevaba a cabo muy lentamente, lo que contribuyó a que su significado fuera realmente escaso.

La gama de diferencias y contradicciones entre la base del Ejército y la oficialidad se fue intensificando en la medida en que se profundizaba la crisis de la sociedad neocolonial. Dentro de los problemas existentes figuraban insuficientes condiciones materiales y de vida de clases y soldados en relación con la oficialidad, las dificultades para el ascenso en grados y cargos, los atrasos en el pago de los salarios, la discriminación racial, las humillantes condiciones del servicio de servidumbre en las casas y propiedades de los altos oficiales, el trato despótico de estos y otros aspectos discriminatorios.

En estas condiciones, para principios de la década del treinta, la marea revolucionaria que recorría todo el país se reflejó también en el Ejército, sostén principal del régimen, con manifestaciones de descontento, rechazo a las medidas represivas y realización de actividades conspirativas. A propósito de ello, en un artículo fechado en el mes de mayo de 1933, Rubén Martínez Villena, escribió:

En algunos sitios, los soldados se han negado a disparar contra los obreros. Ha habido oficiales que no se han atrevido a dar órdenes de muerte, debido a la combatividad de las masas y a su desconfianza en los soldados. Hay pueblos en los que los registros en busca de literatura comunista o de la CNOC son realizados por el jefe del puesto militar en persona, previo acuartelamiento de los soldados, pues se teme que estos avisen a los que van a ser víctimas de las investigaciones o cateo. La influencia del vasto movimiento revolucionario de masas se filtra ya en las filas del ejército de Machado y gana simpatías entre los soldados.<sup>17</sup>

Para el mes de agosto, el coronel retirado del Ejército Nacional Horacio Ferrer y el coronel Julio Sanguily Echarte, separado de la

<sup>17</sup> Hortensia Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, Pueblo y Educación, La Habana, 1984, p. 551.

jefatura del Cuerpo de Aviación por sospechas de complot contra el Gobierno, se pusieron al frente del movimiento conspirativo ya en marcha dentro del Ejército y decidieron que el primero sostuviera una entrevista con el general Alberto Herrera, jefe de la institución, recabando de este una acción conducente a la renuncia del presidente Machado. En el encuentro sostenido el día 10 por la noche, el general Herrera se comprometió a obtener la dimisión del mandatario y propiciar su salida del país en un plazo de 48 horas. A cambio de ello, los complotados dentro de las fuerzas armadas debían detener la conspiración.

Los confabulados se dispusieron a cumplir el compromiso; pero no así el general Herrera, quien, puesto de acuerdo previamente con el embajador yanqui para ser el sucesor del dictador, violó lo acordado con anterioridad y ordenó el traslado de algunos jefes vinculados a la conjura, así como la supresión de las armas automáticas (ametralladoras) de algunas unidades militares no confiables, como el batallón no. 1 de artillería y el batallón de infantería de la Quinta de los Molinos.

De esta maniobra se percataron los oficiales comprometidos en la conspiración, sobre todo los del batallón no. 1 de artillería, situado en el cuartel Máximo Gómez, donde posteriormente se construyó el Estado Mayor de la Marina de Guerra, quienes en las primeras horas del 11 de agosto encabezaron la abierta sublevación contra el Gobierno, a la que se adhirieron otros mandos. Ese mismo día, se emitió una proclama firmada por el Cuerpo de Aviación informando que el batallón no. 1 de artillería había procedido a la toma del Estado Mayor del Ejército, que se encontraba en el Castillo de la Fuerza, y se le habían sumado el Cuerpo de Aviación, la Fortaleza de la Cabaña, la Marina de Guerra y los distritos 1, 2, 5, 6, 8 y 9.

En testimonios histórico-militares sobre este hecho, tales como los del coronel retirado del Ejército Nacional Horacio Ferrer Díaz, en la obra *Con el rifle al hombro* y el del exteniente de la misma



General Alberto Herrera,  
jefe del Ejército.

institución Ricardo Adam Silva, en su libro *La gran mentira*, se enfoca el derrocamiento de Machado como obra casi exclusiva del Ejército imbuido por sentimientos patrióticos y por la necesidad de salvar la nación de otra posible intervención militar de Estados Unidos. Por otro lado, se valora este hecho fuera del contexto de la gran crisis socioeconómica y del accionar de las fuerzas revolucionarias, en particular de la huelga política general que tenía paralizado el país. La participación del Ejército en el desplome del régimen no puede negarse e, incluso, no se ha divulgado suficientemente; pero en última instancia, el factor decisivo y determinante fue la gran acción de las masas enardecidas dirigidas por sus organizaciones de vanguardia.

Tras el derrumbe del machadato, las fuerzas más reaccionarias, en estrecha alianza con el imperialismo norteamericano, promovieron el ascenso al poder de Carlos Manuel de Céspedes Quesada, fruto legítimo del injerencismo yanqui en el proceso revolucionario.

La gestión del gobierno de Céspedes (13 de agosto al 4 de septiembre de 1933), no obstante la adopción de algunas medidas como la derogación de la Constitución machadista de 1928 y la puesta en vigor de la ley fundamental de 1901, se caracterizó por la improvisación, la protección a los representantes del antiguo régimen, la anarquía y la completa sumisión a los dictados del embajador estadounidense. El propio representante del imperio, al valorar la ineptitud y vacilaciones del apuntalado régimen, escribió:

[...] Se me pide consejo diariamente sobre todas las decisiones que afectan al gobierno. Estas decisiones abarcan desde los problemas de política doméstica y los relativos a la disciplina del ejército hasta el nombramiento de personal en



*Carlos Manuel  
de Céspedes Quesada,  
presidente de la República.*

todas las ramas del gobierno. Esto es malo para Cuba y malo para los Estados Unidos.<sup>18</sup>

Incapaz para enfrentar la situación creada, en particular para atender y encauzar las grandes aspiraciones populares, la administración de Céspedes naufragó ante la crisis del sistema neocolonial; el repudio de las masas a su política conservadora; la falta de autoridad moral y política; la abierta oposición de numerosas organizaciones, sobre todo, de las vanguardias revolucionarias como el PCC, la CONC y Unión Revolucionaria; el auge del movimiento huelguístico y otras manifestaciones populares como la ocupación de tierras por los campesinos, la toma de centrales azucareros, el surgimiento de soviets en muchos de ellos, así como el creciente deterioro de los institutos armados y la intensificación de sus contradicciones internas.

En la caótica situación existente, el gobierno de Céspedes fue barrido súbitamente por un golpe castrense promovido en la base de la institución militar, es decir, el estamento de las clases y alistados. Un golpe de esta naturaleza, en el que los sargentos y soldados se pronunciaron de forma abierta contra los poderes del Estado, produjeron radicales transformaciones en las fuerzas armadas y se erigieron en los principales jefes y oficiales de las instituciones castrenses, constituyó un hecho histórico sin antecedentes en el área. Solo es posible comprender este acontecimiento a partir de las profundas contradicciones existentes en el Ejército, reseñadas antes, las que fueron exacerbadas por la situación revolucionaria configurada a raíz del derrocamiento de la tiranía machadista.

Numerosos jefes que estaban vinculados a la dictadura y sus desmanes fueron perseguidos, retirados del mando y arrestados en espera de ser juzgados. Una de las principales demandas populares pasó a ser la depuración de las fuerzas armadas.

En los diferentes mandos existía gran incertidumbre acerca de los inminentes cambios que se producirían en la institución. De modo particular, los sargentos, cabos y soldados expresaban su preocupación ante los rumores de la supresión de plazas y disminución de los salarios. De igual forma, se manejaba la posibilidad de que quedara sin efectos la llamada Ley de los Sargentos, que aunque de lento cumplimiento, era una

<sup>18</sup> Instituto de Historia de Cuba: *La Neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*, ob. cit, p. 300.

de las pocas oportunidades que tenían las clases para acceder al primer grado de oficial, pese a la oposición que siempre presentó a esta legislación la oficialidad académica.

Tales condiciones fomentaron un elevado espíritu de indisciplina que se manifestó en todo el cuerpo armado. Las clases, colocadas entre los oficiales de academia y la masa de soldados, optaron por replegarse hacia estos últimos, sobre los que tenían mayor ascendencia e identificación, y canalizaron en conjunto sus principales inquietudes y demandas. Una de las principales vías para ello fueron las reuniones de alistados para solicitar sus exigencias, las cuales fueron reconocidas por la Secretaría de Guerra y Marina violando la prohibición de tales actividades entre los miembros del cuerpo establecida por los reglamentos militares.

Por otro lado, comenzaron a surgir conspiraciones que involucraron a los diferentes sectores de la institución armada, de las cuales trascendió con fuerza la organizada en el sector de los sargentos y alistados que constituía la amplia base del Ejército Nacional y la de peor situación, atendiendo a su remuneración, jerarquía, y condiciones de vida y de trabajo. Su principal impulsor en los momentos iniciales fue el sargento mayor Pablo Rodríguez Silveiro, quien fungía como cuartel maestre de la 3<sup>a</sup> compañía, del batallón 2, radicado en el campamento de Columbia.

Por su condición de presidente del club de alistados, el sargento Pablo Rodríguez era conocido de la tropa y ello le posibilitó ir ganando adeptos a la conspiración denominada Junta de los Ocho en alusión a sus primeros organizadores. Entre los que gestaron el movimiento se encontraban, además, el sargento primero Eleuterio Pedraza, de la 1<sup>a</sup> compañía, y el sargento Manuel López Migoya, cuartel maestre de la 2<sup>a</sup> compañía. Más adelante, la lista de conspiradores se amplió con la incorporación del sargento mayor Fulgencio Batista Zaldívar, taquígrafo del 6º Distrito Militar radicado en el



*Sargento  
Pablo Rodríguez Silverio,  
impulsor del golpe militar.*

campamento de Columbia; el sargento sanitario Juan A. Estévez Maynír, del hospital general; el cabo Ángel Echevarría Salas, de la 4<sup>a</sup> compañía del batallón no. 4; el soldado sanitario Ramón Cruz Vidal y el soldado Mario Alfonso Hernández, perteneciente a la plana mayor del batallón no. 2 de infantería, de ideas revolucionarias.

El 4 de septiembre de 1933 se escenificó el incruento golpe en el campamento de Columbia, el cual fue rápidamente apoyado por el resto de las guarniciones castrenses. Con respecto al carácter del movimiento, en sus inicios este se inspiraba en medidas básicamente reformistas dirigidas a la solución de los diversos problemas que afectaban a este estamento de la institución militar. Sin embargo, el golpe de los sargentos adquirió un nuevo carácter de matiz revolucionario, cuando entroncaron con él otras fuerzas y figuras que se movían en el escenario nacional, las que le incorporaron diversas ideas y medidas de connotación política a nivel del país.

En la misma noche del 4 de septiembre arribaron a Columbia representativos del Directorio Estudiantil Universitario, Pro Ley y Justicia, ABC Radical y figuras como el periodista Sergio Carbó, Carlos Hevia y otras. Uno de los personajes más influyentes en la integración cívico-militar del movimiento fue Sergio Carbó, quien desde antes mantenía relaciones con la Junta, apoyaba sus demandas y había publicado en su periódico *La Semana*, el artículo editorial “¿A qué se espera para empezar la revolución?”, en el que se llamaba a estudiantes, obreros y soldados a iniciar la lucha.

Fruto de la nueva proyección adquirida por el movimiento fue la conformación de la llamada Agrupación Revolucionaria de Cuba, la cual elaboró y dio a conocer, en la mañana del 5 de septiembre, la *Proclama al Pueblo de Cuba*. En la proclama septembrina aparecían las firmas de dieciocho civiles, de ellos dos exmilitares, y la de un solo militar en servicio activo, el sargento Fulgencio Batista Zaldívar, cuya rúbrica fue la única que se acompañó con el pomposo título de “Sargento Jefe Revolucionario de todas las Fuerzas Armadas de la República”. Entre



Sargento Fulgencio Batista Zaldívar.

los representantes de las organizaciones y figuras políticas presentes en el campamento de Columbia estamparon sus firmas en el documento Carlos Prío Socarrás, Ramón Grau San Martín, Justo Carrillo Hernández, Carlos Hevia, Guillermo Portela, Sergio Carbó y Ramiro Valdés Daussá.

El 4 de septiembre pasó a la historia como una fecha revolucionaria por el entronque que tuvo el movimiento militar de los sargentos con un programa democrático y progresista, que enarbolaron y pusieron en sus manos el estudiantado y otras fuerzas políticas del país. En relación con ello, Fidel, en el discurso por el 50 aniversario de su ingreso a la Universidad de La Habana, señaló:

Alguien mencionaba hoy el 4 de septiembre como dice: fecha infausta porque nació el batistato. No, el 4 de septiembre no fue una fecha infausta, el 4 de septiembre fue una fecha revolucionaria. Hoy nosotros no tenemos por qué avergonzarnos de empezar el curso, porque los sargentos se sublevaron, sencillamente, contra todos los jefes aquellos que estaban comprometidos. Participaron muchos revolucionarios en aquel movimiento, y participaron los estudiantes, incluso, en aquel movimiento que desalojaba del poder a toda la vieja oficialidad del ejército. Es decir que Batista empieza su vida en una actividad que era revolucionaria, los problemas vienen después cuando interfieren los yanquis, se introducen en la política interna de Cuba y convierten a Batista en un instrumento de sus intereses en este país.<sup>19</sup>

### *El gobierno provisional surgido del 4 de septiembre de 1933*

A la una de la mañana del 5 de septiembre quedó constituido un singular gobierno colegiado, integrado por cinco miembros, al que se conoció popularmente con el nombre de Pentarquía. Por el artículo primero de la Resolución Constitutiva fueron electos como comisionados del nuevo gobierno el médico y profesor universitario Ramón Grau San Martín, en los departamentos de Instrucción Pública y Bellas Artes; el economista José Miguel Irisarri y Gamio, en los de Obras Públicas, y Agricultura, Comercio y Trabajo; el periodista

<sup>19</sup> Fidel Castro Ruz: *En esta Universidad me hice revolucionario*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1995, p. 21.

Sergio Carbó y Morera, en Gobernación, Comunicaciones, Guerra y Marina; el banquero Porfirio Franca y Álvarez de la Campa, en Hacienda, y el profesor universitario Guillermo Portela y Moller, en los departamentos de Estado y Justicia.<sup>20</sup>



*Gobierno de la Pentarquía.*

La Pentarquía nombró al sargento Fulgencio Batista jefe del Estado Mayor del Ejército y al teniente en retiro, Emilio Laurent y Dubet, viejo opositor al machadato, jefe de la Policía de La Habana.

El 8 de septiembre, Sergio Carbó firmó el decreto de ascenso de Batista, que expresaba en su articulado:

Primero: Ascender al sargento de primera (taquígrafo) Fulgencio Batista y Zaldívar, del Sexto Distrito Militar, al grado de coronel, por méritos de guerra y excepcionales servicios prestados a la patria. Segundo: Nombrar al coronel Fulgencio Batista, jefe del Estado Mayor del Ejército.<sup>21</sup>

El gobierno de los cinco tuvo una efímera existencia de apenas cinco días. Envuelto en serias contradicciones internas, sin cohesión ni

<sup>20</sup> Hortensia Pichardo: Ob. cit., tomo IV, 1<sup>a</sup> parte, p. 16.

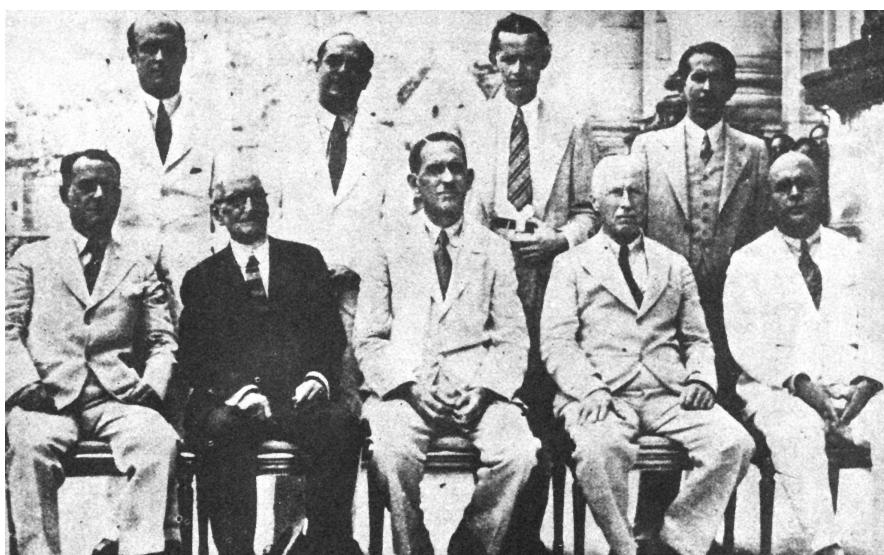
<sup>21</sup> Newton Briones Montoto: *Aquella decisión callada*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998, p. 179.

formas estructurales para acometer las complejas tareas que demandaba el momento histórico, con la feroz oposición de los partidos burgueses tradicionales, la oligarquía dominante y otras agrupaciones políticas, y sufriendo el aislamiento y el no reconocimiento del gobierno de Estados Unidos que, a través de su embajador criticaba implacablemente la gestión de la Pentarquía esgrimiendo, entre otros aspectos, la influencia del comunismo, terminó por naufragar como forma gubernamental para dar paso al gobierno provisional presidido por Ramón Grau San Martín.

El gobierno de Grau, denominado en algunas fuentes como Gobierno de los Cien Días, duró exactamente 127 días, desde el 10 de septiembre de 1933 hasta el 15 de enero de 1934. Se caracterizó por ser sumamente heterogéneo; en su seno podían distinguirse tres tendencias principales: una de ellas podía catalogarse como nacional reformista y la encabezaban el presidente y varios secretarios, entre los que se des-



*Antonio Guiteras Holmes,  
secretario de Gobernación,  
Guerra y Marina.*



*Gobierno de los Cien Días.*

tacaron Manuel Costales Latatú, Ramiro Capablanca y Joaquín A. del Río Balmaseda. Otra de las tendencias, que podía caracterizarse como nacional revolucionaria, era representada por Antonio Guiteras y sus más cercanos partidarios y colaboradores dentro del gobierno, entre los que descollaron Miguel Ángel Fernández de Velasco, quien a propuesta de Guiteras, pasó al frente de la Secretaría de Comunicaciones y Ángel Alberto Giraudy, que encabezó la recién creada Secretaría de Trabajo, así como el comandante Pablo Rodríguez y otros oficiales del Ejército, la Marina y la Policía, también seguidores y simpatizantes del secretario de Gobernación y Guerra.

Por último, existía una corriente de derecha francamente entreguisita, conciliadora y proimperialista, de la que eran representantes Manuel Despaigne, secretario de Hacienda; Gustavo Moreno, quien pasó al frente de Obras Públicas; Manuel Márquez Sterling, secretario de Estado, así como otras figuras dentro del Ejército, sobre todo Batista y sus más cercanos colaboradores, que se vislumbraban como el núcleo más importante de esta tendencia, que estimulada y apoyada por la reacción interna y el embajador de Estados Unidos, cobraba cada día más fuerza.

Durante sus días de existencia, el gobierno de Grau, bajo la constante presión de su ala izquierda, en la que se destacaba Antonio Guiteras, promulgó y adoptó diferentes leyes, decretos y medidas que entrañaban, en algunos casos, cambios significativos en la realidad cubana. Entre ellas se encontraban: creación de la Secretaría del Trabajo, aprobación de la jornada laboral de ocho horas; establecimiento del salario mínimo; confiscación de los bienes del dictador Machado y sus colaboradores; derecho de sindicalización de los trabajadores; repartos de tierra y proyectos de colonización; observancia de la Ley Arteaga, que prohibía el pago a los trabajadores en vales y fichas; convocatoria a una asamblea constituyente; creación de tribunales especiales; reducción del precio de la energía eléctrica; ley que estipulara que el 50 % de los empleos en fábricas, establecimientos o empresas fueran desempeñados por trabajadores cubanos y otras medidas.

Algunas leyes y decretos, como la denominada Ley de Nacionalización del Trabajo o del 50 %, señalada antes, y el Decreto sobre la sindicalización, contentivos en determinados casos de aspectos contradictorios e injustos, recibieron fuertes críticas por parte del movimiento obrero, el Partido Comunista y otras organizaciones.

La implementación de estas medidas revolucionarias solo pudo llevarse a cabo de forma parcial y limitada, ya que el gobierno tuvo que llevar a

cabo su gestión en medio de dos grandes agrupaciones contrapuestas que mantuvieron una presión constante sobre él hasta lograr su pronta caída.

La propia composición del gobierno y sus contradicciones internas; las sangrientas represiones ordenadas por Batista contra el pueblo, como la ocurrida el 29 de septiembre con motivo del entierro de las cenizas de Mella en el Parque de la Fraternidad; el diverso modo de actuar de Guiteras, en relación con las tendencias reformistas y entreguistas que se movían en su seno, unidos a los errores tácticos del Partido Comunista en esos años, que no pudo aquilatar el carácter de ese gobierno y la proyección de Guiteras dentro de él, condicionaron el hecho de que el movimiento obrero organizado, en particular la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC), el Partido Comunista y otras organizaciones orientadas por él, también combatieran sin tregua al régimen surgido del golpe del 4 de septiembre.

Por su parte, el gobierno de Estados Unidos no reconoció el mandato de Grau y en el plano diplomático estimuló a nivel internacional su aislamiento. Solo México, España, Uruguay, Perú y Panamá establecieron relaciones con el gobierno cubano. Por otra parte, Estados Unidos mantuvo la permanente amenaza de intervención directa con el envío de una fuerte flota militar, buscó el apoyo de los partidos tradicionales y las fuerzas más reaccionarias en sus planes contra este gobierno y estimuló la acción armada en su contra.

Desde el 7 de septiembre navegaba por las aguas territoriales de Cuba una poderosa escuadra de 30 unidades navales, en composición de un acorazado, dos cruceros acorazados, quince destructores, ocho destructores ligeros y cuatro embarcaciones artilladas al mando del almirante Charles S. Freeman, jefe de la flota estadounidense en el Caribe. Algunas de estas unidades, como el acorazado *Mississippi* y los cruceros *Indianápolis* y *Richmond* habían entrado ya en la bahía de La Habana y otros puertos del país.

La oficialidad machadista desplazada del poder, alentada por el embajador de Estados Unidos, no tardó en elaborar planes conspirativos para derrocar el gobierno surgido del golpe del 4 de septiembre. Uno de estos proyectos, fraguado principalmente por el excoronel Horacio Ferrer, fugaz secretario de Guerra y Marina en el depuesto gobierno de Céspedes, era sublevar el Cuerpo de Aviación, radicado en el campamento de Colombia y otros efectivos militares, neutralizar el movimiento encabezado por Batista y derrocar el régimen con el apoyo de Estados Unidos, con

posible desembarco de sus fuerzas navales dislocadas en las cercanías de Cuba.

Como parte del plan, los complotados decidieron concentrarse y hacerse fuertes en el hotel Nacional, que al ser propiedad norteamericana e importante centro de negocios y del turismo estadounidense, les ofrecía la mayor seguridad. Allí organizaron la defensa, contando con el apoyo de la organización reaccionaria ABC y de los norteamericanos, lo cual les permitiría en un momento determinado romper el cerco de las fuerzas gubernamentales y avanzar rumbo al Palacio Presidencial.

A las cinco de la mañana del 2 de octubre de 1933, alrededor de 3 000 soldados sitiaron el hotel. En el cerco participaron, además, efectivos de organizaciones como el Directorio Estudiantil Universitario, el ABC radical y otras. En particular el Directorio, había creado una milicia estudiantil denominada Ejército Caribe, que, armada de fusiles patrullaba las calles y realizaba otras actividades de índole militar, junto a los soldados y marinos.

Los refugiados en la instalación, pese a determinados éxitos iniciales, no pudieron enfrentar la enorme superioridad de las fuerzas gubernamentales y sufrieron una aplastante derrota. En particular, la oficialidad machadista recibió un golpe demoledor en sus pretensiones por recuperar la posición que había ocupado en el ejército del derrocado régimen.



*Hotel Nacional antes del combate.*

La cruzada reaccionaria contra el gobierno de Grau no detuvo su marcha. Entre los días 7 y 8 de noviembre del mismo año, la ciudad de La Habana fue escenario de otro levantamiento militar dirigido a su derrocamiento. En el nuevo brote contrarrevolucionario, alentado también por el embajador Sumner Welles, participaron fuerzas de la organización reaccionaria ABC, oficiales del derrocado régimen machadista, algunos integrantes del Cuerpo de Aviación militar comprometidos en la conspiración, unidades de la Policía, así como otros grupos opuestos al gobierno.

En la madrugada del 7 de noviembre se iniciaron las acciones de las fuerzas reaccionarias. Uno de los puntos más importantes lo constituyó el campamento de Columbia, donde los pilotos capitán Guillermo Martull, teniente José Barrientos, teniente Fausto Collazo y otros complotados ocuparon el aeródromo, detuvieron a los jefes, y se apoderaron de cinco aviones, de los cuales cuatro despegaron; uno logró lanzar una bomba cerca de la residencia de Batista y otros intentaron bombardear el Palacio Presidencial; aunque fueran rechazados por efectivos leales al gobierno.

El día 8, las fuerzas gubernamentales, en contundente ofensiva, tomaron los diferentes puntos de la capital en poder de los sublevados y forzaron su repliegue hacia el Castillo de Atarés, donde fueron cercados, atacados y obligados a rendirse.



*Castillo de Atarés.*

La derrota de la oficialidad machadista en las acciones contrarrevolucionarias del 2 de octubre y el 8 de noviembre determinó su virtual desaparición de la institución militar cubana. Por los decretos del 14 y el 27 de diciembre de ese año fueron separados del Ejército alrededor de 520 de ellos.

Con el apoyo de las fuerzas más reaccionarias, sobre todo, de la jefatura castrense liderada por Batista, el imperialismo yanqui continuó sus planes para derrocar al gobierno provisional y sustituir, en primer lugar, al presidente Grau por el derechista y reaccionario Carlos Mendieta.

El 15 de enero de 1934, se consumó el golpe de Estado que puso fin al mandato de Grau San Martín. No obstante su fracaso, la administración surgida del 4 de septiembre y, sobre todo, la actuación de su a la más radical, constituyó un hito significativo en el proceso, mostró el camino a seguir para la realización de una verdadera revolución en la estructura socioeconómica y política del país. El propio Guiteras, al valorar el alcance de esta gestión apuntó:

A pesar del quebranto, el gesto del gobierno de Grau no ha sido estéril. Esa actitud fortaleció el espíritu de las clases y alistasdos del Ejército y la Marina, que vieron en ese movimiento una consagración gloriosa de su grito de rebeldía del 4 de septiembre, espíritu cuyo clamor no puede ser acallado con el derecho a usar botas de oficial. Esa actitud rectilínea mostró un mundo de posibilidades al pueblo de Cuba, que ya había bebido con ansia los escritos de nuestros intelectuales, que le mostraban la senda de la Revolución verdadera. Esa posición erguida mostró a los revolucionarios el camino. Esa fase de nuestra historia es la génesis de la revolución que se prepara, que no constituirá un movimiento político con más o menos disparos de cañón, sino una profunda transformación de nuestra estructura económico-político-social.<sup>22</sup>

Tras el golpe reaccionario, la oligarquía y el imperialismo retomaron las riendas del poder y se establecieron nuevos mecanismos de dominio económico y político.

A tono con la política de buena vecindad, Estados Unidos se pronunció por la estabilidad en la región, el acercamiento a sus gobiernos, una

<sup>22</sup> Antonio Guiteras: “Septembrismo”, José Tabares del Real: *Antonio Guiteras*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 530.

intromisión más sutil en sustitución de la abierta política intervencionista practicada por sus fuerzas armadas en décadas anteriores, establecimiento del sistema de cuotas para la importación de determinados productos latinoamericanos, concertación de tratados comerciales con los países del área, otorgamiento de créditos, estímulo a la asociación de capitales norteamericanos con los de América Latina y otras medidas.

En el orden político, el cambio más trascendente fue la firma, el 29 de mayo de 1934, de un nuevo Tratado de Relaciones entre Cuba y Estados Unidos, que, aunque ratificó en su mayor parte el contenido del anterior, vigente desde 1903, introdujo como aspecto significativo la abolición del artículo tercero, es decir, de la oprobiosa Enmienda Platt.

Aun cuando la dependencia con respecto al imperialismo norteamericano se aseguraba con los mecanismos económicos señalados antes, la eliminación de la Enmienda Platt debe considerarse como un hito de gran trascendencia, fruto sobre todo de las intensas luchas de movimiento revolucionario por la constitución de un país libre e independiente.

En estos años y hasta finales de 1937 se entronizó en la nación un régimen reaccionario de abiertas manifestaciones militaristas. Dentro de las características más acusadas de dicho régimen, se destacan la virtual asunción por el jefe del Ejército del poder político del Estado, el fortalecimiento de las fuerzas armadas y demás instituciones represivas, el activo papel que pasaron a desempeñar los militares en las instituciones y estructura política del Estado, la degradación de la profesionalidad militar y la intensa represión del movimiento obrero y revolucionario.

Después del golpe de Estado reaccionario, Guiteras reinició su accionar desde la clandestinidad. A principios de 1934 creó la agrupación denominada TNT, que combatió activamente al régimen mediante sabotajes, atentados y otras formas de lucha. Más adelante, en octubre del mismo año, dicha organización fue disuelta y se fundó en su lugar la prestigiosa agrupación antimperialista nombrada La Joven Cuba, una de las organizaciones revolucionarias más importantes de estos años, la cual se extendió por toda la Isla, contó con dirección nacional (Comité Ejecutivo Central), provinciales, municipales y miles de afiliados.

La Joven Cuba tenía un programa revolucionario contentivo de un conjunto de medidas, cuya aplicación entrañaría el inicio de una revolución de

carácter nacional-liberador, agraria, democrática y antimperialista. En el documento se señalaba que este era el programa de una primera etapa de la revolución en la que se crearían las condiciones necesarias para pasar a una fase superior. Al respecto en el preámbulo del documento se exponía la siguiente idea:

En una palabra, Cuba permanece en estado colonial. Supeditada al capital extranjero, la estructura económica cubana es un aparato que no sirve a necesidades colectivas de dentro, sino a rendimientos calculados por y para los de afuera [...] para que la ordenación orgánica de Cuba en nación alcance estabilidad, precisa que el Estado cubano se estructure conforme a los postulados del socialismo [...] El estado socialista no es una construcción caprichosamente imaginada; es una deducción racional basada en las leyes de la dinámica social [...] Al estado socialista nos acercamos por sucesivas etapas preparatorias. Fijada la gran meta a la que dirigimos la marcha, nuestro programa debe interpretarse como el trazado de la primera etapa.<sup>23</sup>

La Joven Cuba basaba su estrategia de lucha básicamente en la preparación y realización de la insurrección armada mediante el empleo de diferentes formas de enfrentamiento directo a la dictadura machadista. Entre 1934 y 1935, la organización llevó a cabo numerosas acciones entre las que se contaban attentados a dirigentes y sicarios del régimen; sabotajes; recolección de dinero por diferentes vías, incluido el secuestro —como el realizado al millonario Falla Bonet, a cambio de 300 000 pesos—; adquisición de armas mediante el desarme de esbirros, compra y otros medios; propaganda revolucionaria contra la dictadura; participación en la organización y realización de la fracasada huelga de marzo de 1935 y otras formas de lucha. En el último año se trabajó intensamente en el plan insurreccional concebido por Guiteras, consistente, a grandes rasgos, en el desencadenamiento de la lucha armada contra el régimen mediante el desembarco por Oriente de una expedición procedente de México, la cual sería apoyada por diversas acciones urbanas y rurales, incluido el asalto a cuarteles y otros objetivos, la movilización de las masas y el llamado a la huelga general revolucionaria.

<sup>23</sup> Programa de la Joven Cuba, José Tabares del Real: Ob. cit., pp. 531-533.

El mayor empeño del movimiento popular en estos años, es decir, la huelga de marzo de 1935, fue cruelmente reprimida y las instituciones armadas desataron una ola de terror sin precedentes. A los numerosos muertos y heridos, siguieron los arrestos; miles de obreros fueron cesanteados; se ilegalizaron los sindicatos, y se persiguió y asesinó a importantes líderes obreros y revolucionarios.

El 8 de mayo de 1935, cuando se disponía a salir rumbo a México para encabezar la expedición armada, se produjo el combate de El Morrillo, Matanzas, en el que Guiteras, junto al venezolano Carlos Aponte y otros luchadores, cayeron en lucha desigual contra la soldadesca batisiana llevada allí producto de una vil delación. El fracaso de la huelga de marzo y la muerte de Guiteras marcaron la frustración del proceso revolucionario de los años treinta.

### *Causas del fracaso del proceso revolucionario*

En el fracaso del proceso intervinieron diversas causas, algunas más determinantes y otras menos; pero en su conjunto se conjugaron y provocaron el revés del movimiento revolucionario. Entre las limitaciones y aspectos negativos más influyentes consideramos los siguientes:

#### 1. FALTA DE UNIDAD DE LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS Y PROGRESISTAS

Fue esta, al igual que en anteriores contiendas por la liberación nacional, una de las principales causas del fracaso. A raíz de este hecho se puso de manifiesto que aún para esta etapa, las masas populares, en particular la clase obrera y el campesinado, así como sus vanguardias políticas dirigentes, no contaban con la suficiente madurez y conciencia política que les permitiera establecer un frente común de lucha contra las clases y sectores dominantes apoyados por el imperialismo norteamericano.

Por el contrario, las fuerzas reaccionarias, representadas por los diferentes partidos y organizaciones burguesas, nucleados en torno a los intereses imperialistas, sí contaban con todos los medios, recursos y preparación para unirse, apoyarse mutuamente e, incluso, arrastrar detrás de sus proyectos políticos a considerables sectores de las masas populares.

En el fragor de la lucha antimachadista, la unidad revolucionaria se vio muy afectada por la línea política de extrema izquierda aplicada por

el Partido Comunista, una de las principales vanguardias del movimiento obrero y revolucionario. Es innegable todo el heroísmo desplegado por el partido marxista-leninista de Cuba desde su fundación en 1925, sus numerosos logros políticos y su tenaz enfrentamiento a la dictadura machadista; pero en esta etapa su estrategia y táctica de lucha constituyeron un obstáculo para el logro de la unidad.

El partido estaba considerado como una sección de la Internacional Comunista, que había sido fundada por Lenin en marzo de 1919, y condicionaba su accionar a los lineamientos emanados de esta organización, que agrupaba y dirigía los partidos comunistas surgidos en los diferentes países. Entre esos lineamientos orientados por dicho organismo se encontraba la denominada política de clase contra clase, que planteaba, entre otros aspectos, la hegemonía del sector obrero en el proceso revolucionario y dificultaba la alianza con otros grupos sociales, en particular, la pequeña burguesía que constituía una de las fuerzas más importantes en la palestra política.

Por otra parte, el empleo de esta táctica contribuyó al aislamiento del partido, el cual se vio limitado de interactuar con otras fuerzas, sin poder aquilar sus potencialidades revolucionarias. Ello quedó reflejado en la posición que adoptó frente al gobierno provisional presidido por Grau San Martín, que fue combatido en bloque por el movimiento obrero, sin apreciar sus particularidades, sobre todo la actuación de la tendencia liderada por Guiteras y sus proyección. Al respecto Carlos Rafael Rodríguez señaló:

[...] Cuando en 1934 la Internacional Comunista recomendó a los comunistas cubanos distinguir entre el nacional-reformista Grau San Martín y el nacional-revolucionario Guiteras, tenía razón y solo un sectarismo —originado también en la política sostenida por la Internacional Comunista, hasta poco tiempo antes—, había llevado a los comunistas cubanos a no apreciar las evidentes diferencias.<sup>24</sup>

Junto a ello, se seguía el lineamiento estratégico de establecer en el país un gobierno soviético, cuestión que constituía una copia mecánica

<sup>24</sup> Carlos Rafael Rodríguez: *Letra con filo*, tomo 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 343.

de experiencias políticas de otra nación que no se ajustaban a nuestras realidades. Así, frente al gobierno provisional, atacado duramente por las clases reaccionarias y por la administración de Estados Unidos, que maniobraba astutamente a la vez que amenazaba con una intervención directa de sus tropas, se colocó también el movimiento obrero bajo la guía del Partido Comunista y de la CNO, que llevó a cabo en el convulso año 1933 un amplio movimiento huelguístico en las zonas urbanas y rurales, e incluyó la formación de soviets en alrededor de treintaiseis centrales azucareros.

En la aplicación práctica de esta política no se pudo vertebrar la unidad del movimiento obrero con amplios sectores de la pequeña burguesía que sí fueron agrupados por los partidos y agrupaciones burguesas.

Por otra parte, hay que considerar también el propio carácter y las vacilaciones de la pequeña burguesía como clase, así como las concepciones políticas de sus principales líderes que diferían en mucho de los proyectos revolucionarios sustentados por el Partido Comunista y por Antonio Guiteras. Así, por ejemplo, en el seno del gobierno provisional fue muy dañina la actuación de la tendencia conservadora y reformista representada por el presidente Grau San Martín, la cual se caracterizó por la improvisación y la adopción de una postura en extremo temerosa, vacilante y conservadora. En su improvisada y contradictoria gestión, el presidente coqueteaba con los representantes del imperio a la vez que profería frases antimperialistas, censuraba la actuación de Batista y luego lo halagaba y lo dejaba hacer, hablaba de profundas transformaciones y luego se mostraba cauteloso y temeroso ante los decretos que le presentaba Guiteras. Al gobierno le faltó decisión política, conciencia de su misión histórica, intransigencia y audacia.

Raúl Roa, describió así la contradictoria actuación del mandato de Grau:

El gobierno apolítico, técnico y universitario no sabía por dónde comenzar, ni qué hacer, ni a dónde ir. Desconcertado, se dio entonces a culebrear. Fatigó la cuerda floja. El espíritu de Pubillones se instaló en Palacio. De fisiólogo competente, Grau devino maravilloso equilibrista. Flirteaba graciosamente con las izquierdas y le hacía guiños de inteligencia a la burguesía amedrentada, profería denuestos de Welles y pagaba la deuda extranjera, estaba ansioso de ser reconocido por Washington y permitía mítinges antimperialistas, lanzaba un virulento manifiesto contra

las corporaciones económicas y mandaba, por bajo cuerda, emissarios a recabar su apoyo. Nunca hubo un espectáculo, a la vez, tan divertido y trágico. El mongonato nació así entre la angustia y el choteo.<sup>25</sup>

## 2. LA INJERENCIA DEL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS

En el transcurso del proceso revolucionario se puso de manifiesto la abierta injerencia del gobierno de Estados Unidos a través de sus embajadores Benjamín Sumner Welles y Jefferson Caffery, quien sustituyó a este a mediados de diciembre. Ambos planearon y alentaron toda una cruzada reaccionaria en la que figuraban desde el no reconocimiento diplomático, presiones económicas y amenazas de intervención, hasta la fragua de conspiraciones, alzamientos armados y pleno apoyo a la realización de estos por parte de la reacción interna.

En 1933, cuando la profunda crisis amenazaba sus intereses y la dictadura de Machado era incapaz de salvar la situación, la administración de Estados Unidos, a tono con la nueva política de buena vecindad, envió a Cuba al embajador Benjamín Sumner Welles e inició una singular política intervencionista sin el desembarco de tropas, conocida como la mediación en la crisis política cubana.

El diplomático buscó hábilmente una solución a través de los partidos burgueses opuestos a Machado y comprometió al gobierno a realizar elecciones “libres” en 1935, es decir, sustituir a su lacayo honorablemente. Los partidos burgueses y el presidente, aliados incondicionales del imperialismo yanqui, aceptaron la mediación; se manifestaron contra ella las fuerzas revolucionarias y progresistas que se enfrentaban a la dictadura.

No obstante, el ritmo de los acontecimientos sorprendió al embajador; al desatarse una huelga general que no esperaba y al advertir que la situación se le iba de las manos y que era impotente ante el desbordamiento de las masas, comenzó a maniobrar, a cortejar a unas y otras fuerzas con el fin de frustrar la revolución. El 12 de agosto de 1933 se produjo el derrocamiento de Machado y, un día después, como fruto de la mediación, se instaló el gobierno de Carlos Manuel de Céspedes, resultado del acuerdo de Welles, los partidos burgueses

<sup>25</sup> Raúl Roa: *Homenaje en sus textos de fuego*, vol. 1, Imagen Contemporánea, La Habana, 2007, p. 92.

—sobre todo la organización llamada ABC— y el mando militar. Así fue escamoteado el triunfo popular y continuó el machadato sin Machado.

Otro acontecimiento inesperado que sorprendió a la embajada norteamericana fue el golpe militar del 4 de septiembre de 1933 que, con la participación de diferentes fuerzas políticas dio origen al gobierno provisional con la promulgación de diferentes medidas socioeconómicas, que significaban cambios profundos en la vida del país. El primer paso de Estados Unidos fue no reconocer el gobierno surgido del 4 de septiembre y enviar 32 buques de guerra que, en tono amenazante, se situaron cerca de La Habana. Posteriormente, sus embajadores alentaron todos los pronunciamientos contrarrevolucionarios, entre ellos, el de la oficialidad machadista refugiada en el hotel Nacional y el levantamiento de noviembre en la capital; realizaron una inteligente labor de captación de la nueva oficialidad militar, sobre todo, la de su principal jefe, Fulgencio Batista, sargento devenido coronel en pocos días, y fraguaron con este y con la anuencia de los partidos burgueses tradicionales el golpe de Estado reaccionario del 15 de enero de 1934, que derrocó al gobierno provisional y llevó de nuevo la reacción al poder a través del mandato- Mendieta-Batista.

La política injerencista cumplió plenamente sus objetivos y quedó cerrada más adelante con el nombramiento de un nuevo embajador, la negociación de un nuevo Tratado de Recíprocidad Comercial, en 1934, que reforzó el control económico sobre Cuba, y de un nuevo tratado de relaciones, en el que quedó abolida la funesta y odiada Enmienda Platt.

### 3. EL PAPEL REACCIONARIO DE BATISTA

Uno de los factores más nefastos para el proceso revolucionario lo constituyó el papel reaccionario y entreguista desempeñado por Batista, quien, mostrando gran habilidad, astucia y pretensiones de poder, se plegó a los intereses imperialistas y colaboró abiertamente con los representantes de Estados Unidos para el derrocamiento del gobierno.

Con la asonada castrense del 4 de septiembre de 1933 había emergido a la palestra política esta figura. Llama la atención la forma en que asumió el liderazgo del movimiento desplazando con deslealtad, ambición, astucia y oportunismo al sargento Pablo Rodríguez Silveiro, quien desde sus inicios había sido el principal gestor de la conspiración de las clases y alistados.

Batista, como se sabe, no era un sargento de tropas. Nacido en Banes, antigua provincia de Oriente, de procedencia muy humilde, fue inscripto por su madre con el nombre de Rubén Zaldívar Batista, hasta que en 1923, él mismo promovió el cambio de su nombre por el de Fulgencio Batista Zaldívar. Una breve ojeada a su trayectoria laboral y militar revela que siendo aún muy joven trabajó en varias faenas agrícolas, fue aprendiz de algunos oficios y trabajador ferroviario, hasta encontrar su verdadera vocación en el Ejército, al cual ingresó en 1921.

Como soldado se distinguió por el afán de superación y realizó por su cuenta estudios de taquigrafía. El presidente Zayas, le adjudicó el mote de Soldado Polilla y lo autorizó a leer algunos de sus libros, mientras Batista trabajaba para él en la finca María. El 7 de junio de 1927, alcanzó el primer lugar en un examen de oposición para cubrir una plaza de taquígrafo. Días más tarde fue ascendido a cabo y ubicado en el Castillo de la Fuerza. En agosto de 1928 le llegó una nueva oportunidad, cuando resultó también vencedor en otro ejercicio de oposición para ocupar una plaza vacante de sargento taquígrafo en el 7º Distrito Militar de la Fortaleza de la Cabaña. El 17 de ese mes fue ascendido a sargento y, más tarde, por un cambio de plaza, pasó al 6º Distrito Militar de Columbia bajo las órdenes del teniente Ricardo Gómez, fiscal de ese mando.

El trabajo en este cargo le permitió a Batista conocer bien la estructura de la institución, los principales mecanismos del mando, los problemas existentes, así como lograr un buen nivel de preparación y profesionalización entre las clases del Ejército Nacional.

Con respecto al papel desempeñado por esta figura a raíz del golpe del 4 de septiembre de 1933 y de su paso al liderazgo del movimiento, parece acertado el siguiente juicio realizado por Lionel Soto, en su obra *La Revolución precursora de 1933*:

En Batista hay audacia, astucia, sentido del mando, perspicacia política y, además, valor. Pablo Rodríguez tenía todas las condiciones objetivas para liderar el movimiento. ¿Qué le faltó? ¿Por qué Batista le quitó la posición que naturalmente le pertenecía? La pasión ciega no sirve al juicio histórico. Ser jefe, en aquellos momentos, exigía condiciones precisas. Batista fue el mejor dotado; afrontó el riesgo habilidamente; halló fórmulas y salidas. Si quisieramos forzar un poco la abstracción filosófica derivada del proceso, podríamos decir además que Batista expresaba mejor la voluntad de la masa de alistados; que era su representante más acabado; que tenía,

en potencia, todos los defectos y deformaciones de una institución hecha para la represión y todos sus vicios tradicionales, de latrocínio y depredación, junto con algunas de las pocas virtudes que el origen popular de la tropa conservaba. El honesto y revolucionario antimperialista Pablo Rodríguez era un hombre mucho más allá de esa masa; pero, además, le faltó energía, audacia, poder de decisión. En fin, fue primero desplazado de la jefatura máxima y, a la poste, anulado y hasta expulsado del movimiento que él inició y representó originalmente.<sup>26</sup>

Oportunista, astuto y ambicioso, Batista no tardó en ponerse al habla con el embajador yanqui y los partidos burgueses tradicionales para conformar la tendencia más agresiva y reaccionaria dentro del equipo dirigente y, finalmente, planear y ejecutar la asonada militar contra el gobierno provisional.

Después del golpe de Estado, Batista afianzó su poder, condujo una política militarista que afectó a todas las esferas de la sociedad, reprimió violentamente las últimas manifestaciones del movimiento revolucionario, sobre todo, la huelga general de marzo de 1935 y ordenó el asesinato de Antonio Guiteras y sus compañeros el 8 de mayo del mismo año.

En esta estapa, extendió su poder más allá de la alta jerarquía castrense para convertirse en un virtual jefe de Estado, que escudó su actuación en diferentes figuras civiles apuntaladas como presidentes, tales como Carlos Hevia (16.1.34-18.1.34); Carlos Mendieta Montefur (18.1.34-12.12.35); José A. Barnet Vinajeras (12.12.35-20.5.36); Miguel Mariano Gómez (20.5.36-24.12.36) y Federico Laredo Brú (24.12.36-10.10.40).

#### 4. LA PÉRDIDA DE LOS PRINCIPALES LÍDERES REVOLUCIONARIOS

En el proceso revolucionario de la década del treinta actuó una pléyade de talentosos líderes, muchos de los cuales cayeron en plena lucha dejando un gran vacío en la dirección del movimiento. Entre los más destacados dirigentes de aquel proceso figuran Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y Antonio Guiteras Holmes.

Mella, calificado como un verdadero atleta olímpico de la Revolución, resultó el primero de los grandes líderes en caer asesinado por órdenes del dictador Machado, el 10 de enero de 1929, cuando solo contaba con

<sup>26</sup> Lionel Soto: *La revolución precursora de 1933*, Si-Mar S. A., La Habana, 1995, p. 536.

26 años. Fue su vida breve, pero tan dinámica, tan combativa, tan profunda, que a pesar de su corta existencia física es, sin lugar a dudas, una de las más extraordinarias personalidades de nuestro país y de América Latina.

Entregado por entero a la lucha revolucionaria, Mella se desplazó en múltiples actividades y frentes. Inició la Reforma Universitaria, con lo cual el movimiento estudiantil se insertó en la batalla contra los males de la república neocolonial; vinculó a los estudiantes con los obreros; organizó el primer Congreso de Estudiantes; fue artífice de la Universidad Popular José Martí y de la Liga Antimperialista de Cuba, y fundó, junto con Carlos Baliño y otros revolucionarios, el primer partido marxista-leninista de Cuba.

Mella llegó a convertirse en uno de los más descollantes pensadores marxistas de América con una clara visión de que esa teoría no podía ser un dogma, sino una guía para la acción. Al valorar la obra de Lenin, supo apreciar su significado universal; pero, a la vez, considerar las particularidades existentes en la Isla. Al respecto escribió:

En su tiempo y su medio, fue un avanzado, y un superhombre que supo con el poder de su genio dar impulso poderoso a la transformación de una civilización. No pretendemos implantar en nuestro medio copias serviles de revoluciones hechas en otros climas, en algunos puntos no comprendemos ciertas transformaciones, en otros nuestro pensamiento es más avanzado, pero seríamos ciegos si negásemos el paso de avance dado por el hombre en el camino de la liberación.<sup>27</sup>

Perseguido y condenado a muerte por la dictadura, reanudó desde México la lucha contra Machado y hasta allí se extendió la orden de su asesinato. En la criminal conjura participaron el comandante Trujillo, jefe de la Policía Secreta; José Magriñat, agente machadista y otros dos hampones. Su última y conmovedora frase fue: “Muero por la Revolución”.

Pablo de la Torriente Brau, en un perfil del destacado líder escribió estas certeras palabras, de plena vigencia en nuestros días: “Julio Antonio Mella es la síntesis perfecta de la audacia y la abnegación en la lucha

<sup>27</sup> Julio Antonio Mella: “Lenine coronado”, *Mella. Documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 87-88.

por la justicia social y el ejemplo formidable de lo que debe ser un joven revolucionario".<sup>28</sup>

Otro de los grandes hombres del proceso revolucionario, continuador de la obra de Mella y figura principal del movimiento obrero y comunista tras la muerte de aquel, fue Rubén Martínez Villena, uno de los más talentosos hombres de su generación y uno de los más brillantes poetas. Se distinguió como modelo de intelectual revolucionario; con altas dotes para la creación se consagró, sin embargo, a la plena lucha por la revolución social. Muchos escritores de su época no llegaron a comprender la grandeza de Rubén; un ejemplo fue el destacado intelectual burgués Jorge Mañach, quien se lamentaba de que el talento poético del autor de "La pupila insomne" se diluyera en su inclinación a la lucha política. En sonada polémica con este escritor, Martínez Villena, colocando en primer lugar su fibra patriótica, le escribió: "Yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido: me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores interesa la justicia social".<sup>29</sup>

Al igual que Mella, Martínez Villena fue un combatiente de primera fila frente a la corrupción político-administrativa y los desmanes de los gobiernos de turno. En 1923 participó en la llamada Protesta de los Trece, contra la corrupción del gobernante Alfredo Zayas y, en ese mismo año, en su poema "Mensaje lírico civil", expresó: "Hace falta una carga para matar bribones, /para acabar la obra de las revoluciones; /para vengar a los muertos, que padecen ultraje, /para limpiar la costra tenaz del coloniaje".

A través de diferentes organizaciones, entre ellas, Falange de Acción Cubana, el Grupo Minorista, el Movimiento de Veteranos y Patriotas, la Liga Antimperialista, la Universidad Popular José Martí



Rubén Martínez Villena.

<sup>28</sup> Erasmo Dumpierre: *J. A. Mella, biografía*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 123.

<sup>29</sup> Raúl Roa: Ob. cit., vol. 1, p. 39.

y, sobre todo, la Confederación Nacional Obrera de Cuba, en la que fungió como asesor legal, y el Partido Comunista, donde pasó a ser la figura principal tras la muerte de Mella, Villena dirigió la lucha contra la dictadura de Machado, a quien bautizó con el nombre de Asno con garras.

Condenado a muerte por la tiranía después de dirigir la huelga general de marzo de 1930, primera gran acción de masas contra la dictadura y enfermo de tuberculosis, Villena partió hacia la Unión Soviética. Allí, trabajó en la Sección Latinoamericana de la International Comunista; pero seguía atentamente los problemas de su país. En 1933, en grave estado de salud, decidió regresar a Cuba y consagrarse su último aliento a la lucha contra el régimen dictatorial. Convaleciente, pudo dirigir la gran huelga de masas del 12 de agosto de 1933, acción culminante para el derrocamiento de la dictadura de Machado.

Sin poder desafiar el terrible mal, murió el 16 de enero de 1934, en el sanatorio La Esperanza, en las afueras de La Habana, con solo 34 años de edad. Su amigo y compañero de lucha, Raúl Roa, destacado combatiente de aquel proceso revolucionario y posteriormente nuestro Canciller de la Dignidad, al titular sus recuerdos sobre Rubén y su papel en el movimiento obrero y comunista lo describió como “una semilla en un surco de fuego”.

La siguiente gran pérdida del movimiento revolucionario de los años treinta fue la del recio luchador antimperialista Antonio Guiteras Holmes.

Para 1930, ya el joven Guiteras, de 24 años, poseía una sólida preparación profesional como doctor en Farmacia; se había graduado en 1927 y era empleado de la firma norteamericana Lederle. Contaba también con una sólida formación político-cultural, adquirida mediante el estudio de importantes obras de la literatura universal, los hechos revolucionarios más sobresalientes de la época y de su propia ejecutoria y experiencia, como dirigente del Directorio Estudiantil Universitario y destacado luchador antimachadista. Su capacidad intelectual y su formación político-revolucionaria lo habían llevado a desarrollar un profundo pensamiento antimperialista y a sustentar las ideas socialistas.

El 13 de agosto de 1931, en la finca La Gallinita, situada en los alrededores de Santiago de Cuba, Antonio Guiteras Holmes, se levantó en armas contra la dictadura de Machado. Aunque el alzamiento

formaba parte del plan general organizado por los caudillos derechistas, Guiteras, que en modo alguno compartía la ideología de aquellos, quiso aprovechar la ocasión, para acumular material de guerra y fijar una línea de enfrentamiento al régimen basada en la acción armada. Había llegado al convencimiento de que la vía más certera para derrocar la tiranía machadista era la insurrección militar. Con vistas a ello, como se ha señalado, creó su propia organización revolucionaria con objetivos concretos que entrañaban cambios radicales en la sociedad cubana; se dispuso a la adquisición de medios y recursos para el desarrollo de la lucha armada; formó cuadros, estableció redes urbanas y concibió el asalto y toma de cuarteles militares, así como la lucha guerrillera en las montañas.

Ernesto *Che* Guevara, al valorar la significación del líder revolucionario, expresó:

Antonio Guiteras representa al más puro luchador antíimperialista, y el precursor de la nueva etapa, de la lucha guerrillera, de la utilización del campo como factor fundamental para desarrollar la pelea contra todos los agentes del imperialismo [...] Su acción fue múltiple, como su vida fue multifacética [...] fue la expresión de la pujanza de las masas enardecidas que trataban de realizar la verdadera Revolución, la Revolución a que todos aspiraban, la Revolución que fue ahogada en el engaño y la mediatisación, y que resurgiera pujante, muchos años después, para revivir definitivamente el primero de enero de 1959.<sup>30</sup>

El 29 de abril de 1933, Guiteras puso en marcha un plan insurreccional contra la dictadura machadista; pero al fallar algunas de las acciones previstas, este quedó reducido a la toma del cuartel de San Luis y a la realización de acciones guerrilleras.

A raíz del derrocamiento de Machado, las huestes de Guiteras se encontraban peleando en las montañas orientales y su jefe había alcanzado ya enorme prestigio como luchador antimachadista.

Por su firme trayectoria, Guiteras fue colocado al frente de la importante cartera de Gobernación en el gobierno provisional presidido

<sup>30</sup> Ernesto Guevara: *Obras. 1957-1967*, tomo II, Casa de las Américas, 1970, p. 621.

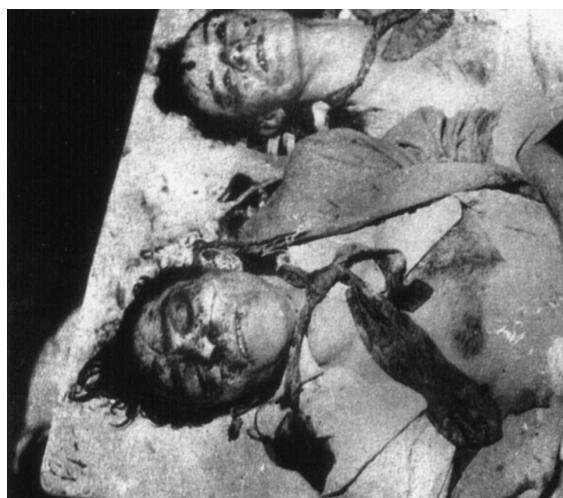
por Grau San Martín. Desde ese puesto, desplegó una tenaz lucha para llevar a cabo la revolución verdadera a través de diversas medidas económicas, políticas, militares y sociales, cuya aplicación entrañaba profundos cambios en la sociedad cubana.

Tras el derrocamiento del gobierno, su vertical postura lo llevó a la lucha clandestina y a la formación de una organización revolucionaria de amplia estructura y connotación nacional (La Joven Cuba), dotada de una estrategia político-militar basada en la lucha armada como método principal para el derrocamiento del régimen opresor. En estas circunstancias, cuando se disponía a partir en una embarcación para allanar medios y recursos con vistas a proseguir la lucha, Guiteras, junto a otros compañeros, cayó asesinado por órdenes de Batista, en El Morrillo, Matanzas, el 8 de mayo de 1935.

Tres contemporáneos suyos, de reconocida ejecutoria político-revolucionaria, escribieron las siguientes impresiones sobre el héroe asesinado en El Morrillo.

En el artículo “Hombres de la revolución”, Pablo de la Torriente Brau, uno de los principales protagonistas del proceso revolucionario, caracterizó así la recia figura del líder con sus virtudes y defectos.

[...] Y la revolución es grande, a pesar de todo, porque solo en ella pueden encontrarse hombres tales; porque solo en ella pueden encontrarse hombres así, capaces de tener el valor, la dignidad, el desinterés y la angustia de muchos. Capaces de tener de sobra, lo que les falta a tantos [...] En su apasionante carrera política hay páginas buenas para que un historiador sin miedo diga la verdad y la angustia de un hombre honrado en la encrucijada de los dilemas terribles [...] Mas Antonio Guiteras, como quien sale vivo de una emboscada, pasó por esos momentos,



*Guiteras y Aponte, asesinados en El Morrillo.*

abrumado; pero seguro en su fe, en su fiebre por la revolución. Porque la revolución fue como una fiebre en la imaginación de este hombre. Y por eso tuvo delirios terribles, alucinaciones potentes, hermosas fantasías y sueños maravillosos e irrealizables para él. Era como un hombre que, despierto, quisiera realizar lo que había concebido soñando. Y muchas veces no conoció a los hombres, e hizo confianza en quien no la merecía y llamó su amigo a quien sería traidor y supuso talento en algún cretino. Tuvo, arrastrado por su fiebre, el impulso de hacerlo todo. E hizo más que miles. Y tenía el secreto de la fe en la victoria final. Irradiaba calor. Era como un imán de hombres y los hombres tenían atracción por él. Le era misteriosa, pero irresistible, aquella decisión callada, aquella imaginación rígida hacia un solo punto: la revolución. Tuvo también defectos. El día del castigo no hubiera conocido el perdón. Era un hombre de la revolución.<sup>31</sup>

El escritor progresista norteamericano Carleton Beals, durante su visita a Cuba en 1933, conoció a Antonio Guiteras, admiró su obra y le dio el calificativo de “el John Brown de Cuba”. En su crónica sobre el líder apuntó:

Yo conocí a Antonio Guiteras, cuando desempeñaba tres carteras, la de Gobernación, la de Marina y la de Guerra en el gobierno de Grau San Martín. Guiteras trabajaba entonces igual que el reloj de su despacho —día y noche...— Guiteras veía el presente y penetraba en el futuro. Sobre todo me conquistó por su admirable función cerebral, su control completo de los problemas cubanos. Él ya veía la meta y sus obstáculos. Él podía fracasar, pero si fracasaban sus esfuerzos, Cuba también fracasaría. Y sobre todo, uno tenía la completa seguridad de estar ante un hombre absolutamente temerario, que a nada temía, que era incorruptiblemente honrado y que se sentía absolutamente indiferente ante su destino personal.<sup>32</sup>

<sup>31</sup> Pablo de la Torriente Brau: *Cartas y crónicas de España*, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 1999, pp. 32-33.

<sup>32</sup> Hortensia Pichardo: Ob. cit., tomo IV, pp. 615-616.

Por su parte, Raúl Roa, escribió:

Cuando se disponía a salir de Cuba, es asesinado en El Morrillo, por orden de Batista, Antonio Guiteras. Se perdía la figura más empinada, el ánimo mejor templado, la voluntad más indomeñable, el brazo más enérgico y el espíritu más puro del movimiento nacional revolucionario. Hasta qué punto era irreparable su pérdida se podrá advertir hoy con solo mirar en torno.<sup>33</sup>

### *Principales experiencias del proceso revolucionario de los años treinta*

El proceso revolucionario de los años treinta, no obstante su fracaso, constituyó una de las etapas trascendentales de la lucha del pueblo cubano por su liberación. El rico caudal de experiencias y enseñanzas legadas por dicho proceso pasó a formar parte de las mejores tradiciones de nuestro pueblo. Los heroicos combates de estos tiempos pusieron de manifiesto el alto espíritu de lucha, el valor y la moral de la generación que los llevó a cabo y sirvieron de inspiración a las que le sucedieron para completar la obra emancipadora iniciada el 10 de Octubre de 1868. Entre las experiencias más significativas se destacaron las siguientes:

- En el fragor del enfrentamiento a la dictadura machadista y a las demás fuerzas reaccionarias instaladas en el poder se manifestaron diversas formas y métodos de lucha, entre ellos, la huelga general de agosto de 1933, la lucha guerrillera y el plan insurreccional de la Joven Cuba, concebido por Guiteras, las cuales jalónaron la ulterior fase insurreccional conducente al triunfo de la Revolución Cubana.
- A pesar de su fracaso, la experiencia del gobierno provisional constituyó un hito significativo y, sobre todo, la actuación de su ala izquierda más radical mostró el camino a seguir para la realización de una verdadera revolución en la estructura socioeconómica y política del país.

<sup>33</sup> Raúl Roa: *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, Editora Universitaria, Las Villas, 1966, p. 70.

- La Enmienda Platt fue abolida y el país, abocado hacia un proceso de democratización que tuvo su punto culminante en la discusión y aprobación de la Constitución de 1940.
- El pueblo cubano, en particular las clases y sectores populares, acrecentaron su conciencia política y evidenciaron un fuerte sentimiento antimperialista.
- En el fragor de la lucha contra la reacción interna y el imperialismo yanqui, la clase obrera emergió como fuerza política independiente con su propio partido y su plataforma política.
- Para el Partido Comunista y demás organizaciones revolucionarias, el proceso de los años treinta representó una gran escuela en la que se adquirieron valiosas experiencias a considerar en las futuras luchas del pueblo cubano.
- Se alcanzaron importantes logros para el movimiento obrero, entre ellos, la jornada laboral de ocho horas, la protección al trabajador y los retiros obreros.
- La lucha contra la discriminación racial pasó al centro de las preocupaciones nacionales junto a las demandas por la democratización del país.
- Se produjeron importantes ocupaciones de tierras y la lucha del campesinado alcanzó gran relieve.
- El proceso revolucionario engendró figuras relevantes de la talla de Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Antonio Guiteras Holmes y otros, cuyo profundo pensamiento político se convirtió en bandera de lucha para las futuras generaciones revolucionarias.

# 5 *La Guerra de Liberación Nacional*

*Oliver Cepero Echemendía*

*¿Con qué más contamos? Contamos con nuestra historia, porque somos los mismos. Y somos los descendientes de aquellos de los años 1868 y 1895, de los 30 años de lucha por la independencia; los herederos del pueblo que luchó por salir de la neocolonia, que luchó contra las tiranías de Machado y de Batista; el mismo pueblo que alcanzó la independencia definitiva el primero de enero de 1959; el pueblo de Girón, de la Crisis de Octubre, de las luchas en el Escambray, de las heroicas misiones internacionalistas; el pueblo que ha escrito en estos años hermosas e imborrables páginas revolucionarias; el pueblo que se llenó de gloria sabiendo resistir el bloqueo y la agresión imperialista durante más de 30 años; el pueblo que salvó el honor de América Latina; y el pueblo que salva hoy el honor de América Latina y el pueblo que salva el honor del socialismo.*

FIDEL CASTRO  
19 de abril de 1991



**D**iferentes ideólogos burgueses y revisionistas contemporáneos, con el objetivo expreso de tergiversar la experiencia histórica de la Revolución Cubana, pretenden presentarla como un fenómeno político divorciado de la realidad y de las leyes sociales. Uno de estos puntos de vista lo constituye la falsa interpretación del proceso revolucionario a partir del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 y la negación de las causas socioeconómicas como factor condicionante y determinante, en última instancia, del inicio y desarrollo del proceso de lucha insurreccional. Precisamente, el periodo revolucionario que se abrió tras el golpe de Estado fue producto de profundas contradicciones socioeconómicas y políticas.

Al iniciarse la década del cincuenta del pasado siglo, la situación de Cuba como país neocolonial se agudizaba en extremo, a la vez que se profundizaba en gran escala la estructura deformada de la economía, la supeditación a los intereses imperialistas y los numerosos problemas emanados de la secular explotación nacional y extranjera a que eran sometidas las masas populares.

Dentro de los rasgos más sobresalientes de la situación nacional se destacaban la completa dependencia del capitalismo norteamericano, que controlaba los sectores básicos de la economía y el comercio; la existencia de una estructura económica predominantemente agrícola; la vigencia de una economía agrícola extensiva y latifundista, así como de una economía abierta, caracterizada por la monoproducción, la monoexportación y el monocomercio.

Eran graves, en el aspecto social, un conjunto de problemas, enjuiciados certeramente por Fidel Castro en *La historia me absolverá*, entre los que resaltaban los altos índices de desempleo, la discriminación racial, el analfabetismo, la situación de la vivienda, el precario estado de la salud pública y otras demandas de justicia social que planteaban las masas.

En el plano político, la soberanía nacional se hallaba bajo la dominación del imperialismo yanqui, mientras que las instituciones burguesas, a través de los llamados gobiernos auténticos, se hallaban en profunda crisis y se entregaban a la corrupción político-administrativa, el gangsterismo, la represión del movimiento obrero y comunista y la subordinación al imperialismo, con lo que demostraban con ello una total incapacidad para enfrentar la difícil situación del país.

Las diversas contradicciones de la sociedad neocolonial originaron la intensificación de la lucha de clases y el alza del movimiento popular, que, al iniciarse la década del cincuenta del pasado siglo, demandaba cambios sustanciales y canalizaba sus aspiraciones en la posibilidad real de que el Partido del Pueblo Cubano (ortodoxo) arribara al poder político en las elecciones señaladas para junio de 1952.

En esta coyuntura, el general Fulgencio Batista, líder castrense de larga ejecutoria, con el apoyo de los sectores más reaccionarios y el visto bueno del imperio del norte, organizó y ejecutó el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, e instaló un gobierno de facto reconocido con rapidez por Estados Unidos.

El golpe de Estado agravó seriamente los problemas del país e intensificó de modo notable las contradicciones existentes, con lo que comenzó a gestarse una situación revolucionaria.

A partir del golpe se conformó una situación política particularmente compleja. El



*Batista, apoyado por el gobierno norteamericano, ejecutó el golpe de Estado.*

poder había sido asumido por una dictadura sangrienta al servicio de poderosos intereses internos y externos. Los partidos burgueses de opinión liberal y democrática estaban desarticulados y sin guía; tal era el caso del Partido Ortodoxo que, aunque contaba con apoyo popular, su dirección, tras la muerte de Eduardo Chibás, había caído en manos de políticos tradicionales y terratenientes incapaces de enfrentar con resolución la dictadura militar. El movimiento obrero se hallaba fragmentado y su dirección oficial vendida a las clases explotadoras, mientras que el partido marxista-leninista se encontraba aislado y reprimido, con el macarthismo<sup>1</sup> en pleno apogeo ideológico.

Desde el punto de vista militar, el Ejército, con todo el poder en sus manos, abastecido y entrenado por Estados Unidos, era el virtual dueño de la situación. Concebido desde el principio como un aparato de represión, sostén del orden burgués y de los intereses del imperialismo, no estaba preparado para salvaguardar la soberanía nacional; pero era temido en el plano interior como guardián armado del sistema establecido. Para muchos era una fuerza invencible contra la cual era imposible luchar. Se enarbola incluso la teoría reaccionaria de que se podía hacer una revolución con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el ejército. La resistencia al golpe de Estado y a la situación creada encontró, no obstante, la oposición más firme y decidida en el grupo de jóvenes liderados por Fidel, quienes más tarde serían conocidos como la Generación del Centenario por cumplirse en aquel año el centenario del natalicio de José Martí.



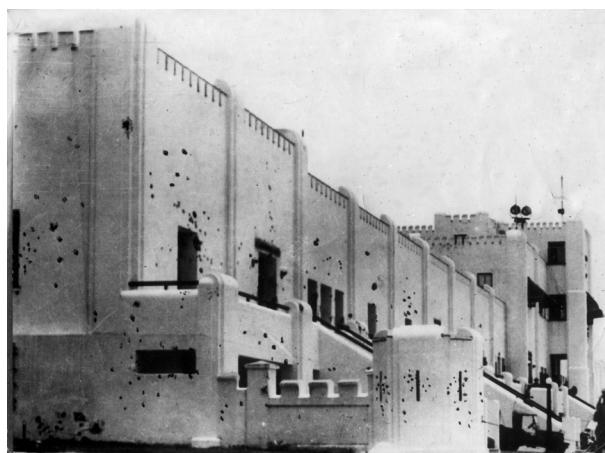
*Fidel Castro Ruz, líder de la Generación del Centenario.*

<sup>1</sup> Tendencia impulsada por el senador estadounidense Joseph McCarthy, caracterizada por un furibundo anticomunismo.

Para entonces, estos jóvenes, a la vez que se preparaban, valoraban la posibilidad de participar como combatientes en cualquier acción común que organizaran los partidos políticos y otras fuerzas opositoras poseedoras de los medios económicos y los recursos para ello. Sin embargo, los partidos y líderes tradicionales fueron incapaces de vertebrar una resistencia a la dictadura militar reaccionaria. Refiriéndose a ello, Fidel expresó:

Fue al cabo de un año de intenso trabajo en la clandestinidad, cuando arribamos a la convicción más absoluta de que los partidos políticos y los hombres públicos de entonces engañaban miserablemente al pueblo. Enfrascados en todo tipo de disputas y querellas intestinas y ambiciones personales de mando, no poseían la voluntad ni la decisión necesarias para luchar, ni estaban en condiciones de llevar adelante el derrocamiento de Batista.<sup>2</sup>

A partir de esta convicción, el grupo de jóvenes encabezados por Fidel asumió la responsabilidad de llevar adelante la lucha insurreccional; para ello elaboraron de forma independiente su propia estrategia político-revolucionaria, basada en la lucha armada popular contra la dictadura militar y proimperialista.



*Cuartel Moncada.*

<sup>2</sup> Fidel Castro Ruz: Discurso por el XX aniversario del asalto al cuartel Moncada, Editora Política, La Habana, 1973, p. 14.

El asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, el 26 de Julio de 1953, no obstante su fracaso táctico, constituyó la respuesta digna y enérgica al golpe de Estado del 10 de marzo. La acción del Moncada tuvo gran trascendencia en el curso ulterior de los acontecimientos. A partir de este hecho, se inició una nueva fase en las luchas revolucionarias del país y Fidel se destacó como su líder indiscutible. La estrategia concebida a raíz del Moncada fue en esencia la misma que se aplicaría años más tarde, tras el desembarco de los expedicionarios del *Granma*.

La acción del 26 de Julio abrió el camino del proceso de lucha insurreccional conducente a la victoria del 1º de enero.

La historia de la Revolución Cubana, incluida su fase de lucha armada, abierta tras el asalto al cuartel Moncada, ha sido objeto de las más variadas interpretaciones. En la literatura burguesa y revisionista abundan las tesis que pretenden deformar la experiencia histórica de este proceso. Algunos hablan de un fenómeno político llevado adelante expresamente por la voluntad de un hombre, mientras que otros tergiversan la acción, desconocen de modo intencional su programa y analizan de forma esquemática y unilateral el papel del Ejército Rebelde, divorciándolo de sus objetivos democráticos, de su amplia base social y de la política unitaria sostenida por Fidel en el transcurso de la guerra.

El comandante Ernesto *Che* Guevara llamó la atención sobre la necesidad de estudiar este proceso y determinar los factores de su triunfo. En tal sentido apuntó:

El cómo y por qué un grupo de hombres destrozados por un ejército enormemente superior en técnica y equipo logró ir sobreviviendo primero, hacerse fuerte luego, más fuerte que el enemigo en las zonas de batalla más tarde, emigrando hacia nuevas zonas de combates en un momento posterior, para derrotarlo finalmente en batallas campales, pero aún con tropas muy inferiores en número, es un hecho digno de estudio en la historia del mundo contemporáneo.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Selección de lecturas, tomo 1, Ministerio de Educación Superior, La Habana, 1983, p. 298.

En las páginas que siguen pretendemos demostrar que el triunfo de esta guerra popular revolucionaria, tras la cual se inició un cambio histórico en el continente americano, no fue un milagro político divorciado de la realidad, sino el resultado del accionar consciente, consecuente y ajustado a las leyes de la historia.

## *Causas del triunfo de la guerra de liberación nacional*

### 1. LA ESTRATEGIA POLÍTICO-MILITAR Y REVOLUCIONARIA ELABORADA POR FIDEL

Correspondió a Fidel el mérito histórico de interpretar correctamente la situación existente en el país y elaborar de forma independiente una estrategia político-militar y revolucionaria basada en la lucha armada, que resultó victoriosa en el enfrentamiento a la dictadura militar y proimperialista. Dicha estrategia se erigía sobre bases muy sólidas, entre las que figuraban el pensamiento político de las principales figuras de las historias, en particular de José Martí; las tradiciones militares y revolucionarias de las luchas por la liberación nacional y social; la apreciación multilateral de la situación creada en Cuba tras el cuartelazo; el apoyo del pueblo y los principios del marxismo-leninismo.

Entre los pilares político-revolucionarios más importantes se cuenta el pensamiento político-militar de los principales próceres de las luchas por la independencia desde Céspedes, Agramonte, José Martí, Antonio Maceo y Máximo Gómez en el siglo XIX hasta las figuras más relevantes que, en el siglo XX, se enfrentaron a los desmanes de la república neocolonial y enriquecieron el arsenal de las ideas revolucionarias de acuerdo con la nueva época histórica, tales como Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Antonio Guiteras Holmes, Pablo de la Torriente Brau y otros.



*Fidel y sus compañeros a la salida del presidio.*

En particular, ocupa un lugar cimero el legado de la portentosa obra patriótico-militar de José Martí. Al valorar este aspecto, hay que tener en cuenta, en primer lugar, la enorme influencia de la doctrina martiana como síntesis de lo más avanzado del pensamiento revolucionario cubano en el siglo XIX. Martí concibió una estrategia político-militar para la guerra de liberación nacional y nos legó al respecto un conjunto de valiosas ideas que sirvieron de bandera no solo al Ejército Libertador en la lucha de liberación contra el colonialismo español, sino también al movimiento revolucionario cubano en décadas posteriores.

El fundamento de la acción armada como alternativa de los pueblos para alcanzar un régimen de democracia y justicia social se encuentra en el pensamiento martiano. La concepción del Apóstol acerca de la guerra necesaria era concebida como un fenómeno político-social complejo, en el cual se relacionaban orgánicamente el aspecto propiamente político-social y el técnico-militar. Para Martí, la lucha armada se presentaba en primer lugar como resultado inevitable de las contradicciones de clases en la sociedad colonial y como la vía más acertada, en aquellas condiciones históricas, para resolverlas y alcanzar la independencia nacional. “La guerra —escribió— es un procedimiento político y este procedimiento de la guerra es conveniente en Cuba”.<sup>4</sup>

Martí se refería incluso a la guerra como la forma más bella y respetuosa del sacrificio humano, cuando esta respondía a una causa justa y se invocaba en aras de la independencia, la libertad y el decoro del hombre.<sup>5</sup>

Por otra parte constituyó un aspecto trascendente la concepción martiana de organizar la guerra con un criterio político. Cabe destacar al respecto el gran aporte que representó la fundación del Partido Revolucionario Cubano, hecho sin precedentes en el movimiento de liberación nacional de la época.

Los jóvenes de la Generación del Centenario, encabezados por Fidel, veían a Martí como el guía genial en la lucha por la liberación nacional, el dirigente indiscutible de la Guerra de 1895 y el organizador de un partido revolucionario, donde se congregaron todos aquellos empeñados en el propósito de hacer libre a la patria.

<sup>4</sup>José Martí: “Nuestras ideas”, *Obras completas*, tomo 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 217.

<sup>5</sup>Ibídem.

Al significar el papel del pensamiento martiano en el plan insurreccional de 1953, Fidel Castro expresó que el autor intelectual del asalto al cuartel Moncada fue José Martí.

Las tradiciones de lucha del pueblo cubano constituyeron otra de las bases más importantes de la nueva estrategia insurreccional

Frente a un enemigo muy poderoso en recursos humanos y materiales, y en medio de una situación totalmente adversa, los combatientes revolucionarios que gestaron la estrategia puesta en práctica a partir del Moncada, pudieron inspirarse en los ejemplos de Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez, Mella, Villegas, Guiteras y demás próceres de las luchas por la liberación nacional y social quienes, tanto en las guerras por la independencia del pasado siglo como en los combates revolucionarios durante la República neocolonial, mostraron, a través de formas diversas, el coraje, la decisión y el espíritu del pueblo cubano frente a la opresión, así como la posibilidad de adaptar las formas de lucha armada a las características del terreno y a la superioridad numérica y en armas del enemigo.

Teniendo en cuenta estas experiencias y sobre la base de una apreciación correcta de la situación existente, correspondió a Fidel el mérito histórico de enarbolar la concepción de la insurrección armada popular como el método principal frente a la dictadura militar.

Esta idea, secundada por la huelga general revolucionaria de los trabajadores, contemplaba también la posibilidad de un repliegue a las montañas y el inicio de la guerra irregular, que tenía valiosos antecedentes en el quehacer emancipador de nuestro pueblo.

La elección del teatro de operaciones militares estuvo condicionada también por la experiencia histórica. Tanto las guerras por la independencia en el pasado siglo como los levantamientos armados más significativos en la República neocolonial, entre los que se



*Fidel, detenido tras los sucesos del Moncada, declara a Martí como su autor intelectual.*

destacan los protagonizados por Antonio Guiteras Holmes, a raíz del proceso revolucionario de 1933, tuvieron por escenario la antigua provincia de Oriente. Desde el punto de vista militar se tenía en cuenta el objetivo de aprovechar las condiciones geográficas y topográficas que ofrecía este territorio para desarrollar la lucha armada, consolidar los levantamientos iniciales e ir extendiendo la insurrección paulatinamente al resto del país. En el aspecto político se tenía muy presente además el elemento de las tradiciones patrióticas y revolucionarias.

En la organización y dirección de la lucha armada, el Ejército Rebelde, salvando las diferencias históricas y los rasgos distintivos propios de esta época, puso en práctica diversas enseñanzas y experiencias legadas por el arte militar cubano en las guerras por la independencia del colonialismo español. Así, por ejemplo, en las concepciones estratégicas del Ejército Rebelde estuvo presente, desde los primeros momentos, la idea de la invasión como medio principal para llevar la llama revolucionaria a todo el país. Aun antes del desembarco del *Granma*, Fidel y sus compañeros habían estudiado con sumo interés la campaña invasora de 1895 con vistas a extraer de ella la mayor utilidad posible.

Fidel, en carta escrita desde la prisión y fechada el 3 de marzo de 1954, comentaba la lectura del libro *Crónicas de la Guerra*, del general José Miró Argenter, jefe del Estado Mayor del lugarteniente general del Ejército Libertador Antonio Maceo, con las siguientes palabras:

Su libro fue para todos nosotros una verdadera Biblia [...] Muchas veces recorrió con él nuestro pensamiento la inmortal marcha del Ejército Invasor, viviendo con emoción cada combate y tratando de captar cuanto detalle táctico o estratégico pudiera reportar una experiencia útil [...] *La Ilíada* de Homero no la supera en hechos heroicos; nuestros mambises parecen más legendarios, y Aquiles, no tan invencible como Maceo. ¿Por qué hemos de vivir nosotros ignorando nuestra gran epopeya? [...] Si los niños crecieran al conjuro de tales ejemplos, inspirados en aquellas almas superiores [...] ¿Quién se atrevería a doblegarlos?<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Mario Mencía: *La prisión fecunda*, Editora Política, La Habana, 1980, p. 34.

Al igual que el Ejército Libertador en el pasado siglo, el Ejército Rebelde, sin recursos y sin vías regulares de abastecimiento, basó su lucha en el principio de resistir y combatir al enemigo confiándolo todo a los esfuerzos propios. Su principal fuente de abastecimiento de armas lo constituyó también el enemigo. Baste señalar que, al final de la guerra, la inmensa mayoría del armamento con que contaban los rebeldes había sido arrebatado al enemigo en combate. Sobre ello ha expresado Fidel:

[...] Una característica muy interesante de nuestra historia revolucionaria es la siguiente: dije que al final teníamos alrededor de 3 000 hombres con armas de guerra, de las cuales un mínimo eran automáticas. De esas armas —el número exacto los historiadores algún día podrán precisarlo—, de esas armas el 90 por ciento se las arrebatamos al enemigo en combate.<sup>7</sup>

Las grandes cualidades disciplinarias y político-morales que hicieron del Ejército Libertador una fuerza invencible en las guerras por la independencia se proyectaron por igual en el Ejército Rebelde y constituyeron el principal factor de sus triunfos frente a las fuerzas armadas de la dictadura.

A pesar de los primeros y serios reveses de los expedicionarios del *Granma* al inicio de la lucha guerrillera, esta logró mantenerse con la



*El Granma llegó con su carga de héroes.*

tenacidad y firmeza de Fidel, quien supo inculcar en los pocos y primeros combatientes el principio, también presente en las tradiciones patrias, de

<sup>7</sup> Minfar: *Las armas de la victoria*, Editora Militar, La Habana, 1984, p. 34.

no rendirse jamás al enemigo, de no amilanarse ante las dificultades, de no cejar nunca en la lucha ni darse por vencidos.

En la concepción de la guerra de liberación se proyectaron otras experiencias del arte militar cubano en el pasado siglo, tales como la no subestimación de ningún medio de lucha en el enfrentamiento con el enemigo y se emplearon junto a las acciones militares, otras formas en los planes económico, político, ideológico y aun en otras esferas: la realización de un esclarecimiento sistemático acerca del carácter justo de la guerra entre todos los sectores de la población; la adopción de una política de guerra precisa en relación con los civiles y con el adversario, así como el empleo eficiente de las condiciones físico-geográficas y climatológicas adversas al enemigo, tales como el calor, la lluvia, la manigua, el monte, la noche, los terrenos pantanosos y cenagosos, y otros elementos que contribuyeran a extenuar y aniquilar las tropas del régimen.

El pormenorizado análisis de la situación existente en Cuba después del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 posibilitó el estudio del antagonista a derrotar, el conocimiento de sus puntos más débiles y fuertes, el probable carácter de sus acciones, las clases y sectores sociales que lo apoyaban en el plano interno, así como sus principales aliados externos; el análisis de las fuerzas revolucionarias dispuestas a la lucha contra la dictadura, los aliados potenciales y los sectores a neutralizar en el transcurso de las acciones; la determinación del método de lucha más adecuado y la elaboración de un plan contentivo de lineamientos precisos para desarrollar y conducir con éxito la insurrección armada contra la tiranía imperante.

En la estrategia de la Guerra de Liberación Nacional ocupa un lugar destacado el logro del más amplio apoyo de las masas populares al movimiento insurreccional. Desde los momentos iniciales de la lucha, el máximo dirigente de la Revolución era opuesto al terrorismo, el tiranicidio y otros métodos de espaldas al pueblo. La acción del Moncada, cuyos combatientes procedían mayoritariamente de las clases y sectores sociales más humildes de la sociedad, llevaba el propósito de movilizar a las grandes masas como condición imprescindible para el triunfo.

Al valorar la estructura de las fuerzas sociales y su posición política para esta época, se debe destacar el carácter profundamente reaccionario de la oligarquía dominante formada por una trilogía de clases sociales, entre las que se destacaban la burguesía azucarera, la burguesía comercial importadora y los latifundistas, los cuales históricamente detenían el poder político en contubernio con el imperialismo yanqui y eran enemigos acérrimos de todo cambio revolucionario.

Existía también la burguesía industrial no azucarera, como sector que pugnaba por desarrollarse y mantenía por ello diversas contradicciones con el imperialismo norteamericano y la oligarquía nacional que le impedían alcanzar este objetivo. Sin embargo, esta clase social, aun cuando en la lucha insurreccional mantuvo determinada oposición al régimen de Batista (cuestión que en cierta medida favoreció al movimiento revolucionario), era incapaz de asumir una postura política consecuente debido a su debilidad económica, subordinación a los intereses imperialistas, falta de coraje político y temor a la acción de las masas populares.

Fidel, en su famoso alegato *La historia me absolverá*, se refirió a las verdaderas fuerzas sociales capaces de producir un cambio histórico y formuló un concepto de pueblo que ayudó a aglutinar a todas las clases y sectores interesados en la lucha contra la oligarquía nacional y el imperialismo.

En este contexto, las fuerzas motrices del movimiento revolucionario fueron la clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía radical y otros sectores sociales interesados en la lucha por la liberación nacional. Una de las experiencias más notables del proceso revolucionario de los años treinta lo constituyó el hecho de que la salió a la amplia escena nacional como un movimiento independiente con su propio partido y su propia plataforma política. En los años posteriores a este acontecimiento, este sector fue protagonista de importantes luchas sociales, con lo que alcanzó un significativo desarrollo en su organización sindical y conciencia política. Para la década del cincuenta del pasado siglo constituía la fuerza social más numerosa, organizada, combativa y revolucionaria de la sociedad neocolonial.

Toda la estrategia de la Revolución —expresó Fidel— se basó siempre en el pueblo. Nosotros éramos un puñado de hombres, no pensábamos con un puñado de hombres derrotar a la tiranía batistiana, derrotar sus ejércitos, no. Pero pensábamos que aquel puñado de hombres podía desatar esa fuerza, esa inmensa energía del pueblo que sí era capaz de derrotar aquel régimen.<sup>8</sup>

Junto a la influencia del pensamiento martiano, es necesario considerar el hecho de que el núcleo dirigente de los jóvenes revo-

<sup>8</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *Moncada. La acción*, tomo II, Editora Política, pp. 390-391.

lucionarios que iniciaron la nueva etapa de lucha en el país había enriquecido notablemente su acervo político con el estudio del marxismo-leninismo y arribó a la conclusión de que solo a través de esta teoría científica podían interpretarse cabalmente los problemas del país e iniciar el camino hacia su solución. Al valorar concretamente el aporte de la teoría marxista-leninista al pensamiento revolucionario del núcleo principal de los dirigentes que concibieron el plan insurreccional del 26 de julio de 1953, Fidel escribió:

¿Qué aportó el marxismo a nuestro acervo revolucionario en aquel entonces? El concepto clasista de la sociedad dividida entre explotadores y explotados; la concepción materialista de la historia; las relaciones burguesas de producción como la última forma antagónica del proceso de producción social; el advenimiento inevitable de una sociedad sin clases, como consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo y de la revolución social [...] El núcleo fundamental de dirigentes de nuestro movimiento que, en medio de intensa actividad, buscábamos tiempo para estudiar a Marx, Engels y Lenin, veía en el marxismo-leninismo la única concepción racional y científica de la Revolución y el único medio de comprender con toda claridad la situación de nuestro

propio país [...] El marxismo nos enseñó sobre todo la misión histórica de la clase obrera, única verdaderamente revolucionaria, llamada a transformar hasta los cimientos a la sociedad capitalista, y el papel de las masas en las revoluciones [...] *El Estado y la Revolución*, de Lenin, nos esclareció el papel del Estado como



*Marx, Engels y Lenin,  
fundadores del marxismo-leninismo.*

instrumento de dominación de las clases opresoras y la necesidad de crear un poder revolucionario capaz de aplastar la resistencia de los explotadores [...] Únicamente a la luz del marxismo es posible

comprender no solo el curso actual de los acontecimientos, sino también toda la evolución de la historia nacional y el pensamiento político cubano en el siglo pasado.<sup>9</sup>

Entre los jóvenes revolucionarios que surgían a la palestra política existía también un profundo respeto y admiración hacia los abnegados comunistas que durante años venían luchando por la liberación nacional y social del país. Aún en la atmósfera burguesa característica de los predios universitarios y otros planteles juveniles, las figuras de Julio A. Mella, Rubén Martínez Villena y otros líderes comunistas eran admiradas y reconocidas por su abnegación y consagración a la causa revolucionaria.

En la elaboración de la concepción político-militar y revolucionaria se aprecia por tanto la doble influencia emanada, por una parte, del pensamiento martiano como exponente máximo de la liberación nacional y, por otra, de los principios del marxismo-leninismo como el fundamento esencial de la liberación social.

Fidel Castro, en conversación con periodistas suecos, al hacer referencia a este aspecto, señaló:

Yo en ese momento tenía una doble influencia, que la sigo teniendo hoy: una influencia de la historia de nuestra patria, de sus tradiciones, del pensamiento de Martí, y otra de la formación marxista-leninista que habíamos adquirido ya en nuestra vida universitaria [...] Siempre esa combinación de las dos influencias: la influencia del movimiento progresista cubano, del movimiento revolucionario cubano, del pensamiento martiano y del pensamiento marxista-leninista, estuvo muy presente en todos nosotros. No se puede separar una cosa de la otra en la historia de nuestro país [...] En nuestra patria, liberación nacional y revolución social se unieron como las banderas de lucha de nuestra generación.<sup>10</sup>

Con respecto a la estrategia de lucha, el líder revolucionario expresó —ya durante los preparativos de la expedición a bordo del *Granma*— importantes apreciaciones que revelan la profundidad de

<sup>9</sup> Ibídem, pp. 19-20.

<sup>10</sup> Fidel Castro Ruz: *Discurso por el XX aniversario del asalto al cuartel Moncada*, Editora Política, La Habana, 1973, pp. 14-15.

su pensamiento no solo desde el punto de vista militar sino también en cuanto a la concepción político-revolucionaria del enfrentamiento a desarrollar, aspecto mucho más complejo. Así en carta fechada el 17 de septiembre de 1955, dirigida a Carmen Castro Porra, destacada dirigente del Frente Cívico de Mujeres Martianas, Fidel, expresó las siguientes ideas:

- El éxito de toda revolución como de toda guerra depende fundamentalmente de la estrategia que se adopte; una estrategia revolucionaria es siempre más complicada que una estrategia de guerra, ya que no se estudia en ninguna academia y los militares de profesión con sus rígidos esquemas suelen ser los menos indicados para concebirla.
- En un mismo proceso revolucionario, no a todos los grupos políticos les es dable aplicar la estrategia ideal; depende decisivamente del papel que hayan desempeñado en la vida pública y de los intereses sociales que representen.
- La única forma posible de derrocar la dictadura se sintetiza en dos aspectos principales: insurrección armada, secundada por una huelga general revolucionaria y un sabotaje completo de todos los medios de comunicación del país en el momento de la acción.
- De acuerdo con lo anterior se hace imprescindible trabajar en las siguientes direcciones: vertebración de todos los núcleos revolucionarios en un solo movimiento amplio y disciplinado; predica revolucionaria abierta a través de manifiestos clandestinos; organización de células secretas en todos los centros obreros de la nación; organización de los grupos de combate y preparación ideológica y técnica completa de los hombres que hayan de dirigirlos en la acción; divulgación amplísima de todas las formas modernas de sabotaje y señalamientos de tareas específicas en ese orden a los grupos de combate que no sean llamados a la lucha abierta en los primeros momentos; campaña de propaganda y de proselitismo constante para crear una corriente de opinión revolucionaria dentro de las fuerzas armadas; recaudación de fondos mediante contribución obligatoria de los militantes y el aporte voluntario de todos los que quieran ayudarnos, para ser invertidos el 20 % en organización y propaganda y el 80 % en armas.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Fidel Castro Ruz: Carta a Carmen Castro Porra, 17 de septiembre de 1955, *La lección del Maestro*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1955, pp. 93-94.

Años después, al valorar los pilares más importantes de la estrategia de lucha, Fidel los resumió en las siguientes palabras:

Pero no hay situación social y política, por complicada que parezca, sin una salida posible. Cuando las condiciones objetivas están dadas para la revolución, ciertos factores subjetivos pueden jugar entonces un papel importante en los acontecimientos. Eso ocurrió en nuestro país. Esto no constituyó un mérito particular de los hombres que elaboraron una estrategia revolucionaria que a la larga resultó victoriosa. Ellos recibieron la valiosa experiencia de nuestras luchas en el terreno militar y político; pudieron inspirarse en las heroicas contiendas por nuestra independencia, rico caudal de tradiciones combativas y amor a la libertad en el alma del pueblo, y nutrirse del pensamiento político que guió la revolución del 95 y la doctrina revolucionaria que alienta la lucha social liberadora de los tiempos modernos, que hicieron posible concebir la acción sobre estos sólidos pilares: el pueblo, la experiencia histórica, las enseñanzas de Martí, los principios del marxismo-leninismo, y una apreciación correcta de lo que en las condiciones peculiares de Cuba podía y debía hacerse en aquel momento.<sup>12</sup>

## 2. EL LOGRO DE LA UNIDAD REVOLUCIONARIA EN LA GUERRA DE LIBERACIÓN NACIONAL

La falta de unidad entre las fuerzas revolucionarias había sido uno de los factores que condujeron al fracaso del movimiento revolucionario tanto en las guerras contra el colonialismo español como en las luchas durante la República neocolonial, en particular a raíz del proceso de los años treinta. Los esfuerzos por lograr la más amplia unidad desde la base se presentaba por tanto como otro de los aspectos principales del proceso insurreccional.

En tal sentido se debe señalar el hecho de que las formas y vías peculiares en que se logró la unidad en el curso de la Guerra de Liberación Nacional, constituyó en nuestra opinión un aporte de la Revolución Cubana al movimiento revolucionario.

<sup>12</sup> Informe Central al 1<sup>er</sup> Congreso del PCC, Editora Política, La Habana, 1976, p. 44.

En primer lugar hay que destacar el papel desempeñado por el Movimiento 26 de Julio, organización en torno a la cual se fueron agrupando sistemáticamente todas las fuerzas opuestas a la dictadura militar. Dicho movimiento quedó fundado oficialmente el 12 de junio de 1955; a partir de ese momento su estructura y actividad se extendieron por todo el país. El M-26-7 llegó a ser la organización de mayor membresía y arraigo popular; a ello contribuyeron las bases establecidas desde su creación. En el *Manifiesto no. 1 del Movimiento 26 de Julio al pueblo de Cuba*, fechado el 8 de agosto de ese año, se señalaba:

El 26 de Julio se integra sin odios contra nadie. No es un partido político sino un movimiento revolucionario, sus filas estarán abiertas para todos los cubanos que sinceramente deseen establecer en Cuba la democracia política e implantar la justicia social. Su dirección es colegiada y secreta, integrada por hombres nuevos y de recia voluntad que no tienen complicidad con el pasado; su estructura es funcional...<sup>13</sup>

Sobre estas bases, la composición social del M-26-7 se caracterizó por la heterogeneidad. En su membresía se hallaban presentes obreros, campesinos, pequeños propietarios, profesionales, intelectuales y en menor medida estudiantes. Se apreciaban asimismo concepciones políticas diferentes, incluso la de revolucionarios que ya poseían una formación marxista-leninista y actuaban en consecuencia con ella; aunque, por un problema táctico, ello no se expresaba públicamente. Este era el caso de Fidel, Raúl, Ñico López y otros. El programa del M-26-7, expuesto en el *Manifiesto no. 1...*, se sintetizaba en 15 puntos que reflejaban las principales aspiraciones de las masas populares en la lucha por la liberación nacional.

Al valorar el trabajo desplegado por el M-26-7 con vistas a aglutinar a todos los sectores sociales en la lucha contra el régimen, se observan lineamientos precisos entre los que sobresalen la unidad de las masas populares en torno al programa de lucha del movimiento, la unidad interna en las propias filas de este, su unidad con las demás organizaciones revolucionarias que luchaban contra la tiranía y,

<sup>13</sup> *Selección de lecturas*, tomo 1 (1<sup>a</sup> parte), Ediciones del Ministerio de Educación Superior, La Habana, 1983, pp. 321-322.

por último, la integración contra el régimen del resto de las fuerzas sociales del país, incluida la oposición burguesa.

Desde su fundación en junio de 1955, el M-26-7 trazó una política dirigida a la clase obrera con vistas a encauzar esta importante fuerza en el proceso revolucionario. En la propia reunión de constitución, junto a los demás frentes, se creó el Frente Obrero, que tenía entre sus objetivos lograr el apoyo del proletariado a la lucha insurreccional a través del suministro de recursos materiales, la incorporación de combatientes para el Ejército Rebelde y la realización de acciones revolucionarias en las ciudades.

No obstante, hasta mediados de 1957, el M-26-7 no prestó la debida atención a la importancia de esta fuerza en la lucha revolucionaria. En mayo de ese año, Frank País, al analizar las debilidades existentes al respecto, escribió:

Pero ocurre que nos olvidamos de la importancia de los obreros. Estos son los que, bien administrados y dirigidos, derrocarían al régimen. Tenemos que recobrar el tiempo perdido y dedicarnos a barrenar en todas direcciones todos los sindicatos y organizaciones obreras, tenemos que inundarnos de propaganda dirigida y sustanciosa que llegue al obrero y diga algo. Crear cuadros y dirigencias, doctrinarlos, disciplinarlos y entrenarlos hasta llegar a pequeñas pruebas y huelgas generales [...]<sup>14</sup>

A finales de 1957, después de un arduo trabajo en el que tuvo una participación decisiva el propio Frank País, quedó constituido el Frente Obrero Nacional del M-26-7 (FON), como organización encargada de aglutinar y dirigir la acción del proletariado en la lucha contra la tiranía.

Tras el fracaso de la huelga del 9 de abril de 1958, el movimiento trabajó intensamente por agrupar las secciones obreras de las diferentes organizaciones opuestas a la dictadura, en un frente único capaz de



Frank País García, destacado combatiente revolucionario.

<sup>14</sup> Colectivo de autores: *Testimonios sobre Frank País*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1978, p. 149.

movilizar y dirigir a los trabajadores del país en la lucha común contra el batistato. Este paso trascendente quedó materializado con la constitución, el 10 de noviembre de 1958, del Frente Obrero Nacional Unido (FONU), integrado inicialmente por el M-26-7, el Comité Nacional de Defensa de las Demandas (del PSP), la Sección Funcional de Trabajadores de la Ortodoxia y la Sección Obrera del Directorio Revolucionario 13 de Marzo.

El FONU desarrolló importantes tareas, entre las que se destacaron la lucha por la unidad obrera frente a las directivas sindicales mujalistas, el planteamiento de las principales reivindicaciones del movimiento obrero mediante un programa mínimo, la ayuda activa al Ejército Rebelde, la preparación de los trabajadores con vistas a la huelga revolucionaria y la organización de importantes eventos obreros en los territorios liberados. Entre estos se destacaron el Congreso Obrero en Armas, efectuado en el Segundo Frente Oriental, del 8 al 9 de diciembre de 1958, el cual reunió a 110 delegados de Oriente en representación de todos los sectores económicos, y la primera Conferencia Nacional de Trabajadores Azucareros, realizada del 20 al 21 del propio mes y año, en el poblado General Carrillo, Yaguanay, que reunió alrededor de 700 delegados en representación de los trabajadores azucareros y colonos.

De esta forma el M-26-7, con el concurso de las demás organizaciones revolucionarias, logró no solo el apoyo del movimiento obrero en la lucha insurreccional; sino, además, establecer los lineamientos políticos y organizativos para su ulterior desarrollo después del triunfo.

La política hacia el campesinado constituyó también un aspecto priorizado en la estrategia de lucha del M-26-7. Desde los momentos iniciales de la guerra, este grupo social constituyó una importante base de apoyo a las fuerzas revolucionarias, expresado ello en los servicios prestados como guías, la ayuda al reagrupamiento de los combatientes dispersos, el suministro de alimentos y otros recursos, así como su incorporación como soldados en el naciente Ejército Rebelde, aspecto que llegó a ser masivo, cuando este sector social comprendió la justicia de la lucha armada y la posición del movimiento revolucionario con respecto al problema agrario.

En sus relaciones con los campesinos, el Ejército Rebelde llevó a cabo una política basada en el respeto a sus propiedades; la colaboración en

tareas productivas; la ayuda en la reorganización de sus asociaciones; la atención a los problemas de la salud, la educación y otros, según las posibilidades, así como la divulgación del programa revolucionario entre las masas campesinas, en el que ocupaba un lugar importante la defensa de sus intereses.

El 10 de octubre de 1958, el Ejército Rebelde promulgó la Ley no. 3, que constituyó una de las medidas más trascendentales en su política agraria. Esta ley reconoció, por primera vez en nuestra historia, como propietarios a los que laboraban con sus propias fuerzas parcelas de menos de sesenta y siete hectáreas. Se estableció además el compromiso de llevar a cabo nuevas legislaciones agrarias, una vez alcanzada la victoria.

La ley tuvo en cuenta evitar el choque inmediato con los latifundistas que ya para esa época estaban en contradicción con el régimen de Batista y coqueteaban con el Ejército Rebelde.

En las zonas liberadas, el Ejército Rebelde llevó a cabo un intenso trabajo, en el que se destacó la aplicación de la legislación agraria y el trabajo organizativo entre el campesinado, que llegó a efectuar eventos de gran magnitud. Así, por ejemplo, convocado por el Buró Agrario del Segundo Frente Oriental Frank País, se llevó a cabo el 21 de septiembre de 1958, en Soledad de Mayarí Arriba, el Con-



*Raúl Castro en el Congreso Campesino en Armas.*

greso Campesino en Armas el cual, entre otros acuerdos, expresó su total apoyo al Ejército Rebelde en la lucha contra la dictadura.

Todo ello hizo posible la virtual alianza obrero-campesina en la lucha contra el régimen opresor.

Otra fuerza importante en la lucha insurreccional la constituyó la pequeña burguesía urbana, en particular su ala más radical, la cual era históricamente muy sensible a los graves problemas del país y mantenía una presencia activa en todas las luchas populares.

El M-26-7, a través de su programa, logró canalizar las aspiraciones de esta capa social, movilizando y organizando a sus mejores representantes, muchos de los cuales en la lucha contra la dictadura militar habían militado antes en las filas del Partido Ortodoxo.

Junto a este notable hecho, se apreciaba además, una importante particularidad presente por primera vez en la historia de Cuba: si en el fracaso del proceso de los años treinta influyó el hecho de no haberse logrado la unidad entre la pequeña burguesía democrático-nacionalista, liderada por Antonio Guiteras y otras figuras y el movimiento obrero, dirigido por el Partido Comunista, el triunfo de la Guerra de Liberación Nacional conducida por Fidel fue posible, entre otros factores, porque por primera vez se pudo vertebrar la corriente democrática de la pequeña burguesía junto con las aspiraciones de la clase obrera en pos de los objetivos del movimiento revolucionario.

De este modo, las fuerzas motrices del proceso de lucha insurreccional fueron las clases y sectores populares que, integrados en el Ejército Rebelde y en las organizaciones revolucionarias de las ciudades, derrotaron a las fuerzas armadas de la dictadura e imprimieron desde el principio un carácter profundamente radical a la Revolución Cubana.

Sin el concurso mancomunado de las masas populares no hubiera sido posible la hazaña coronada con el glorioso epílogo de la huelga general revolucionaria del 1º de Enero de 1959.

El logro de la unidad de acción en las propias filas del M-26-7 constituyó otro hito trascendente en el curso de la lucha contra la tiranía. Como es conocido, en su seno coexistieron durante cierto tiempo diferentes puntos de vista en relación con las vías y métodos que debían emplearse para el derrocamiento de la dictadura. Hay que tener en cuenta que las diversas tesis manejadas por el movimiento estuvieron condicionadas por la dinámica del proceso de lucha insurreccional desarrollado tanto en el escenario del campo como en todas las ciudades

del país. Así, en los combatientes de la Sierra Maestra se arraigó la concepción de que el Ejército Rebelde podía derrotar al ejército opresor y derrocar la tiranía con el apoyo de las masas.

Por otra parte, entre los combatientes del Movimiento 26 de Julio en las ciudades se fue afianzando la tesis de que el derrocamiento del régimen opresor debía producirse mediante el desarrollo de acciones armadas en los centros urbanos, donde la dictadura concentraba su poder, hasta lograr una gran insurrección que tuviese como epílogo la huelga general de los trabajadores. Expresión de este punto de vista fue la huelga del 9 de abril de 1958, cuyo significado se verá posteriormente.

Entre las alternativas y posibilidades existió también la variante de que, producto del debilitamiento, aislamiento y contradicciones del aparato militar del régimen, se crearían condiciones para organizar una conspiración con elementos de las fuerzas armadas no vinculados a los crímenes y fechorías de la dictadura, capaz de lograr la derrota de esta.

El fracaso de la huelga del 9 de abril tuvo enorme trascendencia en el proceso de la unidad interna del M-26-7, en torno a la línea sostenida por el Ejército Rebelde.

Desde el inicio de la lucha armada, en la estrategia del movimiento ocupó un lugar de gran importancia la tesis de la huelga general. Con ese fin, la dirección revolucionaria orientó un trabajo sostenido en el seno del movimiento obrero, así como las coordinaciones necesarias con las demás organizaciones que luchaban contra el régimen. Para los primeros meses de 1958, la dirección del M-26-7 en las ciudades llegó al convencimiento de que las condiciones estaban dadas para la huelga general y expuso este punto de vista a la jefatura del Ejército Rebelde. La Comandancia General, en la Sierra Maestra, confiada en los argumentos sostenidos por sus organizaciones, dispuso la máxima ayuda posible a la huelga convocada definitivamente para el 9 de abril. Como parte de ello, Fidel redactó el manifiesto “¡A los trabajadores cubanos desde la Sierra Maestra!”, fechado del 26 de marzo de 1958, en el cual se hacía énfasis en la unidad de todas las fuerzas con vistas a esta acción.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Selección de lecturas, tomo 1, 2<sup>a</sup> parte, Ediciones del Ministerio de Educación Superior, La Habana, 1983, p. 73.

Desde el punto de vista militar, se ordenó la realización de acciones de apoyo a la huelga tanto en el territorio del Primer Frente como en el Segundo y Tercer Frentes, de reciente creación. Para esta época también comenzaba Camilo Cienfuegos su campaña guerrillera en los llanos del río Cauto.

La huelga del 9 de abril, no obstante el heroísmo desplegado, constituyó un serio revés para el movimiento revolucionario. En su fracaso intervinieron un conjunto de factores, entre los que se destacan la no

existencia de condiciones para que un hecho de esta naturaleza provocara el derrumbe de un régimen, que contaba aún con su aparato militar intacto; la no integración en cuanto a concepción, organización y ejecución del paro de otras organizaciones revolucionarias; la forma eminentemente clandestina en que fue convocada, hasta el punto de que llegó a sorprender incluso a diversas células del propio movimiento, así como la falta de armas y recursos, cuestión que incidió desfavorablemente en las acciones armadas planificadas.

*Marcelo Salado.*

A pesar de las consecuencias negativas que siguieron a su fracaso, la huelga del 9 de abril arrojó experiencias muy significativas para el movimiento revolucionario.

El 3 de mayo de 1958 se efectuó en los Altos de Mompié, en la Sierra Maestra, una reunión del M-26-7, que el Che, en sus *Pasajes de la guerra revolucionaria*, calificó de decisiva. En este encuentro, presidido por el comandante Fidel Castro, con la asistencia de varios de los dirigentes vinculados a la huelga y al trabajo del movimiento en las ciudades, se analizaron críticamente sus resultados, así como la situación política y militar existente, en particular lo relativo a la ofensiva militar que preparaba la tiranía con el fin de aniquilar el movimiento guerrillero. En esta histórica reunión se tomaron acuerdos de gran trascendencia, entre los que se destacan:

- La centralización política y militar de la guerra por parte de la Comandancia General del Ejército Rebelde, lo cual

implicaba que la dirección máxima y única de la guerra radicaría en la Sierra Maestra, así como la organización y administración de los recursos del Movimiento. Con vistas a facilitar su conducción política y militar, el comandante Fidel Castro fue elegido además de secretario general del Movimiento, Comandante en Jefe<sup>16</sup> de todas las fuerzas, incluidas las milicias del llano.

- El M-26-7 fue reestructurado y se creó un Comité Ejecutivo encabezado por el comandante Fidel Castro. De igual forma, el movimiento revolucionario en la emigración sufrió cambios significativos en correspondencia con la centralización política y militar adoptada.
- Luego de valorarse como incorrecto el criterio sectario con que se había trabajado en la organización y dirección de la huelga, se tomó la decisión de trabajar con vistas a la sustitución del FON por el Frente Obrero Nacional Unido, con la integración de todas las fuerzas del movimiento obrero.
- Se ratificó a Manuel Urrutia como candidato a la presidencia por el M-26-7 y se efectuaron diversos cambios en relación con cargos de dirección en el seno del movimiento revolucionario.

Dichos cambios, que se produjeron debido a las contradicciones presentes en aquella fase de la lucha y que significaban de hecho la subordinación de una táctica a otra, es decir, del llano a la Sierra, no trajeron aparejado, sin embargo, el antagonismo y la división que caracterizaron a otros procesos revolucionarios. Ello fue posible, entre otros factores, por la autoridad plena de Fidel acatada por todas las partes, la justeza de la estrategia de lucha sostenida por el Ejército Rebelde, y sobre todo, por el hecho de que las diferentes concepciones para la toma del poder estaban subordinadas a los intereses superiores de la Revolución.

<sup>16</sup>Aunque no existe un documento que oficialice ese calificativo, el reconocimiento de Fidel como tal data de la Guerra de Liberación Nacional, concretamente a partir de la reunión de Altos de Mompié (3-4 de mayo de 1958), donde se analizaron las causas del fracaso de la huelga del 9 de abril de 1958 y se adoptaron acuerdos trascendentales para el curso ulterior de la lucha, entre ellos, la reestructuración del M-26-7 y la centralización del mando político-militar, con la designación de Fidel como Comandante en Jefe de todas las fuerzas de la Sierra y el llano y secretario general del movimiento.



*Fidel en la Sierra Maestra.*

El problema del mando militar y de la dirección política de la guerra, que en el pasado siglo originaron serias contradicciones en el movimiento revolucionario cubano, pudo ser resuelto por primera vez en nuestra historia militar a través de una correcta estrategia de lucha trazada con sabiduría por el Comandante en Jefe, Fidel Castro Ruz, en quien se reunió la doble cualidad de jefe militar y dirigente político, aspecto poco común en la historia de los grandes próceres.

En cuanto a la unidad de acción con las demás organizaciones, en particular con el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, hay que tener en cuenta la existencia de objetivos comunes inmediatos, como eran el derrocamiento de la tiranía y el establecimiento de un gobierno capaz de poner en práctica profundas transformaciones socioeconómicas y políticas. Por ello, aun cuando desde el punto de vista táctico existían concepciones diferentes en la lucha contra el régimen, estas no impidieron la colaboración, el establecimiento de acuerdos y el acercamiento sistemático entre las tres organizaciones que llevaron el peso principal en la lucha contra la dictadura.

A partir del fracaso de la huelga del 9 de abril y con el auge vertiginoso alcanzado por el Ejército Rebelde tras la derrota de la ofensiva de verano, se apreció una identificación cada vez mayor, tanto del Partido Socialista Popular como del Directorio Revolucionario 13 de Marzo, en relación con la estrategia político-militar sostenida por el Movimiento 26 de Julio. Expresión de esto fue el apoyo al movimiento guerrillero por parte de ambas organizaciones mediante múltiples formas, incluidos los alzamientos armados y el establecimiento de destacamentos guerrilleros con sus propias fuerzas.

Un papel relevante en el logro de la unidad de acción de las tres organizaciones revolucionarias lo desempeñó el Ejército Rebelde. En su seno no solo se forjó la alianza entre la clase obrera, el campesinado y demás clases y sectores populares que luchaban contra la dictadura, sino que, además, se produjo la integración sistemática de combatientes procedentes de otras organizaciones, sobre todo del Partido Socialista Popular y del Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Con las fuerzas guerrilleras no integradas al Ejército Rebelde se establecieron acuerdos para llevar a cabo operaciones conjuntas y actuar sobre la base de la más estrecha colaboración.

Este espíritu se plasmó por ejemplo en el Pacto del Pedrero, firmado en Las Villas el 1º de diciembre de 1958 entre el Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo.<sup>17</sup>

De esta forma, el Ejército Rebelde en su desarrollo histórico iba dejando de ser la fuerza militar del M-26-7 para transformarse en brazo armado del movimiento revolucionario en su conjunto.

La estrategia unitaria abarcó también a otras fuerzas que desempeñaron un papel importante en la lucha contra la dictadura. A finales de 1957 se instituyó el Movimiento de Resistencia Cívica que agrupó, fundamentalmente, a representantes de la pequeña burguesía, la intelectualidad y otros sectores opuestos a la dictadura. Esta organización fue muy útil en el cumplimiento de tareas tales como la denuncia y protesta ante los crímenes de la tiranía, el aporte de casas para las actividades clandestinas, la captación de personalidades de dichos sectores y la recaudación de dinero, medicinas y otros recursos materiales.

El Movimiento 26 de Julio fijó también su posición en cuanto a la oposición burguesa que actuaba tanto en Cuba como en el exterior. Ante el creciente prestigio alcanzado por el movimiento encabezado por Fidel, representantes de estos partidos iniciaron gestiones para propiciar un acercamiento a los combatientes rebeldes con la pretensión de ejercer el control de todo el enfrentamiento al régimen. Así a mediados de julio de 1957 arribaron a la Sierra Maestra los principales dirigentes del Partido Ortodoxo y del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), quienes, después de largas discusiones con Fidel, firmaron junto a él, el documento conocido como el *Manifiesto de la Sierra Maestra*, divulgado bajo el título “Al pueblo de Cuba”, en el cual, no obstante las posiciones que representaban los restantes firmantes, Fidel supo plasmar los lineamientos esenciales del movimiento revolucionario.<sup>18</sup>

La máxima dirección revolucionaria al firmar dicho manifiesto no se hacía ningún tipo de ilusión con estos partidos burgueses; pero los comprometía con estas medidas y los ponía en evidencia ante el pueblo.

A finales de ese año, el M-26-7 se vio obligado a enfrentar otra maniobra que entrañaba un mayor peligro y esclarecer una vez más

<sup>17</sup> Ernesto Che Guevara: *Diario de un combatiente*, Centro de Estudios Che Guevara, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2011, p. 264.

<sup>18</sup> Revista *Bohemia*, no. 30, año 49, julio 1957.

sus posiciones ante los partidos políticos y otras organizaciones opuestas al régimen de Batista. En el mes de noviembre se estableció en Miami una llamada Junta de Liberación Nacional y fue suscrito por diferentes organizaciones el documento programático conocido como Pacto de Miami. Entre las organizaciones que lo suscribieron figuraban: Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), Organización Auténtica, Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), Federación Estudiantil Universitaria (FEU), Directorio Obrero Revolucionario, Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el Partido Demócrata. Como principales figuras de la junta destacaban Felipe Pazos, Carlos Prío y Roberto Agramonte.

La delegación del M-26-7 en Estados Unidos también firmó el pacto; pero al no estar facultada para comprometer a la dirección del movimiento en tal acuerdo, Fidel procedió a desautorizar su firma y a esclarecer las posiciones de la dirección del 26 de Julio en relación con las bases de dicho compromiso. La demoledora respuesta al pacto de Miami fue dada en un histórico texto firmado por Fidel Castro Ruz, fechado el 14 de diciembre de 1957.

En dicha respuesta, luego de denunciarse la ilegitimidad de la representación del M-26-7 en el acuerdo, por carecer los firmantes de atribuciones para ello, se argumentó el hecho de que el Pacto de Miami pasaba por alto principios fundamentales plasmados en el manifiesto de la Sierra Maestra. Por otra parte se criticó duramente el aspecto relativo a la unidad de lucha sin analizarse las bases de esta.

Se impugnaron asimismo un conjunto de limitaciones de principios como eran, por ejemplo, no reflejar en la declaración de forma expresa el rechazo a todo tipo de intervención en los asuntos internos de Cuba, omitir el rechazo a la eventual constitución de una junta militar, pretender insertar las fuerzas guerrilleras en las instituciones armadas tradicionales de la República y otras.

La posición del M-26-7 frente al Pacto de Miami quedó bien definida, los caminos no estaban cerrados para las conversaciones y los acuerdos; pero ello debía basarse en el respeto a los principios enarbolados por el movimiento revolucionario encabezado por Fidel.

En sus párrafos finales la carta expresaba la disposición a luchar con sus propias fuerzas hasta las últimas consecuencias:

Si se rechazan nuestras condiciones, las condiciones desinteresadas de una organización a la que ninguna otra aventaja en sacri-

ficios, a la que no se consultó siquiera para invocar su nombre en un manifiesto de unidad que no suscribió, seguiremos solos la lucha, como hasta hoy, sin más armas que las que arrebatamos al enemigo en cada combate, sin más ayuda que la del pueblo sufrido, sin más sostén que nuestros ideales [...] Y solo sabemos vencer o morir. Que nunca será la lucha más dura que cuando éramos solamente doce hombres, cuando no teníamos un pueblo organizado y aguerrido en toda la Sierra, cuando no teníamos como hoy una organización poderosa y disciplinada en todo el país; cuando no contábamos con el formidable respaldo de masas evidenciado con la muerte de nuestro inolvidable Frank País. Que para caer con dignidad no hace falta compañía.<sup>19</sup>

En la medida en que el M-26-7 se consolidaba, nucleando a su alrededor a las fuerzas genuinamente revolucionarias, y el Ejército Rebelde se convertía en un baluarte capaz de derrotar el aparato militar de la tiranía, los partidos burgueses y otros grupos oposicionistas, sin posibilidades de alcanzar el poder, continuaron buscando el acercamiento y los acuerdos con la máxima dirección revolucionaria.

El 20 de julio de 1958, en Caracas, Venezuela, once partidos y organizaciones políticas de diferentes concepciones emitieron el documento titulado “Al pueblo de Cuba”, conocido por Pacto de Caracas. Entre los firmantes de este nuevo acuerdo de unidad se encontraba el Movimiento 26 de Julio.

Las bases de este pacto eran completamente nuevas. En el documento existía el reconocimiento expreso del M-26-7 como eje de la insurrección. Se instituyó el Frente Cívico Revolucionario, concebido como un agrupamiento general de lucha contra el régimen de Batista. Se reconoció a Fidel como Comandante en Jefe de las fuerzas militares y a Manuel Urrutia como futuro presidente, propuesto por el 26 de Julio. La concertación de este pacto, aunque no aportó elementos de importancia para el curso ulterior de la lucha, sirvió para reconocer el papel rector del M-26-7 y de su brazo armado, el Ejército Rebelde, en el proceso de lucha insurreccional.

<sup>19</sup> Selección de lecturas, Ediciones del Ministerio de Educación Superior, tomo 1 (1<sup>a</sup> parte), ob. cit, p. 456.



*Juan Manuel Márquez,  
destacado organizador  
del Movimiento 26 de Julio.*

De esta forma, bajo la acertada dirección de Fidel, el Movimiento 26 de Julio, logró, no solo su unidad interna, sino además la más amplia integración y coordinación entre las diversas fuerzas políticas en el enfrentamiento a la dictadura batistiana, cuestión de vital importancia para la victoria de la Guerra de Liberación Nacional.

### 3. PAPEL DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO EN LA EMIGRACIÓN

Desde los momentos iniciales de la lucha, Fidel, junto a Juan Manuel Márquez y otros revolucionarios, se dio a la tarea de organizar la ayuda de la emigración a través de los clubes patrióticos. Se debe observar que si bien, tanto en la estrategia martiana como en la de Fidel, la emigración ocupaba

un lugar destacado, el papel a desempeñar por esta no era idéntico. Como es conocido, la Guerra de 1895 fue promovida desde la emigración mediante la labor del Partido Revolucionario Cubano. Sin embargo, en la estrategia político-militar concebida por Fidel, esta fuerza debía jugar un rol auxiliar en el despliegue de la lucha y el apoyo a la Guerra de Liberación Nacional.

En el cumplimiento de esta labor la emigración se constituyó en un verdadero frente exterior del movimiento, capaz de acometer variadas y complejas tareas en función de la lucha insurreccional. Ellas fueron, entre otras, las campañas financieras y el acopio de recursos materiales; la captación de militantes y simpatizantes; la divulgación del estado de beligerancia; las campañas para socavar las bases de la dictadura militar y provocar su aislamiento diplomático, así como el apoyo logístico, dentro de las posibilidades, al Ejército Rebelde y las milicias clandestinas del M-26-7, aunque esto último no correspondió a las necesidades de la guerra.

El trabajo desplegado por este frente, mucho más cohesionado y organizado luego de la centralización política y militar asumida por la Comandancia General del Ejército Rebelde, se expresó asimismo en el

cumplimiento de delicadas misiones diplomáticas, la actuación resuelta y unánime ante los peligros que amenazaron al movimiento y la preparación de las condiciones con vistas al reconocimiento internacional del gobierno revolucionario.

#### 4. PAPEL DE OTRAS FORMAS DE LUCHA DURANTE EL DESARROLLO DE LA GUERRA

Al valorar las causas que hicieron posible el triunfo de la Guerra de Liberación Nacional, no puede pasarse por alto el papel de otras formas de lucha vinculadas estrechamente al movimiento guerrillero.

Durante el proceso insurreccional, todas las ciudades del país fueron escenario de heroicas luchas protagonizadas tanto por los combatientes del M-26-7 como por otras organizaciones revolucionarias y de oposición al régimen, entre las que se destacaron el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Entre las manifestaciones más importantes de la lucha urbana se destacaron los levantamientos armados, sabotajes, atentados, mítines de protesta, manifestaciones estudiantiles, y huelgas económicas y políticas.

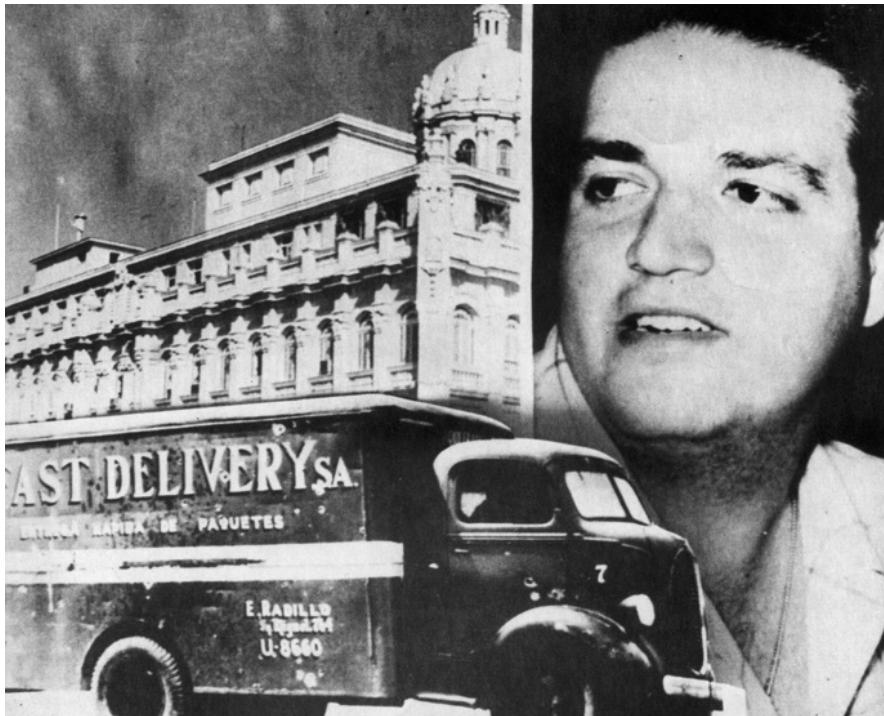
El movimiento revolucionario en las ciudades, a la vez que constituyó una retaguardia eficiente del Ejército Rebelde, protagonizó numerosos episodios heroicos que estremecieron los cimientos del régimen opresor, como fueron el levantamiento del 30 de noviembre de 1956, en apoyo al desembarco del *Granma*; el asalto al Palacio Presidencial, el 13 de marzo de 1957; el levantamiento de Cienfuegos, el 5 de septiembre de ese mismo año, y la huelga de abril de 1958, por citar algunos de los hechos más sobresalientes.

Un papel relevante en la lucha contra la tiranía batistiana fue desempeñado por otras organizaciones políticas, en particular por el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, los cuales mediante múltiples formas combatieron incesantemente al régimen opresor, constituyéndose en factores importantes de su derrocamiento.

El Informe Central al primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, al valorar este hecho señala:

Esto no fue obra solo del Movimiento 26 de Julio. El partido marxista-leninista, que agrupaba a lo mejor de nuestra clase obrera, pagó un elevado tributo de sangre entregando la vida de muchos de sus mejores hijos. Los combatientes del Directorio Revolucionario protagonizaron numerosos episodios heroicos,

como el ataque al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957, y participaron activamente en la lucha insurreccional. De estas canteras surgió más tarde nuestro glorioso Partido Comunista.<sup>20</sup>



*José Antonio Echeverría, presidente de la FEU  
y organizador del asalto a Palacio.*

El aporte de las ciudades a la victoria aún no se ha valorado en la medida que ello requiere. Ha predominado incluso la tendencia, bastante acusada en la historiografía actual, de ponderar la lucha armada en las montañas, no prestándose la debida atención a la investigación y sistematización del movimiento revolucionario urbano.

Al llamar la atención acerca de una justa valoración en este sentido, Fidel señaló:

[...] Hay un hecho que nosotros consideramos de elemental justicia, y es el siguiente: que el carácter de nuestra lucha, y el

<sup>20</sup> Informe Central al 1<sup>er</sup> Congreso del PCC, ob. cit., p. 29.

hecho de que esa lucha se iniciara en la Sierra Maestra, y que al fin y al cabo, las batallas decisivas se libraron por las fuerzas guerrilleras, dio lugar a que durante un largo tiempo casi toda la atención, casi todos los reconocimientos, casi toda la admiración y casi toda la historia de la Revolución se centrase en el movimiento guerrillero en las montañas. Y hay que decir también, porque no hay nada más razonable ni más saludable que ser justos, que ese hecho tendió en cierto sentido a disminuir en la historia de la Revolución el papel de la gente que luchó en las ciudades, y el papel de la gente que luchó en el movimiento clandestino, el papel y el heroísmo extraordinario de los miles de jóvenes que murieron luchando en condiciones muy difíciles.<sup>21</sup>

## 5. POSICIÓN DEL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS ANTE LA GUERRA DE LIBERACIÓN NACIONAL

Un factor a considerar fue la propia posición del imperialismo norteamericano en relación con la guerra revolucionaria. Concretamente los dirigentes del imperio no pudieron aquilatar los verdaderos alcances del movimiento de liberación nacional, sobre todo, la fortaleza lograda por el Ejército Rebelde en el segundo semestre de 1958, y su actuación estuvo permeada, como históricamente siempre había sido, de subestimación al pueblo cubano, a su heroísmo. Y a la inteligencia y capacidad de sus mejores hijos.

Al analizar la posición del Gobierno de Estados Unidos ante la lucha insurreccional contra la dictadura de Batista, pueden apreciarse diferentes etapas, entre ellas:

- a) En confabulación con las fuerzas reaccionarias del país, representadas por Batista, reconoció rápidamente el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 y ofreció todo tipo de apoyo al régimen de facto. En el plano militar, las fuerzas armadas fueron equipadas con moderno armamento y técnicas de combate y asesoradas a través de la Misión Militar del Ejército, Marina y Aviación de Estados Unidos, la cual quedó radicada en la Isla a raíz del cuartelazo.

<sup>21</sup> Fidel Castro Ruz: Discurso por el X aniversario de la huelga del 9 de abril, *Granma*, 10 de abril de 1968, p. 2.

- b) A medida que se agravaba la crisis del país, el imperialismo y la reacción interna buscaron una salida “democrática” a través de las elecciones generales como mecanismo para preservar su dominación y burlar las aspiraciones de las masas populares. Ello tuvo su expresión en la farsa electoral convocada para el 3 de noviembre de 1958, en la cual, ante la apatía de las masas y el rechazo de las fuerzas revolucionarias, fue impuesto el candidato oficialista Andrés Rivero Agüero, quien debía tomar posesión del cargo el 24 de febrero de 1959.
- c) A partir del colapso sufrido por la dictadura en el fracasado intento de doblegar al Ejército Rebelde durante la ofensiva de verano de 1958, el Gobierno de Estados Unidos, al percibir los evidentes síntomas de descomposición del régimen, inició una escalada dirigida a fraguar los pretextos para una intervención directa en el país.



*Armas norteamericanas para el régimen de Batista.*

Uno de los primeros pasos fue la maniobra iniciada a finales de junio en torno al acueducto de Yateritas que abastecía de agua a la base naval de Guantánamo. Al expresar la dictadura su negativa a continuar protegiendo la planta, el Gobierno norteamericano tomó la decisión de enviar un destacamento de marines a posesionarse de dicho acueducto.

El alto mando del Ejército Rebelde, al valorar con certeza el alcance de esta provocación, hizo caso omiso de ella y ordenó a sus unidades evitar todo contacto con los marines de la base. Al propio tiempo, el movimiento revolucionario denunció ante el mundo las pretensiones de la administración estadounidense, que se vio obligada a retirar el despliegue invasor.

Para el mes de octubre de 1958, el Gobierno norteamericano dio nuevos pasos en su política intervencionista. En esta ocasión, sus planes se dirigían a propiciar un enfrentamiento entre el Ejército Rebelde y las fuerzas batistas en las instalaciones que, para la explotación del níquel, poseían los monopolios yanquis en el norte de Oriente, donde vivían y trabajaban alrededor de un centenar de ciudadanos norteamericanos. El enfrentamiento que se buscaba daría una oportunidad a los imperialistas para intervenir en el país, empleando el socorrido argumento de la “defensa de sus intereses”.

Coincidiendo con estos hechos se produjo, de forma casual, la detención por una patrulla rebelde de varias personas entre las que se encontraban dos técnicos norteamericanos. Este hecho produjo gran algarabía en los círculos gobernantes de Estados Unidos.

En declaraciones del vocero de la Casa Blanca se expresaba: “Estados Unidos está perdiendo la paciencia y la tolerancia con los combatientes cubanos”. Junto a ello, la prensa estadounidense orquestó una campaña de calumnias contra el Ejército Rebelde. Esta nueva provocación fue frustrada por la dirección revolucionaria, la cual tomó medidas oportunas y denunció a la opinión pública los propósitos imperialistas. En declaraciones del 25 de octubre de 1958, Fidel señaló:

Bueno es advertir que Cuba es un país libre y soberano; deseamos mantener con Estados Unidos las mejores relaciones de amistad. No queremos que entre Cuba y Estados Unidos surja nunca un conflicto que no se pueda resolver dentro de la razón y el derecho de los pueblos. Pero si el Departamento de Estado americano continúa dejándose arrastrar por las intrigas de míster Smith y Batista, e incurre en el error injustificable de llevar su país a un acto de agresión contra nuestra soberanía, la sabremos defender dignamente.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Declaraciones de Fidel el 25 de octubre de 1958, *Granma*, 23 de octubre de 1978, p. 2.

En el ámbito de su política injerencista, el Gobierno de Estados Unidos manejó también la variante de provocar la intervención de la Organización de Estados Americanos (OEA) en el conflicto cubano. El plan en cuestión fue instrumentado a finales de 1958 en estrecha cooperación con el régimen trujillista de República Dominicana. De acuerdo con este, fuerzas de este país en contubernio con la dictadura de Batista, invadirían el país con el objetivo de crear un conflicto internacional que propiciaría la intervención de la OEA. Esta maniobra llegó al conocimiento del mando rebelde, quien alertó oportunamente a la nación y planteó la consigna de huelga general revolucionaria en caso de consumarse la agresión. En relación con este hecho, el Comandante en Jefe expresó:

A buena hora se aparecen esa gente con esas intenciones de intervención o de llamar a la Organización de Estados Americanos (OEA). Cuando aquí la dictadura estaba tronchando cabezas por centenares no se preocupaban absolutamente nada por eso. No tienen derecho a preocuparse ahora. El que venga a intervenir tendrá que entrar peleando.<sup>23</sup>

- d) A finales de diciembre de 1958, la situación de la tiranía se hizo insostenible. Pueblos, fortalezas y otros reductos iban cayendo en manos del Ejército Rebelde que avanzaba de forma incontenible. Ante ello, el imperialismo acudió apresuradamente a una última variante: la instrumentación de un golpe de Estado a través de una junta militar con ribetes constitucionales. El brazo ejecutor de esta maniobra fue el embajador Earl T. Smith, quien en la noche del 17 de diciembre sostuvo una larga entrevista con el dictador en la finca Kuquine. En dicho encuentro, el diplomático yanqui analizó con el tirano la gravedad de la situación y le expresó el deseo de su gobierno de que renunciara y dejara el poder en manos de una junta militar. En la obra *El cuarto piso*, donde escribe sus memorias, el embajador se refiere a las instrucciones recibidas del Departamento de Estado acerca de la composición de la junta, en la cual debían figurar el coronel Ramón Barquín y los generales Eulogio Cantillo, Sosa de Quesada y Díaz Tamayo.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Ibídem.

<sup>24</sup> Earl Smith: *The Fourth Floor*, Randon House, Nueva York, 1962, pp. 165-167.

El otrora hombre incondicional de Washington forcejeó con el emisario del imperio. Rivero Collado —hijo de Andrés Rivero Agüero, el presidente impuesto en la farsa de noviembre de 1958—, conocedor de las interioridades del régimen, al hacerse eco de esta entrevista, anotó las siguientes palabras atribuidas al dictador:

Señor embajador, ¡yo he sido el mejor amigo de Estados Unidos entre todos los presidentes que ha tenido nuestro país! ¿Le parece poco lo que yo he hecho en favor de los inversionistas norteamericanos en Cuba? Yo quiero que usted me señale una sola vez que haya faltado a las amistosas orientaciones de mi admirado general Eisenhower, desde que tomé el poder en 1952. ¿Acaso olvida usted que el golpe de Estado fue consecuencia de la conspiración de 17 oficiales del Ejército de Cuba que recibían orientaciones directas de su propia embajada y del gobierno de Washington? ¿No cumplí yo acaso con el deber de evitar que la ortodoxia llegara al poder, de acuerdo con los deseos del Departamento de Estado?<sup>25</sup>

No obstante, ya los días del tirano estaban contados y el imperio se jugaba apresuradamente la carta del golpe de Estado como último recurso para impedir el triunfo del movimiento revolucionario.

Simultáneamente a las gestiones del embajador, la mano de la Agencia Central de Inteligencia yanqui (CIA) estaba detrás de todo este proceso y no vaciló en fraguar el asesinato del Comandante en Jefe con vistas a coadyuvar al mejor éxito del golpe militar. Dicha misión fue asignada al agente Alan Robert Nye, quien arribó a Cuba con las instrucciones pertinentes acerca de cómo contactar y ultimar al jefe rebelde. En diciembre de 1958, al ser detenido y procesado, confesó los detalles del plan que le fue encomendado por la suma de 100 000 dólares.

Como puede apreciarse, la actitud del gobierno de Estados Unidos ante el proceso de lucha insurreccional en Cuba no tuvo un lineamiento preciso. Tampoco estuvo exenta de posiciones contradictorias en cuanto al enfoque económico y político de la situación cubana. Desde el

<sup>25</sup> Carlos Rivero Collado: *Los sobrinos del Tío Sam*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, p. 27.

punto de vista militar, el imperialismo norteamericano no se percató de las posibilidades del movimiento guerrillero para derrocar al régimen de Batista y, sobre todo, del salto de calidad que en los últimos meses de la guerra dio el Ejército Rebelde.

En todo este proceso no puede pasarse por alto la habilidad, flexibilidad e inteligencia del Comandante en Jefe para manejar y sortear con éxito la posición del imperio ante la Guerra de Liberación Nacional. En relación con ello, Fidel definió:

No fue solo necesaria la acción más resuelta, sino también la astucia y la flexibilidad de los revolucionarios. Se hicieron y se proclamaron en cada etapa los objetivos que estaban a la orden del día y para los cuales el movimiento revolucionario y el pueblo habían adquirido la suficiente madurez. La proclamación del socialismo en el periodo de la lucha insurreccional no hubiese sido todavía comprendida por el pueblo, y el imperialismo habría intervenido directamente con sus fuerzas militares en nuestra patria.<sup>26</sup>

## 6. EL PAPEL DEL EJÉRCITO REBELDE Y LA APLICACIÓN CREADORA DE UNA ESTRATEGIA Y TÁCTICA MILITARES BASADAS EN LOS PRINCIPIOS DE LA GUERRA IRREGULAR

La hazaña realizada por el Ejército Rebelde en el terreno militar constituyó una de las principales causas de la derrota de la dictadura militar y proimperialista de Batista que contaba con un poderoso ejército dotado con moderno armamento y técnica de combate, y con el asesoramiento y apoyo del Gobierno de Estados Unidos.

En sucesivas etapas de desarrollo y mediante la aplicación de una estrategia creadora y de una táctica militar basada en los principios de la guerra irregular, el Ejército Rebelde se fue convirtiendo en el principal factor del derrocamiento de la dictadura.

Después del desembarco del *Granma* y, tras el revés sufrido en el combate de Alegría de Pío, el reducido número de expedicionarios que logró reagruparse en torno a Fidel, emprendió bajo la jefatura de este, el camino hacia la Sierra Maestra para fundar lo que sería el Primer Frente del incipiente movimiento guerrillero.

<sup>26</sup> *La unión nos dio la victoria*, Informe Central y discursos sobre el 1<sup>er</sup> Congreso del PCC, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1976, p. 44.

Comenzó así la epopeya en la cual aquel pequeño grupo, apoyado por el campesinado de la zona, libró su primer combate victorioso el 17 de enero de 1957, en La Plata; pudo sobrevivir a los obstáculos del medio geográfico, las persecuciones, la falta de alimentos, las delaciones y otros peligros iniciales, y estableció sus vínculos con la capital oriental.

El 17 de febrero de ese año, en la finca de Epifanio Díaz, se llevó a cabo la primera reunión de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio y, simultáneamente, se efectuó la famosa entrevista con el avezado periodista norteamericano Herbert L. Matthews, que dio la vuelta al mundo, informando acerca de la lucha armada contra el régimen de Batista en las montañas orientales.

Luego, en el mes de abril el también periodista estadounidense Bob Taber realizó en la cima del Turquino el documental "Rebeldes en la Sierra Maestra", que dio a conocer las primeras imágenes filmicas de la lucha guerrillera.



*Entrevista de Fidel con el periodista  
Herbert L. Matthews.*

Ya para estos meses, la columna rebelde, reforzada por el destacamento de combatientes clandestinos enviados por Frank País, pudo convertirse en una aguerrida fuerza capaz de sostener un combate victorioso de envergadura como el realizado el 28 de mayo del mismo año contra el cuartel del Uvero, acción que, al decir del Che Guevara, marcó la mayoría de edad de la guerrilla.

Después de este combate, la guerrilla ya estaba asentada en un territorio; pudo formarse una segunda columna el 19 de julio de 1957 bajo la jefatura del propio Guevara, ascendido a comandante, y se amplió la zona de operaciones al este del pico Turquino.

Para finales de 1957, el Ejército Rebelde alcanzó logros significativos en diversos aspectos organizativos, entre ellos, el incremento de sus efectivos a partir, sobre todo, de la incorporación del campesinado, a



*Ernesto Che Guevara y Fidel en la Sierra Maestra.*

causa de la justa política practicada hacia ellos; notables avances en el aseguramiento logístico a través de la siembra, compra de productos y adquisición de medios para su traslado a la zona guerrillera; instalación de hospitales y desarrollo de los servicios médicos con el concurso de especialistas incorporados a la guerrilla como el propio Che Guevara, el destacado ortopédico Julio Martínez Páez, los doctores René Vallejo, Ramón Machado Ventura y otros; creación de pequeños talleres artesanales para el arreglo del armamento, elaboración de vestuario y otros medios de campaña; establecimiento de redes de comunicación con las ciudades a



*Radio Rebelde,  
la emisora de la Revolución.*

través de diversas vías y el logro de medios importantes para divulgar el desarrollo de la lucha guerrillera en las montañas como el periódico *El Cubano Libre*, en honor al creado por el Ejército Libertador cubano y, sobre todo, la fundación de Radio Rebelde, el 24 de febrero de 1958.

Hacia finales de febrero de 1958, las condiciones eran propicias para extender la guerra a otros parajes de la provincia oriental. El día 16 de ese mes se produjo el importante combate de Pino de Agua II, en el que se capturaron numerosas armas al enemigo y, a partir de ello, el alto mando rebelde decidió desprender de la columna madre dos nuevos destacamentos guerrilleros con la misión de abrir otros frentes de combate.

Respondiendo a un mando único encabezado por Fidel en el Primer Frente, y dentro de su idea estratégica para el desarrollo de la guerra, se crearon las columnas 6 y 3, bajo la orden respectiva de los comandantes Raúl Castro Ruz y Juan Almeida Bosque, las cuales, después de una cruenta y heroica marcha, llegaron a su lugar de destino y abrieron el Segundo Frente Oriental Frank País, en Piloto del Medio, el 11 de marzo de 1958 y el Tercer Frente, en Puerto Arturo, al oeste de Santiago de Cuba, el 6 de marzo del mismo año.



*Combatientes del Segundo Frente Oriental.*

Ambos frentes de lucha llevaron la guerra revolucionaria a regiones importantes de la provincia oriental y se constituyeron en bastiones claves de la lucha armada contra la tiranía de Batista. En particular, el Segundo Frente Oriental, tras sostener numerosos combates de envergadura y desarrollar activas campañas militares, llegó a controlar un vasto territorio de alrededor de 12 000 kilómetros cuadrados al noreste de la antigua provincia de Oriente con características físico-geográficas

diferentes a las del Primer Frente, mayor densidad de población campesina y obrera, importantes núcleos urbanos como las ciudades de Guantánamo, Baracoa, Imías, Caimanera, Sagua de Tánamo, Mayarí, San Luis, La Maya, Songo, y otros, así como numerosos centrales azucareros e instalaciones industriales significativas como las plantas procesadoras de níquel de Moa y Nicaro.

Desde el punto de vista táctico, el Ejército Rebelde dominó a plenitud el arte de atacar al enemigo en movimiento, de golpear sus reservas y aniquilarlo en mortíferas emboscadas.

Durante el desarrollo de la guerra el ataque a columnas en movimiento fue uno de los procedimientos más importantes y que mejores resultados arrojó. Al respecto el propio Fidel señaló: “El enemigo es fuerte en su campamento y débil cuando se mueve. Por eso, para nosotros golpearlo en movimiento siempre era mejor”.<sup>27</sup>

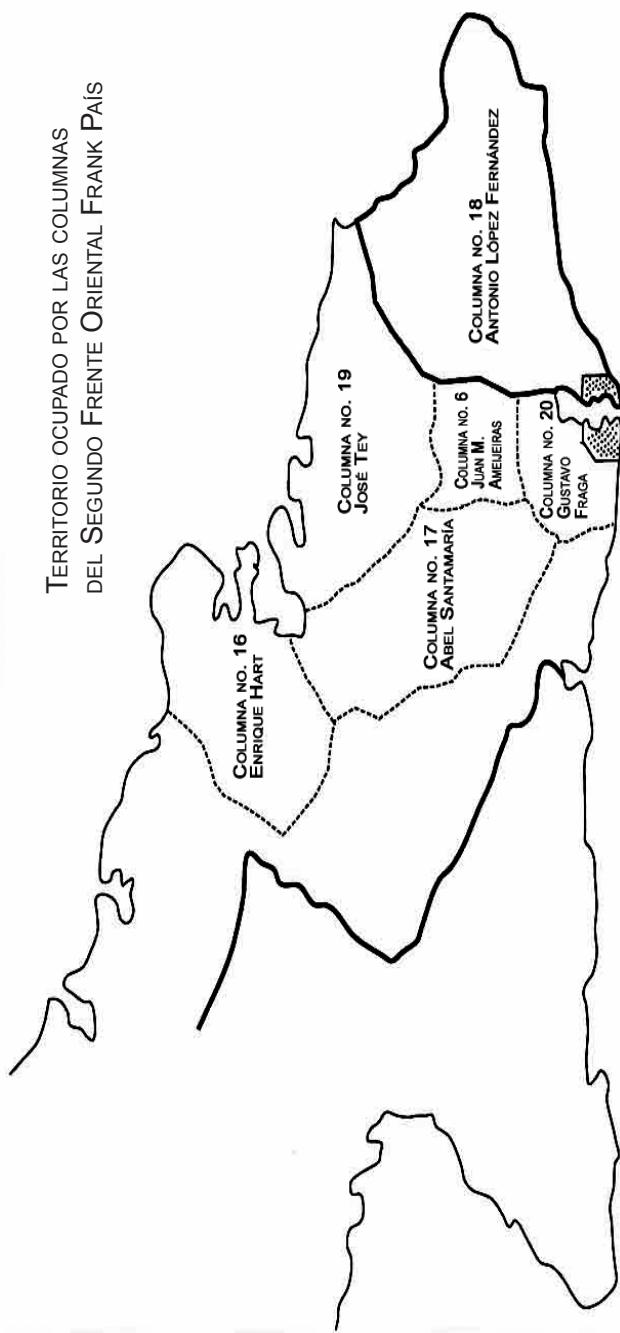
Muy vinculado con el procedimiento anterior estaba el método de luchar contra los refuerzos del adversario, el cual tuvo amplio empleo durante la guerra de liberación. Este tipo de acción se desarrollaba mediante el cerco a una posición del enemigo con el objetivo de esperar los refuerzos que le fueran enviados y aniquilarlos durante su desplazamiento. Al argumentar el empleo de este método, Fidel expresó: “[...] la táctica que nosotros empleábamos, era la táctica de rodearles las posiciones, como una provocación, ningún ejército puede dejar que le rindan una unidad sin ir a apoyarla y entonces los combatíamos en movimiento y les hacíamos terribles bajas [...]”<sup>28</sup>

Junto a ello, el Ejército Rebelde, en el curso de la lucha armada, desarrolló de forma creadora numerosos principios tácticos que lo condujeron al éxito en cada enfrentamiento con el ejército opresor. En tal sentido, supo imponer su voluntad escogiendo el objetivo, la fecha, la hora y el terreno donde debían desarrollarse las acciones combativas; utilizó convenientemente las fuerzas y los medios, y dispuso de reservas para introducirlas en combate a medida que se obtenía el armamento arrebatado a los soldados; procuró siempre el logro de la sorpresa y el ahorro de municiones causando el mayor número de bajas con el empleo racional de los recursos disponibles y

<sup>27</sup> Selección de lecturas, tomo 1 (2<sup>a</sup> parte), Ediciones del Ministerio de Educación Superior, ob. cit., p. 270.

<sup>28</sup> Ibídem.

TERRITORIO OCUPADO POR LAS COLUMNAS  
DEL SEGUNDO FRENTES ORIENTAL FRANK PAÍS



Mapa del Segundo Frente Oriental.

seleccionó la táctica a emplear en cada situación concreta tomando como base la experiencia de anteriores combates.

Uno de los aspectos presentes a lo largo de la contienda fue el desarrollo de las acciones basadas en el principio de atacar constantemente. Fidel señaló al respecto: “Durante todo el periodo de la guerra nunca estuvimos sin realizar operaciones [...] no perdíamos el menor chance de golpear al enemigo”.<sup>29</sup> De igual forma en cada combate se consideró como aspecto de mayor importancia la captura del armamento con el objetivo de fortalecer al Ejército Rebelde.

Durante el rechazo de la ofensiva de verano de 1958, una de las hazañas más significativas de la historia del arte militar cubano, se puso de manifiesto la pericia del Ejército Rebelde en el terreno militar y la capacidad genial de su Comandante en Jefe para conducirlo a la victoria.

Aprovechando el revés sufrido por el movimiento revolucionario en la huelga política del 9 de abril de ese año, la dictadura consideró que había llegado el momento oportuno para realizar una campaña de exterminio contra el movimiento guerrillero; para ello concentró sus esfuerzos principales en el Frente no. 1 de la Sierra Maestra, sede de la Comandancia General del Ejército Rebelde.

Con el asesoramiento de la Misión Militar norteamericana, el Estado Mayor del Ejército elaboró el plan FF, denominado Fase Final (Fin de Fidel), que comprendió el acordonamiento de la Sierra Maestra con alrededor de 10 000 hombres organizados en 14 batallones y siete compañías independientes, apoyados por aviación, fuerzas de la Marina de Guerra, artillería, medios blindados y diversos aseguramientos.

General Eulogio Cantillo Porras, jefe de las fuerzas militares. El alto mando del ejército dictatorial estaba convencido de que en esta ocasión el movimiento guerrillero sería aniquilado irremediablemente. En vísperas de la ofensiva, el jefe enemigo que dirigía las operaciones escribió a Fidel advirtiéndole que tenía tropas y medios

<sup>29</sup> Ibídem.

suficientes para arrasar los bosques y las montañas, y aniquilar a todos los combatientes rebeldes. En la respuesta del Comandante en Jefe se resumía la intransigencia y el espíritu revolucionario heredado de los hombres de Baraguá:

Tal vez cuando la ofensiva pase, si aún estamos en pie, vuelva a escribirle para exponerle mi pensamiento y lo que creo que usted, el ejército y nosotros podemos hacer en bien de Cuba sobre la que tiene puestos sus ojos la América entera; mas si los hombres que han armado sus brazos contra la idea justa que representamos encuentran ardor suficiente en la causa infamante que están defendiendo para vencer la tenaz resistencia que van a encontrar y pueden exterminar hasta el último rebelde, no se entristezca usted de nuestra suerte porque dejaremos a la Patria un ejemplo que hará palidecer las páginas más heroicas de la historia y algún día hasta los hijos de los mismos soldados que hoy nos combaten mirarán con veneración los picos de la Sierra Maestra.<sup>30</sup>

Con gran previsión militar, la Comandancia General elaboró el plan estratégico para el rechazo y la derrota de la ofensiva de verano. En las instrucciones a los jefes de columnas se valoró la envergadura de las acciones que debían desarrollarse y se dieron, al mismo tiempo, indicaciones tácticas concretas acerca de cómo actuar en cada momento y qué objetivos parciales era necesario ir alcanzando. En dichas instrucciones se expresaba:

[...] Tenemos que estar conscientes del tiempo mínimo que debemos resistir organizadamente y de cada una de las etapas sucesivas que se van a presentar. Más que en este momento, estamos pensando en las semanas y meses venideros. Esta ofensiva será la más larga de todas. Después del fracaso de esta, Batista estará perdido irremisiblemente.<sup>31</sup>

<sup>30</sup> Colectivo de autores. *Causas y factores de nuestros reveses y victorias*, Pueblo y Educación, La Habana, 2001, p. 116.

<sup>31</sup> Fidel Castro Ruz: “Informe sobre la ofensiva final de la tiranía”, *Selección de Lecturas*, Ediciones del Ministerio de Educación Superior, ob. cit. tomo 1 (2<sup>a</sup> parte), p. 207.

Para garantizar el éxito de las acciones, el alto mando rebelde tomó la decisión de mover secretamente todas las columnas del sur y centro de la provincia hacia el Frente no. 1, formando un frente defensivo de 30 kilómetros de extensión. Con estas fuerzas de apenas 300 hombres, el Ejército Rebelde, aprovechando hábilmente el conocimiento del terreno organizó una sólida defensa de posiciones encaminada a la resistencia organizada, al desgaste del ejército adversario y a la conjunción de elementos y armas suficientes para desarrollar la contraofensiva en el momento oportuno. Los objetivos fundamentales del plan defensivo fueron:

- Disponer de un territorio básico para la dirección de las acciones combativas, funcionamiento de hospitales, talleres y otros aseguramientos.
- Ofrecer una resistencia cada vez mayor y más costosa para el enemigo.
- Mantener en el aire la emisora rebelde, convertida en un factor de primera importancia.
- Crear las condiciones para emprender la contraofensiva rebelde.

Con la aplicación de este plan, el Ejército Rebelde entró en una nueva fase de desarrollo al ser capaz de sostener una flexible guerra de posiciones. Este salto cualitativo fue observado con sorpresa por el alto mando militar de la dictadura. En relación con ello, el contralmirante José E. Rodríguez Calderón escribió:

Aprovechando el terreno el enemigo ha pasado de la guerra de guerrillas a la guerra de posiciones, atrincherándose con un sistema de trincheras escalonadas para varios hombres sobre todo en los estribos o subidas posibles al firme de la Sierra Maestra, minando los caminos habituales, construyendo numerosos refugios antiaéreos.<sup>32</sup>

En el rechazo de la ofensiva de verano, iniciada el 24 de mayo de 1958, las fuerzas rebeldes del Primer Frente, bajo el mando del Comandante en Jefe, se pusieron en máxima tensión y dinamismo desarrollando con éxito una guerra de posiciones y de movimientos que incluyó la realización de numerosos combates y batallas de envergadura.

<sup>32</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *25 Años de luchas y victorias*, Editora Militar, La Habana, 1983, p. 11.

En el curso de la lucha existieron momentos difíciles e, incluso, críticos para el Ejército Rebelde. Así, por ejemplo, el 19 de junio, los batallones enemigos, avanzando por el norte y sur, se acercaron peligrosamente a la Comandancia General; se llegó a manejar la posibilidad, en caso necesario, de pasar nuevamente a la guerra de guerrillas. Al referirse a este momento de crisis, Fidel expresó: “[...] fue el día más crítico de toda la ofensiva. Porque en cierto momento entre las tropas que venían por el norte y el sur, había cinco kilómetros nada más”.<sup>33</sup>

Ese día fue la experiencia de los combatientes, la rapidez con que se movieron de una posición a otra y la alta moral combativa, lo que permitió afrontar con éxito la difícil situación creada. Se dieron casos como el del capitán Ramón Paz Borroto, que con una pequeña fuerza de solo siete hombres, fue capaz de detener dos compañías del batallón 18.

En el inicio y desarrollo de la lucha se produjeron acciones militares que señalaron hitos importantes de la heroica epopeya: la primera batalla de Santo Domingo, del 28 al 30 de junio, donde se dio el primer golpe anonadante y se inició la contraofensiva; la batalla de Jigüe, del 11 al 21 de julio, con la que se consolidó el viraje a favor del Ejército Rebelde, y la batalla de Las Mercedes, a finales de julio e inicios de agosto, que significó la derrota de la ofensiva de verano.

Durante el curso de las acciones se le causaron al enemigo más de mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros. El Ejército Rebelde tuvo 27 muertos y medio centenar de heridos. Al enemigo le fue ocupado un cuantioso armamento y numerosos medios técnicos de combate.

El general de ejército Raúl Castro Ruz, en el prólogo al libro *Un triunfo decisivo*, valoró esta epopeya y el papel de Fidel con las siguientes palabras:

Por su alcance político-militar, puso en evidencia que la lucha armada iniciada en la Sierra Maestra por el Ejército Rebelde era



*Capitán del Ejército Rebelde Ramón Paz.*

<sup>33</sup> Fidel Castro Ruz: Ob. cit., p. 260.

una realidad. La dictadura no solo fracasó en sus pretensiones ofensivas, que eran aniquilar las fuerzas rebeldes, sino que parte de sus tropas fueron cercadas y derrotadas, como ocurrió en El Jigüe, y posteriormente fue incapaz de contener la contraofensiva rebelde que los fue desalojando de sus posiciones.

[...]

Fidel fue un maestro en el empleo de las pequeñas fuerzas disponibles. Supo poner a cada hombre en el lugar y el momento preciso y, sobre todo evitar que le causaran bajas. O sea, nos enseñó a combatir lo mucho con lo poco, lo fuerte con lo débil, la superioridad tecnológica con la inteligencia. Desempeñó un importante papel, la visión de haber creado para ese momento el Segundo y Tercer Frentes, junto a un movimiento clandestino en las principales ciudades del país, ya que estos contribuyeron con sus acciones y apoyo, a disminuir la presión enemiga sobre la Sierra Maestra y ayudaron a enfrentar con éxito su ofensiva del verano de 1958.

Fueron en total 75 días, en los que se libraron más de cien acciones combativas de diferente envergadura, en un área de 650 a 700 kilómetros cuadrados, comprendida entre los puntos: Minas de Buey Arriba, Bartolomé Masó, Las Mercedes, pico Caracas, La Plata, las Cuevas del Turquino, pico Palma Mocha y California, los cuales fueron el principal escenario, tanto de los combates como del movimiento de las tropas rebeldes y de la tiranía. El patriotismo de los combatientes rebeldes los impulsaba a los mayores sacrificios. Como ha sido característico de nuestro ejército revolucionario en sus tres etapas: el Ejército Mambí, el Ejército Rebelde y las Fuerzas Armadas Revolucionarias, cayeron en igual proporción jefes, oficiales y soldados. Recordemos hoy a Andrés Cuevas; René Ramos Latour, Daniel; Ramón Paz, Ángel Verdecia, Geonel Rodríguez y al resto de los caídos en aquella acción.

[...]

A la fuerza no se opuso la fuerza, sino la inteligencia. El terreno sabiamente aprovechado, la superior preparación física de los combatientes rebeldes, el amplio empleo de la noche, de la sorpresa, y ante todo la superior moral combativa multiplicaron varias veces la capacidad combativa rebelde y constituyeron un

elemento decisivo del éxito logrado. El resultado final fue elocuente: mientras los diez mil efectivos lanzados contra la Sierra Maestra, después de haber tenido más de mil bajas, emprendieron una apresurada retirada, las fuerzas rebeldes casi triplicaron la cantidad de hombres armados.

[...]

Muchos en el mundo no se explican cómo Fidel, un joven abogado sin prácticamente ninguna preparación militar previa, fue capaz de desarrollar un pensamiento estratégico que le permitió conducir exitosamente no solo batallas, sino una guerra de liberación en que se derrotó un ejército profesional. Además de su talento innato, haber sido siempre un insaciable estudioso de la historia militar explica su capacidad en tal sentido. En el pensamiento político-militar del Comandante en Jefe se resume lo mejor de la experiencia combativa de nuestro pueblo, desde los brillantes generales mambises hasta los comandantes rebeldes.<sup>34</sup>

A partir del desastre sufrido por el ejército de la tiranía, la Comandancia General del Ejército Rebelde elaboró el plan estratégico conducente a la victoria definitiva de la Revolución, el cual contemplaba numerosos lineamientos dirigidos a la organización y puesta en práctica de una ofensiva ininterrumpida en todos los frentes de combate, entre los que se destacaban:

- Explotar el éxito alcanzado en la campaña de verano sin dar tregua al enemigo que se retiraba derrotado.
- Organizar nuevas columnas de combate tomando como base el núcleo fundamental del Ejército Rebelde: el Primer Frente de la Sierra Maestra, fogueado y armado convenientemente como resultado de sus combates victoriosos.
- Ocupar el territorio al enemigo y extender la guerra al resto de las provincias; golpear la base de sustentación económica del régimen y hacer fracasar sus maniobras políticas, especialmente la farsa electoral montada para el 3 de noviembre de 1958.
- Aislar unas provincias de otras; cortar las comunicaciones terrestres inmovilizando las agrupaciones de tropas enemigas; atacar y

<sup>34</sup> Amels Escalante y Juan Sánchez: *Un triunfo decisivo*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2004, pp. 10-13.

rendir las pequeñas guarniciones y cercar simultáneamente las ciudades más importantes, preparando sobre estas las batallas decisivas.

- Preparar a los trabajadores de todo el país para la huelga general revolucionaria a fin de neutralizar cualquier conjura o golpe de Estado, que manipulado desde el exterior, tratará de escamotear el triunfo de la Revolución.<sup>35</sup>

En líneas generales, este plan reproducía la estrategia mambisa de la Guerra del 95, en virtud de la cual el movimiento popular revolucionario se extendió a toda la Isla.

En la provincia oriental el Primer, Segundo y Tercer Frentes se habían consolidado. Luego de la derrota de la ofensiva se organizaron las columnas 32, 12 y 14 que formaron el Cuarto Frente Simón Bolívar; hacia la provincia de Camagüey marcharon las columnas 11 y 13, que establecieron allí un frente de lucha; mientras que las columnas no. 2 y 8, al mando de Camilo y Che, partieron hacia el occidente para generalizar la guerra en esas zonas.

La invasión de las columnas no. 2 y 8 del Ejército Rebelde, al generalizar la lucha contra la tiranía mediante la fulminante campaña militar desplegada en la provincia de Las Villas, cohesionar todas las fuerzas militares allí existentes, desgastar las de la tiranía, evitar el envío de tropas del occidente hacia la zona oriental y ampliar la guerra a todo lo largo y ancho del territorio por ellas recorrido, cumplió los fines políticos y militares que les fueron planteados por la Comandancia General, realizando una de las hazañas militares más sobresalientes en la historia de la guerra revolucionaria.

La columna no. 11 Cándido González fue diezmada en la emboscada de Pino 3, Camagüey, con un alto costo de combatientes rebeldes, a causa de errores cometidos por su jefe, quien desobedeció las instrucciones relacionadas con su desplazamiento.

Simultáneamente la Comandancia General del Ejército Rebelde concentró sus esfuerzos en la organización y realización del plan dirigido a la toma de la provincia de Oriente, donde se daría la batalla decisiva contra la tiranía, luego de apreciarse correctamente que era allí donde más fuerte resultaba la guerrilla y donde se agrupaban las unidades más fogueadas del ejército de la dictadura.

<sup>35</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: Ob. cit., pp. 16-17.



*Comandante Juan Almeida Bosque,  
jefe del Tercer Frente.*

En carta al comandante Almeida, fechada el 8 de octubre, Fidel escribió:

El plan de tomar primero Santiago de Cuba, lo estoy sustituyendo por el plan de tomar la provincia. La toma de Santiago de Cuba y otras ciudades resultará así mucho más fácil y sobre todo podrán ser sostenidas. Primero nos apoderamos del campo [...] Dentro de doce días aproximadamente todos los municipios estarán invadidos. Despues nos apoderamos, y si es posible, destruiremos todas las vías de comunicación por tierra (carreteras y ferrocarriles). Si paralelamente

progresan las operaciones en Las Villas y Camagüey, la tiranía puede sufrir en la provincia un desastre completo como el que sufrió en la Sierra Maestra [...] Yo iré moviendo y situando fuerzas y en el momento oportuno daré la orden. Considero que todavía es cuestión de meses. A muy pocos les revelaré las intenciones. Cada cual irá recibiendo sus instrucciones por parte.<sup>36</sup>

Avizorando la inminente derrota del régimen, el 13 de noviembre de 1958, el Comandante en Jefe, en las instrucciones a los jefes de columnas y a la población civil, puntualizó su plan estratégico dando indicaciones para el desarrollo de las acciones en todos los frentes de combate. Según ellas, las fuerzas del Ejército Rebelde debían actuar de forma coordinada en las siguientes direcciones:

- Las columnas rebeldes del Segundo Frente Oriental Frank País debían continuar atacando y tomando todos los cuarteles en su territorio.

<sup>36</sup> Ibídem.

- Las fuerzas del Primer y Tercer Frentes estrecharían el lazo en torno a Santiago impidiendo que los soldados estacionados en la ciudad pudieran salir en auxilio de otros cuarteles.
- Las unidades rebeldes del centro y este de la provincia rechazarían cuantos refuerzos pretendieran entrar por tierra desde Camagüey y evitarían asimismo cualquier evacuación de soldados enemigos del territorio de Oriente.
- El Ejército Rebelde mantendría paralizado el tránsito y cortaría las vías de salida y acceso a las ciudades.
- Las fuerzas de Camagüey apoyarían la batalla de Oriente, mientras que las columnas de Camilo y Che cortarían todas las vías terrestres, dividirían la Isla en dos y proseguirían su ofensiva sobre las ciudades y guarniciones de la provincia.

La correcta estrategia trazada por la Comandancia General hizo posible la marcha exitosa de la campaña militar. Para finales de 1958, la lucha armada se había generalizado en todo el país tomando las características de una guerra de todo el pueblo con la activa participación de las masas populares mediante diversas formas de lucha.

#### 7. POLÍTICA HACIA EL EJÉRCITO DE LA TIRANÍA BATISTIANA

Uno de los principales lineamientos político-militares lo constituyó la lucha del movimiento revolucionario por ganarse o neutralizar a las fuerzas armadas del régimen opresor.

Las concepciones de Fidel y las acciones prácticas del Movimiento 26 de Julio y de su brazo armado, el Ejército Rebelde, pusieron de relieve el hecho de que, a la vez que se dirigía la lucha hacia la destrucción del ejército de la tiranía, era necesario partir de un análisis clasista de sus integrantes y de las contradicciones latentes en su seno, a fin de trazar la estrategia para enfrentarlo. Como parte de ella se tenía en cuenta el trabajo por ganar a las masas de las fuerzas armadas y a los sectores honestos de su oficialidad, o en todo caso neutralizarlos, aislando al núcleo corrompido y comprometido con el régimen opresor.

En su alegato durante el juicio por los sucesos del cuartel Moncada, Fidel se refirió a las contradicciones condicionadas por el golpe de Estado en el seno de las fuerzas armadas. Explicó asimismo que en las acciones del 26 de Julio no tenían la intención de luchar contra

los soldados, sino tomar por sorpresa los objetivos, llamar al pueblo y reunir después a los militares, los cuales serían invitados a abandonar la odiosa bandera de la tiranía y abrazar la de la libertad.

Al analizar la situación del soldado en la sociedad, el histórico documento señalaba que este era un hombre de carne y hueso, que pensaba, observaba y sentía. Era susceptible a la influencia de las opiniones, creencias, simpatías y antipatías del pueblo. Le afectaban los mismos problemas que a los demás ciudadanos: subsistencia, alquiler, educación de los hijos y porvenir de estos. Cada familiar era un punto de contacto entre él, el pueblo y la situación presente y futura de la sociedad en que vivía.

Más adelante, cuando en 1955 se proclamó el programa de lucha del Movimiento 26 de Julio, el punto 10 tuvo en cuenta las reivindicaciones militares al señalar la implantación del escalafón militar inviolable y la inamovilidad de los miembros de las fuerzas armadas realizada solo por causas justificadas.

En el transcurso de la lucha armada las concepciones del movimiento revolucionario hacia las fuerzas armadas del régimen opresor se concretaron en la aplicación consecuente de numerosos lineamientos, entre los cuales se destacaban:

- Dar a conocer por diferentes medios a las instituciones armadas la justicia de la lucha revolucionaria contra la dictadura, exhortándolas a participar en ella junto al pueblo.
- No asesinar nunca a ningún prisionero de guerra.
- Respetar la jerarquía de los oficiales prisioneros, cuya actuación anterior se correspondiera con la dignidad y el honor militar.
- Cuidar en todo momento a los soldados del enemigo heridos en combate.
- No violar nunca el trato propuesto a las guarniciones enemigas invitadas a rendirse.
- Coordinar las acciones contra la tiranía, propuestas por los militares desafectos, sobre las bases establecidas por la jefatura del movimiento revolucionario.
- Hacer entrega de los prisioneros según los acuerdos adoptados en cada caso por las partes beligerantes.

Esta política de guerra fue un factor que contribuyó a la agudización de las contradicciones las fuerzas armadas de la tiranía, a su resquebrajamiento interior, lo que se agravaba asimismo con los golpes contundentes del Ejército Rebelde, el auge del movimiento armado y de masas en las ciudades, y el incremento de la crisis económica, política y social del país. Al valorar los cambios paulatinos que se producían en el ejército en relación con su actitud hacia el Ejército Rebelde, el Comandante en Jefe ha señalado:

Al principio los soldados batistianos resistían mucho, porque pensaban que los iban a matar, que los iban a asesinar. Cuando fueron descubriendo la verdad y el comportamiento del Ejército Rebelde, entonces el prestigio del Ejército Rebelde empezó a crecer en las filas del enemigo. Ya después cuando caían prisioneros allá, los mandaban para otro frente, los mandaban para Las Villas, y hubo soldados que se rindieron tres veces a nuestras fuerzas. Y los mismos que al principio resistían, después no resistían mucho y entregaban las armas.<sup>37</sup>

Del buen trato recibido por el Ejército Rebelde daban fe los propios soldados en los interrogatorios que posteriormente les hacían los órganos represivos internos y los fiscales militares. En consecuencia, la tiranía hacía todo lo posible por aislar a los exprisioneros por temor a la influencia que estos pudieran ejercer en el resto de las tropas, toda vez que eran portadores de la verdad sobre el significado de la lucha en la Sierra Maestra. En el marco de esta situación no fueron pocos los alistados y oficiales que se colocaron al lado de las fuerzas rebeldes, cuando llegaron a descubrir su lugar verdadero.<sup>38</sup>

Los últimos meses de la guerra se caracterizaron por una completa desmoralización del Ejército. Los casos de deserciones, conspiraciones militares, actos de rendición y adhesión al Ejército Rebelde fueron cada vez más frecuentes. Al conjuro del desarrollo del movimiento popular revolucionario y de la ofensiva rebelde en todos los frentes, se iba produciendo la destrucción sistemática de las fuerzas armadas de la República.

<sup>37</sup> Minfar: *Las armas de la victoria*, Editora Militar, La Habana, 1984, p. 34.

<sup>38</sup> José Quevedo Pérez: *La batalla del Jigüe*, Arte y Literatura, La Habana, 1971, pp. 147-167.

En este proceso se puso de manifiesto la carencia por parte del Ejército de una adecuada preparación y disposición combativa así como de jefes capaces de elaborar y poner en práctica planes ofensivos o defensivos frente al tipo de guerra popular revolucionaria impuesta por el Ejército Rebelde.

En ello, también se expresaba la falta de preparación del Gobierno de Estados Unidos, cuya Misión Militar, radicada en Cuba, mostró su ineptitud para asesorar y apoyar convenientemente a su aliado en este tipo de lucha. Al respecto, en declaraciones a un reportero del diario *Excelsior*, Fidel señaló: “[...] Nada que la Misión Militar enseñó tuvo valor [...] lo que la Misión ha enseñado a los soldados de Batista es a perder la guerra”.<sup>39</sup>

De este modo, la insurrección arribó al poder por el peso de sus propias armas, sin compromisos ni componendas. El ejército de la dictadura no constituyó un aliado coyuntural, con los obstáculos reales que ello habría significado para el curso ulterior de la Revolución, sino una fuerza militar derrotada en combate. Ello condicionó el rasgo peculiar de que desde los primeros momentos del triunfo se erigiera un ejército completamente nuevo. Así el 1º de enero de 1959, a los 60 años de la disolución del glorioso Ejército Libertador, cayó demolido el viejo Ejército de la República, bastión del Estado semicolonial cubano, y emergió triunfante el Ejército Rebelde, continuador legítimo de las tradiciones del ejército mambí y núcleo de las heroicas e invictas Fuerzas Armadas Revolucionarias.

#### 8. PAPEL DE LA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA Y SUS PECULIARIDADES

La gestación y desarrollo de la situación revolucionaria durante la dictadura batistiana tuvo determinadas peculiaridades: No fue un estado permanente o estático, ni se produjo de la forma clásica en que lo había demostrado la práctica del movimiento revolucionario. Entre 1952 y 1958, este proceso puede valorarse a través de cuatro momentos principales:

- Desde el golpe de Estado del 10 de marzo hasta el asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, se produjo un proceso de gestación, caracterizado por la agudización máxima de todas las contradicciones inherentes al sistema neocolonial.

<sup>39</sup> “Declaraciones de Fidel a la prensa”, *Noticias de Hoy*, 10 de enero de 1959, p. 4.

- Desde el asalto al cuartel Moncada hasta el reinicio de la lucha tras el desembarco del *Granma* a finales de 1956, se desarrolló el proceso de formación de la situación revolucionaria. En este periodo se agravó notablemente la crisis económica y política del régimen, y se intensificó la represión; se elevó considerablemente la actividad revolucionaria de las masas, en las huelgas económicas de los trabajadores se apreciaba un vuelco hacia las de carácter político y aparecieron en la palestra nuevas organizaciones como el Movimiento 26 de Julio, encabezado por Fidel, y el Directorio Revolucionario, dirigido por José Antonio Echeverría y otros compañeros.
- Desde el reinicio de la lucha tras el desembarco del *Granma* y hasta el aplastamiento de la ofensiva de verano de la tiranía de Batista en agosto de 1958, transcurrió un periodo de maduración de la situación revolucionaria. En este tiempo, el Ejército Rebelde se consolidó como una fuerza capaz de derrotar al ejército de la tiranía; el régimen opresor se mostraba incapaz de frenar el auge del movimiento popular; creció enormemente el descontento y el repudio de las masas hacia la tiranía; la lucha expresada en diferentes formas fue ganando fuerzas en numerosas zonas rurales y urbanas, y las principales organizaciones revolucionarias lograron vertebrar su unidad de acción en torno a la línea trazada por el Movimiento 26 de Julio.
- Desde el aplastamiento de la ofensiva de verano de la tiranía en agosto de 1958 hasta el triunfo de la Revolución en enero de 1959, se produjo el momento de la explosión de la situación revolucionaria. En este periodo, el régimen opresor experimentó una crisis generalizada en todas las esferas; su aparato armado fue incapaz de contener la guerra que se extendía hacia todos los lugares del país. El Ejército Rebelde, luego de tomar la iniciativa estratégica, desarrolló una ofensiva victoriosa en todos los frentes de combate y el 1º de enero de 1959, al llamado de Fidel, las masas populares protagonizaron la vigorosa huelga general que dio al traste con la tiranía y con los intentos del imperialismo encaminados a frustrar nuevamente el triunfo popular.

En este proceso, la Revolución Cubana realizó un importante aporte a la teoría revolucionaria al demostrar que no hay que esperar a que todas las condiciones estén dadas para iniciar la lucha armada popular.

Al respecto, Fidel ha valorado:

¿Existían o no existían las condiciones objetivas para la lucha revolucionaria? A nuestro juicio existían. ¿Existían o no existían las condiciones subjetivas? Sobre la base del profundo repudio general que provocó el golpe del 10 de marzo y el regreso de Batista al poder, el descontento social emanado del régimen de explotación reinante, la pobreza y el desamparo de las masas desposeídas, se podían crear las condiciones subjetivas para llevar al pueblo a la revolución.<sup>40</sup>

## 9. EL LIDERAZGO DE FIDEL EN LA ORGANIZACIÓN Y CONDUCCIÓN DE LA GUERRA DE LIBERACIÓN NACIONAL

El papel de la personalidad en la historia, fundamentado por el marxismo-leninismo, se expresó con fuerza en la experiencia de la Revolución Cubana, que cuenta con un líder de las cualidades y proyecciones del Comandante en Jefe. Fidel supo interpretar con certeza la realidad existente en Cuba y elaborar la estrategia político-militar conducente al triunfo del movimiento revolucionario. En su pensamiento y acción cristalizaron las dos causas más importantes hermanadas a través de nuestra historia: la lucha por la liberación nacional y la lucha por el socialismo. En su doble condición de dirigente político y de jefe militar se expresaron las mejores tradiciones combativas y revolucionarias de nuestro pueblo.

En el proceso de lucha insurreccional, sobre todo, en la etapa final, cuando ya el triunfo prácticamente coronaba los esfuerzos del movimiento, se puso de manifiesto la enorme capacidad de la dirección ejercida por Fidel para conducir la guerra con gran habilidad y astucia.

Tras el fracaso de la ofensiva batistiana en el verano de 1958 no existió para la dirección ejercida por Fidel un peligro mayor que la posibilidad de que cuajara cualquier maniobra, no para salvar el régimen que ya estaba virtualmente condenado, sino para escamotear el triunfo. En efecto, a partir de este momento, se intensificaron las acciones del imperialismo para salvaguardar sus intereses, mientras que en el seno de las fuerzas armadas de Batista proliferaban las conspiraciones de última hora, que buscaban contacto con el alto mando del Ejército Rebelde.

<sup>40</sup> Fidel Castro Ruz: Discurso por el XX aniversario del asalto..., ob. cit., p. 16.

Una preocupación continua del Comandante en Jefe era evitar una victoria prematura que dejara intactas fuerzas militares que en algún momento pudieran producir en Cuba un regreso reaccionario, como había ocurrido ya en otros países de América Latina. Por ello, a la vez que se trabajaba por ganar o neutralizar al ejército opresor, se establecieron las bases para la colaboración de este. En tal sentido solo se aceptaría el aporte de los militares desafectos al régimen bajo las siguientes condiciones:

- No aceptar ningún tipo de golpe militar a espaldas de la Revolución.
- Subordinar la acción de los conspiradores a la jefatura del Ejército Rebelde.
- No permitir bajo ningún concepto la fuga del dictador, de los políticos comprometidos y de los implicados en crímenes y torturas.
- Llevar a cabo la reestructuración del Ejército.

El incumplimiento de alguna de estas condiciones rompería de inmediato el vínculo con cualquier conspiración militar. Así, por ejemplo, al alto mando rebelde llegó la propuesta del coronel Florentino Rosell, jefe del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, que planteaba pasar al movimiento insurreccional las guarniciones de Oriente, Camagüey y Las Villas, y avanzar conjuntamente con el Ejército Rebelde sobre La Habana. Sin embargo, en dicho plan se preveía dejar escapar a Río Chaviano y otros oficiales, así como obtener el reconocimiento de la embajada norteamericana, la cual ya conocía los detalles de la conjura. La respuesta de Fidel fue tajante: “Rechazamos condiciones”.<sup>41</sup>

Para la segunda quincena de diciembre de 1958, la situación de la dictadura se hizo particularmente grave. El día 22, en reunión presidida por el general Francisco Tabernilla, se valoraron las condiciones militares del país según la información ofrecida por cada uno de los altos jefes participantes. El general Chaviano hizo referencia al crítico estado de Las Villas ante la ofensiva vertiginosa de los rebeldes. Por su parte, el general Francisco Tabernilla, hijo del jefe del Ejército y jefe de la división de infantería de Columbia, informó que con la salida del tren blindado

<sup>41</sup> Centro de Estudios Historia Militar de las FAR: Ob. cit., pp. 19-20.

hacia Santa Clara, solo quedaban para la defensa de la capital dos compañías de infantería en Columbia, dos en la Cabaña y dos en la base de San Antonio. Al evaluarse la provincia de Oriente, el general Cantillo consideró que era inminente la caída de Santiago de Cuba en manos del Ejército Rebelde.

Para estos momentos, la dirección revolucionaria, dada la sólida posición política y militar con que contaba, no estaba muy estimulada a entablar conversaciones con movimientos militares. Sin embargo, al considerar la posibilidad de ahorrarle al país mayor derramamiento de sangre, decidió llevar a cabo el encuentro con el jefe militar designado por el régimen.

La entrevista con Cantillo se realizó el 28 de diciembre en el antiguo central Oriente. En esencia los acuerdos fueron los siguientes:

- La sublevación militar se produciría en Oriente y debía apoyar incondicionalmente al movimiento revolucionario.
- No debía llevarse a cabo un golpe de Estado.
- Se debía impedir la fuga de Batista y de sus principales colaboradores.
- No se debía informar de los acontecimientos a la embajada norteamericana sobre la base del compromiso contraído.

La sublevación militar en Oriente tendría lugar el día 31, a las tres de la tarde. Sin embargo, dichos acuerdos fueron traicionados por Cantillo, quien, por el contrario, en contubernio con la embajada norteamericana y la dictadura, devino instrumento del golpe de Estado con la creación de una junta militar que pretendía perpetuar el régimen oligárquico y proimperialista. Figuraban en este plan, además de Cantillo, otros representantes del Ejército, el magistrado Piedra y, posteriormente, el coronel Barquín.

El alto mando del Ejército Rebelde dio una respuesta contundente a la maniobra golpista tan pronto recibió las primeras noticias procedentes de la capital.

La decisión del Comandante en Jefe, comunicada desde la ciudad de Palma Soriano por Radio Rebelde el mismo día 1º de enero, se resumió en los aspectos siguientes:

- El rechazo total al golpe de Estado y a cualquier otro tipo de componenda que obstaculizara el triunfo rebelde en la guerra de liberación.

- La orden a los jefes de columnas del Ejército Rebelde de continuar la ofensiva sobre las posiciones del ejército enemigo y, en especial, a Camilo y Che de avanzar sobre La Habana como la vanguardia del Ejército Rebelde en su marcha hacia occidente.
- El llamado al pueblo de Cuba, en especial a los trabajadores, a estar listos para la huelga general revolucionaria.

En este momento decisivo de nuestra historia se quería repetir la afrenta de impedir la entrada a Santiago de Cuba de los émulos del Ejército Libertador que habían liberado a la patria.

Con indignación recibió el Comandante en Jefe la noticia de que los promotores del golpe de Estado habían prohibido la entrada a Santiago de Cuba de los combatientes rebeldes.

En esta ocasión la respuesta energética trasmisida a todo el país en la voz enardecida del propio Fidel, expresaba en una de sus partes:

La guarnición de Santiago de Cuba está cercada por nuestras fuerzas. Si a las 6:00 de la tarde de hoy no ha depuesto las armas, nuestras tropas avanzarán sobre la ciudad y tomarán por asalto las posiciones enemigas.

[...]

Los militares golpistas pretenden que los rebeldes no puedan entrar en Santiago de Cuba. Se prohíbe nuestra entrada en una ciudad que podemos tomar con el valor y el coraje de nuestros combatientes como hemos tomado otras muchas ciudades. Se quiere prohibir la entrada a Santiago de Cuba a los que han liberado a la patria, la historia del 95 no se repetirá. ¡Esta vez los mambises entrarán en Santiago de Cuba!<sup>42</sup>

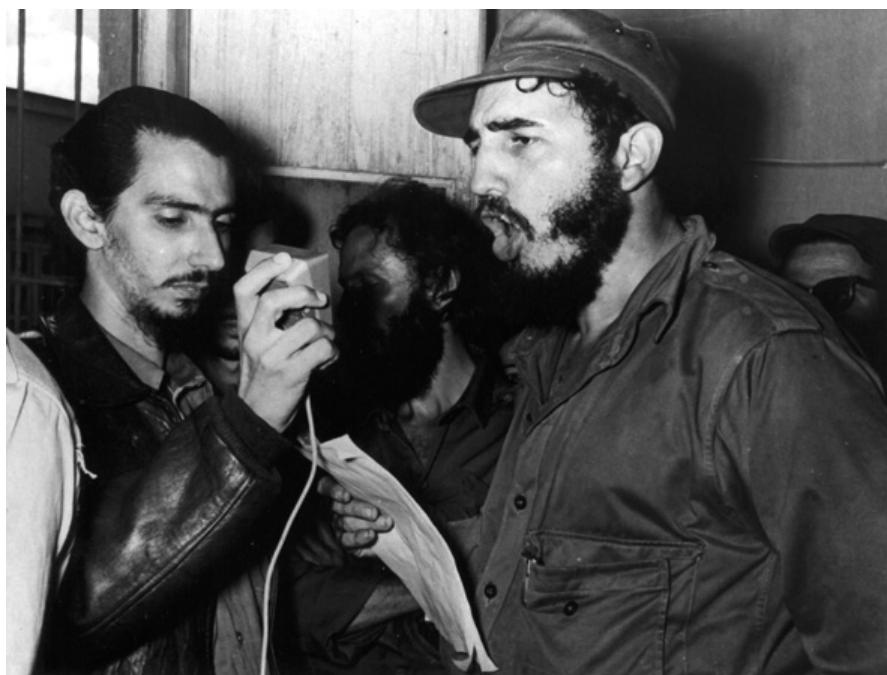
Las instrucciones trasmisidas a todo el país desde Palma Soriano, en lo cual desempeñó un importante papel la emisora Radio Rebelde en cadena con casi todas las estaciones nacionales, constituyeron según Fidel, “un factor político-psicológico determinante en el desenlace final de los acontecimientos”.<sup>43</sup>

La orden terminante de continuar la ofensiva hasta el final y la vigorosa y unánime huelga general de enero impidieron que el im-

<sup>42</sup> Ibídem.

<sup>43</sup> Fidel Castro Ruz: Discurso por el XV aniversario de Radio Rebelde, *Granma*, 24 febrero de 1963, p. 3.

perialismo frustrara nuevamente el triunfo popular y garantizaron la victoria de la guerra revolucionaria.



*Fidel hablando por Radio Rebelde desde Palma Soriano.*

En su primera intervención ante las masas reunidas en el parque Céspedes de la heroica ciudad de Santiago de Cuba, el jefe de la Revolución, refiriéndose al significado de aquel momento histórico afirmó:

¡Al fin hemos llegado a Santiago! Duro y largo ha sido el camino, pero hemos llegado. Esta vez no se frustrará la Revolución. Esta vez, por fortuna para Cuba, la Revolución llegará de verdad a su término; no será como en el 95, que vinieron los americanos y se hicieron dueños del país; intervinieron a última hora y después ni siquiera a Calixto García, que había luchado durante 30 años, lo dejaron entrar en Santiago de Cuba; no será como en el 33, que cuando el pueblo empezó a creer que la revolución se estaba haciendo, vino el señor Batista, trajo la revolución, se apoderó del poder e instauró una dictadura feroz; no será como en el 44, año en que las multitudes se enardeceron creyendo que

al fin el pueblo había llegado al poder y los que llegaron al poder fueron los ladrones. ¡Ni ladrones, ni traidores, ni intervencionistas, esta vez sí es una revolución!<sup>44</sup>

Al valorar el papel de la personalidad como factor excepcional en el curso de la Revolución Cubana, el comandante Ernesto *Che* Guevara escribió:

El primero, quizás, el más importante, el más original, es esa fuerza telúrica llamada Fidel Castro Ruz, nombre que en pocos años ha alcanzado proyecciones históricas. El futuro colocará en su lugar exacto los méritos de nuestro primer ministro, pero a nosotros se nos antojan comparables con los de las más altas figuras históricas de toda Latinoamérica. Y ¿cuáles son las circunstancias excepcionales que rodean la personalidad de Fidel Castro? [...] Hay varias características en su vida y en su carácter que lo hacen sobresalir ampliamente por sobre todos sus compañeros y seguidores; Fidel es un hombre de tan enorme personalidad que, en cualquier movimiento donde participe, debe llevar la conducción. Y así lo ha hecho en el curso de su carrera desde la vida estudiantil hasta el premierato de nuestra patria y de los pueblos oprimidos de América [...] Tiene las características de gran conductor, que sumadas a sus dotes personales de audacia, fuerza y valor, y a su extraordinario afán de auscultar siempre la voluntad del pueblo, lo han llevado al lugar de honor y de sacrificio que hoy ocupa. Pero tiene otras cualidades importantes como son su capacidad de asimilar los conocimientos y las experiencias, para comprender todo el conjunto de una situación dada sin perder de vista los detalles, su fe inmensa en el futuro, y su amplitud de visión para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos, viendo siempre más lejos y mejor que sus compañeros. Con estas grandes cualidades cardinales, con su capacidad de aglutinar, de unir, oponiéndose a la división que debilita; su capacidad de dirigir a la cabeza de todos la acción del pueblo; su amor infinito por él, su fe en el fu-

<sup>44</sup> *La unión nos dio la victoria*, Informe Central y discursos sobre el 1<sup>er</sup> Congreso del PCC, ob. cit., pp. 46-47.

turo y su capacidad de preverlo, Fidel Castro hizo más que nadie en Cuba para construir de la nada el aparato formidable de la Revolución Cubana.<sup>45</sup>

## 10. SITUACIÓN INTERNACIONAL EN QUE TRIUNFA LA REVOLUCIÓN CUBANA

En el orden interno, la conjugación de los factores objetivos y subjetivos señalados antes hicieron posible la victoria de la guerra revolucionaria. Sin embargo, este hecho no puede verse aislado del movimiento revolucionario mundial y de los cambios que se operaron en la correlación de fuerzas a favor del socialismo y del progreso social en la década del cincuenta del pasado siglo. Es cierto que en el transcurso de esta década, la “guerra fría” estaba en su apogeo y que en nuestro continente esa política, conducida por el imperialismo norteamericano, tuvo numerosas manifestaciones, entre ellas, la represión al movimiento obrero y comunista, la fragua y ejecución de golpes de Estado reaccionarios, la injerencia del gobierno de Estados Unidos en los países del área y otras. Pero también es cierto que para finales de esa década se podía apreciar en la arena internacional determinados acontecimientos que reflejaban el inicio de cambios favorables al movimiento revolucionario internacional.

Entre los hechos más sobresalientes figuraron el fortalecimiento económico, político, militar y científico de la Unión Soviética, capaz ya de mostrar un poderío relevante en la esfera nuclear y en la conquista del espacio cósmico con el lanzamiento el 4 de octubre de 1957 del primer satélite artificial de la tierra; el fortalecimiento del movimiento revolucionario en Asia, en particular de las revoluciones socialistas en China, Corea del Norte y Viet Nam del Norte; el auge del movimiento de liberación en África, sobre todo, la lucha de Argelia contra el colonialismo francés y otros.

En esta coyuntura histórica se produjo el proceso de lucha insurreccional y el triunfo de la Guerra de Liberación Nacional en Cuba, que

<sup>45</sup> Ernesto Guevara: “Cuba. ¿Excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?”, *Escritos y discursos*, tomo 9, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, pp. 22-23.

posibilitó la ulterior supervivencia de la Revolución Cubana frente a las agresiones del imperialismo. Al valorar la influencia de esta situación el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz ha comentado:

[...] Un triunfo en 1953 posiblemente habría sido frustrado después por el imperialismo. Pero seis años más tarde era el momento preciso, muy ajustado, en que un cambio en la correlación de fuerzas del mundo nos permitía a nosotros sobrevivir. Tal vez en 1953 no habríamos sobrevivido si hubiésemos triunfado [...] Pero habiendo triunfado en 1959, hubo una oportunidad de sobrevivir.<sup>46</sup>

En otras ocasiones, el máximo líder de la Revolución ha empleado la imagen de que el triunfo se produjo a un año exacto, un mes exacto, una semana exacta, un día exacto, una hora exacta, un minuto exacto y un segundo exacto.

### *Principales experiencias del triunfo de la Guerra de Liberación Nacional*

Dentro de las experiencias más significativas de este acontecimiento, iniciador de un cambio histórico en el continente americano, se destacan:

- La elaboración de una estrategia político-militar y revolucionaria, basada en la lucha armada popular, concebida y conducida certamente a la victoria por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.
- Un aporte importante a la teoría revolucionaria fue la demostración de que no hay que esperar a que estén dadas todas las condiciones para iniciar la lucha revolucionaria. En el caso concreto de Cuba, la práctica corroboró que sobre la base del repudio general al golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, y el descontento social y miseria de las masas populares, se podían crear las condiciones subjetivas para llevar el pueblo a la revolución.
- Entre las grandes experiencias legadas por la Guerra de Liberación Nacional, figura el hecho de que el M-26-7 supo nuclear

<sup>46</sup> Fidel Castro Ruz: Entrevista concedida a periodistas suecos, Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *Moncada. La acción*, tomo II, ob. cit., p. 13.

en la lucha contra el régimen a todas las fuerzas democráticas, antíimperialistas y partidarias del socialismo alrededor de una estrategia político-militar correcta y de un programa revolucionario de carácter nacional liberador.

- La Guerra de Liberación Nacional en Cuba demostró la posibilidad de desarrollar en América una lucha victoriosa contra los ejércitos oligárquicos, formados, equipados y entrenados por el imperialismo, cuestión que hasta entonces constituía para muchos algo muy difícil de lograr.
- En el proceso de lucha insurreccional se conjugaron armónicamente todas las formas posibles de lucha para la toma del poder político.
- El triunfo de la guerra de liberación se produjo en una coyuntura internacional caracterizada por importantes cambios en la correlación de fuerzas favorables al movimiento revolucionario. Este hecho influyó sobre todo en la supervivencia de la Revolución frente a las agresiones de sus adversarios.
- El imperialismo norteamericano no aquilató el verdadero alcance del movimiento revolucionario cubano y subestimó sus posibilidades.
- Durante el desarrollo de la Guerra de Liberación Nacional se puso de manifiesto la enorme capacidad de la dirección revolucionaria para conducirla con gran habilidad, astucia, flexibilidad e inteligencia frente a los poderosos enemigos internos y externos.
- El triunfo alcanzado rompió el mito del fatalismo geográfico e inició la ruptura del sistema panamericano patrocinado por el imperialismo norteamericano, al constituirse Cuba en una nación verdaderamente libre y soberana.
- La victoria de la guerra revolucionaria en Cuba provocó cambios significativos en la política de Estados Unidos hacia América Latina en particular y en su doctrina militar con respecto al área. En tal sentido cobró gran importancia, junto a los intentos políticos y sociales para enfrentar la influencia de la Revolución Cubana, el desarrollo de la concepción llamada guerra especial, con la consiguiente organización de tropas de contrainsurrección con vistas a enfrentar el creciente movimiento revolucionario en numerosos países latinoamericanos.



## *Conclusiones*

El análisis de las experiencias y de las causas que determinaron el fracaso de la Guerra de los Diez Años y la Guerra Chiquita; la frustración de la Guerra de Independencia de 1895; la Revolución del treinta, así como la victoria del Ejército Rebelde en la última Guerra de Liberación Nacional, nos deja como legado un conjunto de enseñanzas que deben constituir instrumentos permanentes de reflexión en la labor político-ideológica y de educación de todo nuestro pueblo y, en especial, de los combatientes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Tenerlas en cuenta nos da la posibilidad de avanzar con seguridad en la defensa de la patria socialista.

La falta de unidad de los revolucionarios fue factor de fracaso de las luchas de los cubanos hasta mediados del pasado siglo. Ella condujo al Pacto del Zanjón, al descalabro de la Guerra Chiquita, facilitó la intervención militar norteamericana que frustó la virtual victoria del Ejército Libertador e imposibilitó lograr el éxito en la Revolución del treinta.

Cuando la unidad fue conseguida a través de la estrategia política del M-26-7 y del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en la última Guerra de Liberación Nacional, se desbrozó la senda hacia el triunfo del 1º de enero de 1959. La unidad nos ha conducido hasta el presente y es la única que puede llevarnos a vencer las dificultades, los peligros, y guiarnos a nuevas victorias. Dos grandes pensadores de nuestro continente, Simón Bolívar y José Martí, quienes se desempeñaron

respectivamente en la primera y la segunda mitad del siglo XIX, nos legaron al respecto ideas que mantienen plena vigencia. En alocución al Congreso de Angostura en 1819, el Libertador, señaló: “[...] Todas nuestras facultades morales no serán bastantes, si no fundimos la masa del pueblo en un todo, la composición del gobierno en un todo, la legislación en un todo, y el espíritu nacional en un todo. Unidad, Unidad, Unidad, debe ser nuestra divisa”.<sup>1</sup>

Por su parte, nuestro Héroe Nacional, en el luminoso ensayo “Nuestra América”, proclamó: “[...] ¡Los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado como la plata en las raíces de los Andes”.<sup>2</sup>

En nuestros días, la unidad hay que entenderla y cuidarla en su más amplia acepción, es decir, la unidad interna del partido vanguardia de la Revolución, la unidad del pueblo en torno al partido y la Revolución, y la unidad del partido y el pueblo en torno a los principales dirigentes de la Revolución Cubana.

El imperialismo norteamericano desde su surgimiento ha actuado en contra de la independencia, la libertad y la soberanía de la nación cubana; unas veces apoyando al colonialismo español, otras con intervenciones militares, maniobras diplomáticas o, como lo hace en la actualidad, con el bloqueo económico y presiones de todo tipo para debilitar la resistencia de nuestro pueblo, dividirlo, restaurar el neocolonialismo y regresar al pasado de miseria, discriminación, cuando era dueño de las riquezas fundamentales del país. Esta enseñanza no puede olvidarse ni por un momento, porque constituye y seguirá siendo el gran peligro que nos amenaza.

La existencia de líderes nacionales, capaces de unir a los revolucionarios, de encontrar las vías para la solución de las dificultades, tanto en el combate como en la vida ciudadana, constituye una necesidad. La historia de los grandes acontecimientos acaecidos en Cuba así lo demuestra: en la Guerra de los Diez Años cuando faltaron Céspedes y Agramonte, la división y la indisciplina se incrementaron y llevaron a

<sup>1</sup> Simón Bolívar: Alocución al Congreso de Angostura, *Obras completas*, tomo II, Ed Lex, La Habana, 1947, p. 1532.

<sup>2</sup> José Martí: “Nuestra América”, *Obras completas*, tomo 6, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 15.

la traición del Zanjón, aun cuando no habían alcanzado la categoría de líderes nacionales, pero sí gozaban de mayor autoridad que el resto de los jefes. Con la muerte de José Martí se perdió el impulso inicial respecto a la unidad y se facilitó la intervención norteamericana que le arrebató el triunfo al Ejército Libertador.

Al proceso revolucionario de los años treinta le faltó la unidad y el liderazgo capaz de dirigir y cohesionar las grandes masas en la lucha contra la reacción y el imperialismo. La reversión de este factor se produjo en la década del cincuenta, cuando el pueblo cubano encontró un líder en Fidel Castro Ruz, que supo en aquella complicada situación aunar a los revolucionarios, derrotar la tiranía proimperialista e iniciar la construcción de una nueva sociedad.

La no existencia de una autoridad central condujo a los patriotas del 68 a rebelarse ante una operación estratégica como la invasión al occidente, a protagonizar múltiples manifestaciones de desobediencia e indisciplina, y, cuando débiles funcionarios de la Cámara pactaron con el enemigo, no hubo una autoridad militar que contrarrestara la actitud conciliadora, pese a que los jefes militares regionales estuvieron en contra, como demuestran los documentos históricos. En 1898, los norteamericanos pudieron contactar por separado con diferentes jefes y consumar el despojo de la victoria al Ejército Libertador.

Al contrario del siglo pasado, en la Guerra de Liberación Nacional, el mando único pudo garantizar las decisiones estratégicas y derrotar al enemigo; sin esta condición hubiera sido poco probable la victoria. Girón, la lucha contra bandidos, el cumplimiento de misiones internacionalistas son pruebas que confirman esta tesis. Es por ello que debemos tener siempre presente esta lección.

La fundación de un partido único para unir a los cubanos en el propósito de luchar por la independencia nacional constituyó sin dudas uno de los principales aportes de José Martí al proceso revolucionario, como también lo fue, con las particularidades de nuestra época, la creación del Movimiento 26 de Julio, bajo la sabia dirección de Fidel, para lograr la unidad en la Guerra de Liberación Nacional y mantenerla tras el triunfo de la Revolución con la creación de un solo partido para agrupar a todos los patriotas sin distingos de procedencia de clase, raza o creencia religiosa. Esta es una de las enseñanzas principales que nos lega la historia y que no podemos descuidar.



## *Bibliografía*

*Bohemia* no. 30, año 49, julio 1957.

BOLÍVAR, SIMÓN: Alocución al Congreso de Angostura, *Obras completas*, tomo II, Editorial Lex, La Habana, 1947.

BOZA, BERNABÉ: *Diario de campaña*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

BRIONES MONTOTO, NEWTON: *Aquella decisión callada*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.

CARDONA, GABRIEL y JUAN C. LOSADA: *Weyler: nuestro hombre en La Habana*, Barcelona, 1997.

CASASÚS, JUAN E.: *Ramón Leocadio Bonachea, el jefe de la vanguardia*, La Habana, 1955.

\_\_\_\_\_ : *Calixto García, el estratega*, La Habana, 1962.

CASTRO RUZ, FIDEL: Discurso en el centenario de la Protesta de Baraguá, *Granma*, 16 de marzo de 1978.

\_\_\_\_\_ : Discurso en el centenario de la caída en combate del mayor general Ignacio Agramonte, *Sobre la Guerra de los Diez Años*, La Habana, 1971.

\_\_\_\_\_ : *En esta Universidad me hice revolucionario*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1995.

\_\_\_\_\_ : Carta a Carmen Castro Porra, 17 de septiembre de 1955, *La lección del Maestro*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1955.

- \_\_\_\_\_ : "Declaraciones de Fidel el 25 de octubre del 1958", *Granma*, 23 de octubre de 1978.
- \_\_\_\_\_ : Discurso por el XV aniversario de Radio Rebelde, *Granma*, 24 febrero de 1963.
- \_\_\_\_\_ : Discurso por el XX aniversario del asalto al cuartel Moncada, Editora Política, La Habana, 1978.
- \_\_\_\_\_ : Discurso por el X aniversario de la huelga del 9 de abril, *Granma*, 10 de abril de 1968.
- \_\_\_\_\_ : Entrevista concedida a periodistas suecos, *Moncada, la acción*, tomo 2, Editora Política, La Habana, 1985.
- CENTRO DE ESTUDIOS MILITARES DE LAS FAR: *Historia Militar de Cuba*, 1<sup>a</sup> parte, tomos 1-5 y 2<sup>a</sup> parte, tomo 1 Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2004-2011.
- \_\_\_\_\_ : *25 años de luchas y victorias*, Editorial Militar, La Habana, 1983.
- CEPERO ECHEMENDÍA, OLIVER: *Causas y factores de nuestros reveses y victorias*, 2<sup>a</sup> edición, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2001.
- CÉSPEDES, CARLOS MANUEL: *Cartas a Ana de Quesada*, La Habana, 1964.
- CHANG, FEDERICO: *El Ejército Nacional en la República neocolonial cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981.
- Colectivo DE AUTORES: *Testimonios sobre Frank País*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1978.
- COLLAZO TEJADA, ENRIQUE: *Los americanos en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972.
- \_\_\_\_\_ : *La guerra en Cuba*, La Habana, 1926.
- CONANGLA FONTANILLER, J.: *Cuba y Pi Margall*, Editorial Lex, La Habana, 1947.
- DUMPIERRE, ERASMO: *J. A. Mella, biografía*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 1977.
- ESCALANTE, AMELS y JUAN SÁNCHEZ: *Un triunfo decisivo*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2004.
- ESCALANTE BEATÓN, ANÍBAL: *Calixto García. Su campaña en el 95*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.
- ESTÉVEZ ROMERO, LUIS: *Desde el Zanjón hasta Baire*, Editorial de Ciencias Sociales, 1974.
- FERNANDO FIGUEREDO: *La Revolución de Yara*, La Habana, 1969.

- FONER, PHILIPS: *La Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanqui*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- GÓMEZ, MÁXIMO: *Diario de Campaña*, Edición del Centenario, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968.
- \_\_\_\_\_: Carta a Serafín Sánchez, Archivo Nacional de Cuba, Fondo Donativos, caja 242, no. 9.
- Granma*, 23 de octubre de 1978, p. 2.
- GUERRA, RAMIRO y otros: *Historia de la Nación Cubana*, Editorial Historia Nación Cubana S. A., La Habana, 1950.
- GUEVARA, ERNESTO: *Obras. 1957-1967*, Casa de las Américas, 1970.
- \_\_\_\_\_: *Cuba. ¿Excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo? Escritos y discursos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.
- \_\_\_\_\_: *Diario de un combatiente*, Centro de Estudios Che Guevara, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2011.
- HERNÁNDEZ, EUSEBIO: *Maceo. Dos conferencias históricas*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968.
- HERRERA, JOSÉ I.: *Mangoché. Impresiones de la Guerra de Independencia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.
- Informe Central al Primer Congreso del PCC*, Editora Política, La Habana, 1976.
- INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA: *Las luchas por la independencia y las transformaciones estructurales, 1868-1898*, Editora Política, La Habana, 1996.
- \_\_\_\_\_: *La Neocolonial. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*, Editora Política, La Habana, 1998.
- IZQUIERDO CANOSA, RAÚL: *La Reconcentración, 1896-1897*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 1997.
- \_\_\_\_\_: *El último hombre y la última peseta*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 1997.
- JENKS, LELAND H.: *Nuestra colonia de Cuba*, Ediciones Revolucionarias, La Habana, 1966.
- La Unión nos dio la victoria. Informe Central y discursos sobre el Primer Congreso del PCC*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1976, p. 44.
- LE RIVEREND, JULIO: *La Revolución de 1868*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968.
- MACEO, ANTONIO: *Ideología política, cartas y otros documentos*, tomos 1 y 2, Sociedad Cubana de Estudios Históricos, La Habana, 1950.

- MARTÍ, JOSÉ: Discurso del 10 de octubre de 1891, *La Revolución de 1868*, La Habana, 1968.
- \_\_\_\_\_: "El 10 de abril". *La Revolución de 1868*, La Habana, 1968.
- \_\_\_\_\_: *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- \_\_\_\_\_: *Obras escogidas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- \_\_\_\_\_: *Antología mínima*, tomo 1, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972.
- \_\_\_\_\_: Carta a Antonio Maceo del 25 de mayo de 1893, *Selección de textos 1893-1993*, Centro de Información para la Defensa, La Habana, 1997.
- MARTÍNEZ ARANGO, FELIPE: *Cronología crítica de la Guerra Hispano-Cubano-American*a, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- MELLA. *Documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- MENCÍA, MARIO: *La prisión fecunda*, Editora Política, La Habana, 1980.
- MINFAR: *Las armas de la victoria*, Editora Militar, La Habana, 1984.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN SUPERIOR: *Selección de lecturas*, tomo I, La Habana, 1983.
- MIRÓ ARGENTER, JOSÉ: *Crónicas de la Guerra*, Editorial de Letras Cubanas, La Habana, 1981.
- MORALES, SALVADOR: *Máximo Gómez. Selección de textos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- MORALES, VIDAL: *Hombres del 68*, La Habana, 1972.
- Noticias de Hoy*, 10 de enero de 1959, p. 4.
- O'KELLY, JAMES: *La tierra del mambí*, Instituto del Libro, La Habana, 1968.
- PÉREZ DE LA RIVA, JUAN: "Cuba y la migración antillana 1900-1931", *La república neocolonial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979.
- PICHARDO, HORTENSIA: *Documentos para la historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- PRIMELLES, LEÓN: *Crónica cubana. 1915-1922*, Ed Lex, La Habana, 1957.
- QUEVEDO PÉREZ, JOSÉ: *La batalla del Jigüe*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1971.

- REVERTER DELMA, EMILIO: *La Guerra de Cuba, reseña histórica de la insurrección cubana*, Barcelona, 1899.
- RIVERO COLLADO, CARLOS: *Los sobrinos del Tío Sam*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.
- ROA, RAÚL: *Homenaje en sus textos de fuego*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2007.
- \_\_\_\_\_: *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, Editora Universitaria, Las Villas, 1966.
- RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL: *Letra con filo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983.
- ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO: *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, La Habana, 1960.
- SMITH, EARL: *The Fourth Floor*, Randon House, New York, 1962.
- SOTO, LIONEL: *La Revolución precursora de 1933*, Si-Mar S. A, La Habana, 1995.
- TABARES DEL REAL, JOSÉ: *La Revolución del 30. Sus dos últimos años*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1971.
- \_\_\_\_\_: *Antonio Guiteras*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- TORRIENTE BRAU, PABLO DE LA: *Cartas y crónicas de España*, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana 1999.
- VLADIMIROV, L.: *La diplomacia de Estados Unidos durante la Guerra Hispano-Norteamericana de 1898*, Editorial de Lenguas Extranjeras, Moscú, 1958.



## *Índice*

Introducción / 9

Capítulo 1

La Guerra de los Diez Años (1868-1878) / 13

    Contexto histórico y causas de la guerra / 15

    Inicio de la guerra y principales acontecimientos de la lucha armada / 17

    Principales causas del fracaso de la guerra / 31

    Significado histórico de la Guerra de los Diez Años y principales experiencias / 47

Capítulo 2

La Guerra Chiquita (1879-1880) / 57

    Inicio y desarrollo de la guerra / 61

    Causas del fracaso / 63

    Principales experiencias / 70

Capítulo 3

La Guerra de Independencia (1895-1898) / 73

    Preparativos y estallido de la guerra / 76

    Situación de la guerra en vísperas de la intervención del imperialismo yanqui / 84

    Situación económica, política y militar de la metrópoli española / 96

    Causas de la frustración de la Guerra de 1895 / 103

    Enseñanzas de la Guerra de Independencia / 120

Capítulo 4

El proceso revolucionario de los años treinta / 123

    Condicionamiento histórico-social del proceso revolucionario / 125

    La dictadura machadista / 129

    El gobierno provisional surgido del 4 de septiembre de 1933 / 144

    Causas del fracaso del proceso revolucionario / 154

    Principales experiencias del proceso revolucionario de los años treinta / 167

Capítulo 5

La Guerra de Liberación Nacional / 169

    Causas del triunfo de la guerra de liberación nacional / 176

    Principales experiencias del triunfo de la Guerra de Liberación Nacional / 234

Conclusiones / 237

Bibliografía / 241

